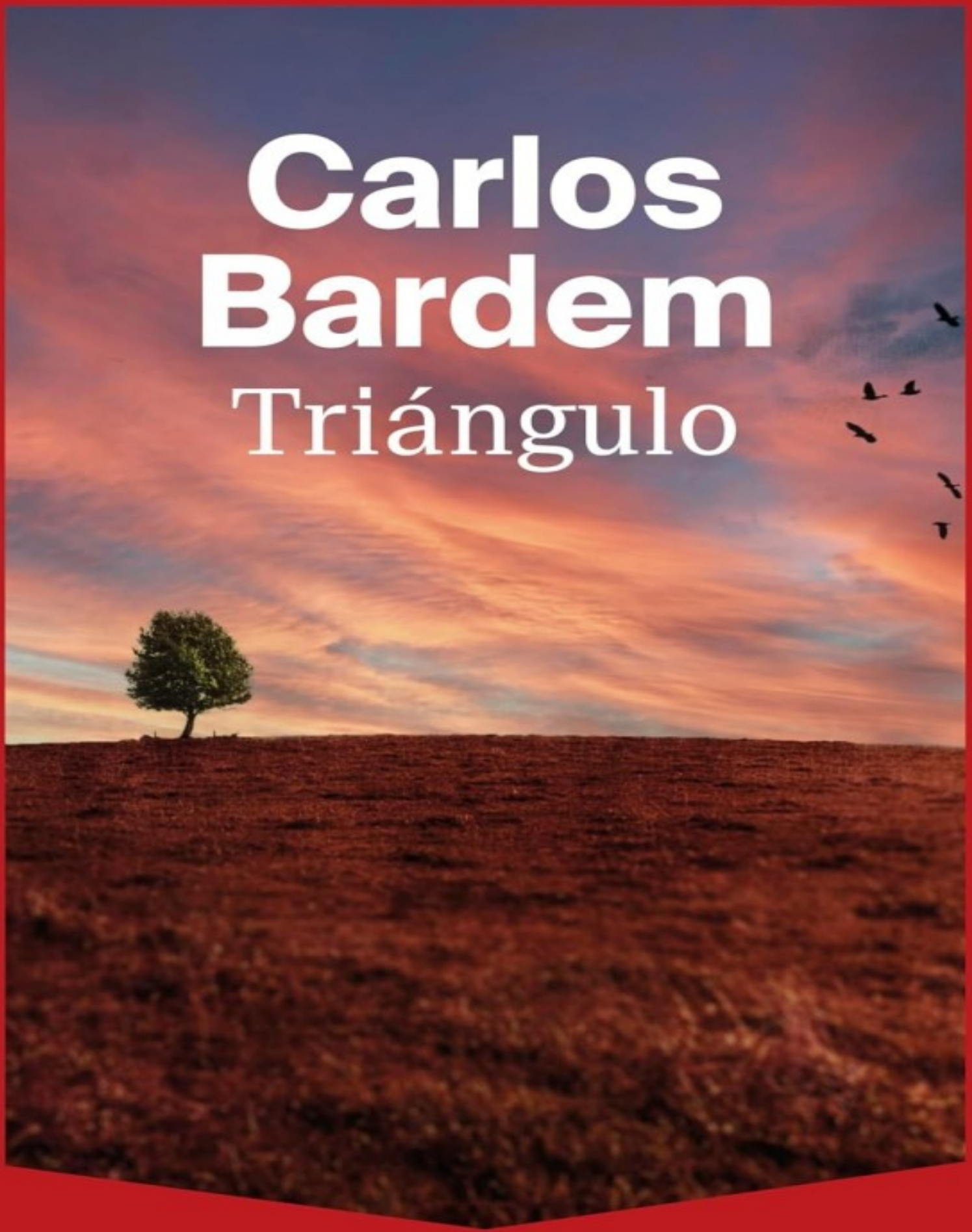
Carlos Bardem

Triángulo



AdN

Carlos Bardem

Triángulo

AdN

«Es cierto que todos los hombres han tenido
una madre, pero muy pronto se aprende que
para ellos los verdaderos valores
están en otra parte».

CHANTAL AKERMAN, directora de cine.

«Fuera de la mirada maniaca del señor
Humbert no existe la nínfula. Lolita la nínfula
solo existe a través de la obsesión
que destruye a Humbert».

NABOKOV a Bernard Pivot en *Apostrophes.*

«Nuestro mandato es el de los muertos».

FRANCO ante la Hermandad Nacional
de Alféreces Provisionales, en el Cerro de
Garabitas el 27 de mayo de 1962.

Radiales

1

—¡Pero qué hijos de puta!

No puede ser que empiece así el día. Otro más. El ruido me despierta. Abro los ojos sobresaltado, me saco los inútiles tapones de los oídos y me giro de cara al techo en el lado de la cama en el que duermo, ocupando cada noche una pequeña parte del colchón matrimonial, porque nada perdura más que las ausencias. Palpo en la mesilla, encuentro las gafas y me las pongo. Me levanto cansado, aturdido.

Al insulto que repito entre dientes…

—¡Hijosdeputahijosdeputahijosdelagrandísimaputa!

… le siguen imaginaciones de violencia. Yo saliendo en calzoncillos al rellano, aporreando furioso la puerta del cuarto C, la puerta que se abre, yo golpeando una y otra vez al rumano, búlgaro o español que dirige a esa caterva de hijos de perra nacidos en muy diversos lugares del orbe pero reunidos en demoniaco concilio, desde hace ya más de tres meses, para despertarme cada día, como gallos mecánicos, con el canto de sierras radiales, taladros y martillos. Me maldigo a mí mismo por la torpeza de acostarme tarde, de leer hasta muy entrada la madrugada, de dejarme llevar por el silencio de la noche para disfrutar.

¿Cómo se me ocurre? ¡Si es que soy gilipollas!, me repito inmisericorde mientras meo a golpes para vaciar bien la vejiga hiperactiva que, desde hace unos años, también atormenta mis sueños. ¡Ellos no fallan, desatan el infierno, siempre puntuales! Y estaba claro que no se iban a detener en verano, que no siguen el calendario escolar, acepto tras mirarme en el espejo, gesticular y

alisarme el pelo hasta reconocer al tipo ojeroso, gastado, que me mira. Hace mucho que los espejos se me pusieron en contra. Tras ducharme, las imágenes de violencia extrema contra el encargado y los obreros de la reforma interminable del cuarto C, las fantasías sangrientas de cráneos aplastados por mazos, miembros amputados por radiales, tráqueas hundidas por certeros golpes con el canto de la mano dejan paso a una dolorosa aceptación y a pensamientos más complejos: mi internacionalismo teórico, mi adhesión a la hospitalidad universal kantiana, el amor genérico por la humanidad y la bondad tolstoiana no resisten el roce cotidiano con los otros, sean de aquí o de allá. Lo atávico e instintivo del odio frente a la trabajosa racionalidad de los ideales humanistas. La sustitución de lo biológico por lo tecnológico, que se acelera desde la invención de la máquina de vapor. Mientras me cepillo los dientes, mirando sin ver, con los ojos perdidos, trato de recordar algún otro detalle. ¿Fue en México o en Argentina? Era un congreso de escritores, eso seguro. En mi cabeza resuena una frase que leí en un cartel: «DIOSITO NO TE HACE GUERRA, TODO TE PASA POR FALOPERO». Hace una vida que no me meto una raya. Conocimiento de la realidad latinoamericana y consideraciones morales aparte, no me sentaban bien y me causaban rinitis. Pero esa frase resume a la perfección el papel de las decisiones individuales ante la omnipotencia indiferente de Dios o del mundo. O del capitalismo, que es mundo y Dios a la vez. Sí, porque…

¡BOOM, BOOM, BOOM, BOOM…! ¡PAM, PAM, PAM…! ¡SZZZZZIIIIIIIIIIIIII! ¡IIIIRRRRRRRGGG!

… los meses de cacofonía industrial que soporto son consecuencia del triunfo del modelo de sociedad neoliberal, de la mercantilización de un bien básico como la vivienda hasta un punto nunca visto y de la consiguiente gentrificación. En los últimos meses es el piso colindante, el cuarto C, pero empezaron hace más de un año por el segundo A. Tambores lejanos anunciando el apocalipsis próximo, la conversión de viviendas en pisos turísticos previa expulsión de los inquilinos de toda la vida y el deceso de algunas ancianitas, que se extendió por todo el edificio: tercero D, tercero B, luego cuarto A,

quinto B y quinto D. El mal fue tomando el inmueble a golpe de subidas de alquileres, inasumibles para la gente normal, estudiantes o jubilados, por fallecimientos y jugosas ofertas a los deudos. En un momento fatídico, mi piso, el cuarto B, la casa en la calle de la Madera que heredé de mi madre al fallecer esta, y que me salvó de la marginalidad, pareció ser la única vivienda que no era picada, martilleada, lijada, taladrada, pulida, prostituida, penetrada, violada en su ajado cuerpo pequeñoburgués, de largos pasillos, balcones, persianas y visillos, que celaban la decencia y los vicios de sus moradores como cinturones de castidad de forja chispera, ahora todas desnudas de tabiquería para instalar imposibles Miamis en el centro de Madrid. La única en la que además de estos ruidos no atronaban corridos, reguetones, guarachas, *rai* magrebí, pop eslavo y… No, nada de copla ni de flamenquito. Está claro que la globalización ha traído mano de obra barata de otros lares y ya no quedan españoles entre los peones. Muchas veces, lo único que oigo en castellano son las órdenes de los jefes de obra; esos sí son de aquí, por como gritan y por la mala hostia que gastan.

Nada perdura más que las ausencias. Sonia. Empezábamos la noche encajados en una cucharita que a ambos nos calmaba. Tranquilos, estamos en casa. Juntos. El horror del mundo quedó fuera. Pronto yo empezaba a roncar y nos desgajábamos. Yo a un costado. Ella boca arriba, brazos y piernas en cruz, dormía despatarrada en medio del colchón. A Sonia le gustaba el silencio. Se fue mucho antes de los martillazos. Solía leer mientras yo trabajaba. Bajando el libro que leía en el butacón, me sonreía y me decía que estaba guapo cuando escribía.

Hace ya más de dos años que Sonia se largó y sigo durmiendo en un lado de la cama, no por dejarle el resto a ella, no porque piense o desee que vuelva, no. Simplemente porque me acostumbré. Sonia, su ausencia, la más reciente y mi relación más larga —dieciséis años juntos, catorce de convivencia—, ocupa la casa y se suma a las anteriores. Todas mis parejas me sonrieron en algún momento antes de, con más o menos drama, con alivio sincero o pena fingida por

parte de ambos, dejarme o dejarlas. Hasta mi madre me sonrió antes de morir.

Sí, pienso mientras enciendo la cafetera, cada vez es más difícil librarse de las ausencias. Se van mezclando.

El sol estalla en luz en la ventana, anunciando otro día de calor infernal.

La edad, cosas de tener ya mucho más por detrás que por delante.

Eso y que nada, nunca, nos prepara para la pérdida, el duelo y los pegajosos espectros.

2

Un fantasma recorre el mundo. Va a lomos de mentiras, guerras, violencias antiguas y nuevas. De algoritmos. Feroz, sonríe como un agujero negro que puede tragarse estrellas: las distopías se vuelven realidad por la sencilla razón de que la gente quiere que se hagan realidad.

Lo explícito mata la imaginación. Sin narración no hay imaginación.

Una trabajadora precaria. ¿Kelly? ¿Inmigrante cuidadora de ancianos?

Una niña en Guernica, Madrid, Dresde, Hiroshima, Sarajevo…

Una niña en La Desbandá.

Una niña en Gaza. Cambian las fotos, sepia o en colores nítidos, pero los ojos aterrados son siempre los mismos.

Un delatado y un delator que son la misma persona según el miedo entra en su vida. Un hombre topo. El miedo. Dejar de ser para seguir vivo.

La memoria sin narrativa es solo un vertedero de recuerdos inútiles, basura.

Un falangista. Un pijo imbécil. Ayer y hoy de la maldad orgullosa y la ignorancia arrogante.

Todos son dientes en esa terrible sonrisa, en esa boca que aúlla desde siempre, que mastica vidas y escupe muertes.

Marguerite Yourcenar escribió que todas las guerras son la de Troya, porque la carnicería empezó ahí y nunca se ha detenido.

Escribo estas frases en el móvil, sentado en un velador de la cafetería del Círculo de Bellas Artes, junto a un ventanal. Las

revisaré más tarde. Si las ideas son buenas, las transcribiré. Si no valen nada, desaparecerán. Esa es mi primera criba.

Sí, aquí hay un libro. En realidad, en cada frase hay el germen de una o de varias historias. ¿Novela? ¿Libro de cuentos? El cuento redondo, conseguido, es magia. La novela, leí a alguien, seducción larga. ¿Qué necesito yo? No el mundo, los demás. Yo. Siempre he sido de relaciones largas. Una novela río, extensa, que dé sentido a mi vida durante muchos meses. Una donde esconderme. Como Virginia Woolf escribió en *Las olas*, solo necesito encontrar la verdadera historia, la historia a la que estas frases en apariencia deslavazadas hacen referencia. ¿Escribir no es decodificar un caos en el que todo está relacionado? Y, como ella, una habitación propia, un silencio propio, sin ruidos de la mañana a la noche. Esas notas son también posibles salvavidas a los que aferrarme para no desaparecer en el océano helado, oleoso, del bloqueo, de la incapacidad para escribir, de continuar y rematar lo empezado. Luego, como decía Zola, se ordenarán solas y saldrá mi novela.

Espero, miro la vida de los otros pasar por el ventanal.

Se acerca una chica, sonriendo apurada.

—¿Señor Roca?

Me levanto y sonrío también.

—Diego, por favor.

La periodista, Alicia, llega tarde, jadeando, se disculpa, se queja del calor y, apenas se sienta, pone la grabadora del móvil en marcha y me hace varias preguntas genéricas.

—¿Por qué ha escrito esta novela, señor Roca?

—Diego, por favor, llámame Diego.

—¿Qué va a encontrar el lector, Diego?

—Una historia sobre el lado oscuro del amor, la obsesión. Literatura. Capas. Seres humanos y, por tanto, contradictorios. Digresiones, desvíos, pero nunca atajos.

—¿Cómo definiría su estilo?

—Verás, como Bolaño, creo que, si leer es algo natural y placentero, escribir es dolor y masoquismo, un tormento donde uno

es inquisidor y víctima a la vez. La falsa modestia es una forma de hipocresía, yo escribo literatura. En lo que hay entre la calidad y el fracaso, en ese lugar, está el arte. Thomas Mann dijo que un escritor es solo alguien a quien le es mucho más difícil escribir que a los demás. —Detecto mi tendencia a la pedantería mientras hablo con la muchacha, que me escucha con atención—. Como dice Muñoz Molina, intento escribir novelas que, buenas o malas, solo pueda escribir yo. La idea, la idea lo es todo. No la trama ni los personajes funcionales que, en las malas novelas, solo están ahí para que esta avance. La única manera de golpear es con la brutalidad del ser humano y la realidad sin filtros.

»Si algo salvo de mi obra, es que todas mis novelas son distintas entre sí. Arriesgo y, por tanto, cortejo el fracaso. Dejo al juicio de quienes me leen si lo consigo. —Callo y miro a la joven. Hoy presento mi última novela en una librería del barrio de las Letras y me ha citado en la cafetería del Círculo de Bellas Artes, en mi ciudad, Madrid, para una entrevista. Me doy cuenta de que estoy abusando de las citas. Noto mis esfuerzos por parecerle inteligente a la periodista, sin duda una becaria que lo mismo cubre este acto que un incendio o una feria gastronómica. No han enviado a ningún mandarín del periodismo cultural a entrevistarme.

Con la absoluta certeza de que la periodista no ha leído nunca nada mío, le sonrío con amabilidad, procuro mostrarme atento, aunque mi mente quiere divagar y contesto cualquier cosa. Ahora bebo un sorbo de café para ganar tiempo y ordenar mis ideas.

—¡La creación, sí! No hay nada original, todo es apropiación, regurgitación y, si hay algo bueno, incluso genial, en una obra, en un autor, no es más que su habilidad de unir cosas en apariencia inconexas. Unir de manera novedosa lo que otros ya contaron.

La periodista asiente con un leve gesto, ladea la cabeza y balancea entre los dedos un boli que apenas ha usado porque lo está grabando todo con el móvil. Me digo que lo lleva para disimular los nervios, para jugar con él. Se hace un silencio incómodo y vuelvo a sonreír para tranquilizarla. La joven está visiblemente nerviosa y

me pregunto si la brecha de edad y género no es excesiva, insalvable, si no estoy haciéndole a la chica un *mansplaining* de libro. Sonia se metía mucho conmigo por eso, por más que yo fuera un hombre aliado, o *aliade* cuando se burlaba de mis esfuerzos, leyera algún libro feminista de los muchos que me pasaba o le acompañara, respetuoso y solidario, a las manifestaciones del 8-M y a otros actos. La periodista es menuda, no me parece mona y la saludé estrechándole la mano, como haría con cualquier hombre. Hace mucho que dejé de asaltar a desconocidas con besos en las mejillas, que para evitar equívocos tiendo con rapidez la mano. También que dejé de evaluar con la mirada a las chicas que me cruzaba por la calle. Eso complacía a Sonia: «Está bien que no seas un baboso. ¿A ti te gustaría que te miraran de arriba abajo las mujeres que te cruzaras? ¿O que un desconocido te plantara un beso al presentarse?». «No, no soy ruso —concedía yo—, y no, no me gustaría el escrutinio femenino porque el veredicto sería desfavorable. Y, además, yo feliz de que las mujeres estén más cómodas, al menos conmigo, en este perro mundo. Y porque yo solo quiero que me mires tú». Ahí Sonia solía sonreír y besarme. ¿Cuándo me volví invisible también para ella? ¿Cuándo se heló todo? Alicia, la periodista, va vestida de una manera bastante neutra, sin estridencias ni mensajes en su ropa. El pelo castaño, tirante y recogido en una cola de caballo. En las orejas, dos perlitas blancas, artificiales, pequeñas. Nada contracultural ni arriesgado, todo aceptable para los distintos ambientes y sujetos que tendrá que entrevistar a lo largo del día.

—¿Tiene futuro la literatura? —La pregunta me sorprende perdido en mis recuerdos. ¡Qué cierto eso de que no tenemos memoria, que es la memoria la que nos tiene a nosotros! En Sonia y sus burlas sobre mis micromachismos.

—Sin duda la cultura escrita está amenazada… Pantallas, déficit de atención… Pero ¡cuándo no lo ha estado, cuándo no ha sido una actividad minoritaria! Los nostálgicos, la clase más peligrosa de persona que existe, parecen creer que hace cincuenta o cien años

todo el mundo llevaba un ejemplar del *Ulises* bajo el brazo. Se lee igual o más que antes, o sea poco. Lo que sí creo que van cambiando son los enemigos de los libros. A los de siempre, los que saben lo peligrosos que pueden ser y los prohíben o queman en cuanto tienen ocasión, se ha unido una amenaza mayor: la falta de tiempo. Los libros empezaron su vida siendo objetos muy lujosos, copiados a mano, incunables con iluminaciones; luego, caros y difíciles de imprimir, solo accesibles para los más ricos. Ahora que son baratos, no prohibitivos, que hay bibliotecas públicas, se ha vuelto un lujo el tiempo que se necesita para leerlos. La gente vive con la lengua fuera y cree, erróneamente, que no tiene tiempo para leer, tiempo para nada que no sea deslizar el dedo en una pantallita. Prisa y necesidad de estar en todo, FOMO lo llamáis los jóvenes, ¿no? Exaltación del mal gusto y la ignorancia. Un trabajo de décadas para moldear una nueva cultura pop basada en el desprecio al intelectual y al conocimiento. Pero ¡ahora el que suena nostálgico soy yo! No, ningún tiempo pasado fue mejor, ni peor ni distinto como queremos imaginar. De eso también habla mi novela.

La periodista clica un par de veces el bolígrafo, anota algo en el cuaderno, alza la vista y sonríe.

—¡Pues muchísimas gracias, señor Roca!

—Diego.

—Diego. Gracias, de verdad. Muy interesante. Tengo más que suficiente para el espacio que me dan. Quedará muy bien junto a una pequeña reseña de la novela.

Asiento. El espacio que le dan, que me dan. Pequeña reseña. Sigo teniendo el ego frágil y a mi edad no va a mejorar la cosa.

—¿Seguro? Si quieres preguntar cualquier otra cosa…

—No, no. No quiero robarte más tiempo… Ahora tienes la presentación, ¿no?

—Sí.

—Lástima, me encantaría quedarme, pero… —La joven resopla y en ese suspiro está resumida la precariedad de su vida. Ya ha guardado todo en una mochila y se la ha puesto al hombro.

—Tranquila.

—Adiós.

—Adiós.

Alicia desaparece por la salida de la cafetería a la calle Alcalá. Tengo ganas de fumar, pero decido esperar un poco más, darle tiempo para alejarse. Ahora ella reaparece en mi campo de visión, petate al hombro, y la veo distinta, vestida de forma distinta. La veo correr encorvada, desesperada, hacia la boca de metro de Banco de España. El humo de una explosión la oculta por un momento, el que tardan humo, polvo de ladrillo y cascotes en posarse. El polvo apaga el color de la realidad, y las fachadas, picadas por la viruela de la metralla, parecen calaveras asombradas. Sin dientes en los portales, sin ojos en las cuencas vacías de las ventanas, verrugosas de sacos terreros aquí o allá. Alicia corre ahora en zigzag, como si eso pudiera salvarla de los obuses que los fascistas disparan todos los días sobre Gran Vía y aledaños. Tantos que a la ancha calle la llaman la Avenida de los obuses o la del quince y medio. Niego con la cabeza. Eso podría servirle contra francotiradores, no contra la muerte regada de las bombas. Cuando al fin veo, a través de las grandes ventanas de La Pecera, que la chica entra en la boca de metro, dejo el importe de la consumición en un platito y decido salir también. Mientras rebusco el tabaco en el bolsillo de mi chaqueta camino hacia la misma salida que tomó la periodista, bajo la escalera y salgo a una calle Alcalá desierta en la que solo yo observo y oigo alejarse las explosiones pausadas de los obuses que disparan los cañones franceses 155 C modèle 1917 Schneider, efectivas antiguallas francesas de la Gran Guerra con las que ahora se destripan, concienzudos, golpistas y republicanos. Hace mucho calor. Enciendo un cigarrillo, aspiro una calada profunda en la que inhalo mezclados el tabaco y el olor a cordita mientras veo extinguirse el bombardeo en un último rosario de fuego y humo que se aleja. Sudo. Las gafas se me escurren un poco en el puente de la nariz. Por la acera de enfrente, corren hacia la Red de San Luis Hemingway, protegiendo una botella en su regazo como si fuera un bebé, Martha Gellhorn y John Dos Passos.

Se ve que los dos hombres aún no se han enfadado por la ejecución sumaria de José Robles, amigo y traductor de Dos Passos, acusado de traidor a la República. Otra calada y frente a mí se detiene con chirrido de frenos un Hispano-Suiza con las siglas UHP pintadas en puertas y techo, milicianos con mosquetones máuser y pañuelos rojinegros al cuello, en los estribos. Se bajan, abren la puerta trasera y sacan a un tipo con cara de miedo y el pelo engominado cayéndole desordenado sobre el rostro. Le sangra la nariz y tiene un ojo morado, casi cerrado. No para de mover el otro. Al igual que los milicianos, viste un mono azul de trabajador, pero sin los correajes y cartucheras. Sin embargo, no le queda como a ellos. Hay algo impostado en el disfraz. Los hombres pasan a mi lado, clavando en las costillas del prisionero los cañones de sus armas al empujarle. Uno de los milicianos grita socarrón a los centinelas:

—¡Otro *emboscao pa'l* Agapito, camaradas!

El detenido no se resiste, pero eso no le libra de más empujones.

—¡Pasa, pasa, señorito, que aquí vas a poder rezar a gusto!

Sí, pienso apurando el cigarrillo, la Checa de Bellas Artes, la de Agapito García Atadell y sus secuaces, tendría que salir en una novela sobre el Madrid de la Guerra Civil. Madrid, mi Madrid. «Escribe siempre de lo que te importe. Y sobre lo que conozcas».

Cuando apago el cigarrillo en un cenicero de pie, la terraza vuelve a llenarse de turistas, el aire de acentos extranjeros —hace tiempo que en Madrid se oye mucho francés, algo de ruso, además de *sifrinos* venezolanos y *fresas* mexicanos y el omnipresente inglés americano— y la confluencia de coches y autobuses de Alcalá y Gran Vía. Madrid convertida en negocio turístico y distópico. El centro, un lujoso estuche vacío, hostil a sus habitantes, con plazas duras y ningún árbol que, aparte de dar sombra, cobije a posibles disidentes de la videovigilancia de drones y cámaras de seguridad. Las vueltas y revueltas de Madrid la vuelven, como cualquier ciudad, intestino. La ingesta ansiosa de euros y dólares hace que ahora esa tripa solo cague turistas. La digestión es pesada. Falta la fibra de la convivencia real. Los indígenas somos figurantes, simples y

explotados Oompa-Loompas en una enorme fábrica de chocolate, puestos ahí para que funcione. Cada vez hay menos plantas, menos geranios en los balcones. ¿Quién los va a cuidar en un piso turístico?

Y no, no es solo nostalgia de otros tiempos, es que han hecho esta ciudad invivible.

Bueno, a mí tampoco me duraron mucho los geranios cuando se fue Sonia. Los mató el taladro. Un puto parásito que se los come por dentro hasta dejarlos huecos. Eso es lo que nos hace la tristeza.

Es hora de ir a la librería, a la presentación.

3

Antes de entrar en la librería, reduzco el paso y tomo aire. Por el rabillo del ojo veo mi reflejo en el escaparate bien iluminado. Algo me llama la atención. Él. Me acerco al vidrio. Él. Yo. Me veo gris, siento que mi imagen es apagada y un poco borrosa, que desentona con las coloridas portadas de las bien iluminadas novedades. Y que, sobre todo, desmiente al hombre seguro de mi retrato en el cartel de la presentación. Ese no soy yo, hace mucho que no soy ese aplomado mentiroso. Debería cambiar mi foto promocional por una de ahora. Por la de un huérfano. Es lo que soy.

Tomo aire y entro. Paso primero ante los estantes y anaqueles consagrados a lo nuevo, a lo banal, a lo insustancial, a las naderías analgésicas de lo más vendido. Vivimos una era pueril, marcada por una brecha insalvable y alimentada por el sistema entre la realidad y la visión autocomplaciente de los individuos, sin que las derrotas consigan debilitar el espejismo. Ya nadie se dice trabajador, todos se creen clase media. Años de hegemonía neoliberal han conseguido implantar esa ilusión en la mayoría, un egoísmo aspiracional. Y de ahí el éxito de los libros de autoayuda que llenan librerías y estanterías en grandes superficies, artilugios que alimentan ese pensar mágico capitalista. Generalidades más o menos obvias, alguna incluso ingeniosa, de consumo rápido, según las cuales todos podemos repararnos, sanar, prosperar sin necesitar a nadie. La contradicción irresoluble entre el capitalismo y la vida humana en un mundo que arde no tiene importancia. «¡Todo está en ti!». Claro que la alternativa a este engaño es la rendición, el horror cuando la

realidad de la autoexplotación nos alcanza. Por eso la depresión es la enfermedad de nuestro tiempo.

Sí, libros de autoayuda y *best sellers*, sano entretenimiento que reafirma el espejismo de que todo, casi todo, está bien. Mucha novela policiaca donde el monstruo es apenas un cliché al fondo, un coco asustaviejas, coleccionista de uñas, orejas, dientes, lencería ensangrentada o globos oculares. Un malvado sin matices puesto ahí para que una mujer policía, madura y con algún trauma que resolver del pasado, acompañada de su joven ayudante, al que, por supuesto, se follará sin que eso resuelva la herida —conviene mantenerla para futuras entregas—, lo detenga tras una trama más o menos hábil. Entretenimiento reaccionario y muy promocionado que, ante la imposibilidad de negar la violencia existente, se la adjudica a individuos aberrantes, fallos inevitables, estadísticamente excepcionales pero muy llamativos en nuestra inmejorable sociedad, y nos dice que sí, que hay errores, pero que vivimos en el mejor de los mundos posibles, que el mal siempre paga y que hay unos policías estupendos que se encargan de ellos. Así que tranquilos, consuman y llenen las terrazas, aquí no hay nada que ver y circulen. Otra basura historicista para cuñados neoimperiales. Morriones, tercios, hombres de verdad, putas buenas e indias rijosas. O *soft porn* interclasista. Los libros que nunca defraudan a quienes los compran porque ya los han leído antes de abrirlos y encuentran en ellos los mismos clichés y tramas simples una y otra vez con tranquilizadora regularidad. Ya lo explicó Bolaño. Libros que se venden por no ofrecer nada nuevo, nada sorprendente, nada arriesgado. Parafraseando a Brecht, si la gente solo quiere leer lo que entiende no debería leer libros, sino mirar en sus retretes. O algo así. En las grandes librerías comerciales, los títulos que, como pedía Virginia Woolf, te buscan las costuras, los que te interpelan, suelen estar al fondo, casi escondidos como mercancía caducada o restos averiados, retales de un saber que a nadie interesa. Alejados de las manos y ojos de los incautos como bombas dormidas, no sea

que, siquiera por error, algún despistado lea algo tan peligroso como un buen libro.

No me asombra el rango de edades de la audiencia y su género. La mayoría mujeres maduras. Ellas son las que leen, las que compran libros, las que los sacan de las bibliotecas. Las que engrosan los clubes de lectura porque allí han encontrado espacios seguros en los que relacionarse. Las que pueden hablar de lo que sienten. Me consuela pensar que no creo en que exista literatura femenina o masculina, sino buena o mala literatura. Aunque sé que me miento, que es un pobre consuelo, que los hombres hemos creado la literatura para explicarnos, entendernos, pero también para explicarles a ellas, con una arrogancia desmedida, su lugar en nuestro mundo. Cómo deben ser en la narrativa de nuestros deseos, miedos y necesidades. Reconozco que es normal que quieras verte reflejado en las historias, que busques personajes como tú, que hablen de ti. Que las mujeres quieran cada vez más leer a otras mujeres y sobre mujeres. Un escalofrío me recorre la espalda. ¿Eso dónde me deja? ¿Podría yo escribir una buena novela sobre la menstruación, el matrimonio como destino vital o la menopausia? Además, ¿es esto acaso lo que quieren leer las mujeres? No, supongo que no.

Suspiro y miro con admiración a ese puñado de personas que han sacado tiempo para ir a escuchar a un escritor divagar sobre literatura. Sí, con los bárbaros *ad portas*, estas personas son el último reducto de humanidad. En un mundo, al menos en el oasis de privilegio occidental, donde todos miran las sombras que la caverna digital proyecta en sus pantallas y las toman por la realidad, los libros resisten gracias a estas minorías. Porque leer, en este mundo virtual y acelerado, es la mayor rebeldía posible. Quien escucha con atención se olvida de sí mismo. Es la forma más rara y pura de generosidad. Por eso amo a esas personas, mujeres en su mayoría, que por una hora y pico escuchan en las presentaciones. Personas valientes, o insensatas, en un sistema construido para satisfacer el más infantil egocentrismo, el yo ahora y siempre más absoluto, el yo

que no cesa ni descansa ni siquiera cuando dormimos, pues nuestro yo digital nos suplanta y sigue actuando sin nosotros, el yo consumidor. Un mundo en el que lo inmediato ha abolido el tiempo.

En esta economía de la atención, que se basa justo en lo contrario, leer es un radical amotinamiento, pues para hacerlo hay que desconectar, salirse del circuito, dejar de regalar tu *data*, estar a solas contigo mismo y concentrado en palabras y pensamientos, fuera de todo tiempo y espacio que no sea el que te plantea lo que lees. ¿Hay mayor acto de libertad?

Al final no han hecho falta los bomberos quemalibros de *Fahrenheit 451* para instalar el autoritarismo en nuestras sociedades. ¿Para qué destruir los libros cuando puedes hacer que la inmensa mayoría de la gente los ignore o los deteste? Sí, lectoras, ¡sois valientes, sois valiosas! Lectoras y lectores, sois la resistencia. Merecéis respeto. Ternura. Sonrío e inclino la cabeza, saludando a quienes me miran mientras camino hacia la mesa, al encuentro de la librera, otra chica joven con el pelo en parte morado y anilla plateada en una aleta de la nariz, que está poniendo unas botellitas de agua para los intervinientes, y el autor de la agencia que Paola, mi agente, ha conseguido en el último momento para presentarme a mí y a mi libro —¿se lo habrá leído?— ante la deserción de un par de colegas de más nombre por imprevistos y el siempre socorrido COVID. Desde la pandemia, y ahora que se había cronificado y vuelto menos grave, se ha convertido en la excusa perfecta. Lo sé porque yo mismo la he utilizado varias veces. Paola, el copresentador y la librera me saludan y hacen algún rápido elogio sobre la novela. Sí, ¡menos mal!, el chaval se la ha leído. Nos sentamos. Paso revista a la audiencia una vez más mientras abro la botella de agua. Alrededor de cincuenta personas. No está mal, no. Pero aparte de Paola, solo dos caras conocidas, una y un novelista, también de la agencia. Dicen que a las firmas en la Feria del Libro y a las presentaciones suelen ir los amigos. Si es así, no tengo muchos. Claro que yo tampoco suelo ir a las presentaciones de otros. No tengo derecho a quejarme. Siento que la soledad que una

vez fue privilegio, lujo y elección —palabras más sinónimas de lo que la gente suele creer—, es ahora maldición, aridez, condena sin atenuantes. Yo mismo establecí las reglas que ahora se me revelan como el protocolo de un hombre obsoleto. Y no sé cómo romperlas. Amables descortesías, ausencias más o menos justificadas, silencios por respuesta como puros formulismos que han ido cortando mis amarras con el mundo. Me siento solo y no imagino cómo volver a establecer relaciones amorosas, pues la amistad es una forma del amor. Si un día renuncié a recepciones, canapés, saraos editoriales y a dedicarme al alterne con los poderosos a cambio de un lugarcito al sol, siquiera un ratito, en el esclerótico mundillo literario, de unas migajas en forma de columna, tertulia o premiecillo, ahora me doy cuenta de que el aislamiento acabó por alejar también a amigos, amigas y personas a las que realmente valoraba. Sin estridencias, sin brusquedades ni desaires, mitad por pereza, mitad por egoísmo, dejé de estar para ellos, los volví recuerdos, ideas, fantasmas, y ahora no sé cómo convocarlos. En el imposible equilibrio que se exige al escritor entre la soledad monacal que demanda su oficio y la habilidad social que requiere la mercadotecnia editorial y la promoción de lo escrito, yo me he deslizado, sin pena ni remedio, hacia el enclaustramiento. En realidad no soy desagradable con nadie, mis defectos solo me perjudican a mí.

Como escritor sé que uno no puede contradecir su propia historia, la narrativa que ha elegido, sin traicionarse, sin que la novela o la vida pierdan sentido y se conviertan en algo ajeno. La vida es una historia y, como cualquier historia, se puede mejorar, pero no cambiar de sentido sin debilitarla y caer en contradicciones, sin vaciarla de significado. No se pueden cambiar las reglas que aceptaste durante la partida sin que todo se vuelva inverosímil. ¡Joder, alguien debió haberme avisado de lo fácil que es quedarse solo! Bueno, Sonia lo hizo siempre. Deberías ir a tal presentación, deberías quedar más con zutano, ¿por qué no llamas a fulano? La ignoré y ella acabó por dejarme solo a mí.

—¡Muy buenas tardes a todas y a todos, gracias por acompañarnos! Para mí es un honor poder presentar *Las vidas afiladas*, la última novela de Diego Roca, un novelista al que…

4

Al acabar la presentación, sentado en una mesa ante una pila de ejemplares de *Las vidas afiladas,* recibo con educación a las lectoras y lectores. Firmo con auténtica buena voluntad. En lo que escribo una escueta dedicatoria, más o menos la misma y con ligeras variaciones cada tres o cuatro ejemplares, intento establecer, siquiera durante un instante, un breve diálogo, encontrar los ojos de los otros. Respondo halagado a algún comentario sobre mis anteriores novelas. Agradecido, trato de condensar en breves frases y amplias sonrisas algo de la brillantez que los demás, al menos al pedir mi dedicatoria, me atribuyen.

Cuando salimos a la calle después de las firmas, veo que Paola, los otros dos novelistas y el otro autor que me ha presentado charlan animadamente. En realidad, todo es siempre animado, vívido, cuando Paola es parte de ello. Admiro su energía inagotable, su entusiasmo por todo, incluso por mí. Y eso que, a cambio y a lo largo ya de más de una década, creo que solo le he devuelto un puñado de novelas aceptables y mucho cinismo. Claro que las mujeres están obligadas a un extra de entusiasmo para andar por el mundo. Me uno a ellos, intercambio los últimos cumplidos y agradecimientos, y ofrezco ir a tomar algo juntos. Me complace cuando los demás se excusan y me dejan solo con Paola, que sí acepta acompañarme a beber algo. Caminamos por varias calles del barrio de las Letras y nos cuesta encontrar un lugar donde sentarse a beber sin más.

—Ya no hay bares, Paola. Los de toda la vida, digo. Los de barra, taburetes, cañas y tapa. Ahora todo son mierdas instagrameables y,

si quieres sentarte, tienes que comer la misma porquería de fusión asiática-mediterránea aquí que en Helsinki o en Bogotá. Pulpo. ¿Qué le pasa a la humanidad con los pulpos? ¿Sabes que son superinteligentes? Tienen dos cerebros.

—Ya. Quizás los temamos.

—Puede ser.

—¿Y echas de menos las pieles de gambas en el suelo?

—Pues sí. Y el crujir de las conchas de mejillón al pisarlas.

—Eso era una marranada. Pero si añoras eso deberías estar feliz: Madrid nunca ha estado tan sucio. Hay basura por todas partes.

Encontramos un bar. Nos sentamos. El local está semivacío, salvo un par de hombres gordos en la barra mirando la tele y una familia de rasgos andinos, bolivianos o ecuatorianos, algo así, que sentados en una mesa bromean en voz baja y comen patatas bravas, patatas aliñadas y tortilla de patatas. Cerveza los mayores, cocas los pequeños. Viene un camarero, también latino. El aire acondicionado está puesto a tope, zumba como un enorme insecto ártico, un iceberg tecnológico que permite la ingesta despreocupada de carbohidratos y azúcares. Es un bar de pobres, por eso todos, clientes y camareros, son gordos. Algún día, en un mundo mejor, junto a los de las farmacéuticas, alguien juzgará los crímenes de la industria alimentaria. Paola pide un vino, un Ribera; yo pienso en un güisqui, pero no creo que la charla dure mucho y, para mí, beber güisqui es beber mucho y largo. Pido una caña. Me dicen que no sirven cañas, que hay dobles. Sé que tanta cerveza me hará mear varias veces, despertarme con la sensación de que la vejiga me explota. Caminar como sonámbulo hasta la taza del váter junto al dormitorio, la tapa levantada. Esa sí. La única que Sonia me permitía dejar así: «Baja la tapa, coño, que esto es una casa, no un bar. ¡Qué guarros sois los tíos!». Caminar de memoria, a oscuras, hasta topar las tibias con la loza, mear a golpes y…

—Bueno, ¿cómo vas con la nueva novela? —me aterriza Paola.

—¿Qué nueva novela? Odio la palabreja, pero estoy bloqueado. Me gustaría escribir una distopía.

—¿Sobre qué? —pregunta Paola sinceramente interesada.

—Una inspirada en un artículo que leí. Un científico que se dedica a estudiar posibles desarrollos sociales en función de los tecnológicos, a anticipar escenarios en un mundo caótico e hiperconectado. ¿Sabes que Dostoievski sacaba sus novelas de crímenes reales de los periódicos?

—Sí, lo sé.

—Yo no soy Dostoievski, pero también devoro periódicos.

Paola me mira un instante en silencio, luego sonríe y aplaude:

—¡Bien, nada autorreferencial!

—¡Ni autorreferencial ni infancias en pueblos!

—No sé por qué pensaba que andabas con algo de la Guerra Civil.

—No, mi novela sobre esa carnicería y la dictadura está aquí y aquí —digo tocándome la sien y el corazón—, informe, esperando su momento. Tengo alucinaciones y sueños con la guerra, la nuestra, las otras. Un día me alcanzará, se impondrá. Pero no es esta, no.

—Bien, sigue.

—Bueno, pues este científico, que está acostumbrado a hablar en auditorios universitarios, dar charlas TED y cosas así, recibe una invitación para una charla muy bien pagada en un resort en una montaña…

—¿Aquí?

—En el artículo era en Suiza o por ahí. Pero sí, querría traerlo todo aquí. Bueno, el científico se ve en una habitación solo con cuatro tipos trajeados, que ya de entrada le dicen que están allí en representación de sus jefes, cuyas identidades no pueden revelar. Tras las presentaciones van directos al grano. Sus jefes no están interesados en soluciones tecnológicas para el hambre, la previsible falta de agua potable, el calentamiento global y demás apocalipsis próximos. Todos estos billonarios dan por descontadas esas catástrofes, el capitalismo solo puede funcionar quemando cosas, y se han preparado para ellas comprando regiones enteras, creando refugios fortificados en zonas ahora frías pero que serán templadas, con acuíferos propios, alistando ejércitos privados, de mercenarios,

rollo *Blackwater*… No, no les preocupa el destino de la humanidad dejada a su suerte, sabrán contenerla fuera de las murallas. Ninguno se cree realmente esas soluciones de buscar otros planetas u orbitar en el espacio. Eso, reconocen sin problemas al asombrado científico, no son más que historietas para desviar la atención de lo que están haciendo ya aquí abajo. «¿Quién querría vivir en un cohete?», se burla uno. No, si los estados colapsan y pierden el monopolio del uso legitimado de la violencia, ellos estarán listos y armados hasta los dientes para ejercerla en los nuevos escenarios posibles. Pero eso plantea un interrogante, una falla operativa: ¿cómo controlar a los mercenarios y a la gente de servicio necesarios dentro de sus reductos? El científico se asombra y dice no comprender bien lo que le piden. «Sí —insisten los otros—, queremos soluciones tecnológicas para evitar que se subleve contra los dueños el personal necesario para mantener, servir y proteger los refugios». «¿Collares explosivos?», aventura uno. «¿Implantes neuronales?», se atreve otro…

—Me gusta, Diego, ¡se sale de lo normal! Y me has hecho pensar en *Stalker,* de Tarkovski. El científico, el escritor… ¿Cuándo prevés tener una primera versión?

—Lo estoy pasando mal.

—¿Escribiendo? Eres escritor. Es preocupante.

—Necesito silencio, vivo en medio de una obra interminable, en mi edificio y los de al lado. Me resulta imposible escribir mientras solo oigo martillazos, radiales y taladros.

—Comprensible. Es desquiciante —concede Paola.

—Pero bloqueo aparte, siempre lo paso mal escribiendo. O eso me parece. Aunque Sonia decía que me veía más guapo y feliz cuando lo hacía. Al menos cinco de mis libros se lo debes a eso. Supongo que lo que le gustaba es que no estuviera dando el coñazo. No me organices más firmas en un tiempo. Estoy seco, necesito aislarme.

—Eso no le va a gustar al editor.

—Al editor le importará un carajo. Tiene mil cosas para editar, seguro. Se publica demasiado. Acabamos de presentar *Las vidas afiladas.*

—Hace casi un año que me entregaste el manuscrito.

—Necesito tiempo, pensar. Además, tener prisa no es más que otra forma de perder el tiempo, ¿no?

—Interesante. —Paola enarca las cejas y asiente como valorando lo que acaba de oír—. ¿Por qué no avanzas con otra cosa? Algo más ligero, para desentumecer.

—¿Cómo más ligero?

—Te lo he dicho mil veces, escribe algo juvenil.

—No escribo para niños.

—Juvenil no es para niños. Los cuentos no fueron siempre para críos. Eran truculentos, violentos y sexuales porque querían prevenir y enseñar a los jóvenes.

—Querían aterrar. Sí, Perrault los civilizó. Convirtió a un follaniños adorador del diablo como Gilles de Rais en *Barbazul.* Los Grimm, el marica de Hans Christian Andersen y Disney los remataron. No, Paola, yo no escribo para jóvenes.

—Si te pones te resultaría fácil. Y rentable. Escribes muy bien, Diego.

—Dicho así no parece bueno.

—Quiero decir que hay escritores que no escriben bien. Son buenos creando personajes, tramas, incluso interesantes en lo que cuentan, pero no escriben bien. Tú escribes muy bien.

—Insisto, suena a «tú pones ladrillos muy bien».

—Literatura juvenil. Tú puedes. Piénsalo.

—¡Claro que puedo! Mira… Una niña tiene un globo mágico que habla y la lleva volando, agarrada de la cuerda con su manita, por distintas partes de la tierra: selvas, montañas, glaciares, océanos. En cada sitio, la niña y el globo hablan con plantas y animalitos que les cuentan cómo va la cosa. Se despiden con toda esa información y vuelta a volar agarrada a la cuerda.

—¿Y?

—Pues tras varias de esas entrevistas con el hermano roble, el hermano oso polar y la hermana ballena, la niña siente una vergüenza irrefrenable por pertenecer a la especie humana, libera al globo sin reparar en que está generando más polución por plástico y se ahorca con la cuerda de la rama del último árbol de Madrid, ya marcado para su tala para ampliar un aparcamiento o una terraza. Fin.

—Eso no es juvenil. Es infantil.

Me arrepiento al instante de mi inoportuno cinismo frente al sincero interés de Paola por mí y mi trabajo.

—Perdona, tienes razón. Además, Banksy se me ha adelantado: una niña con un globo rojo que vuela sobre Gaza. Me estoy volviendo loco. No descanso.

Paola me sonríe comprensiva y la encuentro guapa. Paola es, sin duda, una mujer guapa y elegante de cuarenta y seis años. Pero, además, yo embellezco al instante a toda mujer que me sonría. Como Balzac, que veía a Helena de Troya en cualquier señora. Cambiamos algunas frases más. Paola animándome, yo quejándome sin querer parecer lastimoso. Tras unos tragos en silencio, ella, siempre positiva, me ofrece un refugio para escribir. Ya ha enviado allí antes a algún autor.

—¿A quién?

—A Fernando Muelas.

—¿Quieres que encuentre inspiración en el mismo lugar que ese juntaletras semianalfabeto, Paola? ¿Que lo ponga todo perdido de adjetivos?

—Pensé que erais amigos.

—¡Lo somos! Muy amigos.

—¿Y nunca te comentó nada de esa casa?

—Somos amigos, pero no hablamos mucho. ¿Qué es, un piso, un hotelito?

—Tranquilo, es una casa preciosa en mitad de la nada. En un antiguo cortijo. Rehabilitada. Cómoda. De ti depende lo que escribas allí. Es de una amiga mía, Lucía, una mujer muy interesante.

—¿Muy interesante es muy pesada? Porque a mí se me da muy bien librarme de los pesados, pero con las pesadas…

—Ya, Diego, ahí te pueden tus ganas de gustar. ¿Tienes amigas?

—¿Aparte de ti?

—Yo soy tu agente.

—Y mi amiga, ¿no?

—Sí. ¿Alguna más?

—Amigas, amigas… No me llevo bien con mis ex.

—¿No conoces mujeres con las que no te hayas acostado, que no hayas deseado?

—¡Sí, claro!

—¿Sí? ¿Muchas?

—Algunas, pocas. He estado dieciséis años en pareja. A ti nunca te tiré los tejos, ¿no?

—No eres tan tonto.

—No.

—Pero eres muy antiguo, tan heteronormativo.

—Supongo que sí. Al menos lo sé. Y he hecho avances en ser más igualitario. No tengo amigas, pero tampoco amigos. El hígado me ha retirado de la bebida y el vandalismo, y los hombres solo se abren de verdad a sus amigos cuando están borrachos. Ya no llego nunca a las confidencias. Me aburro antes, me voy.

Seguimos hablando, un vino y una cerveza más. Paola me recrimina que tampoco soy tan amigo suyo, que en el fondo solo le pregunto por mis libros, mis ventas, posibles traducciones; todo gira en torno a mí. Me azota sonriente con la anécdota de Reich-Ranicki sobre la vanidad de un escritor que cuenta Chirbes en sus *Diarios*: «¡Pero ya está bien de hablar de mí, hablemos de usted! ¿Qué le ha parecido mi último libro?».

Reímos. Paola siempre sabe hacerme reír y sí, me siento orgulloso de poder decir que esta mujer tan brillante, tan hermosa, es mi amiga desde hace ya muchos años. Le pregunto a Paola si es caro el alojamiento rural de Lucía, que ella sabe mejor que nadie el importe de mis liquidaciones, que voy con la lengua fuera, estirando lo que

me pagó una plataforma por la adaptación de una de mis novelas para hacer una serie que detesto, sobreviviendo a fuerza de colaboraciones en revistas literarias, presentaciones pagadas e impartir talleres de escritura. «No, Diego, no es caro. Además, supongo que solo irás una, dos semanas como mucho». Sí, contesto, el tiempo de descansar, dormir y, sin distracciones, rematar un primer borrador. Y le confieso que, ruidos aparte, la casa se me cae encima. «Demasiados recuerdos», murmuro bajando los ojos.

5

Como estamos a gusto, nuestras comunicaciones son mayoritariamente telefónicas o wasaps y no nos vemos mucho, le propongo a Paola buscar un lugar más tranquilo, con menos luz y tragos más largos. Seguir hablando. Lo encontramos. Ella se pasa al gin-tonic y yo, ahora sí, pido un güisqui con hielo. Es pronto para este garito. Debe de animarse más tarde. Solo hay un par de parejitas y un grupo de chicos. Todos son muy jóvenes, nadie nos mira. Gente guapa y delgada, un bar de pijos. Aquí el aire acondicionado no hace ningún ruido. Le pregunto por Daniel, el compañero eterno de Paola, y ella me dice que está fuera por trabajo. Afirmo que Daniel es un tipo fantástico y ella lo agradece con una sonrisa, en especial viniendo de un misántropo como yo. Le digo que seguramente Daniel es otra de las razones por las que nunca lo he intentado con ella. Paola asiente y responde burlona que sí, que es posible. Eso y que yo estaba con Sonia cuando nos conocimos. *¡Touché!* Trato de añadir algo ingenioso sobre las trampas que nos hacemos al recordar, y que he empezado a disociar a Sonia, cada vez más desleída, espectral, de hechos y épocas de mi pasado en los que ella estuvo muy presente. Paola me pregunta si la echo de menos. ¿A quién? ¿A quién va a ser? A Sonia. Bebo, hago una mueca que ni yo sé qué significa, callo y asiento. Sí, mucho. A veces. Otras nada. No sé si a ella, el final no fue bonito. Pero añoro muchas cosas que vivimos juntos, el que fui. Y los viajes. Ventajas de tener una novia azafata, añade Paola. TCP, tripulante de cabina de pasajeros —la corrijo—. Sí, me acostumbró a billetes *free,* hoteles y destinos que nunca podría haber pagado. Pero sobre todo extraño

tener al lado a alguien que tiraba de mí. Echo de menos su entusiasmo. Su juventud. Al final la diferencia de edad pesó, creo. No os llevabais tanto, ¿no?, suaviza Paola. Trece años, de pronto se notaron. Ella tiene cuarenta y cuatro, una adolescente según los estándares culturales de hoy. Yo, en cambio… ¿Cincuenta y siete? Sí, Paola, cincuenta y siete. ¡Ahora eso no es ser viejo, amigo! No como antes… Ya, gracias, pero… siento que la edad me ha caído encima en los últimos meses. Que gran parte de mi juventud impostada pertenecía en realidad a Sonia y la perdí con ella. Creo que al envejecer nos desprendemos de muchos nosotros, siluetas que vamos dejando atrás sin remedio. Un efecto Doppler al rojo en el que nuestros yo más jóvenes se alejan para siempre a una velocidad de mierda, infernal. ¿Sabes algo de Sonia? No. Nada. Tras la ruptura me llamó alguna vez, me escribió mensajes. Hablamos y, por supuesto, me dijo que me querría siempre mucho, que todos esos años juntos ni podía ni quería borrarlos, que estaría siempre ahí para mí, como amiga, como familia… Es lógico, Diego. ¿Qué le contestaste? Pues que, por favor, no me llames más, que te lo agradezco, pero yo no puedo verte como mi amiga. Aún no, quizás no pueda nunca. No volví a atender sus llamadas ni responder a sus mensajes. ¡Vaya mierda pasivo-agresiva, Diego! Lo sé, lo sé… Y tú, Paola, ¿has sabido algo de ella?... ¿Yo? No. Sonia me parece una tía cojonuda, muy divertida, pero nunca fuimos amigas. ¡Yo soy *team* Diego! Gracias, Paola. ¿Y no ves a nadie? Ya te he dicho que no tengo amigas, apenas salgo. Tú no irás a separarte de Daniel, ¿verdad? ¡No, no, estamos muy bien! Paola da un trago a su copa y me mira con ternura. Eres un buen tipo, no deberías estar solo. Y no eres difícil de mirar. Sonia, la noche que nos conocimos, cuando me acerqué a ella tras observarnos unos instantes, me dijo que qué lástima, que yo lo que tenía es un buen lejos. No soy guapo. Tampoco eres feo, rebate ella. La fealdad es duradera y confiable, es para siempre, no como la belleza, Paola. No eres feo, eres atractivo, insiste ella. ¿De verdad lo crees? Sí. Estoy mayor. ¡Estás vivo! No sé, Paola, las últimas veces que intenté ligar me pareció que estaba

pasando una entrevista de trabajo… ¡Además, tampoco es cosa de estar con alguien por no estar solo! No, claro que no, Diego… Silencio… Tragos. Oye, Diego, ¿y Tinder o algo así? ¿Lo has probado? ¡No me jodas, Paola! Se hace un silencio y Paola exclama divertida: ¡Lo has probado! Vuelvo a beber, abro mucho los ojos y asiento. A los tres meses de separarme me abrí un perfil. Curiosidad de escritor, también. ¡Ya, sigue, anda! Con cincuenta y cuatro, no mentí, la aplicación, el puto *logaritmo* ese, me filtró por edad y me salían mujeres de mis años y hasta un par de sesenta. Al principio me divirtió encontrar gente tan mayor buscando ligar en una aplicación. Luego me deprimió. ¡Ah, claro, tú querías veinteañeras!, se burla Paola. No, no..., o sí, no sé. La verdad es que me daba vergüenza contactar con chicas tan jóvenes, ser tan predecible. La única vez que hice un *match* fue con una mujer de mi edad. Me pareció guapa, elegante. Nos escribimos algunos mensajes. Yo cuidé la prosa, ella puntuaba mal. Me acabó explicando que no estaba interesada, que a ella ahora le entraban chicos muy jóvenes y le satisfacían más. Que ella no buscaba nada serio en Tinder. Se ve que me puse muy intenso y la espanté. Renuncié a hacer más preguntas, o una patética defensa de los atractivos de la madurez. Además, me imaginé a Sonia quedando con chavales para follar y me dio un retortijón. ¡Ajá! Porque Sonia es mujer, ¿no? Si fuera un colega tuyo le llamarías campeón y le pedirías detalles. ¡No, porque Sonia era mi compañera! —protesto simulando indignación—. ¿De verdad me crees un machirulo de ese calibre? Paola sonríe conciliadora, si lo piensa lo oculta, y me dice que no. Le digo que yo pertenezco al pasado fordista de la seducción. ¿Qué dices?, me pregunta extrañada. Le explico que sí, que yo soy la reliquia de una época en que había horarios, sitios y personas para ligar. Ahora son tiempos de movilización total: como todo, la seducción se ha deslocalizado. Mientras tengas un móvil y aplicaciones puedes, debes, estar ligando sin parar, sin horarios, sin límites. Nunca se habló o escribió peor del amor que ahora, que todo el mundo lo hace, que todo quisque exige su trocito de romanticismo y necesita

venderse 24/7 en el mercado de la seducción. Y como hay que conocer la mercancía que uno vende, el mundo se ha llenado de expertos científicos que nos explican la atracción, la pasión y muerte de nuestras relaciones como si fueran reacciones químicas. Prospectos de qué sentir. ¡Ya no hay misterio, intimidad, pecado! Paola me observa asombrada unos instantes y luego explota en una carcajada que solo cesa cuando nota que la miro serio. Me dice que debería escribir un ensayo. Que las novelas me quedan muy filosóficas, muy de tesis.

Bebemos.

Un grupo de chicas y chicos entra en el local, riendo. Se sientan en unos taburetes bajos a unos metros de nosotros. Hablan en inglés, aunque es fácil distinguir por la pronunciación —aun siendo más que correcta— a los cayetanos españoles de los *posh* americanos. Traen una alegría que atribuyo a una ingesta de alcohol considerable y a una vida sin mayores preocupaciones materiales. Tras pedir, tres de ellos, dos chicas y un chico, salen a la calle a fumar. Le pregunto a Paola si recuerda cuando se podía fumar en los bares. Ella me dice que sí, y que era un asco. Llegabas a casa apestando a tabaco, fumaras o no. Que ella nunca fumó, ni de jovencita, y que yo debía dejar de hacerlo, que era una estupidez. No fumo tanto, ya lo has visto. Un poco más que antes. ¿Que antes, cuándo? Cuando estaba con Sonia, no le gustaba que fumara en casa. Además, yo le decía que solo fumaba cuando salía, cuando bebía, nunca cuando escribía. ¡Estupendo, porque eres escritor! ¡Escribe, será bueno para tu salud!, se reía. Ahora fumo más porque vivo solo, porque duermo poco, porque no escribo y porque estoy de mala leche. Pues escribe. Vete a la casa de mi amiga, ella tampoco fuma. Cuéntame algo de tu amiga. Pues que Lucía es una tía cojonuda, ya verás. Letraherida. Le encanta recibir escritores en su casa. Digamos que se ha especializado en retiros artísticos, especialmente de poetas y novelistas. ¿No hará retiros de yoga y mierdas con gongs tibetanos? ¡Esas movidas siempre están llenas de sicópatas, todo el rato sonriendo y hablando en voz baja, pero son

gente muy violenta por dentro, por eso van a esas cosas! ¿No exageras? Paola, te lo juro, vi un reportaje sobre un grupo de yoguis nazis israelíes. ¿Qué? ¡Sí, en la tele! Colonos sionistas que hacen meditación y creen que solo alcanzarán la paz exterminando a todos los gazatíes, que así cumplirán la voluntad y el mandato del dios que los eligió y les prometió esa tierra. Y mientras tanto hacen yoga, meditan… ¡seguro que hacen pilates! ¡Joder, Diego, qué horror! ¿Eso es verdad? Daniel y yo hacemos pilates. Él está enganchadísimo. No, tranquilo, mi amiga nada que ver… Debe de tener pasta. ¿Quién? Tu amiga, Lucía… ¿Por? Bueno, si puede elegir a quién y cuándo alquilar…No vive mal, se prejubiló. Pero ya te contará ella su vida, si te interesa. Es cero intrusiva, tranquilo. Asiento y con una seña pido otro güisqui al camarero. Paola niega con la cabeza y me muestra que aún le queda medio gin-tonic. Suena música *swing*, el local se ha ido llenando. Me alzo las gafas con el dedo corazón. Los jóvenes siguen hablando en inglés, pero ahora llevan trajes a rayas, entallados, el pelo engominado. Uno viene del baño frunciendo la nariz y con los ojos muy abiertos. Las chicas ríen descaradas y beben sus tragos, melenitas estilo *bob*, vestidas con trajes de flecos sueltos y cortos, mostrando unas piernas largas que cruzan y descruzan en un morse acelerado. Veo llegar a un camarero negro, ¿era negro antes?, y a los jóvenes celebrar las botellas, la hielera y los vasos que trae. ¿Un *speakeasy*? ¿Puedo fumar? Palpo el paquete de cigarrillos en el bolsillo de la chaqueta. Uno de los chicos, con un fuerte acento neoyorquino, dice que *as my pops says the entire history of this country could be summed up in these words: Washington, Lincoln, Volstead..., second floor and ask for Gus!* Los otros celebran la ocurrencia. Doy un trago a mi güisqui, preguntándome si el personaje diría eso. Puede, si es un alumno de *The Old Eight,* Harvard, Yale, Princeton... A mí siempre me atrajo la época de la prohibición, la literatura alcohólica de la generación perdida, su narrativa fragmentada. Parpadeo y la escena cambia un poco. Sigue sonando jazz, pero las chicas llevan trajes rectos, tacón bajo, cortes a lo *garçon* o medias melenas con ondas al agua. Todo

es más sobrio, sin joyas ni brillos. Poco maquillaje y los labios muy rojos, como los pañuelos que un par de ellas llevan al cuello. Los chicos siguen hablando en inglés, aunque también me parece escuchar algo de francés y ruso. Sus trajes son menos estructurados, las camisas blancas y abiertas. Alguno lleva un correaje, ¿una pistolera? Una de las parejas me recuerda a Robert Capa y Gerda Taro. ¿Madrid republicano? ¿Pasapoga? ¿Chicote? Todos tienen una alegría apresurada, una felicidad histérica, propia de los que saben que las bombas pueden acabar con todo de improviso. ¿Cómo viven los que saben que pueden morir en un instante? Ese es el tema que debo…

—La casa de Lucía está en un sitio muy bonito.

—¿Eh?

—Que la casa de mi amiga está rodeada de olivares, cerca de un pueblito.

¿Olivares? Paola me saca de mis evocaciones y me sienta de nuevo en el presente.

—¿No será un secarral? Con estos calores.

—No. Te gustará.

—Puede. No sé.

—¿No fantaseas con largarte de Madrid? Todos lo hacemos.

—Me encantaría huir de Madrid, del mundo, perderme en una isla desierta. Algo así.

—Oh, eso es mentira, Diego. Nadie aguantaría vivir en una isla desierta. No voluntariamente. ¿Sabes que en las pruebas para diagnosticar la depresión te preguntan eso?

—¿El qué?

—Si crees que serías más feliz viviendo aislado en tal o cual sitio. Por ejemplo, en una cabaña en un bosque.

—¿Y?

—Pues que contestar que sí es síntoma de depresión.

—Puede que tengas razón. Pero hay que ser un imbécil para no estar deprimido. Además, yo soy de ciudad. A Dostoievski le gustaba

el sol de marzo en San Petersburgo. A mí, el de Madrid. Y también las noches de verano.

—¿Y del campo nada? ¡Eso es solo pose, Diego! Es imposible.

—Del campo me gusta la versión comercial y refinada. No la realidad. Esa está bien para los libros y pelis con niños descubriendo su sexualidad, para nostalgias neorrurales. No para vivir.

—Tú, tú y tu subjetividad omnipotente.

—Nosotros, nosotras. Todos. Infierno o paraíso están en nosotros y los llevamos de lugar en lugar.

—¿No hay lugares mejores que otros?

—No lo creo, solo nosotros mejores o peores en los lugares. Soy urbanita, no idealizo lo rural como hacen tantos ahora, tras la pandemia. No tuve abuelitos en el pueblo y por tanto no identifico la felicidad de la niñez con eras, casonas, pozas y romerías. ¡Coño, lo que todos añoramos es la infancia, el recuerdo mentiroso de la infancia! ¡La infancia es el tiempo de prodigios porque todo es nuevo, hasta papar moscas! Es melancolía de eso y no del puto pueblo. Yo era feliz jugando en la acera de mi calle, entre los coches aparcados.

—A mí me encanta volver a mi pueblo —refuta Paola—, a la familia que me queda allí. Al final no son tanto los sitios como las personas, ¿verdad? Pero comprendo lo que dices, Diego. Yo no me iría a vivir a mi pueblo.

Esta concesión me sorprende con la boca llena de güisqui, así que abro mucho los ojos, enarco las cejas, trago y sigo con mi perorata.

—El campo siempre ha sido beato, inmovilista y reaccionario. Arcadias retrógradas contra el relativismo urbano, contra la modernidad. La ciudad es la civilización, la cultura. O lo era hasta la invención de los pisos turísticos. Y yo las vacaciones me las tomo en hoteles para adultos con todo incluido —respondo, otra vez con la grosería de la mordacidad innecesaria hacia quien solo intenta animarme.

—¡Usted perdone, monsieur Houellebecq! —se burla Paola—. ¿Y los talleres de escritura? ¿Qué tal?

—Han terminado por ahora; es verano, y no sé si quiero coger más. No gano tanto y me quitan mucha energía. Aunque no pierdo la esperanza de encontrarme con algún genio en el futuro, asesinarlo y robarle una maravillosa novela sin publicar. Por eso los doy.

Paola se ríe, apura su copa.

—Es tarde, mañana madrugo. Alguien tiene que cuidar de tus intereses, señor escritor.

Salimos del ¿bar de diseño? ¿de moda? ¿coctelería? ¿pub?, me pregunto mientras sostengo la puerta para que pase Paola. ¿Todavía hay alguien que use la expresión «pub»?

Fuera hace una noche calurosa, sin brisa. Se podría agarrar con la mano el aire espeso.

Paola me pasa el contacto de su amiga Lucía.

—Llámala mañana por la tarde. Yo ya le habré hablado de ti. Mándale un wasap antes.

—Lo haré, tranquila. Gracias, amiga.

—De nada, amigo.

Dos besos y cada uno nos alejamos en una dirección.

Me siento ligero, esperanzado. Aunque no haya ningún borrador que rematar como le he dicho a mi agente, pese a que no haya nada salvo ideas inconexas. Pese a no contarle a mi amiga toda la verdad sobre mis intentos en Tinder, escasos, ya antiguos, pero no inexistentes. Como decía Antonio Gamero, uno de esos grandiosos actores característicos del cine español durante décadas y del que fui vecino un tiempo que viví de alquiler: «Yo a mis amigos no les cuento mis problemas, que se diviertan con otro los hijos de puta». Luego, mientras camino y salgo a las luces de la Gran Vía, mi memoria salta a Nueva York, a un viaje con Sonia al año de empezar a salir. Ella me sorprendió con unos billetes *free* y, al llegar, con una *limousine* que había alquilado para que nos llevara del JFK a un hotel en el Soho. ¡Tranquilo, no es tan caro, hacen descuento a personal de aerolíneas! —Sonia hacía esas cosas—. Será divertido, ya verás. Antes de llegar al puente de Brooklyn, Sonia cerró la mampara que

separaba la parte de atrás del conductor. Ahora no nos ve. ¿Seguro? ¡Seguro! Me desabrochó el pantalón, yo me lo bajé riendo junto al calzoncillo y me saqué la polla. Empezó a chupármela despacio, a ponérmela dura dentro de su boca. ¡Relájate, amor! Para cuando entramos en el puente, yo ya había superado mis nervios, y acariciaba su cabeza mientras subía y bajaba. Me corrí mirando el lego monstruoso, los desfiladeros de metal y vidrio centelleante bajo el sol, del Lower Manhattan. Ella se tragó mi semen, sonrió y me besó en los labios. Reímos como niños tras una gamberrada exitosa.

—¡Estás loca!

—¡Loca por ti, mi escritor! Me pone cachonda que seas tan culto.

—¿Eres sapiosexual?

—Yo diría que una heterosexual a la que no le gustan los gilipollas.

—Culto y guapo, ¿no?

—Tienes un buen lejos, ya lo sabes. Prométeme que algún día pondrás esto en una novela. Que escribirás sobre mí.

—Tranquila, es inevitable. Si te lías con un escritor, seguro que acabas en pelotas y follando en un libro. Y no te gustará.

—¿No? ¿Por qué?

—Para bien o para mal, nadie nos ve como nos vemos a nosotros mismos.

Divagamos sobre si, entonces, sería peor liarse con pintores, brindamos en copas biseladas con unos benjamines de champán tibio y comimos cacahuetes salados. Luego me quedé en silencio, observando fascinado los rascacielos.

—Eres un adicto al asombro —me dijo ella.

Sonia. Nos sabíamos imperfectos, pero nos amábamos a la perfección. Muchas veces me pregunté qué te enamoró de mí, qué nos mantuvo juntos desde que nos conocimos en una fiesta de amigos comunes a los que luego, al cambiar la vida y los paisajes, nunca más volvimos a ver. A veces, recordándolos, nos reíamos, les agradecíamos el encuentro y nos preguntábamos sin mucho interés qué habría sido de ellos. Sin duda, tu independencia económica

ayudó. Tu rebeldía frente a lo que se esperaba de ti, lo que era socialmente esperable de una mujer como tú, ayudó. La adicción al asombro de los dos, aunque nos asombraran cosas muy distintas casi siempre, ayudó. Lo que quema de las pérdidas es la certeza de que ya nunca seremos quienes fuimos con esa persona. Y mis últimas versiones de mí mismo no me gustan especialmente. Claro que la relación de los abandonados con la nostalgia es siempre dolorosa. La nostalgia amable, la que no corta la carne, es privilegio de los vencedores. Yo carezco de la habilidad que tienen otros para pasar, sin sufrir, del amor al recuerdo cariñoso, o a la aún más sana indiferencia.

Enciendo un pitillo.

Cruzo la Gran Vía, bien iluminada, y pese al calor me parece bonita.

No caen bombas.

6

Cuando entro en mi portal veo las huellas de pies y ruedas de maletas en el polvo de cemento y yeso que han dejado, otra vez, los obreros de las reformas en su trasiego de materiales. Surcos que, discurriendo más o menos en paralelo y cruzándose en algún punto en su camino hacia el ascensor, por la anchura y variedad de pies y rueditas, convertido en explorador apache, atribuyo al menos a cuatro personas y maletas distintas. Dos grandes, arrastradas por adultos, sin duda, y otras dos más pequeñas, una casi de juguete, que deben de pertenecer a un par de niños, de sexo y edad indeterminados. Dentro de lo malo, y si la célula invasora no contaba además con un bebé llorón, que por supuesto no arrastraría maleta, la posibilidad de una familia era siempre preferible a la de un grupo de adolescentes fiesteros. Abro una segunda puerta de madera antigua y cristal biselado con vegetación de estilizado modernismo y, estirando el cuello hacia el hueco de la escalera, escucho atento. En un primer momento todo me parece en silencio y eso me tranquiliza. Es casi la una de la mañana. Es al abrir la puerta del ascensor cuando veo el piloto rojo en el marco de metal, el chivato burlón que me anuncia que el aparato está fuera de uso, descompuesto, muerto a los efectos de teletransportarme hasta el cuarto piso. La experiencia es la madre de la ciencia, así que, gracias a repetidas conversaciones con técnicos de la empresa de ascensores a lo largos de los últimos años, diagnostico de inmediato que la abundancia de polvo ha afectado al fotosensor que dota de vida a la bestia mecánica, el que informa a la sensible placa electrónica que avisa de la presencia de cosmonautas, el abrir y cerrar de puertas, el

despegue camino de las alturas determinadas por los botones pulsados, el momento y lugar donde detenerse… Veo con lástima el piloto rojo del agonizante robot y pienso en el HAL 9000 de *2001.*

Maldigo y comienzo a subir peldaños. El primer piso está silencioso. Al llegar al rellano del segundo, escucho, tamizado por paredes y puerta, el televisor a todo volumen de doña Herminia. Una de las pocas ancianitas que, para disgusto de buitres propios y ajenos, se resiste a abandonar su casa de toda la vida o, en su defecto, a morirse. La conozco desde siempre, pero ella ya no se acuerda. A veces me la encuentro en el portal y la ayudo con la compra. Otras, entre una parejita que vive en el quinto y yo, le bajamos las bolsas de basura al cubo de la comunidad. Basura sin reciclar, pero ni la parejita ni yo pensamos chivarnos. Doña Herminia a veces también se equivoca de nombre y me llama Arturo. O Antonio. Y, a veces, pocas, me la encuentro en el rellano de otro piso, confundida porque su llave no entra en la cerradura. Y en un par de ocasiones la anciana me tocó a la puerta, tarde, por la noche. Cuando abrí, la mujer estaba llorando, su cuerpecito temblaba. La piel de su cara, arrugada y hundida, parecía colgar y hacer más grandes unos ojos nublados y rojos de derrames.

—Pero Herminia, mujer, ¿qué pas…?

—¡Antonio, tengo miedo!

—¿De qué? ¿Qué pasa, Herminia?

—¡Que no conozco a nadie en el edificio, que son todos desconocidos, distintos! ¡No recuerdo sus caras ni sus nombres, cambian todo el tiempo! ¿Son ocupas?

—¡No, no! —contesté sintiendo que no estaba diciendo toda la verdad, pero que explicarle a esa anciana las sutiles diferencias entre la fantasmagoría hiperpublicitada de los ocupas y la rotación de extraños sería una labor ciclópea—. Son turistas, mujer, están de paso. Pero me conoce a mí. Y a José y Carmen, la pareja del quinto. ¿Verdad?

—Sí, sí…, Antonio.

—Venga, la acompaño a su casa.

Y cuando eso sucede, me siento devastado, aterrado ante la visión de que la vida puede ser una prisión terrorífica cuando la soledad y la locura te dominan. Y doy gracias de que mi madre, que fue muy amiga de Herminia, se muriera con la cabeza funcionando como un reloj suizo.

Cruzo el rellano del segundo y sigo subiendo tras las huellas polvorientas de pies y maletas. Sonrío pensando en la incomodidad para los depredadores habitacionales, la posible queja a Ana y Juan, sus caseros turísticos con foto sonriente, jóvenes y blancos, por supuesto, y que en realidad no existen. Queja que será convenientemente ignorada por el auténtico dueño, un fondo buitre con sede en Delaware, las Caimán o Luxemburgo, que lo mismo especula con pisos que con coltán de minas esclavistas del Congo, oro sangriento del Amazonas o armas para despedazar niños en Palestina.

En el tramo al tercero pienso que Sonia siempre fue muy cariñosa con doña Herminia, que se pasaba con frecuencia a ver si la vecina estaba bien, si necesitaba algo. Que cuando empezó a tener problemas de movilidad comenzó a hacerle algún recado. Que cuando llegó el confinamiento le hacía la compra y compañía. Me recuerda a mi abuela, aseguraba. Sonia regresaba a casa fascinada por sus historias. Me decía siempre: ¡Oye, que el escritor eres tú! ¿Por qué no las escribes?, y vaya cosas le contaba aquella mujer. Que si Herminia y María, la madre de Diego, se casaron y se mudaron a este edificio casi al mismo tiempo. Que qué mono fue Diego desde niño, ¡y qué listo! Yo me limitaba a completarle los datos que le daba la vecina. Que sí, que mi madre y ella compartieron los silencios y cuchicheos que aprendieron de sus mayores, los que quedaron vivos tras la guerra, republicanos purgados por el régimen y aterrados siempre por las figuras del caballero mutilado y medalla de sufrimientos por la patria, y su mujer, estraperlista de huevos y aceite, chivatos que tenían su guarida en la portería con que les premiaron en el 39 y que llevaban a rajatabla eso de «nadie pase sin hablar con el portero». Él hasta

fue condecorado por el alcalde, Alberto Alcocer, en un acto en el Retiro con la Medalla de la Fidelidad por su entusiasmo en delatar a vecinos rojos tras la entrada de las tropas golpistas en Madrid, entre ellos al portero anterior. Gárgolas viejas, venenosas, presencias eternas en su cubículo y que se perpetuaron en una hija mezquina que transformó la vigilancia política en chismorreo, ya en los ochenta. Que ambas trajeron a sus maridos al útero de sus casas, que las dos enviudaron y se ayudaron en los malos momentos, cuidaron los niños de la otra, se fiaron dinero. Sororidad antes de que nadie conociera la palabra. Al hilo de las viudedades, se me aparece el fantasma de mi padre en las almenas brumosas de la memoria. Según mi madre, le gustaba escribir poemas, pero fue contable. Mi abuelo le dijo que siempre harían falta contables y gente que cuadrara las cuentas a los ricos, a los dueños de todo, porque siempre habría clases, explotadores y explotados, y estos no tenían nunca nada que sumar o multiplicar, solo restar y dividir miserias. Mi abuelo paterno fue anarquista y dueño de una pequeña imprenta en los tiempos convulsos de la dictadura de Primo de Rivera, el Berenguerazo y la República. Él fue el que trajo a su familia a este número de la calle de la Madera, alquiló el piso en lo que entonces era un barrio de trabajadores y clase media baja. Nada que ver con el paraíso gentrificado que es ahora la zona. Tras la guerra le aplicaron la Ley de Responsabilidades Políticas y, aunque se libró por los pelos del fusilamiento, lo encarcelaron un tiempo por rojo y le quitaron la imprenta. Se arruinó. La imprenta se la quedó el falangista que le delató, uno que había trabajado para él, y la puso a funcionar para la prensa del Movimiento. Se murió antes de que yo naciera. De mi abuela paterna, Eulogia, nunca me contaron mucho, salvo que, gracias a su amistad con un cura al que le cosía y limpiaba la casa, consiguió mantenerse. A pagar el alquiler la ayudaron sus hermanas, que se vinieron de un pueblito de Albacete a vivir con ella. Tampoco llegué a conocerla, ni a ella ni a sus hermanas. Mi padre murió de cáncer de pulmón en 1974, siendo yo muy niño, cinco años tenía. Mi madre siempre me contó que le dio

rabia morirse antes que Franco. Fue él quien compró el piso que, a fuerza de sacrificios familiares, trabajo y alguna vergüenza, terminé heredando yo. Solo recuerdo a un hombre bueno —eso me repitió siempre mi madre— y flaco, con ojeras profundas pero una sonrisa bonita, que me sentaba en sus rodillas y jugaba conmigo en un sillón de orejas, aunque todo el tiempo parecía cansado. Y a un hombre que fumaba mucho y siempre tenía un libro en las manos. Mi madre se quejaba de que los libros no se comen —«¡te gastas en libros lo que no tenemos!»— cuando venía con alguno nuevo. Libros que yo heredé. Otro peldaño, otro recuerdo. A Jacinto, el marido de doña Herminia, lo visualizo mejor, vivió más tiempo. Un tipo alegre, vital, algo charlatán. Era viajante de comercio. Le iba muy bien, se movía por toda Castilla, León, La Mancha, con sus muestrarios. Era la época del desarrollismo. Toda la vida en tren, en segunda, hasta que se pudo comprar un 600 mediante el pago de letras. Se mató en 1979, al año de estrenar el coche. Se saltó un stop, dicen que por sueño o prisas, y lo aplastó un camión, un Pegaso. Símbolo también de aquella España del desarrollo. ¡Pobre Herminia!

Fue Sonia quien, al recuperar la memoria de aquella mujer, completó muchas veces la mía, selectiva, mentirosa e incompleta como son todas las memorias, llena de olvidos voluntarios y cosas sabidas a destiempo, mucho después. En el rellano del tercero, en silencio, me oigo preguntarle una vez a Sonia si no temía la soledad futura por no tener hijos, que yo pensaba en eso a veces, aun compartiendo con ella que ya ni había tiempo ni ganas en nuestra vida para eso. Y que si algo sobraba en el planeta era gente.

—Además, tener hijos no garantiza nada. Mira la pobre Herminia, cuatro hijos y ninguno viene a verla desde que la mujer se negó a que la aparcaran en una residencia. Un día se muere y nos enteraremos por el olor cuando el gato le haya comido ya la cara.

—Ahí tienes razón. En lo del gato.

—¡Y en lo otro! Los hijos, yo qué sé. Pero lo de las hijas tiene más delito.

—Los conozco bien, nos criamos juntos. No son malos. Supongo que la vida es complicada para todos…

—Si se portan así con su madre, buenos tampoco son.

—Oye, ¿y por qué ellas tienen más delito?

—Porque las mujeres somos mejores, bebé. Debemos ser mejores.

Cuando ella hacía estas afirmaciones categóricas, siempre con un punto de provocación, yo solía sonreír.

Antes de llegar a mi puerta en el cuarto piso, decido masturbarme y leer en francés, no necesariamente en ese orden. Un par de páginas de *Combat et mértamorphose d'une femme,* una novela corta de Édouard Louis, una madre narrada por su hijo, párrafos breves, lenguaje directo, que me está gustando y puedo leer casi de corrido sin tirar de diccionario para practicar mi francés. Eso y pajearme, que a mi edad es bueno para la próstata. Al menos veintiuna eyaculaciones al mes para evitar problemas. Lo leí en algún sitio. Estoy lejos de esa recomendación. Entro en casa pensando en Sonia, en su pelo rubio, en sus ojos verdes, en sus pechos, su boca. Me quito la chaqueta de lino, me pongo un dedo de agua en un vaso para tomarme la Dormidina 12,5 mg y el Vesomni para la nocturia, palabra que siempre me trae a la cabeza imágenes de películas Z de vampiras tetonas, y saco, por un instante, a Sonia de mi imaginación. Me lavo la cara y los dientes, me desnudo, dejo la novela en la mesilla, abro la cama y me tumbo espatarrado, boca arriba y con un par de clínex en la mano izquierda. La paja primero, el francés después. No es que lo haya decidido así, pero no me parece mal. Leeré más relajado. Me mojo la mano derecha con saliva y acaricio mi polla flácida. Cierro los ojos y evoco de nuevo a Sonia, la forma en que me la chupaba. Cómo a veces, si sentía que me iba a correr, se sacaba mi pene de la boca y se lo frotaba contra la piel de su mejilla derecha para retrasarlo. Eso me encantaba. Se me cruza la imagen de otra novia, sentada sobre mí. Una con la que acabé muy mal. Luego se me aparece mi madre, pelando patatas. Esta interferencia no me ayuda con la erección. Me

la toco con más fuerza, vuelvo a humedecer la mano. Pero la paja falla porque, de pronto, la imaginación mezcla recuerdos, mujeres y cosas distintas. Todo es confusión, ruido, como si un mono loco se sujetara el pene con una mano y con la otra girara frenético el dial de una antigua radio con mucha estática. Quiero pensar en Sonia, en el sexo con Sonia, en su boca, pero su imagen parpadea y se diluye.

De pronto me siento patético con el miembro pequeño, blando en la mano mojada. Sonia. Los últimos años, ¿dos?, nuestra vida sexual desapareció. No de golpe, no. Simplemente se fue apagando, perdiendo espontaneidad. Empezamos a quedar para follar, a marcar días, horas, para hacerlo. Obligándonos. Y la medicación para la vejiga tampoco ayudó, me bajó la libido y me hacía retroeyacular. Bromeábamos con eso.

—¡Es normal! ¡Con los años, no vamos a estar follando como cuando nos conocimos! —reía ella— ¡No somos bonobos!

—Imagínate qué estrés —reía yo—. Además, las putas pastillas… ¡Pero yo te deseo!

—Y yo a ti, chiquitín.

Pero detrás de la risa asomaba ya una mueca torcida, una sensación de que siempre había algo más que hacer, algo mejor, más urgente o necesario que acostarse o follar contra una mesa. Simplemente dejamos de hacerlo, de querer estar juntos. Me seco la mano y la polla con los clínex, hago una pelota y la dejo en la mesilla. Me cubro con la sábana y el edredón. Ahora tengo los ojos muy abiertos, fijos en el redondel de luz que su lámpara de la mesilla proyecta en el techo. Sonia.

—A mí me gusta mirarte, que me beses. La ternura.

—Ya, y a mí —contestaba yo, callando que sí, que aquello estaba muy bien, pero que nosotros habíamos sido toda la vida de follar mucho y bien y que lo extrañaba. Que me asustaba la facilidad con que el sexo había desaparecido de nuestras vidas. Que sentía que habíamos ido demasiado lejos con las pequeñas traiciones a las

personas que fuimos, a amarse, cuidarse, buscando la salvación cotidiana.

Saco las gafas de leer del estuche que hay en la mesilla y agarro la novela de Louis. La abro por donde doblé la esquina de una página. Fijo los ojos en el primer párrafo. Pero no leo. Miro, pero no veo. Estoy solo porque me lo merezco. Un profundo pero difuso sentimiento de miedo me ha crecido dentro. De miedo a todo y a nada en concreto. Y de vergüenza. Me siento cada vez más pequeño, huérfano de casi todas las certezas. Con cada paso he herido a alguien, cada palabra ha estropeado una esperanza. Cada acto, arruinado una posibilidad. Me siento impotente e incluso temo que el pene, de no usarlo, se me meta dentro del cuerpo y me cause la muerte, como a esos asiáticos que padecen el síndrome de Koro. Quienes sufren ese trastorno psiquiátrico creen que el encogimiento del pene, que se retrae hasta desaparecer en la cavidad abdominal, avisa de su muerte inminente. Temo que, a la manera de los antiguos griegos, mi destino esté escrito y que nada de lo que haga pueda cambiarlo. Y que esta *ananké* carece de épica o tragedia, que mi destino irrevocable es ser uno más, un escritor y una persona mediocre. ¿Acaso en la lotería de las vidas y los destinos abundan las grandezas, lo excepcional? ¿Desearlo no es frustrarse?

Dejo el libro y las gafas en la mesilla, con un gotero me pongo un poco de CBD bajo la lengua y apago la luz. Pero, en la oscuridad casi absoluta, sigo con los ojos abiertos, clavados en el mismo punto de un techo que no veo.

Sonia —le digo a la negrura—, durante dieciséis años, como ser uno es muy poca cosa, formamos un ser de dos, bicéfalo, uno cuya mitad volaba de aquí para allá envuelta en ruido de turbinas y megafonías de aeropuerto, mientras su otra mitad escribía en silencio y que, cuando se juntaban, no necesitaban de nada ni de nadie más para ser felices. Un amor fuerte que no negaba sus diferencias, sino que las honraba. No una emoción pasajera, sino una construcción en el tiempo. Pero, Sonia, no tener hijos nos

condenó a no crecer con ellos, a ser unos adolescentes egoístas para siempre.

Luego me digo que eso de tu otra mitad y las medias naranjas es mentira, es tóxico y una horterada insufrible.

Cierro los ojos.

7

Sigo dando vueltas.

Después de Sonia no ha habido nadie. Alguna relación de una noche con desconocidas, nunca novias. Irse a la cama con alguien no es tan difícil, lo complicado es despertarse con esa persona y que te siga gustando. Y lo quimérico es que esto pase una y otra vez durante una convivencia de años, ¿verdad, Sonia?

El fantasma de Sonia, quien abandonó el barco que se hundía pocos años después de aquella pandemia que se llevó a tantos. Casi todas las parejas terminan en eso, en engaños y decepciones. Las más largas acaban en heridas más profundas.

Yo podría haber seguido, pero ella no aguantó el derrumbe, el colapso de sus ilusiones que, como las de todo ser humano, tienen algo de arquitectura imposible, irreal. Qué cierto eso de que el enamoramiento es el tiempo en el que idealizas a un perfecto desconocido con quien decides convivir, follar. Y que dura lo que tardas en conocer a esa persona, a esa extraña.

Otra vuelta en la cama. Y otra.

Sonia mirándome con una ternura ofensiva, repugnante, antes de decirme que huir es el privilegio de los egoístas. Intento pensar en esa casa en el campo. Sí, necesito salir de aquí. ¡Tenía que haberle pedido más detalles a Paola pero, como siempre, estaba demasiado ocupado hablando de mí! La gente no escucha, pero adora que los escuchen. Y yo no soy distinto a la gente. Bostezo. Decidido. Mañana escribiré o llamaré a la tal Lucía. Paola no me dio detalles de la ubicación. Dijo algo de olivares, así que para el norte no será. Si tiene sitio para mí, viajaré a esa casa antes de que los martillazos, la

soledad contagiosa de doña Herminia y los recuerdos que me aplastan me vuelvan loco. Tengo que escribir. Los escritores escriben. Recuerdo que Bolaño, escribiendo sobre literatura y enfermedad, cita un poema de Mallarmé. Si la carne es triste —la mía ahora lo es— y ya se han leído todos los libros —sí, todos los libros son el mismo libro con distintas tapas—, qué queda que nos rescate del hastío salvo el horror. Y sí, mi vida transcurre entre el aburrimiento de mí mismo y algún susto exógeno, formas plebeyas del hastío y el horror. Sí, iré a esa casa huyendo de esta. Escribiré.

Sonia.

Sonia.

Sonia…

Intentamos hablar de lo que nos pasaba, actuar como adultos, buscar soluciones. Pero nos fuimos quedando en silencio, mudos. Los sexos tan inertes como nuestras lenguas. Nos fuimos citando, silenciosos pero puntuales, con nuestra derrota. Y como pasa siempre, cuando llegó la definitiva no supe reconocerla. Me tomó por sorpresa. No ayudaba que ambos fuéramos a la vez enemigos y desertores de un mismo bando.

¿Por qué el amor iba a ser ajeno a las leyes de la termodinámica, al caos, a la entropía? A falta de energía, el destino del universo es la muerte térmica. Eso es lo que nos pasó. No supimos, o no quisimos, meter más vida en nuestra pareja, y nuestro mundo de dos se heló.

Me duermo.

8

Estoy dentro de un avión, uno muy grande, tanto que no veo el final del pasillo. Sentado junto a Sonia —es ella, pero parece distinta, más alta, más joven. Yo soy yo, viejo como cuando me metí en la cama—, vamos de pasajeros, pero ambos llevamos uniformes que podrían ser de Iberia. Estoy nervioso. Sudo. Sonia, que lee el *Malleus Maleficarum*, suspira, me mira y me dice que todo va bien. Que reparta los regalos a los niños.

Me doy cuenta de que ya estoy en el pasillo y de que el avión se mueve. Llevo en la mano pegatinas de muñecos de Disney y avioncitos y cuadernitos para colorear. Nadie me lo ha dicho, no veo a Sonia, pero sé que ahora yo también soy azafato, que tengo que darles eso a los niños y deprisa porque el avión del pasillo interminable está a punto de despegar. Voy casi corriendo de atrás hacia adelante, así que solo veo coronillas, brazos y piernas. Cuando intuyo unos miembros más pequeños, unas piernitas que cuelgan del borde del asiento, poco menos que tiro los regalos al regazo de los niños.

—¡Toma, bonita! ¡Toma, bonito!

Una voz grave me contesta a mi espalda.

—¡Bonito tu puta madre!

Me giro sin dejar de correr y veo que he tomado a un enano por un niño. No tengo tiempo de disculparme. Las luces del aeropuerto, ¿o es una ciudad?, pasan a una velocidad infernal por las ventanillas del fuselaje y me angustia no llegar a mi puesto de despegue junto a Sonia, al transportín. Me parece que corro sin moverme sobre la moqueta del pasillo sin fin.

De pronto estoy con ella en la cabina, saludando a un comandante, un tipo bajito, tan pequeño que podría ser un niño si no fuera por un bigotón enorme bajo la narizota que sostiene sus Ray-Ban de espejo y su voz tonante.

—¡Hola, guapa! —dice mientras se ajusta unos guantes de fina piel, de esos calados y sin dedos que usaban los conductores de rally y que encuentro exagerados para pilotar un avión comercial.

—¡Hola, Paco! —contestan a coro, sonrientes, Sonia y otras tres chicas uniformadas, todas con colas de caballo y perlitas en las orejas, que hasta ese momento no había visto en la cabina.

—Hola, Pac… —saludo yo también, pero no puedo terminar la frase porque el bigotón me corta de manera tajante.

—¡Para usted, comandante Villegas! Vaya a hacerme un café.

Salgo mientras Sonia y las otras chicas me miran con reproche y me dicen que cómo se me ocurre tutearle, que habrase visto torpeza, que a los pilotos solo los tutean las azafatas guapas. Que me vaya a la mierda de allí. Al salir de la cabina, aunque sé que estoy en un avión, lo que veo es a Herminia limpiándose el culo con la mano y poniendo su mierda en unas macetas. Intento hablar con ella, pero la mujer me ignora y sigue abonando geranios. No puedo detenerme, no sé por qué, pero no puedo. Miro a mi alrededor y solo veo gente durmiendo en los asientos. Parecen muertos, pero sé que solo duermen. Todos menos un tipo gordo que pulsa frenético el botón para llamar a los TCP. Lo pulsa y luego pega la boca al regulador del aire sobre el asiento, pulsa y luego grita algo que no consigo oír a la boquilla giratoria una y otra vez. Cuando llego por fin hasta el pasajero obeso, le pregunto qué le pasa, que si quiere algo.

—¡Claro que quiero algo, llevo pidiendo un paracaídas y una Coca-Cola por este micrófono desde que hemos despegado!

Le explico que por ahí solo sale aire, que no puede pedir cosas así por más que grite y le ofrezco firmarle un libro.

—¿Uno suyo? —pregunta suspicaz el hombre, que cada vez parece más gordo y sudoroso.

—O de otro escritor, del que usted quiera —contesto conciliador mientras busco con la mirada a Sonia o a cualquiera de sus compañeras. Pero todo está oscuro y lo único iluminado es el asiento del gordo mórbido que empieza a sentirse atrapado en un asiento que resulta demasiado pequeño para él.

—¡Perfecto, tráigame un libro, el paracaídas, la Coca-Cola, unas almendritas y un hacha para romper los reposabrazos! —me pide finalmente el pasajero cuyas lorzas se desbordan tapando casi por completo el asiento—. ¡Es urgente!

—¡Se lo traeré todo en un par de días y así será urgente de verdad! —grito mientras me alejo.

Ahora camino por el pasillo oscuro y llego hasta un letrero con el nombre de una calle en alemán: Bleichstrasse 46. De pronto estoy con Sonia, sus compañeras y el comandante Villegas a la puerta de una discoteca en Fráncfort. Las chicas se ríen mientras comentan cómo la crema *Vichy pour les jambes fatiguées* lo mismo vasodilata las piernas tras un largo día de vuelo que las pollas, que se ponen gordas y duras aunque frías como el hielo. El piloto va ahora de civil y lleva un polo Lacoste blanco, unos pantalones de pinza caquis y unos mocasines castellanos sin calcetines, va repeinado y, pese a ser de noche, sigue llevando las Ray-Ban Aviator. Le digo a Sonia que de no ser por el mostacho parecería un niño pijo, pero que gracias al poblado bigote es más un miniguerrillero de Cristo Rey. Sonia se ríe y me dice que entre, que voy a flipar con el Funkadelic.

—¡Aquí bailan los soldados de Ramstein, la mayor base yanqui de Europa, pinchan el mejor tecno y funk de Detroit! ¡Vamos, entra!

Todos estamos en una pista llena hasta los topes de hombres con atuendos estrafalarios pegando saltos. Nos unimos. Bailamos. El comandante Paco se acerca y me dice «Azafato, no sea usted tan maricón, los hombres no bailan, vamos a beber, esto está lleno de negros, negros enormes, ¡hay que defender a nuestras mujeres de esas bestias!». Sonia y las compañeras de las colas de caballo y las perlitas danzan como bacantes con negros y rubios altísimos, musculosos. Quiero ir hacia ellas pero, por alguna extraña razón,

sigo pegado al enano racista que trasiega un güisqui tras otro. «Yo volaba antes en el ejército —me dice—, un Phantom, tengo pistola. Los americanos son unos mierdas, yo he hecho maniobras con ellos, no tienen cojones, no como los españoles. Ellos tienen dinero, nosotros cojones. ¡Ah, los altos de San Juan!».

Llamo a Sonia y ella se acerca con las chicas.

—Sonia, vámonos, el comandante está borracho, tiene muy mal vino. Y mañana volamos temprano.

—Tranquilo, le forramos con periódicos los cristales de la cabina para que duerma y el segundo…

—¿Qué segundo?

—El segundo piloto.

—¿Hay otro piloto?

—Siempre van dos. El segundo hará el salto.

—¿Qué salto?

—El vuelo, volará el avión. Aterrizan y despegan solos. Mira qué bien se lo están pasando las chicas.

Las de las colas de caballo y las perlitas están ahora desnudas, enroscadas en los cuerpos de los negros y rubios enormes, líquidas, deslizándose por ellos como por toboganes aceitados hasta caer de boca en el coño de otra o encajarse una polla descomunal. Tengo dificultad para distinguir dónde empieza y acaba cada cuerpo, dónde las azafatas y dónde los marines. Me palpo la ingle y no encuentro mi sexo. Le pregunto a Sonia si ella me ha robado la polla y que dónde la ha escondido.

—¿Me estás llamando bruja?

—Sí.

—Tu pene está con otros muchos en un nido, en la copa de un árbol muy alto, piando.

—¿Y cómo lo recupero?

—¡Mira, Diego, ahí están Liza y Andy! —En una mesa ve a Liza Minnelli vestida y maquillada como la Sally Bowles de *Cabaret* esnifando cocaína bajo la mirada de Andy Warhol, mi amigo Guille y Wagner.

—¡Sí, y están con Guille y con Richard Wagner! —exclamo entusiasmado. Pero entonces veo que las compañeras de Sonia y los marines han entrelazado tanto piernas y brazos sudados, pollas, coños y bocas húmedas, pegajosas, que han formado una especie de ente único, que late y jadea, un Rey Rata.

—¡Sonia, el Rey Rata es de muy mal agüero, anuncia plagas y calamidades!

—¡No te preocupes, le forramos la cabina de papel de periódico, lo hacemos mucho! —contesta ella caminando hacia esa nueva criatura llena de ojos, bocas, miembros y sexos. Intenta detenerla, le grito que pare, que vuelva. Y entonces oigo al comandante Villegas, completamente beodo, gritar con un vozarrón impropio de su reducido tamaño.

—¡Arriba España, negros de mierda!

Le veo enarbolar una pistola. Ya no lleva un Lacoste. Va vestido de legionario, lleva un parche y parece un diminuto y cazallero Millán Astray. Dispara y dispara, pero no parece herir a nadie en el Funkadelic, todos siguen jodiendo y bailando. Liza esnifando. Ahora veo a Winifred Wagner, la nuera del compositor, una enorme matrona sentada a horcajadas sobre la cara de Hitler, meándole en la boca, mientras Guille palmea divertido y…

Unas tremendas ganas de orinar me despiertan y esta vez agradezco que mi vejiga me rescate de un sueño tan vívido. Pese a la medicación, la nocturia me despierta entre dos y cuatro veces por noche para mear. Eso impide que entre mucho tiempo en sueño profundo y me mantiene en el limbo onírico del dormitar ligero, en esa tierra de nadie entre el olvido absoluto, reparador, y las narrativas disparatadas de pesadillas y alucinaciones nocturnas. Meo a golpes y sitúo el origen de la pesadilla en una línea en la que acompañé a Sonia a Fráncfort y luego me quedé para la Feria del Libro. Regreso a la cama intentando no despejarme demasiado. Agotado, no vuelvo a soñar y me despiertan los martillazos habituales.

9

Tras desayunar, escribo un wasap a Lucía, al número que me dio Paola. La respuesta se demora más de una hora, así que el aviso que ilumina el móvil me sorprende con los dedos engarfiados sobre el teclado del ordenador, temblando dudosos sobre las letras, sin atreverse a formar palabras en la hoja en blanco de la pantalla. El teléfono vuelve a iluminarse y a vibrar, lo miro, devuelvo los ojos a la nada de la pantalla, apoyo las manos en la mesa, suspiro y me saco de las orejas los tapones que me había metido para intentar aislarme de las obras. Ahora escucho perfectamente un nuevo pitido junto a los martillazos, gritos y radiales.

—Para poder escribir hace falta silencio, para poder empezar o concluir algo hace falta silencio —digo para mí, temeroso de que si solo pienso las cosas el estruendo las borrará. Confiado en que cuando encuentre la paz acústica las palabras fluirían, atrapando ideas, sensaciones, dando voz a personas imaginadas a partir de otras muy reales, principalmente yo, pues todos los personajes de una novela tienen mucho del autor, de lo que sabe y de lo que ignora de sí mismo, y está bien que así sea. Escribe de lo que conoces y… Otro pitido me saca de esa digresión y me hace torcer el gesto. La mensajería digital tiene ciertos protocolos y espero que la tal Lucía no sea de esas personas que fraccionan los mensajes en muchos textos, apenas frases, que tendré que ir esperando con impaciencia mientras soporto sonidos y vibraciones. Yo suelo redactar un texto con toda la información. Claro que soy escritor y se supone que tengo una buena relación con la palabra, cincelada

en frases claras, contundentes. No sin un punto de ansia, clavo la mirada en el móvil. Nada. Silencio. Suspiro, agarro el teléfono y leo.

Hola, soy Lucía Guevara, la amiga de Paola.

Bien, una frase no muy larga que explica el quién. Sigo leyendo.

Me ha dicho que te gustaría pasar unos días en mi casa, que buscas tranquilidad para escribir. Te aseguro que aquí la encontrarás.

Y ahora el porqué, incluyendo una promesa de felicidad.

He leído varias novelas tuyas y me encantaron.

Encuentro simpático el tuteo y el toque personal del halago, la cercanía que supone. Si no insiste en ello en el siguiente mensaje, no empezaré a temer que sea algo tan molesto como una fan o una sicópata tipo *Misery.*

Llama cuando tengas un momento y vemos si tengo sitio en las fechas que necesitas.

Perfecto, un toque de realidad y la advertencia de una razonable adversidad disipan los temores anteriores.

Me hago una taza de café, negro, sin azúcar. Y me doy el tiempo de bebérmelo para llamar a Lucía Guevara. De manera inevitable imagino cómo será la persona, la voz que contestará a mi llamada. Ese es uno de mis problemas. Siempre anticipo, imagino, lo que vendrá, lo adorno, lo siembro como posible inicio de un relato nuevo. Y lo normal es que luego todo me decepcione. Que no pase nada tal cual lo imaginé. Diego Roca, asúmelo, tienes un problema con la realidad. La realidad no basta para vivir, desde luego no a ti. Homero, Shakespeare, Cervantes hacían convivir a los humanos con seres fantásticos. Y ese es el único mundo que merece la pena, por eso escribo y fantaseo. La realidad nunca es suficiente.

Me asomo al balcón. El sol está alto. Miro a la calle. Las personas buscan caminar por la acera en sombra, escapar del calor que, cada vez más fuerte, más largo, acabará por incinerarnos, por matarnos a golpes. Y, sin embargo, en mi casa, café en mano, siento frío. Un frío que dura ya años.

«La ausencia es una forma de invierno», recuerdo este verso de García Montero y bebo un sorbo de café. Sonia, todo lo pones en Sonia. Te mientes, acéptalo, Diego. Ella ya no es, no está, no tiene culpa. Otro sorbo. Pero el duelo tiene una relación libidinosa, erótica, con la persona perdida, en la que se concentra todo el deseo frustrado por la muerte o la ausencia.

La depresión, que es lo que me acecha, es difusa, se alimenta de muchas decepciones distintas hasta conformar un espejo roto, donde me reflejo en todas mis derrotas, reales o imaginarias. En la fosa entre quién quise o creí ser y quién soy, vive el monstruo pegajoso de la autoagresión.

En una sociedad que nos aísla, sin los ojos del otro, de la pareja, la compañera o el camarada, estamos condenados a la depresión. A estar solos con nosotros, con nuestros sueños, necesidades y anhelos insatisfechos hasta resultarnos insoportables como personas. Esclavizados por el «tú puedes» que nos susurra o nos grita el único tirano al que es imposible no obedecer: uno mismo. Preso y carcelero a la vez. Llevo tiempo en eso, demasiado.

Llamo a Lucía, que descuelga pronto. La conversación es corta, precisa, pero educada y agradable. El tuteo es inmediato y natural. Sí, tiene sitio en los próximos días. ¿Una semana? Sin problema. Sí, estarás tranquilo. Incluye desayuno, por supuesto, y si quieres pensión completa también. ¿Dónde? En Extremadura, cerca de Alburquerque, en la Sierra de San Pedro. ¿Conoces la zona? Sí —miento sin saber por qué— estuve hace mucho, de paso a Portugal. ¿Vendrás en tren hasta Badajoz? No te lo recomiendo. No, iré en coche, así me podré mover por allí. ¿La casa es grande? Sí, es un antiguo cortijo, además —precisa ella—, la casa de invitados está separada de la principal. ¿Comes de todo, alguna alergia, eres

vegetariano? ¡Tranquila, soy omnívoro! Ríen. Trae bañador, hay piscina. Ah, ¿sí? Sí. Llegaré pasado mañana, ¿está bien? Perfecto. Diego… ¿Qué? No me has preguntado el precio. ¡Ja, ja, ja, es verdad! Pensaba mirarlo en la página web. No tengo página web. ¿No? No… ¡Ah! ¿Y qué cuesta? Son 120 euros por noche, con desayuno, 140 si comes y cenas aquí. Me parece bien, Lucía. Vale, ahora te mando la localización por WhatsApp. El cortijo se llama Las Encinas Azules. Nos despedimos. Me quedo pensativo. La voz de Lucía me parece bonita, propia de una mujer madura, una atractiva mezcla de gravedad tonal y simpatía. No he identificado ningún acento regional, así que debe tener el mismo que yo, ese fuerte deje madrileño que detectan al instante los que no son de aquí y que nos resulta imperceptible a los de la capital. Sí, o es de Madrid o se ha criado aquí. Una voz segura, una pronunciación clara, que denota una educación esmerada, seguramente hija de una clase media, media alta, profesional. Ni rica ni aristócrata de cuna. Esos, desde que los reyes y nobles de este país decidieron, a finales del XVIII, que lo divertido era imitar a manolas y chisperos, disfrazarse como ellos, hablan como el culo y lo venden como campechanía en una astuta concesión al populacho. ¿Oís?, somos como vosotros, no como esos políticos e intelectuales que os desprecian. Intencionada confusión que nada tiene que ver con las estrictas castas sociales separadas por el habla en el Reino Unido o la monarquía republicana de Francia. Esta maña, aunque no salvó a nuestros reyes de algún exilio, sí les evitó guillotinas. No, Lucía es hija de una clase media cultivada, aspiracional, en la que la educación y el buen tono gozaban de prestigio.

Un nuevo aviso me saca de estas elucubraciones. Lucía me envía la localización exacta del cortijo, muy cerca de Alburquerque. Miro en internet y, pese a que lo tenía ya más que decidido, comparo las alternativas entre coche y tren. Distancia: unos 350 kilómetros y, conduciendo, el tiempo de viaje estimado es de tres horas y cuarenta y cinco minutos, dependiendo del tráfico y las paradas que haga. En tren iría hasta Badajoz, unas cinco horas, y luego tendría

que tomar un bus o un taxi. Eso si el tren no arde y no acabamos todos andando por las vías. O ahogados en su interior al fallar el aire acondicionado. Como destellos pasan por mi cabeza imágenes de gente nerviosa, gritando, golpes de calor y personas sudorosas arrastrando a duras penas maletitas con ruedas por un talud de balasto. Descartado. Además, aunque no pienso levantar el culo de la silla y escribir todo lo que pueda, tener mi coche me permitirá escapar si la cosa no resulta bien y la tal Lucía es una pesada o la casa incómoda. Anclado en la inmovilidad de quien vive sintiendo que puede romperse y todo le cuesta un mundo, percibo la llamada de la aventura, de lo desconocido, un hilo que me une a Amundsen o Livingstone. A las hileras de miles de camellos que se arrodillan a una señal de sus amos en el *caravanserai* que describe Stefan Zweig. Con los héroes de las novelas rusas y yanquis que dejan atrás la civilización corrupta y se van a purificarse a los espacios infinitos poblados por cosacos y pieles rojas. ¿Será este viaje el semillero de mi *Walden*? Me hago un café bien cargado, me siento frente al ordenador y miro con más detalle la ruta a seguir desde el centro de Madrid hasta Alburquerque: salir de la ciudad siguiendo las indicaciones hacia la A-5 (autovía del Suroeste) en dirección a Badajoz. Seguir por la A-5 durante aproximadamente 260 kilómetros. Pasar por Talavera de la Reina y Navalmoral de la Mata. Toma la salida hacia la Ex-209. Cerca de Mérida, toma la salida que te lleve a la Ex-209 en dirección a Alburquerque. Continúa por la Ex-209 hasta llegar a Alburquerque y de ahí, nuevo desvío al cortijo de Lucía, atravesando el hermoso paisaje extremeño. Alburquerque, Badajoz, pero también Albuquerque, Nuevo México. Castillos, *albus quercus*, encinas y robles, toros y cerdos. Iglesias, jamones y tricornios, piedras angulares de la cultura patria, de la de los caínes sempiternos de Cernuda, de los señoritos a caballo o en 4×4 sobre una tierra vaciada. Pero también desierto, cactus, misiones de adobe, comanches, D. H. Lawrence en Taos y escritores *beatniks on the road*, mezclando güisqui, peyote y marihuana, conduciendo al

límite un Hudson Commodore o Cadillacs robados. Perdiéndose al intentar encontrarse, como sucede siempre.

El resto del día se me fue en nada, la nada ajetreada y ansiosa que aplasta mi vida desde hace tiempo.

Me acuesto con ganas de mañana.

10

Descanso bien. He soñado poco, solo recuerdo una cama de hospital y yo tumbado en ella. Un médico venía y me preguntaba si los tenía todos, yo asentía, extendía el brazo derecho y abría el puño. Sobre la palma, ensangrentados, estaban todos mis dientes. El médico los contaba tocándolos con un bolígrafo y sonreía satisfecho. La cama de hospital estaba en un prado, donde había una vaca, un burro atado a un poste y mi amigo Julito, que lo cruzaba tocando la gaita desnudo. Ahí me desperté, con los sonidos del instrumento convertidos en los de un taladro y una sierra radial; si no alegre, sí aliviado.

Desayuno una tostada con aceite, un yogur desnatado, mucho café y un cigarrillo. Pienso en ponerme música en unos auriculares, pero para no añadir ruido al ruido opto por los tapones. Luego me quedo un rato sentado con la mirada perdida, sin saber qué hacer, si preparar la maleta para una semana o intentar escribir un poco. Escojo empacar.

Meto ropa, el neceser, medicamentos y lectura.

Dejo la maleta en la entrada. Me hago otro café, me siento en el escritorio y prendo otro cigarrillo. Enciendo el ordenador, abro un nuevo documento de Word y escribo en negrita.

Sinopsis

Un escritor que no puede trabajar en su piso se va a una casa de campo regentada por una mujer madura. Estando allí…

¿Estando allí qué? En el momento en que me quedo otra vez con los dedos en el aire, indecisos sobre el teclado, unos martillazos

retumban en la casa, en mi cabeza pese a los tapones, en el edificio y en el cosmos. Cierro el ordenador. Llamo a mi amigo Julito y le digo que he soñado con él desnudo tocando la gaita en un prado y que si tiene plan para comer.

—¿Has soñado conmigo en pelotas tocando la gaita en un prado?

—Sí, un *prau*… Debía de ser Asturias. Por la vaca y la gaita.

—Ya. Y tras esa visión te apetece comer conmigo, ¿no?

—Sí. Pero vestidos. Los dos.

—Pues suena tentador, pero no va a poder ser. Tengo mucho lío en el curro.

—Lástima.

Luego le cuento que me voy fuera unos días, buscando la tranquilidad para escribir, y Julito me contesta que qué suerte, que a él le están quitando el teletrabajo que se impuso en la pandemia y cada vez le obligan a ir más días a la oficina. Que está hasta los huevos, que está muy mayor y que solo quiere jubilarse de una puta vez. Relativizo eso de la vejez, si tú estás viejo, yo también, y le hablo entonces de las obras interminables en mi edificio y de cómo atisbo el borde de los acantilados de la locura. De ahí saltamos a comentar las últimas burradas de uno de esos renombrados intelectuales antifranquistas a los que la edad, por interés o por falta de riego en el cerebro, ha convertido en fachas de manual. Julito me dice que a él no le asombra, que todos estos escleróticos lo único que hacen al envejecer es volver al redil de sus orígenes familiares, que nunca fueron otra cosa que niños de papá, hijos de los vencedores de la guerra, que en aquel momento vieron en el antifranquismo una aventura excitante —no eran obreros, a lo más se llevaban un par de bofetadas y ya habría quien los sacara de la DGS— y una manera de matar al padre, metafóricamente hablando. Que a los antifranquistas de verdad los encarcelaban, torturaban, asesinaban o se morían de pena en el exilio. Ya, concedo, añadiendo que eso de ser revolucionario y de izquierdas de chaval y convertirte luego en un tipo de derechas no demuestra sentido común sino que maduraste viendo la tele y sin tocar un libro. De ahí, tras un silencio,

Julito me dice que hace unos días se encontró a Sonia en un restaurante en Sanchinarro, con un hombre que le presentó como Jero, un compañero de trabajo. «¿Jero, un auxiliar de vuelo?». «Sí, un azafato, más joven que nosotros, alto, moreno», contesta Julito y luego se queda en silencio. Yo también callo, prefiero no mostrarme patético preguntándole por qué no me llamó para contármelo y si iban de la mano, si parecían pareja. Tras unos segundos eternos de mutismo, Julito me pregunta si Sonia vive por allí, en Sanchinarro, y le contesto que por Las Tablas, en un ático que se compró en las primeras promociones de ese PAU, por el 2001, y que tuvo alquilado todos los años que vivió conmigo. Noto la incomodidad de Julito, que me dice que tiene que ponerse a trabajar, a enviar correos como loco, que le avise cuando vuelva de mi retiro para vernos, que queda pendiente esa comida, vestidos, y se despide.

¿Jero? ¿En serio? Siento una punzada de celos retrospectivos, que al momento defino como ridícula. Sonia y el tal Jero se conocen desde que entraron en Iberia, salieron de la misma promoción, volaron mucho juntos antes de que Sonia y yo nos enamoráramos. Jero, según lo recuerdo de las veces que le vi, era un tío simpático, ocurrente, muy vital. Uno de esos hombres que conservan siempre algo de adolescente. Sé que tuvieron sus líos antes de que yo empezara con Sonia, pero, aunque soy demasiado viejo para poner la mano en el fuego por nada ni por nadie, no creo que ella me pusiera los cuernos con él. Jero, el chistoso, el de las mil historias. El puto charlatán.

Claro que, ahora que lo pienso, desapareció de nuestra vida bastante de repente. La última vez salimos a cenar con él y otra compañera de Sonia a un italiano por Chueca. Esa noche cenamos pasta y bebimos un Chianti que, por supuesto, eligió él, que sabía de todo. A mí el vino me pareció peleón, sin más. Luego nos fuimos al Honky Tonk, a oír una banda en la que tocaba un amigo de Jero y nos comimos unas pastillas que había traído este de su última línea a Ámsterdam. «Esto aquí no se encuentra», dijo Jero con una sonrisa esquinada. Pensé en rebatirle, en explicarle que por la

globalización capitalista estaban desapareciendo los localismos y había el mismo tipo de mierdas en todas partes, pero me dije que para qué discutir con semejante gilipollas y me puse a bailar con Sonia esperando sentir la pastilla en el estómago.

11

Leo para sacarme a Sonia y a Jero de la cabeza, y por hacer tiempo para bajar a comer de menú. Pero no consigo concentrarme. Pienso en revisar la maleta, pero me da pereza. ¡Yo sé hacer maletas! Decido salir a dar un paseo, caminar hasta el Retiro y asomarme a la Cuesta de Moyano. Lo hago a veces para rebuscar entre los libros y también para comprobar si venden novelas mías de segunda mano y, en caso de ser así, ver si estaban dedicadas para saber quién era el traidor que había malvendido al peso mi obra, encontrarlo y vengarme. Tiro por la plaza de la Luna, bajo por Gran Vía, Alcalá, entro por la puerta de la plaza de la Independencia, esquivo riadas humanas, me salvo por los pelos de un cretino que va a toda pastilla con un patinete, sordo a todo menos a lo que sea que escuche en unos enormes auriculares. Tanto que ni se entera del insulto que le grito y que sí hace girar la cabeza a una pareja de turistas, a una señora mayor y a dos niños que primero se asustan y luego me señalan y se ríen. Me avergüenzo. Siempre hay algo ridículo en un hombre que insulta a voces.

Llego a la Cuesta de Moyano, recorro varias casetas y ojeo curioso libros usados. Nada interesante hasta que doy con un volumen ajado que recoge los *Avisos* de Jerónimo de Barrionuevo, no ya la prensa, sino el Twitter del Madrid del Siglo de Oro. Lectura surrealista *do* la haya. Abro el libro, editado por Castalia en el 96 y, al azar, leo varias de esas cortas noticias, fascinado por la potencia y la calidad de aquel castellano. De pronto, el destino me hace clavar los ojos en uno de los avisos. Barrionuevo habla del caso de don Francisco Guillén del Águila, alcalde de corte, al que mediante

exorcismo le han sacado del cuerpo 990 850 legiones de demonios, concretando que cada una tenía su capitán y se componía de 6666 soldados infernales. Decido comprar el libro, seguro de haber dado con la explicación a mi tristeza, sufrimiento y melancolías. ¡Estoy, sin duda, poseído por legiones de diablos!

Mis pasos me alejan de la Cuesta de Moyano y me llevan hacia Menéndez Pelayo mientras me pregunto si fue una buena idea matar a Dios y con él al Diablo. Cargar al ser humano con la responsabilidad de síndromes, fobias, neuras y otros problemas mentales. Encerrar en nuestra cabeza lo que antes era culpa de ángeles y demonios, hacernos responsables de rompernos, convertir metáforas en medicina. Sin Dios es imposible escribir como Dostoievski. Aunque, sin duda, sustituir hogueras por medicación fue un avance innegable.

Decido tomarme un café en una de sus terrazas. Hojear más avisos. Fumar. Mirar a la gente pasar.

Hace calor. Las terrazas están llenas. Recorro un par sin encontrar una mesa libre. Decido esperar junto a una en la que cuatro jóvenes han terminado sus consumiciones y pagado, a juzgar por el tique y las monedas de céntimos que hay en un plato de plástico. Los chicos no reparan en mí, o si lo hacen, les da igual. Siguen sentados, ajenos a lo que pasa a su alrededor, absortos en las pantallas de sus móviles, de los que no apartan los ojos. Me doy cuenta de que, seguramente, están viendo lo mismo cada uno en su aparato, riendo y comentándolo sin apenas mirarse entre ellos. Le indico a una ajetreada camarera, otra inmigrante de piel cobriza, que los chicos han terminado y no se levantan. Pienso que agitar el fantasma de la falta de rentabilidad, del lucro cesante, y que poner al capitalismo de mi parte funcionará. Me equivoco. La chica me pregunta si me voy a sentar yo solo. Le digo que sí. Tuerce el gesto y me pregunta qué voy a pedir. Contesto que un café. La camarera niega con la cabeza, me dice que las mesas son solo para pedir comida, que tiene a más gente esperando, me da la espalda y se dirige apresurada a tomar

una comanda mientras me deja un mensaje incompleto con acento andino.

—Si solo quiere café, de pie en la ba…

Abro la boca, pero no alcanzo a decir nada. ¿Para qué? Camino y entro en el parque por la puerta de Sainz de Baranda, junto a la Biblioteca Municipal Eugenio Trías, extraño prodigio en Madrid de transmutación de una Casa de Fieras, un cruel zoológico, en un lugar de cultura. A mí tal cambio me parece maravilloso. Mejor libros y gente leyendo —he participado allí en un par de clubs de lectura— que aquella atrocidad que llenó de pesadillas mis primeros recuerdos infantiles: un foso con monos chillones y desquiciados, un elefante llamado Perico que solo tenía un colmillo y comía pan duro. Y un gorila que me parecía enorme y que, encajonado de por vida en una pequeña gruta artificial, se había vuelto loco y arrojaba sus heces a quienes se detenían a mirarlo. No llegaba a la belleza de la Biblioteca Pública Gertrudis Bocanegra, creada en una iglesia del siglo XVI desacralizada por iniciativa de Lázaro Cárdenas en Pátzcuaro, un pueblo mágico de Michoacán, y que conocí fascinado junto a Sonia en un viaje por México tras asistir como invitado a la FIL del Zócalo, en el por entonces D. F. Nada se puede comparar a esa biblioteca en mi fervor anticlerical, pero desde luego me parece estupendo poner una bajo la advocación de un filósofo como Eugenio Trías en un antiguo centro de tortura animal.

Bajo la escalera y me siento en un banco de madera. Estoy solo. Enciendo un cigarrillo.

No consigo dejar de pensar en Sonia y Jero, de preguntarme si acaso los dieciséis años que pasamos juntos Sonia y yo no han sido más que un paréntesis entre el rollo de juventud y el amor maduro, último, de Jero y ella. Si, en realidad, ella estuvo siempre enamorada de ese imbécil. Si se acostaban cuando volaban juntos o coincidían en un hotel. Si… ¡No! No seas estúpido, has vivido años maravillosos con una gran mujer, ni siquiera tú tienes derecho a degradar tus recuerdos, a retorcerlos para herirte o revolcarte en la autoconmiseración. A infectar de dudas lo que fue hermoso solo

porque estés enfermo de nostalgia. ¡Respétate, por Dios! ¡Respeta el personaje que has elegido ser en la novela de tu vida! ¡Tú nunca fuiste celoso! Doy una calada y me niego a mí mismo. Sí, Diego, sí que has sido celoso, inseguro. No un chalado; siempre lo ocultaste bien por miedo a ser patético, débil. Nunca dejaste que te dominaran, pero sí sentiste celos más de una vez.

—Pero… ¿Jero? —Apuro una última calada y, sentado hacia adelante, piso la colilla—. ¡No, hostias, no!

Jero, joder, Jero. ¿Cómo era posible que Sonia aceptara sin más dar ese salto hacia atrás en la escala evolutiva? ¿Ser más joven justificaba esa regresión, pasar sin problemas de convivir con un hombre culto, lleno de referencias y citas oportunas, a un tipo que, sin duchar, peinar y vestir, parecería escapado de alguna sima de Atapuerca? ¿Tan pedante y aburrido me volví para ti? ¿Tan fuerte es la llamada del instinto frente a la convención de la cultura y unos, eso creía, refinamientos compartidos?

Decido pasear y, libro en mano, tomo la dirección del estanque. Me meto entre la gente, los turistas, los niños. Me meto yo y conmigo siguen Sonia, Jero y el elefante Perico. Somos demasiados para caminar entre el tumulto, así que decido ir hacia el Palacio de Cristal. Suele haber menos gente y mis recuerdos y yo estaremos más cómodos. De pronto, ante mí camina un barquillero, con su parpusa, su pañuelito y su chaleco, su ruleta de la suerte y su caja de lata para los barquillos. Me pregunto por qué se aparta de los turistas del estanque. No lleva un caminar apresurado pero sí decidido. No está de paseo. Le sigo. Pasada la Casa de Velázquez diviso más parpusas, alguna sombrilla, un *canotier* aquí y un bombín allá. Al acercarnos al borde del lago frente al Palacio de Cristal, veo a bastante gente mirando hacia el agua, riendo y emitiendo exclamaciones de asombro. Ahí es adonde va el barquillero. Compruebo que Sonia, Jero y el elefante Perico me siguen y voy tras él hacia la gente. ¿Qué están viendo? Justo antes de descubrirlo, una niña con un vestido blanco con volantes, lazos y encajes, medias beis y una especie de cofia pequeña y un niño vestido de

marinerito con su gorrita blanca y todo detienen al barquillero. Los críos quieren jugar a la ruleta, llevarse más de un barquillo si aciertan el número. Un caballero con bombín y su mujer, que se protege con una sombrilla de caña y encaje, los padres, les dicen que no, que hay que ver a la gente esa, pagan diez céntimos y compran a los niños unos barquillos que huelen mucho a canela. Temo que el elefante Perico meta la trompa en todo esto. El barquillero se lleva un par de dedos a la visera de la parpusa, se los da con una sonrisa, los niños los cogen con otra aún más grande, y el vendedor, los padres y los niños se van hacia la barandilla sobre el lago. Los sigo.

En la hierba de la ribera hay unas chozas de palma y unos secaderos de palo. Un carabao, un búfalo de agua, se come el pasto, mientras un indio tagalo le azota el lomo con una cañita para que se mueva y se quite de la entrada de una choza en la que un par de mujeres sentadas en esterillas están tejiendo *nipas,* los sombreros de palma típicos de los arrozales asiáticos. Cuando terminan uno, un hombre vestido con una camisa ancha y *bahag,* un taparrabos con puntas que cuelgan por delante y por detrás, y un *putong* enrollado en la cabeza, se pone el sombrero a manera de demostración y luego se lo ofrece a un par de los mirones, que lo rechazan entre risas, hasta que un tipo con unos grandes bigotes en punta se quita el bombín, se lo pone y, entre risotadas, se estira con los dedos los ojos para achinarlos. Todo el mundo aplaude la ocurrencia. Veo algunas chozas y mujeres más. Cocinan arroz y pescado, cortan frutas exóticas. En el agua hay otro carabao y hombres tagalos pescando con pequeños arpones y redes. Calculo que hay unos cuarenta indígenas filipinos simulando su vida para una muchedumbre de madrileños, paseantes y desocupados, que se asombran y se burlan de ellos con el renombrado y castizo gracejo de los habitantes de la Villa y Corte. La música de un organillero le da a todo un aire de zarzuela de Ruperto Chapí. Uno de los niños les tira un trozo de barquillo.

—¡Qué flacos están los chinos estos!

—¡Es que como tengan que comer de lo que pesquen aquí!

—No son chinos. Son tagalos.

—Ah.

—Pero son casi negros. ¿Los chinos no son amarillos?

—Son tagalos.

Decido alejarme de este zoológico humano, que se ha montado en este año de 1887 junto al Palacio de Cristal para la Exposición General de las Islas Filipinas, para divertimento y asombro de los madrileños. El elefante Perico ya no me sigue. Sonia y Jero tampoco.

Mientras camino hacia la Puerta de Alcalá y siento que de pronto ha refrescado, me da por pensar que Sonia y Jero estuvieron a punto de morir juntos una vez y que eso debe unir mucho. Tuvieron un aterrizaje de emergencia en Burdeos. Sonia me lo contó, aún nerviosa, a la vuelta de esa línea. Recuerdo que nos abrazamos, que hundí los dedos en su pelo, que le susurré al oído que todo estaba bien, que la amaba, que estábamos vivos y juntos, que hicimos el amor y que, pese a las horas transcurridas desde la emergencia, al entrar en ella sentí que seguía temblando.

Jero y la muerte entrevista, imaginada.

Jero y sus chistes.

Jero.

Sonia.

12

Me levanto del banco y vuelvo sobre mis pasos, atravesando el Retiro hacia casa. Sigue haciendo mucho calor, no afloja. Por eso me sorprende cruzarme con un anciano que lleva un fachaleco. ¿Un anciano? ¿Y yo qué soy?. Tengo casi sesenta años. Soy algo más joven que este viejo destemplado que lleva ese chaleco acolchado pese a que hace mucho calor; los ancianos siempre tienen frío. Pero soy más viejo que Sonia y que Jero.

Aunque camino por el centro de Madrid, en mi mente ya bulle el viaje al campo y modula mi mirada sobre los que me cruzo. En otoño e invierno, en mi paseo, vería a muchos individuos, hombres y mujeres de variada edad y condición, vestidos con Barbours, fachalecos acolchados y gorras de visera. Mucho verde oliva y pardo. Urbanitas de derechas vestidos por la nostalgia de cotos, dehesas y montes que nunca poseyeron, de santos inocentes que nunca les sirvieron ni levantaron caza para ellos. Añorantes de pólvoras y perdigones, de sangre y bichos muertos. De esa violencia vicaria de la guerra que es matar o ver matar animales por diversión, en la campiña o en una plaza de toros. ¿Les gustará la caza, el campo? Por estadística, es imposible que todos sean ganaderos, matapatos o revientaperdices. No, es un *habitus*, un código para reconocerse entre ellos, ahorrarse explicaciones, entrar en ciertos lugares y evitar otros. Abrazar o repudiar. Repaso de memoria mi maleta y me pregunto de qué se viste un escritor ateo, republicano, rojo, para retirarse, siquiera unos días, al campo.

Callejeo, comparo lo que veo con la ciudad que recuerdo. Madrid se ha rebelado contra mí como todas las ciudades lo hacen contra

los viejos y los nostálgicos.

La ciudad ha cambiado tanto que ya de nada me sirven los mapas que dibujé con mis pasos, las antiguas cartografías que me explicaban quién era, qué hacía, qué soñaba y, al fin, dónde estaba. Nada más que algunas fachadas vacías quedan de mi Madrid y, de alguna manera, siento que eso no está mal. Que la existencia es eso: un mapa antiguo, uno del tesoro que nos pasamos la vida buscando y nunca encontramos, uno que se va desdibujando. Y que debemos borrarnos para que los nuevos, los que nacen, los jóvenes, los que aman, dibujen sus nuevos mapas y tengan sentido para quienes son como ellos. Si los viejos, mapas y hombres, no nos desvaneciéramos, todo sería un galimatías incomprensible, una madeja imposible de desenredar.

Después me asalta una santa indignación. ¡Puto Jero! ¡Sonia, nosotros también estuvimos a punto de morir una vez! ¿No te acuerdas de cuando casi nos atropella un tranvía en París, paseando por Bobigny? Nos reímos de nuestro despiste. Diego, ¿hay tranvías en París? ¡No tenía ni idea! ¡Coño, además, la viajera eres tú! ¡Has visto la cara de susto del conductor! ¡Le he visto hasta las caries!

Soy novelista, así que me avergüenzo de inmediato. No es lo mismo que te atropelle un tranvía que estrellarte con un montón de gente, de pasados, presentes y posibles futuros cercenados. La verdad es que, en dieciséis años juntos y viajando por el ancho y peligroso mundo, no atisbamos la muerte. El tranvía de París tampoco nos pasó tan cerca. Nos divirtió exagerar nuestro despiste, el atolondramiento de dos enamorados, absortos el uno en el otro y sin ojos para la banalidad de lo que les rodeaba en un rincón de París nada bonito. En todo nuestro tiempo juntos, nada. Ni un choque con el coche. Ni un calambre al nadar. Ni un simple atragantamiento. Ni el fin sorpresivo por un accidente más o menos dramático o ridículo —la muerte, en estos casos, siempre se mueve entre esos dos extremos—, ni el perecer más o menos lento por la enfermedad, un fin triste sin remedio. No, la muerte física nos eludió

con amabilidad. Quizás por eso me sorprendió tanto la agonía de lo nuestro.

Pero sí. Estar vivo es peligroso. Estoy seguro; sé que, por fuerza, la muerte tuvo que rozarnos alguna vez. Siquiera por pura estadística. Así que sí, nosotros también pudimos morir juntos aunque no nos enterásemos.

Y lo pasamos muy bien, nos reímos mucho, Sonia. Risas, sexo, eludir la muerte sabiendo que existe, eso es la felicidad. Fuimos camaradas. Y todo lo tuvimos durante mucho tiempo. Ya son más de dos años sin saber de ti. Ni una llamada. Ni un encuentro casual e incómodo. Ni un chisme de los pocos amigos comunes, pues, como en una guerra civil, la separación los dividió a casi todos en bandos irreconciliables. Tan triste fue el final, el adiós. Todo quedó arrasado, nosotros exhaustos. Dolidos. Yo aún enamorado y culpándome por perderte. ¿De verdad seguía enamorado? ¿Idealizo lo que pasó? No, no lo sé. Fue imposible preservar un espacio común para la ternura, el cariño, alguna forma de respeto. ¿Tanto te hice sufrir? ¿Por qué me tortura ahora tu imagen, tu recuerdo? ¿Por qué? No puede ser simplemente porque Julito me haya contado que estás con Jero. No pueden ser solo celos. No puedo ser tan patético.

A mi edad.

13

El resto del día lo pasé entre esos recuerdos del pasado. Me pregunto si todo ocurrió así o si es una invención *a posteriori*. Sé que así trabaja la memoria, la más fértil y mentirosa escritora, y también que los recuerdos se estropean si los usas mucho.

Hablo con Paola para decirle que mañana me voy al cortijo de su amiga y que espero escribir mucho allí, que tengo un par de ideas muy potentes que…

—¿Ideas? —me interrumpe mi agente y, sin embargo, amiga—. ¿No has arrancado con lo de la distopía? ¿No tienes nada que enseñarme? Yo podría darte…

—Ya sabes que me gusta entregarte las novelas terminadas.

—Pero, Diego, ¿tienes algo escrito?

—Sí, sí… Algo tengo.

Paola no parece muy convencida, quizás porque ni yo mismo me creo lo que he dicho. Intento desviar la conversación.

—Por cierto, tengo una idea para algo juvenil. Una versión *sexy*, mágica y violenta de *Don Juan Tenorio*.

—Ahora tendría más mercado doña Inés que un mito machirulo.

—¡Claro! Doña Inés es tanto o más protagonista. Ya te contaré. Don Juan es un espía y trabaja para el Gran Inquisidor en las guerras mágicas y subterráneas entre el Emperador, Francia e Inglaterra. Existe lo sobrenatural… Hay demonios, monstruos y fantasmas, por supuesto.

—Diego, ¿estás improvisando todo ahora mismo? Te oigo pensar.

—No, no… Bueno, un poco. Don Juan tiene poderes, un monstruo dentro. Tipo Jekyll y Hyde.

—Umm, sigue.

—Es bisexual. No es un mujeriego, un seductor. O, si lo es, es por obligación, por su trabajo de espía. Como esas chicas y chicos que entrenaba el KGB en el sexo para conseguir información. Es una idea… ¿Sabes que hubo un rey francés gay que se rodeaba de un grupo de espadachines homosexuales, sus *mignons*? ¡Se travestían y se batían en duelo!

—¿Sí? ¡Fascinante!

—Ya te contaré. Me divierte la idea de darle la vuelta al mito, intentar crear un mundo.

—¿Algo tipo *Juego de Tronos*?

—Sí, algo así.

—No te pega nada.

—¡Joder, Paola, me pides siempre que escriba algo para jóvenes y, cuando te comento una idea, me dices que no me pega nada!

—¡Es que no te pega nada!

—Me lo tomo como un cumplido. Por supuesto, lo firmaría con seudónimo. Sin fotos del autor, todo muy misterioso. ¡Quizás como una chica!

—¡Ja, ja, ja, ja, me encanta!

Intercambiamos alguna broma más. Me hace feliz hacer reír a mi amiga. Le repito las ganas que tengo de irme a escribir a este retiro. Se lo vuelvo a agradecer. Colgamos.

Suspiro y me pregunto por qué no le habré pedido más detalles sobre la casa.

Bueno, la conoceré mañana.

Hago una última comprobación de mi equipaje.

Pongo la tele. Me aburre la actualidad política nacional, el teatrillo cada vez más acartonado, los muñecos cada vez más hiperbólicos para ocultar su nadería. Me fuerzo a no apartar los ojos, como acto mínimo e íntimo de solidaridad, ante las imágenes de niños despedazados en Gaza. ¡Joder, si ya estamos de acuerdo con llamarlo genocidio, habrá que hacer algo, digo yo! Siento una pena profunda. Y con ella dentro, ceno ligero, me empastillo y me voy a la

cama pensando en aquello de Theodor W. Adorno de que escribir poesía después de Auschwitz era un acto de barbarie. Poesía, música, cine, pintar o escribir novelas después del genocidio de Gaza, ¿qué será? La creación, la cultura y el arte no podrían seguir como si nada tras esta atrocidad y lo que de verdad sería abominable, que es lo que realmente quiso decir Adorno, sería no escribir o crear sobre el horror. Producir mierdas comerciales para anestesiar conciencias. Si algún día escribo esa versión fantástica de Don Juan para jóvenes, irá bien trufada de cargas de profundidad y mensajes de rebeldía contra los poderosos. Bombas no pongo, me falta coraje, así que, pobre Paola, te esperan más novelas de tesis.

Ya acostado, reposando el libro que leo sobre el pecho, me pregunto si soy un hombre aburrido. Sí, desconfianzas por el secreto desvelado aparte —estas cosas nunca tienen una sola razón—, Sonia simplemente se aburrió. Y, si pasó, cómo no lo detecté. Cómo no vi las señales. Pero luego reconozco que, si fue así, si se aburrió hasta el punto de asustarse ante la idea de que eso, yo, fuera lo que le esperaba el resto de su vida, quizás no le faltaba razón y solo habíamos envejecido de maneras distintas e irreconciliables. Porque a mí me parecía que, a mi edad, aburrirse no solo era razonable sino hasta deseable. Hice de joven lo que tocaba, así que no sentía haberme perdido nada. O mucho. No, no he envejecido queriendo vivir una segunda juventud. Claro que ella era mucho más joven. ¿Al final fue eso? ¿Se cansó de estar con un viejo? El problema de este puto mundo, de la política y las vidas espectacularizadas, es la incapacidad de la gente de aceptar y abrazar el aburrimiento como un ideal. Una vida tranquila y sin sobresaltos me parece algo a lo que aspirar. Goethe escribió que ser feliz consiste en limitarse. O algo así. Lo que tengo claro es que el miedo a aburrirse y a la melancolía está en el origen de muchas historias desgraciadas, rupturas, accidentes penosos, guerras y muertes terribles. Como los gilipollas que se matan haciéndose selfis. Y eso que ya sabían los poetas antiguos ahora se llama FOMO.

De todos modos, es inútil intentar razonar el amor. O el desamor. Razonar lo que se siente.

Dejo el libro y las gafas en la mesilla, me incrusto los tapones en los oídos y apago la luz.

Con los ojos abiertos en la oscuridad, fijos más en la memoria que en un techo que no veo, me pregunto si el no haber sido nunca el proveedor en la pareja —Sonia ganaba más que yo— y despojarme con los años de la sexualidad voraz que se exigía al hombre desde siempre, según los preceptos del patriarcado, había sido liberación, pero también condena. Y no, ¡no me culpo! Abandonar los roles de la masculinidad más tóxica me permitió conocer con Sonia una ternura que nunca antes había vivido. Hablar como nunca lo había hecho con ningún hombre, ningún amigo por cercano que fuera. Ese no fue el problema, por supuesto que no. Esbozo una sonrisa, pero no me dura mucho. Se me borra al recordar cómo, tras hablar como adultos, con cariño, con respeto, y como si nos hubiéramos dicho todo, agotada esa ternura y atascados en nuestros monólogos, los silencios entre nosotros se afilaron. No eran silencios compartidos sino enfrentados. No es igual el silencio de los amantes que el de los decepcionados, que callan por no hacer sangre o reconocer la derrota. Cómo el aburrimiento dio paso sin avisar a una frialdad que solo era conflicto soterrado, malestar, combate entre dos antiguos aliados y ahora enemigos. Cómo llegamos a evitarnos. Cómo un día la miré y solo vi a una extraña. Pensé mil veces en terminar con aquello, enterrar el cadáver de nuestro amor, pero siempre me detenía algo: un gesto familiar, un recuerdo, un objeto, el miedo a la soledad. También a recibir la infamante herida en la espalda del que huye y a que Sonia me despreciara. O a juzgar mal y ser injusto con ella. Con esa mujer a la que no reconocía. Los nervios se me agarraron a la tripa, la tristeza ansiosa me desvelaba. Para ella, fuera quien fuese esa mujer con la que compartía casa, cama e insomnios, la cosa no iba mucho mejor. Luego, un día, esa desconocida me dejó. Habíamos visto los síntomas, estado de acuerdo en el diagnóstico, pero nunca

encontramos el tratamiento. No supimos salvarnos. Y recuerdo, retirando la fina sábana que ahora me sofoca, que en esos días llovía sin parar, por más que el meteorólogo anunciara sol y más sol. Llovía. Y que me sentí estúpido y me quedé con ganas de preguntarte por qué, Sonia, por qué. Nos quedaba lo mejor: la amistad cómplice de los supervivientes, de los correligionarios. Envejecer juntos en medio de pequeñas y grandes catástrofes. Ver desmoronarse el mundo y, apretándonos fuerte la mano, decir: «¡Al menos estamos juntos!». Y me sentí imbécil porque yo, que escribo para entender, que observo todo en los demás para comprender, no me di cuenta de nada hasta que fue demasiado tarde. Ya nunca pude deslizar con suavidad los dedos entre tu pelo y susurrarte, conciliador, el lampedusiano «Se vogliamo che tutto rimanga come'è, bisogna che tutto cambi». Jurarte que estaba dispuesto a esos cambios por no perderte.

Bostezo.

Sonia fue dejando sitio a otras consideraciones sobre la dictadura de la felicidad, la orden cultural de ser feliz, o al menos intentarlo sin desmayo, que nos da esta sociedad idiotizada, compuesta de viejos, pero fascinada por lo joven, a través de los medios, la publicidad o las redes sociales. No, estar triste no es un error moral cuando la felicidad se ha convertido en un producto comercial más. No, Diego, no eres una persona fallida por estar triste. ¡Nadie lo es! Hoy la tristeza es una forma de rebelión. Sí, estoy mal. ¿Qué pasa, cabrones? Lo raro es que todos neguéis estar mal, vuestra felicidad enfermiza, descabellada. ¿No veis el mundo? ¿No tenéis corazón?

Y esto no significa que me rinda, hijos de la gran puta. Significa que el mal apesta la tierra y que deberíamos luchar contra él, volver rabia la tristeza.

Y yo lucho escribiendo.

Mañana me voy al cortijo ese. Y voy a escribir. Soy escritor, no solo un hombre aburrido que es incapaz de olvidar a una mujer.

Escribir.

Esta noche no quiero soñar.

Es lo último que pienso antes de quedarme dormido.

14

Me levanto descansado, me ducho y desayuno ligero. Me siento bien.

Salgo pronto de casa, cargo en el coche una maleta mediana, mi mochila con el ordenador, cuadernos y rotuladores, gafas de sol graduadas y normales, una botella de agua, compruebo que tengo gasolina para, al menos, la mitad del viaje y pienso que para entonces me vendrá bien hacer una parada —si es que la vejiga no me detiene antes— para repostar y picar algo. A las nueve de la mañana ya estoy atrapado en un atasco en la salida de Madrid por la A-5.

Palas excavadoras asomando entre montículos de tierra parda. Pasarelas grafiteadas, edificios iguales de ladrillo rojo que se asoman ahora a una sima profunda que separa los carriles de uno y otro lado. Pese a lo temprano de la hora, el sol muerde ya todo con destellos, prometiendo calcinar este paisaje infernal. Cierro la ventanilla y pongo el aire acondicionado.

Recuerdo que algo había oído de unas obras de soterramiento que durarían meses y que pondrían un parque donde ahora había coches, escondiendo estos bajo tierra. Me maldigo por no haberme informado mejor del caos que generaba reducir a la mitad los carriles habituales y la velocidad a cincuenta kilómetros por hora. Seguramente habría rutas alternativas recomendadas. Pero —reconozco resoplando y tratando de ver cómo de larga es la retención— tengo un desinterés crónico por las informaciones de utilidad pública, anuncios institucionales y boletines locales de radios y televisiones. Además, pienso mientras oigo el ruido de la

maquinaria pesada que trabaja en el arcén izquierdo y que se cuela en el coche pese a llevar los cristales cerrados, el aire puesto y un CD sonando, que quizás el mundo ya no es más que una obra interminable, donde unos rompen, excavan, demuelen inmediatamente lo que otros acaban de erigir, rematar y pintar. Todo en beneficio de unos pocos, que cobran por construir lo que luego destruyen y reparten comisiones a diestro y siniestro. Aquí y, de manera salvaje, en Gaza.

Tamborileando los dedos sobre el volante, con los ojos protegidos por las gafas de sol, inspecciono lo que me rodea. A la derecha y antes de las zanjas, tubos y barreras de hormigón que delimitaban las obras por ese flanco, hay una furgoneta, una de esas Kangoo de reparto. Dentro van dos hombres, ambos con rasgos latinos, uno más mayor que el otro, que gesticulan y ríen sin que yo pueda oír lo que hablan. Debo de estar mirando de manera evidente porque, sin dejar de bromear, veo que el hombre más mayor, el que conduce la ahora detenida furgoneta, me señala con un gesto de la cabeza y le dice algo al joven. Me parece leer en los labios del chico, entre risa y risa, la palabra «maricón». Aparto la mirada con rapidez. Deseo que los coches se muevan pronto y perder de vista la furgoneta. Pero seguimos parados o moviéndonos en paralelo, a golpe de rueda. Quito el CD de *bossa* que venía escuchando desde que me monté en el coche. Chico Buarque calla justo después de cantarles a los *milicos brasileiros*, con ironía optimista, eso de «Você vai se amargar/vendo o dia raiar/Sem lhe pedir licença…». Pongo la radio y Rocío Dúrcal canta: «Ya lo ves, la vida es así/ Tú te vas y yo me quedo aquí/ Lloverá y ya no seré tuya/ Seré la gata bajo la lluviaaaa…». Sonrío. El sol, que centelleaba en un cielo azul, sin una nube, conjura cualquier tentación de tristeza. Muevo el dial justo a tiempo de enterarme de que había retenciones en la A-5, con tráfico lento entre Campamento y Padre Piquer, y que se extienden hasta… No me jodas, ¿sí? Apago la radio que me acusa de poco previsor. «Podrías haber salido algo más tarde, cuando los curritos ya han llegado a donde pollas vayan. ¡Eres escritor! ¡No tienes horarios!».

Por el rabillo del ojo derecho intuyo a los de la Kangoo. Me fuerzo a no mirarlos.

El coche de delante, un 4×4, va lleno de gente. Un hombre calvo al volante. A su lado una mujer con mechas de peluquería cara. Un perro se asoma entre dos cabezas más juveniles y me mira jadeando por la luna trasera. Veo perfectamente la bandera de España en dos tiras colgando en el retrovisor, en el collar del perro y en una pegatina en la puerta del maletero. Me digo que ahí va una gente a la que le preocupa olvidarse de dónde son.

Por el retrovisor veo a una pareja joven en un pequeño utilitario. Camisetas de colores, gafas de sol de colores, pelos de colores. Conduce ella; el chico se inclina —supongo— hacia la radio, buscando música. Ella ríe y mueve la cabeza cantando, el chico sonríe satisfecho y empieza a mover los labios también. Tras unos instantes, él lía un pitillo, pasa la lengua por la pega del papelillo, lo enciende, se lo pone a la chica en la boca y sigue cantando. Van de vacaciones, enamorados y en esa edad en que cualquier cosa parece nueva y divertida. Hasta estar atrapados juntos en un atasco.

La retención dura aún varios kilómetros, que hago encajonado entre el 4×4, la Kangoo y el utilitario.

Tengo tiempo para pensar en la distopía que estoy escribiendo y de ella salto al futurismo de Marinetti, su culto a la velocidad y la máquina. Sonrío al saberme parte de una agónica y lenta caravana que desmentía tales fantasías de que más velocidad, más fuerza y más producción equivalían a más y mejor civilización. Miro de reojo a la Kangoo; los dos tipos ya no se ríen tanto, y me parece una divertida burla de aquella máxima de Marinetti: «Un automóvil rugiente es más bello que la Victoria de Samotracia». No, no lo es. Afortunadamente, cada vez más gente comprende que el progreso no es ni lineal ni infinito, sino que está lleno de desvíos y retrocesos. Y que por eso hay que estar vigilantes para que, mientras se consume el mundo, los nuevos futuristas, los tecnooligarcas que protagonizan lo que escribo y las legiones de imbéciles criptobros

que sueñan con Lamborghinis no nos devuelvan a la violencia fascista.

Luego recuerdo «La autopista del sur», el cuento de Cortázar, y paso otro lento kilómetro tratando de imaginar cómo serían las relaciones entre los currantes de la Kangoo, los patriotas del contaminante 4×4, la parejita del utilitario y yo si todo se detuviera aquí mismo, dando lugar a las necesidades de una pequeña sociedad efímera. Me pregunto qué podría aportar yo a esa comunidad. ¿Palabras? ¿Historias? ¿Poemas? Los currantes sin duda serían más útiles, seguro que tienen habilidades manuales, saberes prácticos. Los chicos aportarían agilidad, entusiasmo y, sin duda, conocimientos digitales. Capacidades sexuales y reproductivas. Algo me dice que los de la banderita y sus crías serían egoístas y, llegado el momento, peligrosos. ¿Con quién se aliarán los trabajadores? Si yo me convertía en la conciencia del grupo, ¿cuánto tardarían en sacrificarme los otros? ¿En convertirme en un *enemigo del pueblo*? De todas maneras, el cuento de Cortázar transcurre en una Francia de clima templado. Las dinámicas serían muy distintas ahora por el calor abrasador, por el calentamiento global. Todo sería más violento.

La parejita feliz del utilitario sigue de risas. Es evidente que disfrutan de estar juntos, incluso en un atasco. No saben, imagino, que el Paraíso solo dura tres horas. Que, como explican el Talmud, la tradición midráshica y algunos padres de la Iglesia, ese breve lapso fue el que pasaron Adán y Eva en el jardín del Edén antes de cagarla para siempre. Es pasmosa la rapidez con la que el ser humano, en condiciones ideales, es capaz de desobedecer a Dios, o a la idea de perfección imposible que representa. Queremos la felicidad eterna, pero somos incapaces de conservarla.

Por los retrovisores laterales intento ver a más personajes para la historia. Pero justo entonces, a la altura de Cuatro Vientos, el espacio entre los coches empieza a aumentar, así como la velocidad y los compañeros de viaje a cambiar. Las máquinas se liberan y, en el cielo imagino a cazas nazis y fascistas, Messerschmitt Bf 109 y

Fiat CR.32, y a los Polikarpov I-16 Mosca republicanos, con base allí, en Cuatro Vientos, persiguiéndose entre sí para despedazarse; hombres y máquinas asesinando máquinas y hombres. Insectos metálicos ensayando aquí para la próxima gran carnicería europea, mundial. Todo muy Marinetti.

Futurismo.

Las máquinas, las de matar, cortar césped o excavar, hay que testarlas antes de venderlas. Eso, entre otras atrocidades, es lo que hacen ahora los israelíes con los palestinos.

A mi abuelo materno, José, que era tapicero en el taller de los Hermanos Lamarca y tenía turno de noche, lo pilló pasando por allí, a la salida del trabajo, una bomba franquista en la calle Barquillo, en el número 40. No lo despedazó la metralla; al parecer lo encontraron entero, pero con los pulmones reventados por la onda expansiva. Así se contó en mi familia, insistiendo en este dato como si tuviera alguna importancia. Porque del resto de esa rama familiar nunca se habló. Mi abuela, viuda de rojo, nunca contó mucho. Ni unos tíos que vi dos veces en vida de ellos. El miedo los calló. De su padre José, el tapicero, decía mi madre que le habían contado desde pequeña que, tras asear el cuerpo, que estaba entero, repeinarlo y vestirlo de domingo, cuando lo iban a enterrar parecía dormido. Poca cosa más. Siempre me gustó pensar que, si hubiera estado unos metros más lejos, se habría salvado; que el azar gobierna nuestra vida. Supongo —no lo sé, eso no lo transmitió la abuela— que entre los escombros de ese edificio de Barquillo sacaron niños despedazados. Es bien sabido que los niños tienen la fastidiosa costumbre de jugar, estudiar o dormir donde caen las bombas, que lo hacen por joder.

El bombardeo lo ejecutaron Las Tres Viudas, las escuadrillas de Junkers Ju 52 nazis que volaban en grupos de tres asesinando a civiles con mezclas de bombas incendiarias y explosivas de entre cincuenta y doscientos cincuenta kilos. Probaturas.

Ahora las prueban son en el laboratorio de crueldad de Gaza.

Y vemos a niños despedazados entre los últimos casos de corrupción y un reportaje sobre playas atestadas.

Hécuba llorando, en la arrasada Troya, el asesinato por los aqueos de su nieto, de un niño, por miedo a lo que pueda ser en el futuro. Hace milenios que se acusa de futuros terroristas a los niños para justificar su asesinato. Niños testarudos que se mueren cuando caen bombas inteligentes, estropeando la versión conveniente del asunto.

El charco eterno de sangre. La historia, universal o personal, no es más que ruinas amontonadas sobre ruinas. Las nuevas sobre las viejas, elevándose al cielo.

Me doy cuenta de que ansío dehesas, olivares y silencio.

Acelero.

15

Mientras conduzco, recuerdo, escucho música en la radio y miro el paisaje que, de cuando en cuando, se me abre a un costado de la autopista. Bajo un cielo añil y un sol blanco furioso, omnipotente, veo las líneas rectas y manchas de colores que el hombre impone a la naturaleza. Josep Pla no viajaba en tren o autobús sin un libro de Spinoza. Influido por este, veía a Dios en el orden de las pequeñas parcelitas del Ampurdán. Sonrío y pienso que es muy propio de un burgués confundir a Dios con la disposición del espacio capitalista.

Me siento alegre, vital y curioso.

A la altura de Talavera de la Reina, los campos de La Mancha me parecen monótonos, una sucesión de grandes pivotes de riego, tierras roturadas por campesinos invisibles. Kilómetros vacíos de vida bajo un sol que quema. Luego, desde la A-5, oteo las primeras edificaciones de pueblos sin gente, con las persianas y los cierres echados. Mi cabeza se va a Latinoamérica y su exceso vital. Allí, cuando viajas en auto o en tren, al otro lado del vidrio siempre pasa algo. Ni grande ni pequeño, ni feo —no del todo— ni bonito. Algo.

Gente vendiendo todo tipo de cosas inverosímiles en lugares improbables. O poniendo puestos de fruta, tacos, elotes, choripanes, empanadas, tamales, arepas, anticuchos, yuca con chicharrón, *coxinhas*, sancochos sobre barrancos sin fondo, en desiertos calcinados y en los bordes empapados de las junglas. Aquí antes había vendedores de melones, sandías, cestería y botijos; supongo que el desarrollo acabó con esos precarios emprendimientos.

Luego, tras dejar a un costado Oropesa y su castillo que lo domina todo, me veo como un Bartleby y pienso en mi fe en que

este viaje pueda salvarme del bloqueo creativo. Y de ahí salto sin remedio, debido a mi tendencia al melodrama —Sonia, a menudo, se burlaba de mí llamándome *drama queen—,* a equiparar eso con mi situación vital. Mi vida se había convertido en un constante «preferiría no hacerlo» que solo podía desembocar en la tumba. Lo que empezó con negaciones que, pensé, me hacían libre, se había convertido en una condena, sobre todo tras la marcha de Sonia.

Eso de conocer a alguien es otra de esas mentiras utilitarias que nos decimos para construir arquitecturas efímeras en las que habitar. Cuanto más tiempo pasa desde que Sonia se fue, desde que todo se heló entre los dos y no volviera a saber de ella, más me doy cuenta de lo poco que la conocía. De lo poco que sabía de esa extraña con la que conviví dieciséis años. La fría cordialidad con la que, pese a la tristeza, Sonia me devolvió la llave, me dijo que hay que saber soltar, que el final no es un fracaso, pero alargar lo muerto y herirse, sí, que ella siempre recordaría lo bonito, lo mejor, de nuestros años juntos, que toma la llave, un beso en la mejilla y adiós. ¿Conocer? ¿Quién coño era esa desconocida que vi salir por la puerta por última vez?

Entre Lagartera y Navalmoral de la Mata, el paisaje en torno a la autovía se vacía de ciudad y se vuelve campo, con salidas que llevan a algún que otro pueblito blanco en la distancia, rodeado de campos y olivares, tendidos en las faldas de alguna sierra rayada por solanas y umbrías. Y yo, el urbanita irredento, recito *De Vita Beata*, un poema de Gil de Biedma:

> En un viejo país ineficiente,
> algo así como España entre dos guerras
> civiles, en un pueblo junto al mar,
> poseer una casa y poca hacienda
> y memoria ninguna. No leer,
> no sufrir, no escribir, no pagar cuentas,
> y vivir como un noble arruinado
> entre las ruinas de mi inteligencia.

Sí, da lo mismo un mar de agua que de olivos. Una isla desierta, no, ¿pero una casa en el campo? ¿Una *dacha*? ¿Una hacienda donde, como Levin o Pierre Bezújov, exiliarme de las convenciones de la ciudad hostil y conectar con la verdad de la existencia? Fresco dentro del coche bien refrigerado, según hago kilómetros me invade de pronto una difusa gratitud, una alegría interna que no sé explicar.

—¡Quizás baste con alejarme de cualquier puta obra, de los martillazos! ¡Retirado a la paz de estos desiertos, con pocos pero doctos libros juntos...!

Luego sonrío, me burlo un poco de mí mismo, de mi irrefrenable tendencia a fabular, espejear vida y lecturas e idealizar románticamente. «¡A escribir, vas a un albergue rural a escribir!».

Pasado Navalmoral, veo a la Guardia Civil haciendo señas de aminorar la velocidad. Obedezco. Luego, en el arcén, un coche patrulla, una ambulancia y un coche de bomberos. El paisaje justo después de un accidente. Un coche se ha salido de la autovía, ha roto el quitamiedos y ahora es un amasijo de chapa arrugada, de hierros retorcidos. Siento que mis llantas pasan sobre algo irregular, cristales o restos plásticos de carrocería, me digo. Aminorando aún más, encerrado en mi vehículo en silencio, sin otro sonido que el aire acondicionado, pienso: exceso de velocidad. La gente corre por no perder tiempo en desplazarse y acaba inmóvil, perdiendo la vida y la posibilidad de ser durante más tiempo. Yo nunca he sido de correr. Tres sanitarios y varios guardias civiles miran a un par de bomberos que tratan de excarcelar a alguien con una sierra radial. Han cubierto lo que queda del coche con mantas, así que no puedo ver la carnicería interior. Justo antes de que otro guardia civil me haga señas de que pase, de que acelere, concluyo, por la actitud de espera de los otros sanitarios y agentes, su falta de actividad, que solo sacarán de ahí uno o varios cadáveres.

Dejo atrás el drama. El sol se cuela por el parabrisas y siento calor pese al aire. Pongo la radio y suena la *Gymnopédie n.º 1: Lent et Douloureux*, de Erik Satie, que me sorprende con su belleza, a veces despreciada por la sobreexplotación de la pieza en cine y

publicidad. Pienso en el azar; esta música hubiera sido un acompañamiento perfecto al drama, la chatarra mortal y el séquito de observadores pacientes, inmóviles salvo los bomberos de la radial, que he visto poco antes. ¡Lástima! Aunque luego me digo, mientras sigo escuchando la maravillosa sencillez —que no simplicidad— de la composición, que si hubiera puesto la radio donde el accidente seguramente habría sonado un reguetón o Georgie Dann, porque sí, porque una de las cosas con las que la vida nos golpea y se burla constantemente de nosotros es la absoluta falta de sincronía entre lo que pasa y lo que esperamos, entre lo que es fuera de nosotros y lo que somos.

El accidente me lleva a pensar que la vida es una aventura que siempre acaba mal, que hasta la vida más prosaica, más vulgar, implica una *Odisea*. O una *Ilíada*. No solo por comer o tener un techo, o que alguien te quiera, sino también por una sucesión de encuentros y adioses con uno mismo, de tormentosas epifanías y naufragios inevitables. Hay épica en vivir, en aceptar eso tan manido de que la vida va en serio. En alcanzar esa edad en la que, como escribe Martin Amis, te llega la certeza de que todo acaba mal, de que la muerte te rodea y estrecha su cerco. De que estás asustado y lo vas a estar cada vez más hasta que te mueras. «La enfermedad. La muerte, ¡cada vez tiran más cerca!», decía mi madre ya de mayor. Philip Roth escribe: «La vejez es una masacre», y yo me pregunto cómo se camina paso a paso, con serenidad, dentro de una carnicería a la que no vas a sobrevivir. Es imposible. Al menos en el caso del artista, del escritor, todo esto se resuelve en material de trabajo y, como siempre pasa cuando alguien se mira mucho el ombligo, la mayoría de las veces —el talento no abunda— en pedantería y autoindulgencias.

Los escritores solo creamos imaginando el desastre. Y yo imagino desastres todo el tiempo, propios y ajenos. El mundo no basta a un novelista, así que yo, un ateo sin dios, creo existencias. Y hay algo profundamente religioso en inventar personajes del barro de lo vivido e insuflarles vida.

El depósito está casi en la reserva. Siento ganas de mear y decido parar en la próxima gasolinera.

16

El aparcamiento frente a la estación de servicio y el restaurante está casi vacío, apenas un par de camiones aparcados al sol, pues no caben bajo los voladizos que dan sombra a tres o cuatro coches. En los surtidores, bajo la marquesina de repostaje, solo veo un 4×4 cargando combustible, así que me dirijo a uno que está libre. En cuanto salgo del coche tras dos horas de aire acondicionado, siento el golpe de un calor excesivo, asfixiante. Debe de haber más de cuarenta grados. Estiro las piernas, la espalda. No veo personal atendiendo los surtidores, pero sí a un cajero tras la mampara de cristal blindado de la tienda. Le hago señas, no me ve. Insisto y al fin repara en mí. Indico el surtidor y el cajero levanta un pulgar en el aire, así que quito la tapa del depósito, descuelgo la manguera y empiezo a bombear gasolina. Mientras lo hago, los veo por primera vez. Un grupo de hombres negros —cuento seis— sentados a la sombra en el asfalto de una plaza de aparcamiento vacía. Parecen esperar. ¿Por qué no entran? Hablan entre ellos, sin estridencias pero sonriendo, bromean mientras se pasan comida que no identifico. Bocados que sacan de una bolsa, sostienen entre los dedos y se llevan a la boca. Me fijo en que no cargan consigo casi nada; su mundo o al menos sus necesidades para unos días, vayan a donde vayan después de esta parada, les cabe en unas bolsas de plástico.

Los africanos son jóvenes. No veo a ninguno que parezca mucho mayor que los otros. Un par de ellos llevan camisetas de la selección española visiblemente falsas, desteñidas. Me imagino que es un intento de decirles a quienes se crucen con ellos algo así como:

«¡Ey, mira, estamos en el mismo equipo!». Los otros, camisetas chillonas y sucias; algunos, gorras de promociones comerciales; todos, pantalones de chándal baratos y zapatillas gastadas. Sigo llenando el depósito mientras los observo. Se abre la puerta de la cafetería y sale un hombre blanco, gordo y con la cara colorada por una vida al sol pese a la gorrilla de visera que lleva. Va en vaqueros, arremangado y en las manos, fuertes, lleva un par de botellas grandes de agua. En su camino hacia los negros pisa indiferente unas florecitas amarillas que han crecido en un pequeño rectángulo de hierba, y pienso que quien mata así unas flores por no desviarse un paso no puede ser bueno con los demás. El gordo, que debe de ser el capataz, les pasa con gesto adusto y pocas palabras, que no oigo, las botellas a los negros, que las agradecen también con leves inclinaciones de la cabeza. Dos litros para seis personas, con este calor. El gordo mira el reloj, dice algo más y vuelve a entrar en la cafetería. Los jornaleros negros —supongo que están en camino a alguna faena agrícola— miran en silencio marcharse al capataz. Su vitalidad y las sonrisas enormes de cuando se encontraban solos han desaparecido. Sin blancos cerca, son otros. Todos se funden en un silencio inmóvil, asustado. Cuando hay blancos, empleadores o no, se apagan, procuran desaparecer, reducir al máximo la posibilidad de llamar la atención, de cagarla. Supongo que son inmigrantes ilegales, sin papeles. Hace poco más de un siglo había que ir a África por ellos, comprarlos o raptarlos, hacinarlos por cientos en las bodegas de los bergantines y goletas de los negreros para cruzar el Atlántico rumbo a América. Pero el capitalismo siempre evoluciona, perfecciona el negocio y la explotación, hasta el punto de que ahora son estos mismos negros quienes pagan lo que no tienen y arriesgan la vida en el Mediterráneo para ser esclavos indocumentados aquí. «¡Es el mercado, imbécil!», me digo justo cuando un par de chasquidos indican que el depósito ya está lleno. Devuelvo la pistola al surtidor, cierro la tapa. ¡Es imposible que los negros no me vean! ¿Por qué no me miran? Lástima. Les sonreiría, tendría un gesto de humanidad con ellos. Nada, me meto en el coche y lo muevo hasta

una plaza en sombra, aparco, agarro mi mochila y entro a pagar, mear y comer algo.

Al abrir la puerta y entrar, siento el golpe del aire acondicionado y me doy cuenta del calor que he pasado fuera, repostando. Mientras pago, sudo por el cambio brusco de temperatura.

—Hola. Ya entiendo que no atendáis fuera. Con este calor.

—Hola. No puedo dejar la caja.

—Ya.

Pago y me voy a los aseos. Meo, me lavo las manos, me seco el sudor con una toalla de papel malo y tengo que despegarme algún trozo de la nuca. Me miro en el espejo. Estoy listo.

Voy a la cafetería. Quizás por lo de los negros de afuera me había figurado algo peor, uno de esos templos franquistas, cinegéticos y taurinos que cada tanto florecen en nuestras carreteras: botellas con Franco, José Antonio o Tejero en las etiquetas, banderas con el águila de San Juan, muñequitos de la Guardia Civil, astas de venado y cabezas de toro disecadas. Quitando el inevitable expositor de navajas, el arma nacional que explica tantas cosas de nuestra psique, y otro de cedés, la cafetería es funcional y carente de encanto. No está vacía pero no hay mucha gente. Me acerco a pedir a la barra. Viene el camarero, un chico flaco con el pelo corto y de punta. Tiene acné y una sonrisa amplia, dentona.

—Buenas. Un pincho de tortilla, un agua y un café solo doble con hielo. Sin azúcar.

—¡Marchando!

—¿Lo lleváis a la mesa? —indico con un gesto una mesa cercana, justo entre la barra y otra mesa con una familia, padre, madre y tres hijos, que están comiendo.

—No, no atendemos mesas. Como estoy yo solo.

—Ah, vale.

Me siento en un taburete alto y miro en mi móvil si tengo alguna llamada. Nada.

También en la barra, a un par de metros, el capataz está terminando un pincho de tortilla y una cerveza.

—¿Te doy algo más para que le saques a los morenos? —pregunta el camarero mientras prepara lo mío.

—¡Naaa!

—¡Joer! A mí me dan penilla. Ahí fuera, con el calor que hace. Pero…

—Pero ¿qué? ¿Te he dicho yo de meterlos?

—No, hombre, no.

—Tranquilo, que ya sabes que no los dejo entrar. Ahí fuera están bien. Además, son africanos, aguantan el calor de cojones.

—No, si por mí… Pero ya sabes que el jefe no quiere a esta gente en el local.

—¡Y bien que hace! ¡Ponme un cafelito con hielo!

—¡Marchando!

Me sorprende con qué naturalidad los dos hombres expresan en voz alta —los oigo hasta yo a un par de metros— su acuerdo con algo que está mal a todas luces. Sin disimulos. Lo fácil que el camarero descarta cualquier reparo moral. Y cómo las fronteras persiguen a esos hombres negros. Las del país, la del sofocante aparcamiento de la gasolinera, la de la cafetería climatizada que los excluye. La del color de su piel. Las fronteras de la visibilidad, pues son hombres que preferirían ser invisibles para quienes no los consideran personas, no como ellas, por miedo a ser humillados, agredidos si los ven. Supongo que ese es el truco: mantenerlos siempre ilegales y amenazados para esclavizarlos mejor. Y necesitan para funcionar que la mezcla de ignorancia arrogante, servilismo ante el fuerte y maldad hacia el débil, se les muestre sin matices, transmitiendo siempre la humillación que reciben de arriba a los aún más pobres que tienen debajo.

¿Qué pasará cuando llegue el colapso y todos nos convirtamos en los negros, moros, panchitos y amarillos de un puñado de ultrarricos encastillados en fortalezas climáticas? De eso irá mi novela, ¿no?

—Aquí tiene. —El camarero me devuelve a la tierra.

—Cóbrame ya, por favor. Con tarjeta.

El chico se va a por el datáfono, vuelve y le pago. Pienso en redondear, pero no, no le dejo ni un céntimo de propina. Me llevo lo mío y me siento en la mesa. La tortilla no está mal.

Ya no sudo.

Un niño rubito de cinco o seis años, creo —nunca he calculado bien las edades de los críos— se separa de la mesa donde pican algo sus padres y hermanos. Va comiendo un polo, un almendrado, y ya tiene chocolate en los bordes de la boca, la camiseta y las manos. Camina hasta la puerta de cristal, demasiado pesada para que la abra aunque la empuja una, dos veces. Miro sorprendido a su familia, ¿cómo es que sus padres no se han levantado enseguida, alarmados por no verlo? No parecen reparar en él, están regañando a la que supongo que es la hija mayor, una preadolescente, por no soltar el móvil ni para comer. El niño mira con ojos inexpresivos a los negros mientras mordisquea su polo. No veo bien su cara, solo un poco el perfil, pero sí que los mira con atención. Intento pensar qué puede sentir al ver a ese grupo de africanos sentados en la sombra pero sobre el asfalto caliente, excluidos del paraíso climatizado de los blancos. De pronto el niño me mira con una cara extrañamente serena. Me mira a los ojos, fijamente. Por un momento siento incomodidad. No sé leer su expresión, la neutra tozudez con que me mira. No soy bueno con los niños. Soy incapaz de sonreírle; sí, me inquieta. Me viene a la cabeza el niño rubito y delator de *El tercer hombre*, el que se chiva de Joseph Cotten y le hace el gesto de degollarlo, si no me hará a mí lo mismo…

—¡Aquí, aquí, a este hombre le gustan los negros! ¡No es racista!

—¡Niño, cállate, hostias! Además, no existen las razas, solo la especie humana —le contesto mentalmente—. ¡Todos somos negros desteñidos!

… porque en un mundo deshumanizado hasta los niños pierden la inocencia. De pronto, el crío mordisquea el resto goteante de su almendrado, pierde todo interés en mí y se vuelve hacia los negros otra vez. Es entonces cuando por fin la madre se levanta y camina hacia él con un montón de servilletas de papel en la mano.

—¡Pero mira cómo te has puesto! —Se acuclilla frente a él y le limpia la boca, la mano y la camiseta—. ¡A ver quién saca estas manchas!

El niño refunfuña, pero no suelta lo que le queda de helado, lo muerde y señala con un dedito a los negros de afuera. La madre los mira un momento y acaricia la cabeza de su hijo.

—¿Te gustaría darles tu polo?

El niño asiente. ¿Por qué no habla? A su edad los niños hablan, ¿no?

—¡Si es que eres más bueno! —La madre se alza, agarra la manita libre del niño y se lo lleva a la mesa.

—¡Qué chico más guapo! —les dice sonriente el capataz al pasar.

—¡Gracias, sí que lo es! —contesta ufana la madre—. Javi, dale las gracias a este señor.

El niño ignora la orden de su madre y al capataz. De pronto me cae mucho mejor y me alegro cuando veo que consigue treparse en una silla sin perder su último trozo de almendrado.

El capataz paga, se despide del camarero y sale. Lo miro desde mi mesa. ¡Hay tantas cosas que se pueden descifrar solo viendo andar a un hombre! Se planta ante los africanos y con aspavientos los hace levantar y caminar hacia uno de los camiones. Va detrás de ellos, como pastoreándolos. Al llegar al vehículo los hace trepar a la caja, que está cubierta con una lona verde, y desaparecen. Ninguno se sienta en la cabina con el capataz, que se pone al volante. El camión se va.

La tortilla está buena, el agua fresca. Trago comida, líquido y culpa.

¿La empatía que siento por esos negros silenciosos, que se esfuerzan en no ser vistos, es real o forzada? ¿Es cultural, ética o instintiva? Creo que es sincera y correcta y, aun así, siento el calor de la culpa y la vergüenza. ¿Vale algo mi empatía si sigo disfrutando de las causas de su opresión, consumiendo sus vidas y recursos para hacer la mía más cómoda? ¿Acaso es imposible ser una persona decente, sin más, en este mundo injusto? ¿Debería yo, progresista

biempensante, cubrir mi cabeza de ceniza, arrodillarme ante ellos, pedir perdón, quitarles las zapatillas sucias y lavarles los pies cansados? ¿Mi solidaridad es solo una forma de calmar mi conciencia, sin efecto en sus vidas? Viendo a esos hombres negros, refugiados a la sombra, hablando en susurros, jóvenes pero ya cansados, asustados, comprendo con claridad meridiana mi privilegio racial y económico, la enorme brecha social que me separa de ellos, forzados por el hambre, la guerra, la desertización y el calor inhumano a dejarlo todo atrás, arriesgar la vida en una patera o saltando concertinas para esto, por un trabajo en semiesclavitud en España. En un país que los necesita, pero no los quiere. ¿Cómo no será la miseria de la que huyen? ¿Solo quien conoce la miseria, quien la vivió en algún momento, puede comprender y amar a los demás? ¿O, por el contrario, la miseria nos vuelve egoístas para siempre? ¡Coño, se ahogan en el Mediterráneo, sí, pero tenemos aguacates y fresas todo el año! ¡Además, de qué se quejan! ¿Acaso no acogemos a estos negros, moros y panchitos que huyen de sus mierdas de países, que son un desastre porque ya se sabe que esta gente es vaga y desorganizada?

No, yo no soy así.

Saco de mi mochila un bloc y un rotulador. Apunto en las notas para mi distopía.

Del niño al capataz: No nacemos odiando, nacemos con gusto por los almendrados y por mirar, con curiosidad pero sin prejuicios. Crecer es aprender a odiar, por la experiencia propia —odio ir al cole, el frío, a Juanito, las acelgas o que me peguen… La realidad externa empieza a afectarnos y nos construimos contra ella— o, sobre todo, por inducción del poder: debes odiar a esos, a los distintos a nosotros, a ti. El odio une mucho, crea fieles (para el científico o, quizás, el más cínico de los tipos en la reunión. ¡Ojo! No puede ser el típico malo que te explica el plan y luego palma. ¿Quizás uno de los oligarcas en el refugio climático?: «La masa está condenada por su misma indiferencia. El odio no tiene solución, está

ahí, va a más. ¿No es lógico que quienes podamos queramos protegernos de él? Usted nos va a ayudar y nosotros lo salvaremos del odio, de la hecatombe. Deal*?». «A mí me hizo ultrarrico la cultura del yo, la multitud global de yoes que me regaló sus datos. ¿Por qué no usarlos ahora para defender mi yo de ellos?»).*

«La modernidad es la época del infierno» (¿W. Benjamin? Creo que sí. Comprobar).

Recuerdo algo, busco un par de páginas atrás en las notas. Sí, aquí está.

«En la actualidad ya no restan más que estas pasiones: odio, disgusto, alergia, aversión, decepción, náusea, repugnancia o repulsión. No se sabe lo que se quiere. Pero sí lo que no se quiere. El proceso de la actualidad es un proceso de rechazo, de desafecto, de alergia. El odio participa de ese paradigma de pasión reaccionaria: yo rechazo, yo no quiero, no entraré en el consenso...» (J. Baudrillard). NOTA: Enlazar las notas en forma de diálogo. Darle acción dramática a la tesis.

Vuelvo a la última página con anotaciones. La familia de la mesa de al lado ahora ríe, el padre se gira hacia el camarero y le hace un gesto pidiéndole la cuenta. El chico asiente sonriendo también. Escribo.

Nadie en España —yo tampoco— estaría dispuesto a realizar los trabajos de los inmigrantes, de esos panchitos, moros y negros que desprecian —yo no—; este país, Europa y el mundo están haciendo el camino inverso al del siglo XIX, están destruyendo las clases medias, si es que tal cosa ha existido alguna vez, para volver a un mundo feudal dominado por los señores tecnológicos, un grupito de putrimillonarios blancos heterosexuales de San Francisco. Mientras, a través de medios y políticos a sueldo, de las redes sociales que poseen, agitan el espantajo del comunismo que va a quitárnoslo todo, estos tech lords *fortifican sus castillos para dejarnos afuera a*

todos, salvo a los siervos que juzguen imprescindibles para tener un apocalipsis confortable. Los pobres, la mayoría, ya viven en una caverna de realidad virtual y pantallas, con el cerebro podrido, hipnotizados por cebos digitales que acrecientan su ira. ENLAZAR LA EXPLOTACIÓN SECULAR DE LOS JORNALEROS ANTES Y AHORA LOS INMIGRANTES con futuro distópico.

Anoto, disfruto el golpeteo de imágenes, palabras, ideas… Abro mis notas, las ojeo. Escribo.

¿Cómo sería un Capitán Nemo pasado por Silicon Valley y el aceleracionismo capitalista ultra libertario de Nick Land?

DESARROLLAR: POR AHORA LA ESTACIÓN ESPACIAL O LA BASE MARCIANA ESPERARÁ, EL CASTILLO LO CONSTRUIRÍA EN TORNO A LOS ACUÍFEROS Y EL LITIO DE LA ENORME PARTE DE LA PATAGONIA QUE SE HA COMPRADO X.

FUERA ESTARÁ EL DESIERTO DE LOS TÁRTAROS.

Cierro la libreta, apuro el último sorbo de café aguado por el hielo derretido.

Suspiro.

De pronto, me asalta la duda eterna, me pregunto si escribir sobre futuros tecnoapocalípticos tiene sentido, pero enseguida me digo que sí. Siento que en mi distopía cabría lo irracional que parece dominar ahora el mundo. Que, aunque esté envuelta en tecnología y cientificismo, ahí podría hablar de versiones modernas de Lucifer, aparecidos y brujas: el individualismo más egoísta, la barbarie que exige servidumbres feudales, esclavistas, la ignorancia fanática, la falta de humanidad y el odio al otro. Escribir una novela gótica. ¿Quién sabe si el cortijo no será mi Villa Diodati? Si por este calor que abrasa la tierra no tendré que confinarme allí bajo tormentas que sacudan el aire con látigos eléctricos y cubran la tierra con cortinas de agua. Yo llevo tal caos dentro que bien puedo ser Percy, Byron, Mary Shelley o Polidori por turnos.

Me levanto.

El niño es el único que me mira. Me sonríe.
Salgo de la cafetería.
Arranco el coche y me prometo no parar ya más hasta el cortijo.

La biblioteca de Alejandría

17

Ya está bajando el sol cuando, pasado Alburquerque, tomo una comarcal según las instrucciones que me envió Lucía. A unos veinte kilómetros veo, sobre un vallado de estacas y alambre de púas, un cartel que indica: «A 500 m entrada al cortijo Las Encinas Azules». Unos metros más adelante, un cerco de mampostería sustituye a la alambrada y por fin se abre, dando acceso a una pista de tierra flanqueada por encinas. Entro. Los árboles no me parecen azules en absoluto, pero sí frondosos. La pista empieza a elevarse ligeramente mientras levanto polvo con el coche. Cuando llevo unos doscientos metros subiendo, tras un pequeño cambio de rasante, aparece un muro blanco, una arquería de entrada de piedra antigua, con su escudo entre volutas y, a los lados, remates con bolas herrerianas. «Poder», me digo mientras escucho repiquetear la gravilla contra los bajos del coche, «dinero viejo». A lo lejos diviso la sierra de San Pedro y, a esta hora al menos, con esta luz, sí me parece azulada. Al cruzar el arco veo por fin el cortijo. Una construcción blanca de dos pisos, rodeada de árboles, olivos y encinas, cubierta de tejas parduzcas, algunas con verdín, ventanas enrejadas. Un pozo rodeado de macetas de cerámica con geranios rojos. Desaparece el polvo y la gravilla, y ahora oigo el batir sordo de los neumáticos contra un pavimento de cantos rodados. La casa tiene una terraza porticada, dos arcadas semicirculares y, en medio, uno más grande tras el cual veo una puerta doble de madera labrada. En los vanos laterales hay grandes argollas de hierro negro, supongo que para atar monturas en su día, y abrevaderos de piedra llenos de flores de colores que no sé nombrar. Justo cuando detengo el coche, se abre

una de las hojas de la puerta y sale una mujer con dos perros. Bajo del vehículo y camino sonriendo y con amplias zancadas hacia ella, que al verme se ha detenido en la terraza bajo la sombra.

—¿Lucía? Soy…

El perro más grande se interpone ladrando en mi camino. Me detengo. Es un mil leches con algo de mastín, mayor, con pelo negro y una lengua que cuelga entre ladrido y ladrido. El otro es una galga pequeña y nerviosa, que se me acerca temerosa, mueve un rabito huesudo y me olisquea para enseguida refugiarse tras las piernas de la mujer.

—¿Te dan miedo los perros? ¿Los guardo?

—No, no, para nada… —miento con aplomo quitándome las gafas de sol—. El grande no muerde, ¿no?

—No, tranquilo. ¡Zar, *sit, sit*! —El perrazo se sienta babeando a los pies de Lucía—. Tina es inofensiva, evidentemente. Y no ladra nunca.

—Se nota —intento recomponer mi maltrecha dignidad, subo con el mayor dinamismo los escalones y le tiendo la mano—. Diego Roca, encantado.

—Lucía Guevara, bienvenido —responde mientras me la estrecha.

Da la mano con firmeza, tanta que me pregunto si no habrá encontrado la mía blanda. Lucía me parece alta, menos que yo pero de buena talla. Quizás lo parece más de lo que realmente es por ser delgada y por su postura erguida, aunque carente de rigidez. Tiene un rostro simétrico, con los pómulos marcados, los ojos azul claro, arrugas bien distribuidas que se acentúan cuando muestra una dentadura perfecta con una enorme sonrisa. Tiene el pelo largo, ligeramente ondulado, que le cae elegante sobre los hombros en mechones grises entremezclados con reflejos castaños. Hay canas sin complejos, pero también peluquería. Va vestida con un elegante caftán negro, con adornos de hilo dorado en torno al cuello y que ondea ligero alrededor de su cuerpo con el poco aire que permite el sofoco de la tarde, casi más por el que genera al moverse para saludarme. Va calzada con unas sandalias de dedo, étnicas, de cuero

repujado y con piedritas de lapislázuli en las tiras. La mano que me da, la derecha, no lleva anillos, solo un brazalete ancho y dorado que hace juego con el moreno de su piel.

Deshacemos el saludo, recupero mi mano, miro a mi alrededor y hago un par de cumplidos protocolarios, elogio la casa tan… ¡tradicional!, y suelto alguna obviedad sobre los colores del cielo, de cuya falta de originalidad me arrepiento de inmediato, y me callo que los atardeceres interminables me aburren.

—Estarás cansado de tanto coche.

—La verdad es que sí. No acostumbro a conducir. En Madrid, vivo en el centro.

En ese instante, sobre su hombro, veo acercarse desde el interior a una mujer más bajita y enjuta, vestida de manera muy sencilla, con una falda gris, un pequeño mandil a cuadros blancos y rojos a la cintura, y una ancha camiseta azul. Tiene los tobillos hinchados y le cuelga la piel de los brazos. Esta sí lleva el pelo totalmente canoso y recogido en un moño. Sus arrugas son más profundas y, aunque a buen paso, no anda tan erguida. Los ojos me parecen pequeños y juntos.

—¡Polonia! Mira, este es Diego, va a estar en la casa chica durante unos días.

—*Buena tarde*.

—Encantado, Polonia.

—Llévale a la casa chica y ayúdale a instalarse. Enseguida voy yo. —Tras decir esto, Lucía entra en la casa principal seguida de los perros.

—Voy a por el equipaje al coche.

—¿Le *ayuo*, señorito?

—Diego.

—Como *usté* diga. —Su tono tiene la amabilidad justa, su voz me parece seca. Como las manos ajadas que limpia con el mandil.

Voy hasta el coche.

—*Pue* aparcarlo ahí —desde la terraza Polonia me indica un lugar sombreado bajo una gran encina, donde ya hay un 4×4 que

supongo que será de Lucía. Muevo hasta allí mi coche, cojo la mochila, me la coloco al hombro, y luego saco la maleta del maletero. Polonia me espera. Voy hasta ella. La maleta no rueda sobre la gravilla, se queda clavada, así que la llevo a pulso. Sonrío. Ella me devuelve algo que, con buena voluntad, podría interpretarse como otra sonrisa.

—Por aquí, señorito. ¿Le *ayuo* con la maleta?

—Diego, por favor, nada de señorito. No, Polonia, gracias. Te sigo. —Aquí la maleta vibra y las ruedecitas repiquetean contra el empedrado de guijarros de canto, que también siento incómodos para caminar. Muy típico, funcional cuando se necesitaba un pavimento que resistiese los cascos, pezuñas y carros durante generaciones, pero, sin duda, poco confortable para recorrerlo con suelas de goma—. Polonia es un nombre muy bonito, muy sonoro.

—*É* por Santa Polonia, nací en su día.

La mujer camina sin dificultad sobre los cantos. Me fijo y veo que busca pisar por las fajas de ladrillo plano que, cada tanto, enmarcan y hacen de tope a los guijarros. Decido imitarla y me parece que acabo andando un poco a saltos, como si estuviera jugando a la rayuela. De todas formas, al doblar la esquina de la casa grande, desaparece el empedrado, vuelve la gravilla y yo a llevar a pulso la maleta. Hace mucho calor. Sudo. Me pregunto si no he traído demasiado equipaje. Y me viene a la cabeza una imagen de un viaje que hice con Sonia a Brasil, a Morro de São Paulo, en Tinharé, una isla del noreste. Recuerdo bajarnos de una lancha y ver a unos hombres, todos negros, que se alquilaban con carretillas de obra para llevar los equipajes. En la isla no había coches. Pagamos a uno de esos hombres y su carretilla. Yo caminaba detrás frunciendo el ceño, Sonia se burlaba de mí también sin hablar, meneando la cabeza y alzando las manos. Cuando llegamos, tuvimos una pequeña discusión sobre si lo que acabábamos de hacer era colonialista. La estampa, los negros esperando en el muelle de madera la llegada de los blancos y sus equipajes, rodeados de palmeras y bajo los muros de una fortaleza portuguesa, podía haber

salido de cualquier novela de aventuras del siglo XIX o de una peli sobre esclavos. No fui inmune a su potencia, propia de Conrad, Stevenson o Carpentier. Era fácil desnudar a esos hombres de sus chanclas de goma, los pocos que las llevaban, sus bañadores y sus camisetas estampadas o de equipos de fútbol, y vestirnos a nosotros de lino blanco, yo con jipijapa y Sonia con sombrero y sombrilla. Al llegar a la *pousada,* le di al hombre una propina muy generosa para aplacar mi conciencia progresista y tuvimos otra controversia Sonia y yo sobre la explotación del ser humano dentro del turismo globalizado y la concepción del lujo basada en la desigualdad entre clientes y trabajadores locales. Discusión que zanjó Sonia cuando me dijo que esos hombres vivían de eso, que hubiera llevado yo las maletas y que quería ir ya a la playa.

Tras otra gran encina al fin veo una construcción blanca, también con un techo de tejas viejas, esta apaisada, de un solo piso.

—¿Esa es la casa chica?

—Sí, ahí se va a *quedá*. *É mu* bonita, ya verá.

Por su estructura horizontal, toda encalada, salvo un dintel de piedra en la puerta, me parece que debió de ser, en su día, una cuadra. O una casa de aperos. Sin duda reformada con buen gusto por Lucía para rentabilizar el espacio sustituyendo a cuadrúpedos por bípedos pensantes. Y pagantes. Calculo que hay sus buenos doscientos metros hasta la casa principal. Distancia más que suficiente para no ver a nadie si no quiero y que ningún ruido, espero, moleste mi trabajo.

—¿No se puede venir hasta aquí con el coche?

—No.

Nos detenemos ante la puerta. Mientras Polonia abre, echo una ojeada y veo que, al lado izquierdo de esta casa chica, el terreno desciende un poco y que abajo hay una piscina no pequeña, rectangular, nada de horteradas en forma de riñón o cosas así, rodeada de hierba y árboles. En uno de los lados, el más próximo a la vivienda, hay cuatro tumbonas de madera, elegantes, con colchonetas cubiertas de telas árabes a juego con unos

almohadones junto a un par de grandes sombrillas de tela blanca, ahora cerradas. Y una mesa de jardín con cuatro sillas, todo también de madera, y con su respectiva sombrilla. El vaso azul turquesa de la piscina contiene un agua limpia, fresca, que brilla a cada mordisco del sol. Me alegro de haber traído el bañador.

Junto a la puerta hay un cubo de plástico, con unas bayetas y un producto de limpieza. Polonia abre, entra y se coloca a un lado del dintel, invitándome a que haga lo mismo. Al entrar siento el fresco que proporcionan los muros gruesos. Dejo la mochila apoyada en la maleta, que aparco al otro lado del dintel. Dentro hay una agradable penumbra, las ventanas que dan al sol de la tarde, las de atrás, y una que debe dar sobre la piscina, están protegidas por fuera con esterillas de esparto enrollable, nada de mierdas de Ikea, aunque no parecen muy viejas por lo limpias que se ven. Y por dentro, unas bonitas cortinas color arena. Las dos que flanquean la puerta de entrada están con las esterillas y las cortinas recogidas, por ellas entra un sol dorado que hace bailar partículas en el aire.

La habitación es amplia y blanca. Tiene el suelo de baldosas de barro rojo y el techo alto, con un cielo raso también blanco del que sobresalen vigas de madera antigua. Está decorada con sencillez y buen gusto. Nada extremadamente arcaico y, por tanto, poco confortable, nada en exceso moderno y fuera de lugar. Hay un chéster de dos plazas, de cuero gastado. Una mesa baja que supongo comprada o traída de Marruecos. Una butaca entelada junto a una lámpara de pie estilizada, con volutas modernistas y una tulipa de cristal esmerilado. A su lado, una estantería con libros. Siento curiosidad por ver qué contiene. Si son regalos dedicados por huéspedes anteriores, forzándome así a convivir con los espectros de quienes me precedieron. A la izquierda, bajo la ventana que da a la piscina, una amplia mesa de escritorio con un flexo y una silla de madera con respaldo y asiento entelados. Sobre ella hay un jarrón soliflor de cristal —a Sonia le encantaban— con unas pocas flores, una botella grande de agua, una bandeja de frutas y un plato con picos, jamón y queso. Y entre la mesa y la puerta, un armario de

dos cuerpos policromado, con dibujos de pájaros y plantas también —eso me parece— de inspiración árabe.

Polonia me abre una puerta del armario y veo que en la parte de abajo esconde una pequeña nevera.

—*Tie ma* agua dentro. Si *quie* algo *ma*, me lo *pie*. Yo casi *to lo día* voy al pueblo, *pueo* traerle *cosa* de la tienda. Si no *quie bajá usté*.

—¿El pueblo es grande? ¿Cuánta gente vive en él?

—No sé, poca ya. Aunque en verano vienen *mucho* de fuera a ver a *su abuelo* o a *la casa* de veraneo. *Ante* era *ma* grande.

—¿Antes cuándo?

—Cuando yo era zagala.

—¡Ah, claro!

Polonia se acerca a la mesa y me indica un mando a distancia.

—*Pa poné* el aire —la mujer señala con un gesto algo tras de mí, sobre la puerta. Me giro y veo un aparato de aire acondicionado—. *Tie* otro en el cuarto.

Polonia echa a andar hacia el lado derecho de la habitación, abre una puerta y entramos en el dormitorio. Espacioso, también blanco, con una ventana en la parte del fondo y otra en la de delante. Aquí las cortinas son de un pálido azul. La cama es doble, grande, con lencería blanca. A los lados, dos mesillas de madera antiguas, policromas al estilo del armario de fuera y de otro similar, abierto y lleno de perchas, y a juego con el cabecero. Sobre las mesillas, dos lámparas con cuerpo de cerámica árabe y tulipas de tela blanca. En la de la derecha, una botella de agua mineral y un vaso. El resto del mobiliario lo componen una butaca de tela y un caballete de noche, tallado en madera oscura, que tiene toda la pinta de ser una antigüedad muy bien conservada.

—¿El baño?

—Por aquí. —Sigo a Polonia hacia una última puerta en el lado derecho del dormitorio. La abre y entramos—. No *tie* bañera.

El cuarto de baño es también blanco, iluminado por una amplia ventana, enmarcada por unas cortinas blancas y que da a unos olivares extensos, que puntean de verde lomas pardas hasta el

horizonte, pero, en vez de la terracota, aquí el suelo es un ajedrezado de mosaicos blancos y azules. La ducha es moderna, acristalada. Los ganchos para las toallas son trozos retorcidos de rama de olivo, barnizados. Me parecen originales. El inodoro también es moderno. La pila del lavabo es antigua, de cerámica, con grifos de bronce dorados y pomos de porcelana esmaltada donde se lee «Chaud» y «Froid». Sobre el lavabo, un espejo grande, antiguo, a juzgar por las manchas negras que aparecen cuando se muere el azogue o la plata, con un marco de latón dorado trabajado en arabescos. Una repisa de cristal biselado sobre el lavabo y un armarito con cajones en la parte de abajo completan el asunto.

—Ahí *tié toalla*. Si *quié* se *la* cambio *to lo día*.

—No hará falta, gracias. ¡Hay que ser ecológicos! —La mujer me mira con extrañeza, esboza una sonrisa y asiente con la cabeza. Me pregunto si no me ha etiquetado ya de guarro para siempre. Intento bromear—: ¡Nada mal, Polonia, recibes al extranjero!

—Uhumm. —La mujer emite un sonido que no se puede interpretar como risa y sale. La sigo.

Cuando cruzamos el dormitorio y llegamos al saloncito, Lucía ya está allí. Esta vez sin los perros.

—¿Qué te parece? —pregunta sonriendo—. ¿Estarás cómodo? Cualquier cosa que necesites, nos dices.

—Está genial —contesto con sinceridad—. Escucha. Ni un ruido. Ni un martillazo.

—¡Sí, aquí lo único, cigarras y pajaritos! Además, en esta época hay poca faena en los olivos, así que tranquilo. Tendrás silencio para escribir.

—¿*Mañá* a qué hora *quie* que le traiga el desayuno, señori…?

—Diego, Polonia, Diego. No sé. ¡Quiero descansar! ¿A las nueve?

—A las nueve. —Polonia asiente y se acerca a Lucía, en un aparte. Intercambian pocas palabras que no oigo. Lucía sonríe, afirma algo con la cabeza y Polonia sale, agarra el cubo de plástico vacío que había fuera, con el jabón líquido y bayetas, y camina hacia la casa principal.

—Va al cementerio del pueblo. Le toca limpiar las lápidas de sus padres y de Nicomedes, su difunto marido —me explica Lucía sin que yo le pregunte.

—¿Tan tarde? ¡Ah, por el calor!

—Sí… Por el calor.

—¿Y el cementerio dónde está? ¿Por aquí cerca?

—No, en el pueblo. Alguien la recogerá en la entrada de la carretera.

—Un poco seca, Polonia, ¿no?

—Tiene su carácter. Pero es una buena mujer. Y muy trabajadora. ¡Ah! Y no se te ocurra decirle lo de «¡Mal Polonia recibe a un extranjero!», versión Max Estrella o Calderón. Aquí venís escritores y la pobre mujer está harta de la bromita. Y yo también, la verdad.

—Demasiado tarde —contesto con lástima pretendidamente cómica.

—¡No!

—¡Sí!

Lucía se encoge de hombros, burlona, y yo intento cambiar de tema.

—¿Lleva mucho aquí?

—¡Más que yo! Su padre ya trabajaba en el cortijo. Te contaré su historia, la de este lugar, si te interesa. Y tranquilo, no soy ninguna pesada. Nadie te molestará si tú no quieres.

—Por favor, charlar y saber de este sitio será interesante, seguro. Pero vamos, que a mí también me horroriza molestar, ser pesado.

—¡Uno por otro, igual no nos vemos hasta que te vayas! Bueno, hoy ya es tarde. En un rato cenaremos Lola y yo en la casa. Nos encantaría que nos acompañases, si es que no te ata ahora mismo la inspiración a la mesa de trabajo.

—No, tranquila, mis musas tienen también sus horas libres. Cada vez más. Pero… ¿quién es Lola?

—¿No te dije nada?

—No.

—Lola es mi nieta, está pasando unos días de vacaciones aquí.

—Ah, una niña.

—Dieciséis. No tan niña.

—Pues no pareces una abuela.

—¿Conoces a muchas?

—No, la verdad es que no. Pero a ti se te ve joven.

—Gracias, Diego. Tuve muy joven a Ana, su madre, y ella a mi nieta. Cenamos a las nueve, ¿vale?

—Perfecto.

—Bueno, te dejo, que querrás deshacer el equipaje.

Me quedo solo. Pasmado. ¿Lola? ¿Lolita? ¿En serio? La realidad imita a la literatura, lo sé bien. Sobre todo cuando eres escritor y tiendes a descifrar lo vivido, lo por vivir, con lo leído. Pero esto me parece demasiado. ¿Estoy en la puta novela de Nabokov? ¿Soy Humbert Humbert? No tengo fascinación por las niñas. Ninguna obsesión con ellas. No. Y, desde luego, Lucía no parece la fastidiosa Charlotte Haze. Pero ¿y la nieta? ¿Será Lolita?

Pongo el aire acondicionado.

Deshago el equipaje, cuelgo la ropa. Luego enchufo los diversos cargadores que, como apéndices tentaculares hambrientos de energía, arrastramos ahora todos por el mundo, y conecto ordenador y móvil. Distribuyo libros y cuadernos por la mesa y la mesilla. Dudo si ducharme, pero simplemente me refresco la cara, el cuello, los sobacos y el pecho, renuevo desodorante y colonia. Me cambio de camisa y pantalones.

Me siento y espero a que lleguen las nueve.

Solo espero que, pasado este trámite, abuela y niña no interfieran en el propósito que me ha traído aquí. Escribir.

18

Cuando salgo, aunque el sol está ya muy bajo, el calor me abraza, pesado, inmisericorde. Mientras camino hacia la casa grande, recorriendo los poco más de doscientos metros que me separan de ella, siento que el sudor me moja la frente y empapa el cuello de mi camisa. Me tranquiliza sentir que las axilas y la espalda aún están secas.

Cigarras, el zumbido agudo del campo en verano. A mi derecha reparo en un cobertizo que no vi de día, y tras él me parece adivinar un bosquecillo y matorrales. Solo sombras negras. Me prometo investigar a fondo qué son exactamente, recabar información que pueda ayudarme a recrear el refugio climático de X.

Cerca ya de la esquina de la casa, a la que llego por el camino de gravilla, oigo música y risas femeninas. Es un aria de *La bohème,* la que canta Musetta para dar celos al pintor Marcello. No me acuerdo de cómo se llama y me sorprendo pensando que la han puesto esperando que yo la oiga, para impresionarme. En cuanto a las risas, no me imagino a Polonia sonando como un cascabel, ni a Bernarda Alba descojonándose, así que deben de ser Lucía y su nieta adolescente, Lola. Paso junto a una ventana iluminada, por la que veo a Polonia con una bandeja de comida. Luego por otra, en la que descubro sentadas muy juntas, inclinadas la una hacia la otra, riéndose, a la abuela y la nieta. Doblo otra esquina y ya estoy bajo el primer arco lateral de la terraza. Unos pasos más y entro por la puerta principal. Cruzo un vestíbulo amplio, iluminado por un enorme fanal de hierro y cristal biselado, desde el que sube una escalera de piedra con barandilla de forja y pasamanos de madera

antigua, que supongo conduce a los dormitorios del segundo piso. Al fondo del vestíbulo, tras unas puertas correderas de madera que dejan pasar una rendija de luz dorada, están la música y las risas. Descorro las hojas y entro en un comedor que me parece muy espacioso. Lucía y Lola se levantan de una mesa grande y vienen hacia mí. Polonia solo me dedica un gesto que no sé bien cómo interpretar —¿un saludo?, ¿una fugaz reverencia?—, mientras acaba de poner la comida en la mesa.

—¡Bienvenido, Diego! Mira, esta maravilla es mi nieta Lola. Lola, él es Diego Roca, un novelista muy bueno.

—¡Encantada! —La chica se vuelve hacia su abuela—. ¿Abu, tienes aquí novelas suyas? ¿Me las recomiendas?

—¿Me lo preguntas con él delante? Sí, las tengo. Todas, creo. Y sí, te las recomiendo.

—¡Ah, pues empezaré alguna, Diego!

—Me encantaría conocer tu opinión, no suelo tener lectoras tan jóvenes.

Lola me parece una chica con la cara aún un poco redonda, infantil, pero con unos pómulos altos que sostienen unos ojos grandes, castaños con vetas verdosas y amarillas. Tiene la boca grande y los labios más gruesos que finos. Varios aritos de plata en el lóbulo y cartílago de la oreja derecha, ninguno en la izquierda. Casi ya tan alta como su abuela. Tiene el pelo largo y negro, con unos reflejos azulados que no pueden ser naturales. Hay algo aún por terminar en su cuerpo, con unas extremidades que parecen ir un poco por su cuenta, como si todavía le faltara un último ajuste para dejar la niña atrás y mutar en mujer. Viste un pantalón moro o *thai*, muy amplio, de un suave color pistacho y de cintura baja, que deja ver el comienzo de la cadera, y una camiseta blanca de tirantes que no le tapa el ombligo ni una barriga ligeramente prominente que, desde luego, no le preocupa mostrar. Bajo ella, libres, se adivinan unos pechos ni pequeños ni grandes, bonitos. No le veo tatuajes. Lucía ya no lleva el caftán, lo ha cambiado por unos pantalones bombachos, de un negro grisáceo, y una camisa de hombre blanca

remangada. Al cuello, un bonito collar que me parece mexicano o peruano, de plata con piedrecitas azules. Ni abuela ni nieta llevan estampados o marcas, los colores son suaves. En algún lado leí que ese es el nuevo código del lujo entre la gente de dinero.

Lucía se acerca a un tocadiscos y detiene la música. Luego nos invita a sentarnos con un gesto.

—Polonia ha preparado algo ligero, con este calor se agradece. Un poco de jamón, ensalada y unos filetes de pollo. Claro que, si te quedas con hambre, podemos prepararte algo más, Diego.

—Está perfecto. No suelo cenar fuerte. Tengo pesadillas.

Nos sentamos. Lucía preside en la cabecera. Lola frente a mí. Me sonríe y baja los ojos al móvil. Escribe algo. Pegado al borde del aparato lleva una especie de angelito regordete de plástico rosa; me pregunto el porqué de esa horterada y si no le resultará incómodo a la hora de usarlo. O guardarlo. Polonia va pidiendo platos y sirviendo de unas fuentes que me parecen de cerámica de Talavera. O portuguesa, por los tonos azules que asocio a los mosaicos de las fachadas de Lisboa. Aprovecho la distracción de los platos para mirar bien a mi alrededor. Todo confirma lo que anticipaban la casa chica y el vestíbulo. Buen gusto. Me parece que todo está en su sitio, habitado y usado en su medida justa. Como ya vi en mi alojamiento, todos los muebles tienen la antigüedad, el peso, la solidez y el acabado que denotan calidad. No hay nada excesivamente viejo, antiguo, que no sea un punto escogido de decoración. Lo moderno, que lo hay, no es liviano ni desentona, sino que potencia el relato, que es toda decoración. Y el relato aquí no es solo de dinero, sino también de elegancia. Nada parece puesto ahí para exhibir, todo tiene la calidez de lo vivido. Hay una conjunción tan sólida de colores, formas y materiales en la decoración que me susurra todo el tiempo el refinamiento de Lucía. El mensaje de que todo está en su sitio desde hace mucho y que, inmune a posibles y esporádicas incursiones del mal gusto ajeno —uno nunca sabe realmente a quién mete en casa—, todo seguirá igualmente armónico y bello cuando yo me vaya. Muestra una voluntad decidida, pero también la costumbre

de vivir en lo hermoso. Noto una punzada de desasosiego. Sí, viendo el orden elegante de esta casa, la disposición exacta de muebles y volúmenes para transmitir una información de seductora tranquilidad, se me hace más evidente el caos herido de la mía. Sonia, al irse, se llevó muchas cosas, muebles y decoración acumulada durante más de una década de convivencia, y eso dejó huecos ilógicos en mi piso, vacíos que nunca me he molestado en rellenar. Aprendí a vivir con ellos. Si la casa de Lucía es una bella sonrisa, la mía es una mueca a la que le faltan dientes.

—Hay *ma* en la cocina. ¡Qué aproveche! —Polonia deja los platos, se despide y se retira—. Hasta mañana, si *Dio quie*.

—Adiós, Polonia, que descanse —contesta Lucía.

—¡Buenas nooocheees! —añade Lola.

—¿Polonia no cena con nosotros?

—Normalmente, sí —contesta Lucía—. Pero cuando hay invitados, no. Dice que le da vergüenza.

—Vaya. ¿Y los perritos?

—Guardados, no me gusta que estén aquí cuando comemos. Lola, deja el móvil. En la mesa, no.

—Sí, abu —la adolescente lo guarda sin protestar. Debo de poner una cara entre sorprendido y satisfecho, Lucía la nota.

—Tenemos un trato respecto al uso del móvil, ¿verdad, Lola?

—Sí, tenemos un trato. No lo olvides.

Tienen sus claves y no seré yo el cotilla que pregunte. Lucía me sirve vino. Como un primer bocado. Lola bebe agua. Las dos me observan.

—Bueno, Diego, explícanos quién eres. Aparte de escritor.

Sonrío mientras trago, presiento la trampa, pero también la oportunidad de lucirme. Si esta mujer solo aloja escritores, será por algo. Me limpio la boca con la servilleta de hilo.

—No soy nada./ Nunca seré nada./ No puedo querer ser nada./ Esto aparte, tengo todos los sueños del mundo.

Abuela y nieta me miran sorprendidas, alzando las cejas. Hay un instante de silencio que rompe Lola.

—¡Qué chulo! ¿Lo has leído en Instagram?

Lucía sonríe y niega con la cabeza.

—No, eso es de un poema de Fernando Pessoa, ¿verdad?

—Sí, es de *Estanco* — asiento impresionado mientras leo en los ojos de Lucía la advertencia: «¡Ojo, aquí hay! ¡Conmigo tendrás que esmerarte con tus citas y truquillos!». Decido contratacar—: ¿Y tú quién eres, Lucía?

—Diría que solo una mujer, felizmente sola.

—¿Solo eso? —insisto con amabilidad—. Vamos, tú me preguntaste y yo te conté de mí. Esos versos dicen mucho.

—Sospecho que te gusta hablar de ti. Yo necesito secretos para vivir.

—¿Como Clarice Lispector?

—¿Dijo eso?

—Lo escribió.

—¿Otra cita?

—Sí, perdón.

—¡Ay, Diego!, como le dice Arkadina a Tréplev: «¿Por qué hablas siempre como si leyeras un libro?».

—Mejor hablar así que como quien nunca ha leído uno, ¿no? ¡La ignorancia tiene tanto prestigio en nuestra época!

—¡Tienes razón! ¡A ser ignorante ahora lo llaman ser auténtico! Todo empezó con Gran Hermano, ahí se jodió el Perú.

—¿Qué? —me asombra y divierte esta mujer. Lola sonríe y asiente, no debe de ser la primera vez que oye esto—. ¿Cómo que ahí se jodió el Perú?

—Sí, que ahí se empezó a ir todo al carajo. En la primera edición de Gran Hermano, cuando metieron a un grupo de analfabetos funcionales a fumar y no decir nada ni medio normal en una casa, y la gente se entusiasmó con ellos diciendo que eran muy auténticos. Cuando la gente empezó a identificarse con esa panda, ese fue el comienzo del fin de la civilización.

—¡Ja, ja, ja! —me carcajeo sinceramente—. Sí, todos tenemos idealizada *La clave* de Balbín, pero no creo que fuera el programa

favorito de la mayoría social, simplemente no había otros. Además, Lucía, no es nuestro caso. No somos auténticos, no lo estamos siendo, ¿verdad?

—¡No, señor, no lo somos! Y no está mal disfrutar de un poco de pedantería. Si la reconocemos, claro.

—No, nada mal. En cualquier caso, para cada cita hay una contra cita: «Me lo has oído mil veces, aborrezco a los hombres que hablan como libros, y amo los libros que hablan como hombres».

—¿De quién es?

—Miguel de Unamuno —siento que es el momento, por educación, de apartar la mirada de Lucía e interesarme por Lola—. ¿Y tú qué piensas?

—¡Que sois viejunos hablando de cosas de viejunos! No sé qué es *La clave*. ¿Un pódcast?

—No, un programa de la tele de mucho antes de que tú nacieras, Lola —sonrío—. Muy viejuno, en efecto. ¿A ti qué te interesa?

—No veo la tele.

—¿Nada? ¿Ni los informativos? ¿Ni series?

—Nada. —No me lo dice como provocación, sino con la sencillez paciente de quien siente que tiene que justificar una obviedad—. Las series no se ven en televisión.

—¿Ah, no? —Siento que la distancia se agranda entre nosotros y que me empieza a mirar con extrañeza. Cedo—: Claro, son de plataformas. Y las ves en el ordenador.

—O en el móvil.

—Hicieron una serie de una novela mía. *El bosque olvidado.* Muy mala. Y en un móvil debe ser peor.

—No me suena —Lola me mira con los ojos muy abiertos, pero la estoy perdiendo. Lo noto.

—¡La novela está muy bien! —tercia Lucía, divertida por mis intentos intergeneracionales. No me pienso rendir. No tan fácilmente.

—Y en general, ¿qué te interesa?

—¿De música?

—No pregunta solo por música, Lola. Si le contestas con tus cantantes favoritas no va a conocer a ninguna —abuela y nieta ríen cómplices. Lucía decide atajar—: A Lola le gusta mucho la historia, quiere ser arqueóloga.

—¿Sí?

—¡E *influencer*! —añade Lucía entre burlona y resignada.

—¡Arqueóloga forense y creadora de contenido, abu! ¡*Influencer* es tan del 2020! —Vuelven a reír. No quiero quedarme fuera.

—¿Arqueóloga forense? ¿Y eso?

—Conocí a un grupo de arqueólogos forenses el verano pasado. En la primera campaña de exhumación de la fosa del olivar. Son muy simpáticos y…

—¡Y alguno muy guapo! ¿No, Lola?

—¡Abu!

—¿Cómo se llamaba ese chico? ¿Álex? ¿Ha venido esta campaña también?

—Álex, sí. Ha venido. Y no me gusta, es muy mayor.

—¡Uy, sí, un anciano de veinticinco años!

—¡Yo tengo dieciséis!

—Bueno, Toni estará contento. ¿Ha venido para las fiestas? Ese es solo dos años mayor que tú.

—¿Y qué? ¡Toni no es mi novio!

—Ya lo sé, pero os conocéis desde hace un montón de veranos. Es un chico de Badajoz con familia aquí. Sus abuelos, ¿no? ¿No os disteis un beso en…?

Esta cháchara no me divierte. Quiero volver al tema anterior, un giro para mí inesperado y que, como novelista, intuyo interesante. ¿Estoy hablando con una niña que quiere excavar fosas comunes? ¡Fascinante! Interrumpo:

—Pero a ver, ¿hay una fosa en un olivar? ¿De la Guerra Civil?

—Y de la posguerra. Una grande. Lola te lo puede contar en detalle —Lucía mira a su nieta con cara de orgullo—. Colaboró como voluntaria en la primera campaña. Y este año ayudarás también, ¿no?

—No, están ya muy avanzados. A punto de acabar esta campaña. Además, este año tengo el trabajo del insti, las entrevistas.

—¿Qué entrevistas, Lola? —Esto se pone cada vez más interesante.

—Desde hace unos años, en mi insti, a los que vamos a pueblos en verano nos piden hacer entrevistas a los mayores que queden, o a sus hijos, sobre la Guerra Civil y la vida durante el franquismo. Grabarlos, documentarlos. Este año me toca a mí. —Veo otra vez el orgullo en los ojos de su abuela—. Me gustaría hablar con Polonia, abu.

—Si ella quiere. Ya sabes que no es de mucho hablar, y menos de aquellos tiempos.

—¿Y eso? —pregunto—. ¿Tiene familiares en la fosa?

—No. Parece que más bien al contrario —contesta Lucía bajando la voz.

—Entiendo —respondo en el mismo tono confidencial.

—De todas maneras, Polonia es… —añade mi anfitriona casi susurrando y sin encontrar el calificativo que cierre la frase.

—¡Sí, abu, es rara! —concluye Lola cuchicheando.

Abuela y nieta se ríen con ganas, como amigas. Yo las acompaño en el buen humor, disfrutando de su naturalidad. Hace tanto que no oigo reír así. Mi aislamiento, claro; si yo me riera así solo, sería preocupante. La comida está buena y el vino también. Me sorprende sentirme tan a gusto. No me suele pasar cuando me veo obligado a compartir tiempo con desconocidos. Decido contribuir al jolgorio.

—La verdad es que me siento maravillosamente sorprendido, Lola —me dirijo a ella, pero el halago busca el beneplácito de Lucía—. Me encanta ver que hay jóvenes como tú, interesados por el pasado. Sin memoria, sin la transmisión de la memoria, en dos generaciones se puede olvidar la historia de la guerra, de la dictadura. Prestar oídos a las versiones edulcoradas de aquel horror. ¡Muy bien por tu instituto y muy bien por ti!

—Eso nos dicen los profes. Hay mucho niño de Vox en mi clase. ¡Dicen cada burrada!

—Pero las chicas sois distintas, ¿no? —interviene Lucía.

—Sí, abu, la mayoría sí. También hay niñas fachas, pero son las menos.

—¡Qué alivio, Lucía!

—¿Por qué?

—Bueno, no esperaba encontrar aquí un nido de resistencia antifascista.

—¿Por qué, Diego?

—¡Hombre, es un cortijo! Sois la dueña de un cortijo y su nieta.

Las dos se ríen.

—No soy la Pasionaria, no. Pero facha tampoco. ¡Ay, esos prejuicios!

—¡Tienes razón! Además, hay que aplaudiros a las mujeres. El feminismo es la última barrera contra el fascismo. Por eso lo odian tanto los fachas. ¡Brindo por vosotras! —Alzo la copa, Lucía la suya, Lola su agua—. ¡Por las mujeres!

—¡Por nosotras! —brinda Lola.

—¡No pasarán! —añade Lucía riéndose.

Bebemos. Sonreímos. Lucía me mira socarrona.

—¿Y Madrid, Diego? ¿Y nuestro Madrid?

—¡Hay que independizarse de Madrid! Es un agujero negro —vuelvo a Lola—. ¿Me avisarás para ver la fosa?

—Sí, claro. Y, si quieres, también para las entrevistas. Me vendrá bien un escritor. Aunque no te mencione luego, cuando me pongan una notaza.

—Bueno, bueno, calma los dos —interrumpe Lucía—. Diego está aquí para escribir, no para hacerte los deberes. Y necesita tranquilidad.

—La verdad es que sí. Ese es el plan. Pero a la fosa quiero ir seguro, si estamos a tiempo. Ya me diréis cuándo. España sigue llena de fosas.

—Sí, es terrible —añade Lola.

No me resisto a un último alarde.

—¿Sabéis que la censura franquista prohibió el cine de terror hasta bien entrados los sesenta? —Ambas niegan con la cabeza—. Sí, no querían películas en las que aparecieran muertos vivientes saliendo de tumbas y agujeros en la tierra, nada que pudiera recordar a los miles enterrados en las fosas, en las cunetas. Y cuando dejaron filmar cosas de terror, las historias tenían que transcurrir siempre fuera, en otros países. ¡En España no había tumbas ni zombis, no fuera a ser que a algunos les recordara a sus familiares asesinados!

—¿Eso es verdad? —Lola me mira con los ojos abiertos como ventanas y la boca descolgada. Luego a Lucía—. ¡O sea, literal, me flipa!

La cena no dura mucho más. Ayudo a recoger, pese a que Lucía insiste en que soy su huésped y no hace falta. Huésped y hombre aliado, contesto. No sé quién, pero alguna mujer te ha educado bien. Ya me contarás, si quieres. Ya te contaré, respondo. Me despido de ellas y vuelvo caminando, sin prisa. Me detengo un poco antes de llegar a la casa chica, enciendo un pitillo y doy una calada profunda mirando las estrellas. Sigue haciendo mucho, demasiado calor, pero al menos corre un poco de aire.

Entro en la casa chica. Busco y encuentro un cenicero en el armario que esconde la nevera. Apago el cigarrillo. Me siento en la mesa de trabajo. Estoy cansado y el vino me ha dado modorra. No estoy para escribir sobre distopías, pero sí quiero anotar algo. Abro el ordenador y busco «Sinopsis» en los documentos de Word. Aquí está.

Sinopsis

Un escritor que no puede trabajar en su piso se va a una casa de campo regentada por una mujer madura, inteligente y atractiva. Estando allí…

Un momento, pienso, y añado…

… conoce a la nieta de esta mujer, una adolescente, y…

¿Y…?

Meo, me lavo la cara y los dientes, me tomo una aspirina, una Dormidina y la pastilla para la nocturia.

Me meto en la cama. Pienso en posibles desarrollos de esa sinopsis. Algo, hay algo. «Espera y verás si es bueno o suficiente para escribir sobre ello».

¿Una fosa? ¡Joder, tengo suerte! Esto parece un parque temático para un escritor español de mi edad. Tranquilo, céntrate. Demasiadas distracciones. Has venido a escribir tu novela.

Me duermo.

19

Me levanto descansado. Abro los ojos por las ganas de mear, antes incluso de que suene la alarma. Ni un ruido. Los tapones de silicona no han sido necesarios. Las ventanas de mi alojamiento están bien ajustadas, los cristales deben de ser buenos y los muros son gruesos. Juraría haber oído cantar a un gallo, pero, si fue así, no me despertó. No soñé, o no demasiado. No he pasado calor; quité el aire una vez que se refrescó el dormitorio y los gruesos muros de piedra conservaron la temperatura durante toda la noche. Me pongo las gafas, me levanto, descorro la cortina de la ventana y orino viendo las hileras de olivos ondularse hasta lamer las faldas oscuras de la sierra de San Pedro. Hay algo ridículamente feudal en sostenerte la polla mientras oteas la vastedad de la tierra, algo cómicamente varonil en escrutar el horizonte, el mundo que posees o que deseas poseer, mientras te la sacudes, con la otra mano apoyada en la cadera, como un señorito a caballo. Me aseguro de que ha caído la última gota mientras me río. Hace poco, un amigo actor, de mi edad, me contó que había rodado una peli con un director y un equipo muy joven. Su personaje tenía que orinar y, cuando estaban preparando la escena, el director le dijo que entrara y se sentara en la taza para mear. Mi amigo no entendió bien.

—¿Cómo que me siente? ¿Para mear?

—Sí, claro.

—Pero… yo meo de pie. ¿Tú meas sentado?

El director le dijo que sí. Mi amigo tuvo los reflejos de no decir que sentadas mean las tías, no los tíos, pero como el ayudante de dirección le aseguró que él también meaba sentado, hizo una

pequeña encuesta *in situ*. Para su sorpresa, la mayoría de los tipos del equipo, veinteañeros todos, meaban sentados para no salpicar, por higiene y por respeto a sus parejas, chicas, chicos o *chiques*. Cuando acabó de contarme la historia nos reímos un poco, luego nos miramos y mi amigo dijo que éramos dinosaurios abocados al meteorito de una obsolescencia vertiginosa.

Abro la ventana y entran a la vez, mezclados, la polifonía de trinos, el chirrido de las cigarras y una bocanada de calor que me hace pensar que me he asomado a un horno de pizza, aunque sean las nueve de la mañana. Vuelvo a cerrarla y pienso en el refugio climático de X, en mi novela distópica. Decido darme una ducha rápida, desayunar lo que traiga Polonia y, de una vez por todas, sentarme a escribir.

Me seco, me visto cómodo, entro en la sala de estar y descorro las cortinas. No pongo el aire, pero tampoco abro las ventanas. Por la que da a la piscina veo con más claridad un cobertizo que me parece un invernadero y una especie de bosquecillo desordenado de diferentes árboles frutales, matas de flores distintas y bancales con guías de cañizo por las que trepa el verde. Debe ser un huerto. Sí, a Lucía le pega tener un huerto y cultivar flores.

Llaman a la puerta. Abro y es Polonia. Ha debido esperar a que descorriera las cortinas. Trae una bandeja enorme con el desayuno: una tortilla, queso fresco, membrillo, pan blanco y de semillas, un cruasán, una madalena, mantequilla y una aceitera muy pequeña, zumo de naranja, una cafetera moruna, una jarrita de leche, azúcar. Me empieza a parecer muy barato este sitio. Luego pienso también en los metros que ha debido de recorrer esta mujer con esa bandeja, pesada a todas luces.

—¡Gracias, Polonia! Una cosa para los próximos días. No me traiga tanto, mujer. Zumo, tortilla o huevos, un poco de pan de semillas y aceite. Nada de mantequilla ni bollos. ¡Ah, y el café solo y fuerte! Sin leche ni azúcar, ¿vale?

—Como *usté* diga. ¿Le *pueo hacé* el cuarto?

—Sí, claro, muchas gracias.

—¿Le cambio la toalla?

—No, no se moleste. Gracias.

Polonia sale un momento. Tras unos minutos, vuelve con los productos de limpieza y desaparece en el dormitorio. Yo desayuno mientras tanto.

—Polonia, ¿la puedo ayudar con algo?

—¿A mí?

—Sí.

—No.

Entendido. En lo que ella avía todo, yo termino de desayunar. Sale y, a través de la puerta abierta, la veo llevar lo de limpieza al cobertizo, regresar a por la bandeja del desayuno, llevársela y desaparecer sin decir nada más.

Durante unos instantes me quedo sin saber qué hacer. Confundido por el nuevo entorno, me distraigo con el recuerdo de la cena de ayer. La distracción más o menos involuntaria de quien no quiere o no puede comenzar una tarea. Estuvo bien. Lucía y Lola son agradables y me resultó divertido hablar con ellas. Fui, escuché y disfruté de cenar con dos mujeres de edades tan distintas. No lo hago con frecuencia. No tengo, o no me doy, muchas oportunidades de cercanía con el misterio femenino. La chica es muy maja y, desde luego, Lucía es interesante. Creo que ellas también lo pasaron bien conmigo. ¡Estoy tan desentrenado! Al menos, siento que no metí la pata.

20

Ya no hay más excusas. El nivel de energía es el correcto. Abro el ordenador y busco el archivo «Distopía». Aún no le he encontrado título. Son solo notas. Leo las últimas que escribí en el bloc, lo de la gasolinera. Las transcribo al documento de Word. Busco por dónde empezar a tejer la historia, pero nada. El bloqueo sigue ahí, pero por alguna extraña razón no me agobia. Decido tumbarme en la cama y leer. Busco en la pequeña librería de la pared. He leído casi todo lo que hay, y lo que no, no me interesa. Al final escojo la edición de *La Odisea* de Carlos García Gual.

Leo sin detenerme. Navegando adelante y atrás por los cantos, guiado por la memoria. Sigo a Odiseo cuando cruza el vinoso ponto para asesinar a los pretendientes de Penélope. Me impresiona su *hibris* mucho más que cualquier otra puta explicación conductual que pretenda reducirlo todo al entorno social y familiar, a las reacciones químicas del cerebro y a los niveles de testosterona del cuerpo.

Solo suelto el libro para, sin salir del cuarto, estirar las piernas y la espalda, beber agua o fumar apoyado en el dintel de la puerta, que he abierto para ventilar y que no huela dentro a tabaco. Aprovecho para observar mejor la casa grande, el cobertizo y el bosquecillo de frutales. Y para buscar con la mirada señales de vida humana, que me alegra no detectar. Bueno, así solo me fumo un pitillo porque hace un calor que ahoga. Los siguientes los fumo dentro, con el aire puesto.

No siento ninguna culpa por dejar apagado el ordenador.

A la una y media aparece Polonia con la comida: salmorejo con huevo duro y jamón, pan con torta de La Serena untada y perdiz en

escabeche. De postre, unas migas con melón.

—¿Lucía y Lola están en la casa?

—No. —La contestación es tan parca y tajante que siento que no debo preguntar más—. Cuando acabe, deme una voz y retiro *to*.

Como. Bebo agua y café. Todo está muy bueno y las cantidades no son exageradas. No me dará modorra. Antes de que pueda llamarla, Polonia viene de nuevo y se lleva la bandeja. Me tumbo en la cama, fumo. Tengo un par de ideas para *Distopía*, me levanto, las anoto y vuelvo a Homero.

Me siento muy bien, pese a no arrancar a escribir. Feliz sin razón. Fuerte. Es la primera vez en meses. Me siento pleno. Necesito compartir con alguien mi alegría como necesita beber el sediento. En ese momento oigo el motor de un coche, que llega y se para. Las risas de Lucía y Lola. Ladridos.

—¡Vente a la pisci, abu!

—No, voy al huerto un rato.

—¿Con este calor?

—Sí. Solo quiero echar una ojeada. Ver si el riego está bien. Lo pongo dos veces al día, temprano y ahora, con el sol bajo.

—¡Claro, con este calor! Pobres plantas. ¿Quieres que te ayude?

—No, tranquila. Ve a darte un baño.

Libre, por alguna misteriosa razón, de la culpa que arrastra el escritor que no escribe, decido esperar a que Lucía esté en el huerto —así lo ha llamado— y encontrarla allí. Me fumo otro pitillo. Por la ventana veo a Lola salir en bikini con una toalla al hombro y el móvil en la mano, seguida de la galga que no ladra, Tina, que corretea a su alrededor. Bajan a la pequeña hondonada donde está la piscina. Minutos más tarde diviso a Lucía con Zar caminando a su lado. Se acerca al cobertizo, entra y sale al momento tocada con un sombrero y con un pequeño capacho colgado del brazo izquierdo, se pone unos guantes de jardinería y se interna en los frutales. Voltea algunas hojas de las ramas bajas, las examina. Arranca un fruto, lo limpia contra la manga y se lo come. Cuando se detiene, también lo

hace el perro. Se agacha y luego se acuclilla ante un bancal. Es una mujer ágil, para su edad. Tiene una cualidad fibrosa y elástica.

Salgo de la casa. Camino hacia ella y veo a Lucía en un jardín salvaje, un vergel con algo de huerto y varios árboles frutales, sin líneas ni divisiones claras. Hay higueras, limoneros, ciruelos y otros que no identifico. En los pocos bancales reconozco lechugas, pimientos, tomateras, cebollas. Y, en cambio, sombreados por las copas de los árboles frutales, hay varios pequeños montículos, de menos de medio metro de alto, donde crecen mezclados distintos tipos de flores, hierbas y arbustos que no conozco. Lucía recoge brotes y flores en uno de esos montículos. Poca cantidad, apenas lo que puede sostener en una mano. Va vestida con un gorro de paja trenzada, unos vaqueros amplios y gastados, zapatillas de deporte, una camisa suelta de lino gris azulado y los guantes de jardinería. El perro me mira, pero no me ladra.

—¡Hola!

—¡Hola, Diego!

—Impresionante huerto tienes aquí. —Acaricio con conveniente soltura la cabeza del perro.

—Gracias, es más que un huerto.

—Ya, ¡vaya frutales! —Le rasco las orejas a Zar, que ahora mueve la cabeza y me llena la mano de babas. Me la limpio en el trasero del pantalón. Decido ignorar al perro, con la esperanza de que él haga lo mismo conmigo.

—Sí, y por estos pequeños promontorios con flores y arbustos.

—Parece un poco…

—¿Salvaje? ¿Desordenado?

—Sí.

—Es intencionado. Es el hermoso desorden de la naturaleza. Los frutales sombrean y bajo ellos mezclo plantas, las dejo crecer un poco a su ser, que creen pequeños ecosistemas, marañas complejas de vida. Para ellas y para los insectos que polinizan, y las aves. Son cultivos *no dig.*

—¿No qué…? —mi sorpresa es sincera—. Lucía, soy muy de ciudad.

Lucía echa en el capacho las flores y hierbas que tenía en la mano y se incorpora.

—El método *no dig*, en español, «sin cavar» o «sin labranza»…

—¡Ah, claro, *dig,* cavar!

—¡Exacto! ¿Nivel de inglés?

—Si es para un currículo, ¡medio-alto!

—*We'll see!* ¿De verdad te interesa? Me puedo poner muy pesada con esto. Es mi pasión.

—¡Me interesa! Soy un tipo curioso.

—¡Tú lo has querido! Es una técnica de cultivo que evita remover la tierra con azadas o arados. En lugar de arar, se añaden capas de materia orgánica como compost, estiércol bien descompuesto o mantillo, sobre el suelo. Con el tiempo, la vida, lombrices, microorganismos, hongos, hacen el trabajo de airearlo, nutrirlo. Así no alteras la estructura natural del suelo porque no dañas las redes de raíces, hongos y vida microscópica. Es como aportar materia orgánica en superficie de forma continua, imitando la caída de hojas en un bosque.

—Interesante… —Lo es, sí, pero ella explicándolo lo es aún más. El perro me mira—. Suena todo muy pensado, muy científico.

—El orden detrás del complejo desorden de la naturaleza, así es. Protegemos el suelo con coberturas vegetales o *mulch* para evitar la erosión, la sequedad y la proliferación de malas hierbas.

—¿Qué es *mulch*?

—Paja, hojas secas, restos de poda triturados. Cubrir el compost con esto es clave en Badajoz para evitar que el sol cueza el suelo y se evapore el agua. Total, que reduce trabajo y consumo de energía al no labrar, favorece la biodiversidad del suelo y disminuye la erosión y la pérdida de humedad, algo ideal en climas secos como el extremeño.

—¿Quién lo inventó?

—La idea de no remover el suelo es muy antigua, tradicional en huertos indígenas y en la permacultura… ¿Has estado en Cuzco, en Machu Picchu?

—Sí, ¿por?

—Ahí te das cuenta del conocimiento que tenían los incas de las plantas, las obras de riego, la medicina natural. —Por un momento empiezo a temer que Lucía se deslice por la peligrosa pendiente de la seudociencia y las terapias alternativas, pasando de interesante a ridícula—. Pero la expresión *no dig* y su popularización moderna se atribuyen sobre todo al horticultor británico Charles Dowding desde los años ochenta. En agricultura extensiva, técnicas parecidas, como la siembra directa o *no-till farming*, se desarrollaron en Estados Unidos y Sudamérica a mediados del siglo XX. Mira, agáchate y te explico.

Tranquilizado por el sano cientificismo del asunto, intuyo que la cosa no va de tocar un gong tibetano a las plantas bajo la luz de la luna. Doblo las rodillas y observo lo que Lucía me va indicando en el montículo. Me gusta su entusiasmo tolstoiano por la tierra.

—Primero hay que preparar la base, escoger el lugar. Mejor con algo de sombra parcial en las horas centrales del día, pero que reciba al menos seis horas de sol. Luego hay que eliminar las hierbas altas, cortarlas a ras y dejar las raíces, no arrancarlas. Lo siguiente es colocar una barrera inicial: cartón sin tinta o papel *kraft* para tapar las malas hierbas perennes. Humedecerlo para que se adhiera al suelo. Después se deben añadir capas de materia orgánica. Se pone encima del cartón entre cinco y ocho centímetros de compost bien maduro. Mejor si es una mezcla de estiércol curado y restos vegetales. No hay que mezclarlo con la tierra, yo dejo las capas tal cual. Hay que mantener la cobertura, cubrir el compost con *mulch*, que debe tener mínimo cinco centímetros de espesor, y reponerse según se degrade.

—¿Esos tubitos de goma son para el riego?

—Sí, es fundamental un riego eficiente. Yo instalé riego por goteo bajo el *mulch*. Riega de madrugada o de noche para reducir la

evaporación. En verano, con este calorazo, programo riegos más frecuentes pero cortos. En primavera y otoño, más espaciados. Para sembrar basta con hacer pequeños huecos en el compost para los plantones o las semillas, sin remover las capas profundas.

—¿Y qué siembras?

—En Badajoz, en verano, funcionan bien el tomate de aquí, pimientos, berenjenas, calabacín, melón y sandía. Y aromáticas como albahaca, orégano y romero, que son resistentes al calor.

—Las ensaladas están deliciosas, desde luego.

Nos incorporamos y mis rodillas lo agradecen.

—Todo son cosas de aquí, de mi huerto.

—Oye, Lucía, ¿y esto lo hace mucha gente?

—Cada vez más. Es una manera muy respetuosa de tratar la tierra. Me comunico con algunos por internet.

—¿Sois una secta?

Lucía se ríe.

—Algo así.

—Es maravilloso cómo lo cuentas. La pasión que transmites. Y este vergel te mantiene ocupada, ¿no?

—Amo ver vida, el desorden de la vida en este jardín. Mira esos cerezos. Nunca he llegado a comer una sola de sus cerezas. Están ahí para alimentar aves, para ver siempre pájaros en mi casa. Todo esto me da paz. ¿Tú no tienes plantas, Diego?

—No. Tenía unas macetas con unos geranios antediluvianos, que eran de mi madre. —Me callo que a Sonia también le gustaba cuidar nuestros geranios, no me dejaba acercarme, decía que a ella le tranquilizaba regarlos, quitarles el pulgón o el taladro. Y que yo he conseguido que se mueran, y las macetas, con sus muñones saliendo de la tierra seca, no me dan ninguna paz—. ¿Me darás algún consejo para cuidarlos mejor si replanto algunos?

—Claro. ¡Vamos, Zar!

Lucía agarra el capacho y camina hacia el cobertizo. La sigo. Yo a un lado, el perro al otro.

—¿Flores para un jarrón?

—No, para la ensalada de esta noche.

—¿Para decorar?

—No, para comer. No pongas esa cara. Las flores se comen. Estas son alegrías, están bien, pero las que más sabor tienen son las violetas.

Entramos. Todo está lleno de herramientas de jardinería y macetitas. Hay un par de bicis colgando de unos ganchos. Lucía se quita los guantes y el sombrero.

—¿Sabes que tú estás aquí por este huerto?

—No, ¿por qué?

—Estas plantas fueron primero que los escritores. Son el trabajo y la pasión de una vida. Esos árboles eran poco más que esquejes cuando los planté. Míralos ahora. Empecé a leer a Golding en los ochenta, pero leí más cosas y me topé con la historia de una mujer fascinante, una que amaba jardines y literatura por igual.

—¿Quién?

—Antoinette de Saint Léger, una aristócrata rusa del siglo XIX. Una mujer increíble, anfitriona de James Joyce, Remarque, Rilke y Hermann Hesse, entre otros. Se compró las dos pequeñas islas del lago Maggiore, frente a Brissago, en Suiza. Vivió allí, en la Isola Grande, en un palacio con unos jardines maravillosos, llenos de plantas exóticas, invitando a los mejores escritores de la época. Un salón literario flotante.

—Increíble. Suena todo muy Zweig, a la Europa de *El mundo de ayer,* ¿no?

—Sí. Ya te digo que Antoinette es todo un personaje. Se decía que era hija bastarda del zar Alejandro II, hablaba siete idiomas y aprendió a tocar el piano con Franz Liszt. Se casó tres veces, cada vez con un hombre más rico. El tercero fue Richard Fleming-Saint Léger. Con esa boda devino baronesa y compró en 1885 las dos islas. Mandó construir en la Isola Grande un palacio enorme, lo bastante como para llenarlo siempre de invitados, no estar nunca a solas con su marido y realizar el sueño de su vida: reunir plantas de los cinco continentes y traer el mundo a su casa. Joyce escribió allí

parte del *Ulises* y hay quien dice que Antoinette inspiró su Bella Cohen, la Circe de su odisea. Que el burdel que regenta en Dublín era el equivalente moderno a la isla de la hechicera, el lugar donde los hombres se transforman o se destruyen.

—¡Caramba con Antoinette! Debió ser una mujer muy atractiva.

—Sí, sensualidad y cultura juntas.

—Peligroso. ¿Y ella te inspiró para recibir aquí a escritores?

—Sin querer sonar pretenciosa, esto no es un palacio en un lago suizo, pero en cierto modo sí.

—Bueno, yo no soy James Joyce, así que tranquila.

—No quiero distraerte de tu escritura…

—El día me cundió mucho. Este lugar es maravilloso.

—Me alegra que hayas encontrado aquí el silencio para trabajar.

—Precisamente vine a buscarte para descansar y preguntarte si quieres tomar algo.

—Sí, perfecto. Tomemos algo en la terraza antes de cenar. Te veo ahí. Voy a darle agua y comida a Zar.

21

—Una cosa me intriga. No he visto ni un solo hombre en el cortijo desde que llegué.

Llevamos tiempo en la terraza. Lola aún no aparece. Bebemos vino blanco frío. La conversación fluye con facilidad. Me impresiona el tiempo que esta mujer ha dedicado a cimentar culturalmente sus aficiones, su modo de vida. Claro que partía de una situación de privilegio, pero hay una enorme cantidad de cretinos que malgastan esas oportunidades. Lucía no. Quiero saber más.

—En verano no viene gente a la aceituna.

—¿Ir a la aceituna?

—A trabajar en los olivos. No es época de zafra, la aceituna se recoge entre noviembre y enero, después de que las lluvias limpien y engorden las olivas. En estos meses solo se les hace mantenimiento a los árboles, alguna poda si es necesario, abonar. Cosas así.

—¿Y eso lo haces tú también?

—¡Nooo! —Lucía sonríe, bebe y sigue—: Eso lo hacen peones, gente contratada. De la cooperativa. De todas maneras, a Las Encinas Azules solo le pertenecen ya unos pocos olivos. Los que ves alrededor de la casa. Los olivares se vendieron hace muchos años. Ya te contaré la historia del cortijo, es muy interesante.

—¡Seguro! —Bebo—. ¿Y por eso no hay hombres trabajando en este gineceo?

—Alguno verás antes de irte. Pero con este calor tendrás que madrugar mucho. Hacen las faenas muy temprano para evitarlo. ¿Echas de menos a tus congéneres?

—No, en absoluto. Siempre me han interesado más las mujeres. Oye, pero tú no necesitas alquilar esa casita para vivir, ¿verdad?

—No, no lo necesito. Pero ayuda.

—¿Y cómo eliges a tus huéspedes? ¿Hay alguna norma?

—Tengo clientes fijos, parejas que repiten, amigos, gente que me recomiendan. En cuanto a los escritores, no suelo admitir a autores que no me interesen. Me tiene que gustar lo que escriben y, desde luego, no admito a ninguno que persiga el ideal viril del genio. Nada de aspirantes a Hemingway.

—Interesante. ¿Cómo es eso?

—Sí, la fama universal de Hemingway. O Picasso. Ellos metieron para siempre en la cabeza de la gente que los genios son hombres casi poseídos, violentos, lascivos, promiscuos y con amor por la sangre, la muerte, ya sea de animales o de personas. Los toros, la caza… Hombres que están en lucha con sus demonios y, por supuesto, por encima de toda moral. Alimentar su genio creador exige liberarlos de cualquier barrera. Los genios indiscutibles son siempre hombres tóxicos, unos perfectos gilipollas… ¡Nada que ver con esas tías locas, depresivas y deprimentes como Virginia Woolf, Sylvia Plath o Alejandra Pizarnik! ¿Qué es la historia del arte, de los creadores, sino un catálogo de hombres monstruosos?

—¡Ja, ja, ja! ¡Nunca lo había visto así, la verdad!

—Claro, eres un hombre.

—Pero sí, los monstruos suelen ser hombres con poder, impunes.

—Así es. El problema que tienen ahora es que ya no les ríen las gracias, los abusos, y a veces, pocas, acaban ante un tribunal. Y eso, por supuesto, es culpa de las feminazis. ¿A ti el arte te obliga a ser un depredador?

Me río.

—¡No, claro que no! Además, no soy ningún genio. Es cierto que, durante años, de joven, justifiqué mi promiscuidad diciéndome que quien no se exponía al amor carecía de autoridad moral para escribir sobre él. Busqué dentro de mí los supuestos combates entre mis ángeles y demonios, el alma del artista, ya sabes, Rilke, el que le

gustaba a tu Antoinette y todo eso. Pero no encontré nada. O al menos nada que fuera más angelical o demoniaco que el alma de cualquier otra persona. Desde luego, menos tortura y sufrimiento que en la de un maltratador o un pedófilo con ocupaciones corrientes. Yo escribo como terapia. Graham Greene se preguntaba cómo hacen los que no escriben, pintan o componen para escapar a la locura y la tristeza.

—Oh, muy fácil. Drogarse con ansiolíticos generosamente prescritos por la medicina pública y privada. Las benzodiacepinas son la última línea de defensa del sistema.

—¡Qué buena imagen! Da para una historia. La necesaria revolución llegando por un fallo de suministro de Orfidal, Trankimazin y Lexatines, por un síndrome de abstinencia colectivo. Te la robo.

Nos divierte la broma. Lucía me observa un instante y pregunta:

—¿Ya no eres promiscuo?

—¿A mi edad? No. Maduré. O superé la baja autoestima. Sigo pensando que todos los libros hablan del amor o de su falta, pero ya no lo confundo con la seducción. Ahora me interesa mucho el amor fraterno, el amor por el género humano.

—Difícil en estos tiempos. ¡Qué horror lo de Gaza! Pero te aplaudo la intención. Y la madurez. Casi nadie está preparado para envejecer.

—Como Nina en *La gaviota* he…

—¡Me encanta Chéjov!

—Lo suponía, lo citaste en la primera cena. Decía que, como Nina, he acabado comprendiendo que ser artista, ser escritor, es saber llevar la cruz y tener fe. Aplica a casi todo, si no renuncias a estar vivo mientras envejeces. —Saco la botella de blanco, perlada de gotitas de condensación, de la cubitera y se la muestro a Lucía. Ella asiente y nos sirvo más vino—. ¿Y solo admites escritores, Lucía?

—No. Sería mal negocio. Viene gente de todo tipo y no le cobro lo mismo a todo el mundo.

—¿Eso es legal?

—No lo sé. Pero por eso no tengo web.

—Ya, entiendo.

—Es mi casa. Yo decido quién viene y lo que paga. Pero siempre que puedo alojo escritores. Amo leer y suelen traer poco equipaje.

—¿Equipaje?

—Sí, cuadernos, portátiles, libros que luego me regalan dedicados.

—Supongo que somos más cómodos en eso que pintores o escultores. Viajar con caballetes, bloques de mármol, cinceles y sopletes es engorroso.

—El sarcasmo, en cambio, se mueve con tanta facilidad como una maletita con ruedas.

—¿Y cómo no había oído hablar antes de este retiro de lujo y su patrona?

—Puede que los que lo conocen sean egoístas y no quieran divulgarlo. Puede que tú no hables demasiado con tus colegas.

—Puede.

Silencio.

—¿Y no te decepcionamos?

—¿Los escritores?

—Sí.

—Bueno, a veces. Pocas, porque suelo alojar a los que me gusta leer. Aunque es cierto que entre la obra admirada y el autor conocido siempre cabe la decepción.

—Ya sabes lo que decía Bolaño de los escritores y el mundillo literario.

—¿Qué decía?

—Que el mundillo de los escritores está lleno de miserables, canallas y tontos que piensan que son buenos y van a perdurar.

—Bolaño era un provocador. ¿Y tú qué piensas, Diego?

—Que tenía razón. Te pido perdón por todos ellos y sus posibles torpezas.

—¿Las de ellos? ¿Tú no eres así?

—No. Yo hace tiempo que entendí lo absurdo de escribir para querer perdurar. Yo escribo porque no sé hacer otra cosa. Porque me es útil. Me da un propósito.

—Y porque te gusta.

—Y me duele. Placer, dolor y utilidad. Tres cosas que por sí solas son enemigas, estériles, pero que unidas justifican estar vivo.

—De todas maneras, los escritores sois despiadados.

—Hay que serlo para escribir algo inteligente sobre el ser humano. Despiadado con los demás y, sobre todo, con uno mismo.

—Sí, y eso os hace interesantes. ¿Tú me vas a decepcionar?

—¡Espero no hacerlo!

—¿Y me prometes no abusar de las citas literarias?

—¡Eh, tú también me soltaste algunas!

—Para que supieras con quién te juegas los cuartos.

—Prometido. Si no nos damos carrete los dos.

Llega Lola, recién duchada y con el pelo mojado, aún más negro azulado.

—¡Holi! —le da un beso a su abuela, su abu—. ¡Hola, Diego! ¿Cenamos? Me muero de hambre.

Lola se mueve en otra frecuencia, con una vibración que nos sacude. La miro y pienso en cuánto tiempo hace que yo no puedo mover mis alas así de rápido, en cuándo se convirtieron en duros élitros y yo en un escarabajo pelotero empujando la enorme bola de mierda que es mi vida. La miro demasiado. Me doy cuenta cuando descubro los ojos de Lucía calibrándome.

—Mi nieta odia que aloje escritores, hombres, en la casa de invitados. Solo viene aquí en vacaciones y detesta compartirme con nadie. Os ve como intrusos.

—¡Qué va! —Lola se ríe y me mira—. Es más, me renta cuando hay un hombre en la casa.

—¿Qué es eso de que «te renta»? —pregunto alzando las cejas.

—Que me viene bien —Lola lo explica con el fastidio natural de una adolescente con un anciano. Eso debo parecerle, lento de entendederas—, porque entretiene a mi abuela y hace que no se

ponga tan pesada sobre si entro o salgo, la hora a la que llego o con quién ando. Que para eso ya tengo a mi madre.

—¡Ah, caramba! Me renta…

—No tienes mucho contacto con adolescentes, ¿verdad?

—No, la verdad es que no.

—Pues escúchala, escritor, aprenderás. Lo que me extraña es que no haya empezado ya con los «todes», «amigues» y demás. ¿Qué piensas tú de eso?

Abuela y nieta me miran con fijeza, supongo que buscando en mí una *auctoritas* que dirima un viejo pleito.

—Conozco la importancia de nombrar las cosas para que existan. Y el lenguaje siempre está vivo, se adapta a las necesidades de expresión de quienes lo hablan. No utilizo esas expresiones, me falta agilidad. «Aliade» y poco más. Pero desde luego no me molestan. Es interesante.

La chica sonríe y mira triunfante a la mujer, que no parece muy conforme y frunce el ceño. Creo que esperaba otra respuesta, sarcasmo o desprecio. Me sorprende esta fisura en su modernidad.

—Ya… Y tú, Lola, no hables así de tu madre, que es mi hija. Sí, vamos dentro.

Lucía se levanta y deja que su nieta la abrace por los hombros. Yo las sigo. También tengo hambre.

Nos sentamos igual que la noche anterior. Polonia sirve. Tampoco cena con nosotros. Nunca es maleducada. No del todo, pero está claro que no le caigo bien. Quizás sea una persona amargada y no le caiga bien nadie.

—Lola, el móvil… —A la chica le han entrado unos mensajes. Y aunque tiene el móvil en silencio, ha vibrado, los ha leído y no puede evitar contestarlos. Sonríe mientras teclea veloz, sin que el pegote del angelito de plástico le moleste lo más mínimo—. Deja el móvil, por favor.

—¡Que sí, contesto a Álex y lo dejo! —Lola no levanta la vista de la pantalla, sigue escribiendo y sonriendo.

—¿El arqueólogo forense? —pregunto por preguntar, por ver su cara cuando responda.

—Sí, me está contando lo que han hecho estos días. Abu, ¿puedo invitarle a cenar mañana y que nos cuente a todos?

—Si no le importa a Diego. Ha venido a estar tranquilo, no a ver gente todo el rato.

—No me importa, para nada. Me encantará saber más de su trabajo y de la historia de la fosa.

Lola me guiña un ojo y sonríe. Me sorprende y no sé muy bien cómo reaccionar. Lucía asiente.

—Bueno, pues que venga a cenar. ¿Será él solo, viene con algún compañero? Para decirle a Polonia…

—¡Él solo!

Lucía se vuelve hacia mí.

—¿Y qué has escrito hoy? ¿Nos puedes contar algo?

Dudo. Niego suavemente con la cabeza.

—No me gusta hablar de lo que escribo. No en una fase tan temprana.

—Pero ¿de qué va? —insiste Lola.

Claudico. Decido mentir, hablar de lo que no existe más que en mi cabeza. También veo la oportunidad de testar en ellas el posible interés, o no, de mi proyecto.

—Es una distopía, un futuro cercano. Sobre el colapso climático y cómo los ultrarricos pretenden salvarse, ellos solos.

—¡Qué rayada! —resopla Lola—. ¡Vaya planeta nos estáis dejando!

—Culpables, toda la razón —admito.

—Suena muy bien —añade Lucía—. Y también muy distinto a tu estilo, a tus temas.

—¿Ah, sí? —Esto me interesa más que seguir con la farsa de *Distopía*—. ¿Y cómo y de qué escribo yo según usted, madame Guevara?

—Me gustaría oírselo a usted, señor Roca.

—¡Dais *cringe*!

—¡Eso sé lo que significa! —contesto a Lola y devuelvo mi atención a Lucía—. Preferiría saber cómo crees tú que escribo. Para un autor es maravilloso charlar con sus lectoras, sobre todo si sabe de antemano que gustan de sus libros. Baño y masaje.

Lola nos mira con los ojos muy abiertos, divertida.

—Escribes muy bien. ¿Cómo lo haces? —Lucía no suelta la presa.

—Es pedante autodefinirse.

—Es parte del peaje literario por el hospedaje.

—¿Sí?

—Sí.

Resoplo y asiento resignado.

—Improviso mucho, rapiño de cualquier género, saqueo a los autores que me gustan. Reescribo lo que otros han reescrito. ¡Cada vez más libre porque en la novela cabe todo!

—Sí, Diego, he leído, creo que he leído, casi todo lo tuyo y veo esa evolución. Todo es menos naturalista, hay un uso muy libre de las voces y el punto de vista.

—Gracias. No me interesa la descripción minuciosa *per se,* atrapar trozos de realidad. Me interesa describir para impulsar la acción. En eso me gusta más Tolstói que Flaubert.

—Pero en tus novelas no suele haber personajes que nos alegren, eres cruel con ellos. ¿Por qué?

Lola asiste en silencio al intercambio. Le entra otro mensaje.

—Ni yo ni mis…

—Abu, yo os dejo aquí peleándoos. La pisci me dio sueño.

—¿No quieres postre?

—No, no tengo más hambre. ¡Hasta mañana! —Lola recoge su plato, cubiertos y vaso, y se va hacia la cocina. Evito seguirla con la mirada. Lucía ladea la cabeza y me mira.

—Me interesa describir lo humano, el caminar de la historia, sus avances y retrocesos, las consecuencias en pueblos y sociedades. Dar mi visión, llena de dudas. Y no es amable porque el mundo no lo es.

—Ya, el mundo es una mierda, Diego. Pero yo, como la pobre Blanche DuBois, siempre confío en la bondad de los extraños. Me resulta difícil creer que se pueda escribir sin bondad.

—Lucía, ser bondadoso no es ser iluso. Es una profesión de fe, una militancia revolucionaria. Yo soy bondadoso, creo, pero no me engaño. ¿De verdad crees que me falta compasión por mis personajes?

—Diría que hay más crueldad que compasión. Insisto, me encantan tus novelas, me hacen pensar. Pero me dejan triste. *Las vidas afiladas* es muy dura.

—¿Y aun así las compras?

—¡Sí, y algunas son muy largas!

—¡Mira…! ¿Eso te parece? Yo diría que cada vez menos. Hace mucho que renuncié a ese gran libro que, a lo Balzac o Proust, retrate y conecte toda la realidad social de nuestra época. Apenas me siento capaz de capturar destellos parciales e incompletos. Solo echo rápidas ojeadas al mundo a través del telón rasgado, para ver una parte del patio de butacas.

—¿Vamos al sofá? Estaremos más cómodos y así Polonia puede recoger y acostarse. ¿Llevas la botella, Diego? —Asiento. Nos sentamos, Lucía en una esquina y yo en la otra de un enorme sofá de cuatro plazas, forrado de un suave raso entre gris y dorado. Cada uno con una copa de vino; dejo la botella en la mesa baja—. Sí, y aun así insisto, tus novelas siempre son largas, ¿por qué?

—Bueno, lo primero, te agradezco que las termines, lo aplaudo. Sí, yo escribo largo. Una novela larga es como una vida, ni quiere ni puede ser perfecta. La novela es una ética en acción. Y, por tanto, una condena a la soledad. A la mayoría de la gente le puede divertir la rebelión inocua, aceptable, pero huyen del verdadero rebelde como de la peste. De la ética ajena que los cuestiona. O les previene. Casandra, el profeta Jeremías o Pepito Grillo son símbolos universalmente detestados.

—¿Y te siguen publicando?

—Sí. Nunca fui un superventas y cada vez vendo menos. Pero me salva, por ahora, que aquí se publica tanto que las editoriales pueden permitirse su cuota de fracasos comerciales a cambio de una pizca de calidad. Su negocio se basa en otro tipo de libros. De todas formas, espero la guillotina en cualquier momento. Un día la hoja de Excel caerá sobre mi cuello y me decapitará. Es cuestión de tiempo.

—¿Y no te preocupa?

—Como escribe Carrère en *Limónov*: «… un artista auténtico solo podía ser un fracasado. No era culpa suya, sino de unos tiempos en que fracasar era un acto noble». Se me quedó grabado cuando lo leí.

—Detecto cierta arrogancia en sus palabras, señor Roca —se burla con suavidad Lucía antes de dar un sorbo a su copa, ovillada con tanta comodidad entre el respaldo y el reposabrazos del enorme sofá que me parece una gata. Una gata suave y elegante que siempre ha sabido encontrar los lugares confortables de la vida. Antes de que pueda contestarle, Polonia entra con una bandeja y, en un viaje, retira lo que quedaba en la mesa.

—Hasta mañana, Lucía. Hasta mañana, *señó*.

—Hasta mañana, Polonia —contesta sonriendo Lucía—. Que descanses.

—Hasta mañana. —Bebo un poco de vino y no puedo evitar mirar las sombras que Lucía y yo, iluminados por una lámpara de mesa, proyectamos en la pared. Sombras enormes, deformes e irreales—. Supongo que te llevó años que Polonia te llamara por tu nombre.

—¡Uf, muchos! Sigue con lo de tus libros.

—Bueno, ya te he dicho que yo escribo porque lo necesito y no sé hacerlo de otra manera. Busco sorprenderme a mí mismo para, en el mejor de los casos, llegar a hacerlo con quien me lea. A eso aspiro como novelista. Pero, por supuesto, muchas veces dudo de si lo consigo y me torturo por ello.

—No digo que sea tu caso, ni mucho menos, pero el autoengaño salva de la depresión a muchos mediocres. En el arte y en la vida, ¿no crees?

—¡Eso es una gran verdad, Lucía! La calidad literaria, o humana, no se puede definir, solo se puede percibir. Y todos los que escribimos conocemos la verdadera calidad de nuestros libros, no lo dudes. Si son buenos, geniales o papel para limpiarse el culo en una urgencia. Y los míos son buenos. Lo creo de verdad. No me duele lo escrito o, mejor dicho, nada me repugna. Buenos, pero no geniales. No perdurarán. Lo que me apena son las páginas y libros que nunca alcanzaré a crear, todo lo que no llegaré a atrapar. ¿Más vino?

Lucía niega con un gesto de la mano. Yo doy un sorbo de lo que me queda, pero tampoco me sirvo más. Callamos. Odio ponerme intensito. Sonia ya me hubiera quitado la tontería de un buen guantazo dialéctico, así que me callo, pues hace tiempo que, por fortuna, abandoné el mito romántico de la locura. La maldición de cualquier escritor es intentar ser original diciendo lo ya dicho, escribiendo lo ya escrito. ¿Soy un buen escritor? Hay días en los que creo que sí, como hay otros en los que me siento una buena persona, porque, como le escribía Rilke al joven poeta, me pregunto muchas veces si me moriría sin escribir y me contesto que sí. Porque, como pedía Hemingway, siempre intento lo que me resulta más difícil, que cada libro sea un reto superior al anterior. ¿Escribir no es forzar el lenguaje para que exprese más allá de lo que dice?… «¡Ojo, no menciones a Hemingway en esta casa!».

—¿Quién dirías que te ha influido más, Diego?

—No sabría decir quién me ha influido, porque esos ascendientes e inspiraciones, cuando son de verdad, son inconscientes. Si no, es simple imitación. Me gustaría pensar que Dostoievski. Amo a Dostoievski. Tengo una concepción trágica de la vida. Lo que sé es que no tengo la mala conciencia de los imitadores. Ni de los que intentan imitar el talento ajeno, ni de los que intentan imitar el éxito de escritores sin talento. Esos son los peores.

Lucía asiente. Yo termino mi vino. Siento pesada la cabeza, pero estoy alegre.

—Bueno, Diego, abuso de las citas aparte, me ha resultado muy interesante nuestra charla. —Lucía se pone en pie y se estira la

ropa.

—Perdón. Sigo sin tener claro el nivel aceptable de pedantería entre nosotros. Iré afinando.

La hago sonreír y eso me gusta. Intercambiamos las despedidas de rigor y nos separamos.

Mientras camino hacia mi alojamiento, oigo ladrar a un perro a lo lejos.

No se ve nada. Nubes de tormenta cubren la luna, así que me alumbro con la linterna del móvil.

Me pregunto si estoy en peligro. Las brujas no eran más que mujeres que sabían mucho de plantas y cocciones. ¿Mi anfitriona es la Circe de Badajoz?

22

Las veo tras unas palmeras de interior, mostrándose y escondiéndose entre la vegetación lujuriosa, desmesurada, de un enorme invernadero de cristal. Hablan y sonríen con hombres con trajes de tres piezas, cuellos duros, bigotes enhiestos y espesos, leontinas y gafas con montura de oro. Alguien toca el piano, algo que me parece un vals. Lucía conversa con todos, que la celebran con palabras que yo no oigo. Lola, porque es Lola, gira a su alrededor bailando y riendo mientras juega con la galga. Cada vez que me acerco a ellas, que voy a alcanzarlas, se me interpone alguien. Un caballero apresurado. O serio. O uno que me choca en el hombro por detrás y me adelanta. Lucía y Lola llevan unos trajes de baile antiguos, con faldas ahuecadas, corsés y los hombros al aire.

Oigo un estruendo y veo agrietarse varios cristales del invernadero. Me urge avisar a Lucía. No sé de qué, pero me urge y no lo consigo. Cada vez que me acerco se cruza alguien. Y no logro llamar su atención. Es angustioso.

Otro crujido enorme, caen algunas plantas y cristales rotos. Nadie parece reparar en ello. Lola sigue bailando con la perrita. Lucía bromea con James Joyce y Lenin.

Otro ruido enorme. Caen más cosas.

Por fin alcanzo a Lucía.

—¡La isla se mueve!

Ella me mira burlona.

—¡Claro, las islas son barcos varados! ¡Pero esta va a zarpar! ¡Mira! Lola lo está pasando muy bien.

Joyce, Lenin y otros hombres que no identifico, aunque uno me parece un novelista superventas al que detesto, se carcajean.

—¡Lucía, Lola, tenemos que…! —cuando me vuelvo para prevenirlas ya no están.

Otro estallido que lo mueve todo.

Corro, las busco. Al fin las encuentro en una calle empinada de los Quartieri Spagnoli, de Nápoles. Las veo subir la calle, flanqueadas por miles de balcones con ropa tendida, viejas y hombres serios que nos miran en silencio.

—¡Cuidado, que nos matan! —siento que alguien me retiene agarrándome del brazo. Es Sonia—. Nos van a atropellar.

Me indica unos *motorini* que bajan echando carreras por la cuesta. A toda hostia. En cada una van tres niñas, todas sin casco.

—Las mejores pizzerías están en Forcella —le contesto, y busco a Lucía y Lola con la mirada. Intento alcanzarlas, pero se interpone una sombra enorme, negra, que se acerca petardeando. Cada vez tapa más a Lucía y a Lola. El bulto pronto se convierte en un hombre muy gordo que transporta un atún gigante atravesado en el exangüe *motorino*, que parece a punto de desmontarse exhalando su agonía mecánica bajo la masa del gordo y el descomunal pescado. Al fin se detiene frente a nosotros. El hombre, que va fumando, se baja de la motito, levanta el sillín, abre la tapa del depósito de gasolina y menea el cacharro para comprobar si queda combustible. No consigue verlo, así que da una calada al cigarrillo y acerca el ascua a la boca del depósito. La moto explota con un gran estruendo y el gordo y el atún desaparecen.

—Yo creo que todo esto lo organiza el ayuntamiento para los turistas —concluye Sonia mientras por fin alcanzamos a Lucía y Lola, que están pidiendo pizzas. Las tres mujeres se ponen a hablar entre ellas, ignorándome. *Las tres edades de la mujer*, de Klimt, las tres Gracias cotilleando la pantalla de un móvil, las tres brujas de *Macbeth* comiendo pizza.

—Yo también quiero. —Nada, ni caso. Siguen a lo suyo.

De pronto veo mucha gente apiñada, miles de personas que piden comida en torno a unos camiones que rodean como el mar lo hace con las pequeñas islas. Gritan, suplican, lloran, alzan al cielo niños escuálidos. Nubecitas de polvo se levantan cada vez más cerca de ellos. Son disparos, ráfagas de ametralladora. Los están acribillando. A una niña, una bala le estalla la cabeza. Mueren muchos. Oigo una explosión. Llantos. Más repiqueteo de balas.

Corro. Grito. Ya no busco a Lucía, Lola y Sonia. No deberíamos quedarnos en Gaza.

Tengo mucho miedo.

No las encuentro, estoy aterrado.

Me giro y los veo.

Me observan callados, el ceño fruncido, tres guardias civiles, con sus máuser y naranjero, el negro brillante de los tricornios al sol. Quiero contárselo a las mujeres, pero no están. Me miran en silencio, impertérritos.

Ya no corro.

Oigo más chasquidos de bala. Otra explosión. Unos chillidos desgarradores de ¿torturados?, ¿fusilados?, ¿violadas?

Abro por fin los ojos. Siento que me va a reventar la vejiga. Corro al baño. Hace bochorno, aquí no llega el aire del dormitorio. Un rayo ilumina el cuarto mientras meo. Luego, muy seguido, un trueno enorme. Llueve fuerte, oigo los goterones golpear cristales y tejas. Hay un tormentón fuera. Claro, con este calor. ¡Vaya sueño! Tengo que tomar menos vino antes de dormir. ¡Qué manera de mezclar movidas! Lo de Nápoles es de cuando fui con Sonia a un congreso de escritores y periodistas sobre Giancarlo Siani, uno al que asesinó la Camorra por un artículo. Saviano participó vía *online*, por supuesto. Lo mataron cuando conducía un Citroën Mehari verde. Lo tienen expuesto en una *Sala della Memoria,* dedicada a las víctimas del crimen organizado. Nos impresionó mucho. ¿Y los guardias civiles? Son los de la foto brutal que tomó Eugene Smith en Extremadura en 1950. Esa foto siempre me ha impresionado, asustado. La fuerza del blanco y negro, la brutalidad de los rostros,

cincelados por la luz, sin la menor empatía. ¿Qué pasaría en este cortijo en aquella época? Nada bueno, seguro. Acabo de mear y regreso a la cama, al fresco de la habitación. Me tumbo. Los truenos se espacian, se alejan, pero sigue lloviendo. El ruido ahora me relaja. Intento no desvelarme.

Cierro los ojos.

Oigo unos chilliditos muy agudos. Me alarmo. Ya no estoy soñando. Sí, ahí están otra vez, chillidos pequeños, agónicos, chirriantes. Doy la luz. Me siento en la cama. Escucho y los oigo otra vez. Trato de identificar la procedencia. Son tenues pero desesperados.

Me pongo las gafas y me incorporo. Juraría que vienen de debajo de la cama.

Sí, sin duda hay algo bajo la cama.

Agarro el móvil y enciendo la linterna. Me arrodillo y alumbro. Veo el borde de un trozo de cartón, plano. Recortado de una caja de algo. Los chillidos vienen de ahí. Me agacho más y proyecto mejor la luz. Sobre el cartón veo algo que me parece una bolita oscura, peluda. Tiro con dos dedos del trozo de cartón y lo saco.

Lo que chilla es un ratón de campo que se ha quedado pegado al trozo de cartón por algún tipo de pegamento. Es muy pequeño y parece agotado. Los quejidos son cada vez más débiles. Intento despegarlo, tirar de él con suavidad. Pero tiene las cuatro patitas y la panza pegadas al engrudo. Grita más fuerte cuando tiro. No sé qué hacer. No quiero herirlo, matarlo. Me siento en la cama con el cartón y el ratón sobre ella. Lo miro y pienso que debe de llevar horas ahí pegado. Agarro la botella de agua y vierto unas gotas en torno a su morro. El ratón la olfatea, la toca con sus bigotes y bebe con ansia.

—¿Qué hago contigo?

No lo quiero matar. Tras beber se lamenta con fuerzas renovadas.

Fumo. Miro el móvil. Las seis y diez de la mañana. Pronto amanecerá.

Pobre animal. ¿Qué hago? Nunca tuve mascotas, ni de niño. Ni luego con Sonia. No por nada en concreto, no se dio. Como lo de los

hijos.

Decido llevarlo al salón y repetir la maniobra del agua con algo de comida. Ayudar al ratoncito a seguir vivo y mañana enseñárselo a Polonia, aunque con seguridad ella es la que ha puesto la trampa. O a Lucía, seguro que ella sabrá cómo salvarlo. Mostrarle que yo también soy amante de la naturaleza. Dejo el cartón en el escritorio y cojo un poco del queso y los picos que me dejaron al llegar. Lo desmigo todo y se lo coloco otra vez bajo el morro. El ratoncito come. El queso me pareció un pelín salado, fuerte, así que también le pongo un poco más de agua, formando una especie de papilla junto a la boca del ratón.

Lo miro un poco más. Bostezo. Meo otra vez y me vuelvo a la cama. Escucho, llueve más suave y no oigo chillar al ratón. Procuro no pensar.

Sonia. ¿Dejaré algún día de soñarte? Yo no te invito a mis sueños, pero tú entras una y otra vez.

Los sueños son memoria sin narrativa lógica, cuartos abigarrados y llenos de cachivaches sin valor. No hay collares de perlas ensartadas, solo cuentas de bisutería barata desperdigadas por el suelo y que te hacen resbalar si las pisas, recuerdos deslavazados y delirios. Y ahora no solo entras tú sin permiso, también lo hacen unas desconocidas a las que nada me une.

¿Cómo puede un escritor desear no soñar?

Un escritor que no puede trabajar en su piso se va a una casa de campo regentada por una mujer madura, inteligente y atractiva. Estando allí conoce a la nieta de esta mujer, una adolescente…

¿Cómo seguía? ¿Cómo seguirá?

Tengo que dormir. No pensar. El que piensa pierde.

Sobre todo a estas horas.

Decido tomar un poco más de CBD.

23

Cuando me despierto, el ratón sigue allí. Lo oigo al otro lado de la puerta. Se queja con insistencia. Me da pena, pero sonrío pensando en Monterroso. Me levanto, voy al salón y, sí, ahí sigue el pobre ratón, o topillo, pegado al cartón por la tripa y las patitas. Me acerco. Se ha comido la papilla. Le renuevo las gotas de agua. Siento un puntillo de orgullo al comprobar que mis improvisadas medidas lo han mantenido con vida. El animal me mira, no sé si con gratitud, si eso lo pongo yo de mi cosecha, y gime. Le paso la yema del índice por la cabecita y el lomo.

—¡Shhh, tranquilo, te van a ayudar!

Me voy al cuarto de baño. Orino. Me ducho. Me lavo los dientes y vuelvo. Descorro las cortinas, la señal para que Polonia aparezca con el desayuno, y me siento en la silla del escritorio. El ratoncito y yo nos miramos.

La mujer no tarda en aparecer con la bandeja.

—¡Bueno día!

—¡Buenos días! Mire, Polonia…

Sin que yo se lo indique, ella ya ha visto la mesa ocupada por el cartón con el ratón, deja el desayuno en la mesa baja y regresa junto a mí. Polonia y yo miramos al animal. Ella niega con la cabeza.

—Lo descubrí anoche, chillando debajo de la cama. Supongo que usted sabrá…

Antes de que acabe, con una energía y rapidez sorprendentes, Polonia agarra el cartón con las dos manos y sale fuera. La sigo.

—… que digo que usted sabrá qué hacer con…

—Sí, no se preocupe.

Salgo justo a tiempo de ver cómo golpea la pared dos veces con el cartón, destripando al ratón. Luego, con un rápido ademán, dobla por la mitad el cartón con el cadáver aún pegado y lo echa en el cubo de plástico rojo, junto a las cosas de limpieza.

—¿Pero…?

—*Le* pongo *trampa* con pegamento. *Eso jodío bicho* se comen *lo cable*. Hace poco se comieron la goma de la lavadora. ¡Qué bien que *s'ha quedao pegao*!

—Ajá —asiento boquiabierto—. Claro.

—Cuando termine, me da una voz y vengo por la bandeja.

Veo a Polonia alejarse camino de la casa grande. Zar sale a su encuentro, la olisquea y la sigue moviendo el rabo.

Cierro la puerta y entro. Pongo el aire. Me siento en la silla con la mirada perdida. Mordisqueo el pan y la tortilla, pruebo algo de fruta, bebo café, pero sigo sin sacudirme el estupor.

¿Qué te pasa, tío? ¡Era un ratón de campo, no un ser humano! ¿Por qué te afecta tanto?. Llevo la bandeja a la mesa baja. Me asomo a la ventana y ahí está ella, Polonia, dando de comer y beber a Zar y Tina en unos recipientes plateados, fuera de la cocina. La veo acariciar a la galguita.

—¡Polonia!

La mujer se gira y me hace un gesto con la mano. Vuelvo adentro, al frescor. Ella entra.

—¿Se le ofrece algo *má*?

—No, Polonia. Gracias.

La mujer agarra la bandeja, sale y cierra la puerta.

Abro el ordenador, el archivo «Distopía». Releo lo último que he anotado. Nada sólido, nada coherente. Tecleo algo, pero me detengo y lo borro. Sigo pensando en esa mujer que aplasta un topillo y luego acaricia a una perrita. Se me impone una idea: ella es el pueblo. Es de pueblo, de este, sí. Pero no me refiero a eso. Ella es el Pueblo, con mayúscula. Y al Pueblo se le quiere, sí o sí.

Salgo de «Distopía» y abro una carpeta titulada «Citas».

A ver… Sí, aquí está. Más o menos como la recordaba.

Amar a otro/amar al pueblo/pasiones burguesas: «Cuando el amor es demasiado grande se vuelve inútil: ya no es aplicable, y ni siquiera la persona amada tiene la capacidad de recibir tanto. Me quedo perpleja como un niño al notar que incluso en el amor hay que tener sentido común y sentido de la medida.

Ah, la vida de los sentimientos es exageradamente burguesa».

Clarice Lispector | Una revuelta

¿Cómo ama el pueblo, si es que el pueblo existe? Si no vive el arrebato burgués, ¿cómo ama? ¿Soy yo pueblo? No quiero caer en el complejo de superioridad burgués —no lo soy, si no trabajo no como— de tomar a esa clase como medida de todas las cosas, de lo humano, pues eso reduce a las clases bajas, trabajadoras, a un nivel apenas superior al de los animales, a bestezuelas instintivas. Claro que, cuando tu mayor preocupación es comer, pagar la luz o que no te desahucien, no queda mucho sitio para los refinamientos emocionales. Ni para convertir la obsesión por amar, en realidad por ser amado, en algo que monopolice tus días y *atormente tus noches. De hecho, el romanticismo siempre fue una afición para rentistas y gente adinerada, liberada de preocupaciones materiales. Como las bromas, que siempre son burlas que hacen los de arriba a los de abajo, los fuertes a los débiles para, camufladas de humorada, enseñar a cada quien su sitio en el mundo. Si te puedes reír de alguien es porque es más débil que tú, y está bien que esa persona lo sepa, lo interiorice, que arda en deseos de encontrar alguien aún más abajo para embromarlo, ridiculizarlo. No, las bromas de abajo arriba son inexistentes, a menos que se den revoluciones y guillotinas, que entonces sí, por un tiempo son otros los que ríen.*

Nota: En este país faltaron bromas de esas, unas guillotinas a tiempo.

¿Qué soy yo? ¿Tengo un piso heredado? Sí. ¿Tengo un cortijo? No. ¿Tengo dinero para afrontar un imprevisto, algo gordo? Tampoco. Objetivamente, soy pueblo, clase trabajadora. Mi carácter se formó en la universidad pública de finales de los ochenta, la UAM,

Filosofía y Letras, Filología. «¿Pero eso qué salidas tiene, hijo?». «No lo sé, mamá, pero me gusta, me gustan las palabras, y me dan beca por ingresos familiares bajos». Futbolín, mus, botellines, ligues y mucho marxismo, metodológico y del otro, *Teoría de la novela*, de Lukács, Bajtín, sistemas de signos, Lévi-Strauss y Althusser. Añorante de una épica de asambleas que llamaba a huelgas y esas multicopistas que bautizaron como vietnamitas, que escupían sin cesar consignas contra el dictador. Cosas que yo ya no conocí. Siento afinidad por ideas generales como el pueblo, el proletariado, ¡la humanidad! Pero nunca he sido hábil en la relación con los individuos de esas categorías, a las que sin duda pertenezco, que la vida me fue poniendo por delante. Ha bastado ver a esta mujer del pueblo reventar a un ratón para que las grandes consignas se tambaleen. Siempre me sentí un desclasado, con un especial reparo a hacer el ridículo afectando una campechanía, una ligereza en el trato que asocio a lo peor de los señoritos, nobles y monarcas. Ese casticismo impostado de los poderosos, un fenómeno muy español.

Lo cierto es que siempre que me he topado con alguien de la clase trabajadora, por no hacerle de menos lo hago de más, lo invisto de características ideales, cuasi mitológicas. Persisto en ese idealismo social pese a los fachapobres que nos van a traer de vuelta el fascismo. Me digo que son solo elementos desclasados y necesitados de orientación política. Adjudico a los proletarios, aunque ya sea casi imposible encontrar a alguien que se defina así, una pureza, una nobleza natural que poco tiene que ver con la realidad de esas personas. Obviando el hecho de que un pueblo sin conciencia de clase está derrotado y es colaboracionista de su propia explotación. Me puede cierto síndrome del impostor que solvento con propinas exageradas.

La verdad es que siempre me fue más fácil relacionarme con grandes ideas, como la humanidad o la hospitalidad universal kantiana, que con las personas. Y que, más allá de confusiones de clase, aunque sufra con el dolor ajeno y con la maldad que lo provoca, siempre he sido un poco misántropo. Sí, quizás por esa

misantropía, siempre combatí a desconocidos mejor que abracé a los amigos y a mis parejas. *Mea culpa.*

Con Sonia no. Con ella todo fue mejor y distinto. Hasta que dejó de serlo.

Vuelvo al archivo «Distopía», escribo algo. Lo borro. Me pongo en pie. Bebo agua. Fumo. Veo por la ventana a Lucía y Lola, en el huerto. Los perros, cada uno a su ritmo, las siguen. Zar más quedo, acompasado a la energía de la mujer. Tina y Lola, afinadas en su agitación de cachorras.

Sí, un pelín misántropo. Siempre lo he sido. Seguramente por mi incapacidad para lidiar con la estupidez ajena. Yo también hago tonterías, claro; he hecho muchas y haré más. ¡Es mi estupidez, hostias, tengo que vivir con ella! ¿Pero con la de los demás? ¡No! ¿Por qué?

En un mundo que ha sustituido hace mucho la autoridad de la razón, del conocimiento, por la de la emoción y la ignorancia orgullosa, creo que la estupidez, la maldad sin beneficio propio o ajeno, se basta de una frase para atacar cualquier verdad, negarla o relativizarla. Desmontar esa frase puede requerir un párrafo, varias páginas, ¡un libro entero! No tengo tiempo ni ganas que malgastar en eso. Claro que eso tampoco es del todo cierto. No soy un totalista, uno de esos que practica la autocensura oportunista, calla y adopta las ideas mayoritarias. Como Gramsci, odio a los indiferentes, su desinterés que no es sino miedo a señalarse. ¡Son tan evidentes con el genocidio en Palestina! No, como el italiano, yo me siento partisano: «Vivir significa tomar partido». Como Celaya: «Maldigo la poesía de quien no toma partido hasta mancharse». A la entrada del infierno de Dante están las almas tibias, los que no tomaron partido por nada. Condenados a correr tras una bandera vacía, picados por los insectos. No quiero acabar así.

En el fondo sé que soy un bocazas incapaz de cómodas equidistancias. Con la edad he aprendido a escoger mis derrotas, porque estas batallas acaban siempre en un poco más de melancolía, de desengaño.

—¡Ey, un momento…!

Los ojos muy abiertos, como para ver lo que no está ahí, ante mí. Los dedos sobre el teclado, las yemas rozando, vergonzosas, las teclas que no acabo de apretar. Nada. Otra vez nada.

Poco a poco, noto un desasosiego, una duda punzante. ¿Vale algo la idea de *Distopía*? ¿Vale como novela o es solo una ocurrencia? Bueno, me digo, hoy debe de ser uno de esos días.

¿En el fondo qué quiero contar?

La locura de los verdugos del planeta.

La desesperación de las víctimas del mundo.

La lucha y siempre, aun en lo más oscuro, la esperanza.

Es eso, ¿no?

24

Polonia me trajo algo ligero de comer; le había avisado de que tenía intención de seguir escribiendo hasta la tarde. Ahora, me duele la espalda y me siento embotado. Pero desde luego no es por escribir. Sigo bloqueado. Las seis de la tarde. Me asomo a la ventana y veo a Lola en la misma tumbona de ayer. No oigo lo que dice, pero creo que está haciendo una videollamada. No la molestaré y, además, no sé muy bien de qué hablarle. No, buscaré a Lucía. Han bastado dos días para que dé por asentado un ritual. Si miento y finjo haber escrito bastantes páginas, me siento listo para el encuentro con la mujer. Sin esa ofrenda, aunque sea falsa, no me vería digno de tal audiencia.

Salgo y me encamino a la casa grande. Ya la voy conociendo mejor. A la luz del día, Las Encinas Azules me parece mucho más que una casa de labor y bastante menos que un cortijo de torero: un par de casas blancas, una principal, otra más pequeña, apartada, y el cobertizo acristalado; todo descansando sobre el lomo gastado por la geología antigua de esos montes, tan planos que solo las hileras de olivos dan idea de sus ondulaciones. No tiene el patio de los palacios y, si lo tuvo, lo perdió. Pero hay algo centenario en el conjunto, quizás por la antigüedad gruesa y retorcida de olivos y encinas. Mientras me acerco a la casa grande, dejando atrás la piscina y a un lado los frutales y el huerto, imagino los paisajes invisibles, superpuestos, las raíces milenarias del edificio: villa romana, casa árabe, hacienda renacentista, barroca, cortijo y alojamiento rural. Cimientos hondos, telúricos, de cantería y argamasa trabada con la sangre de los esclavos, los siervos, los

peones y los jornaleros al servicio de los señores de cada época. Tierra roja, densa, que se bebe ansiosa la sangre y los goterones de las tormentas.

Me asomo a la cocina y no veo a nadie, cruzo un pasillo y miro en el comedor, también vacío. Hay una puerta abierta al fondo. Me llega una música suave. Es Mina cantando, reconozco la canción de inmediato, era una de las favoritas de mi madre.

> Sei grande, grande, grande,
> Come te sei grande solamente tu…

Cruzo el umbral y encuentro a Lucía leyendo en un butacón floreado. Tras ella, una enorme librería de obra cubre, del suelo al techo y rodeando dos ventanas, tres de las cuatro paredes de la amplia habitación. Me detengo. Me mira por encima de las gafas de leer, sonríe, cierra el libro y se las quita. Detiene la música tocando con un dedo un pequeño altavoz.

—No quería molestar.

—No molestas. ¿Te cundió el día?

—Sí, mucho —miento—. ¿Qué lees?

—Releo. A ti. *Memorias de mañana.* Me gusta mucho.

—Gracias.

—Pero pasa.

Entro y no puedo evitar mirar con admiración los libros.

—Ya me contó Polonia que tenías un ratón bajo la cama. Lo siento, hay una plaga.

—No te disculpes. En el campo hay animales, bichos, ¿no? ¡Se supone que es parte de su encanto! Lo que no esperaba era asistir a su violencia. ¿Te contó también cómo lo espachurró? —Lucía me mira asombrada, diría que hasta divertida de que un hecho tan nimio, supongo, en la vida diaria de un cortijo me impresione. Yo mismo me siento un tanto ridículo por mi reacción.

—Tranquilo, Diego. Para calmar tu alma franciscana te diré que el topillo estaba sentenciado. En el momento en que se quedan

pegados con la cola esa, ya no hay manera de liberarlos. Los rompes si intentas separarlos del cartón.

—Ya, claro… ¿Y no hay otra forma de matarlos sin que se pasen la noche chillando? Tuve hasta pesadillas.

—Cepos, pero parece que los huelen. Y en mi casa están prohibidos los raticidas y cualquier porquería química que pueda filtrarse al agua o a la tierra. Por las plantas.

Asiento y me callo el comentario de si es que un ratón merece menos la vida que una acelga y si acaso el pegamento ese no es también un químico.

No puedo apartar los ojos de los estantes.

Como Dante escribió en el último canto de su *Divina comedia*, ver a Dios es ver encuadernado todo lo que en el mundo se desencuaderna. El libro de todos los libros. No creo en Dios, pero creo en los libros y sus catedrales, las bibliotecas, y sus ermitas, las librerías. Creo que el mayor acto de fe y coraje es sentarse a escribir un buen libro. Un buen libro, uno solo, bastaría para salvarme de mí, de que otro cuente mi vida por mí, de ahogarme. Pero siento que he perdido la fe y hace tiempo que solo rumio plegarias gastadas.

> There is no Frigate like a Book
> To take us Lands away

—Es de un poema de Emily Dickinson —explica Lucía señalando los versos enmarcados en un pequeño cuadrito—. Este es mi puerto. Está lleno de fragatas que me llevan de viaje, que me ahorran salir de mi casa. Hay barcos de muchos tipos, tonelajes y aparejos. Unos mejores o más bellos que otros, pero todos me llevan a otro tiempo y lugar cuando los abro.

Encuentro libros interesantes como ella, libros que la explican, adornan y espejean en muchas atractivas Lucías.

En silencio, recorro los volúmenes con la mirada, complacido ante lo que veo. Varios cientos de libros. Aunque bien ordenados, apretados, desbordan los estantes y algunos se apilan

horizontalmente sobre los otros. Miro los lomos y los veo marcados por las arrugas que dejan, en los de tapa blanda, el abrirlos muchas veces. Cada biblioteca es distinta, reflejo de quien la ha construido con paciencia durante una biografía de años, eligiendo y descartando, sintiendo que necesita tener a mano unos libros y no otros. Sí, pocas cosas definen mejor a una persona que los libros de su biblioteca y a mí, que decididamente quiero saber más de Lucía, me gusta lo que veo. Un porcentaje no desdeñable de títulos forma parte de la mía y de la de cualquiera al que, de verdad, le guste leer. No están todos los que son en el canon, pero son todos los que están: Dostoievski, Flaubert, Tolstói, Stendhal, Chéjov, Clarín, Kafka, Mann, Zweig, Conrad, Steinbeck, Cervantes, Shakespeare, Baudelaire, Balzac, Dickens, Barea, Pérez Galdós, Martín Gaite, Chacel, Calvino, Pavese, Víctor Hugo, Baroja, Joyce, Proust, Virginia Woolf, Colette, Mishima, Orwell, Rulfo, García Márquez, Onetti, Carpentier, Mujica Laínez, Auster, Ford, Carmen Laforet, Marías, Chirbes, Mendoza, Muñoz Molina, Carrère, Bolaño, Coetzee, Modiano, Houellebecq, Baricco, Joan Didion… Mucho poeta, Ángel González, Lorca, Miguel Hernández, Machado, ediciones bilingües de Baudelaire, Valéry, Rimbaud. También Gil de Biedma, Celaya, Hierro, Salinas, García Montero… Por supuesto mucha poetisa, de Safo y Sor Juana Inés de la Cruz a Alfonsina Storni, Pizarnik, Plath, Dulce María Loynaz, Clara Janés y otras más actuales como Ida Vitale, Raquel Lanseros, Elena Medel, Luna Miguel o Irene X.

—¿Los has leído todos? —pregunto estúpidamente.

—No, por supuesto que no. La mayoría. Pero me gusta saber que los que no, están ahí, esperándome.

—Veo mucho clásico, mucho hombre, pero también autoras. Una curiosidad de novelista hombre preocupado por su futuro: ¿Crees que hay literatura masculina y femenina?

—Sí, claro. Yo puedo disfrutar enormemente de lo que escribe un hombre con talento, pero siempre me reconoceré mucho más en lo que escriba una mujer. Muchas veces al leer a hombres, las mujeres sentimos que le hablan a alguien que está a nuestra espalda, a otro

hombre, explicándole cosas que no serían necesarias si nos hablaran a nosotras.

—Interesante. ¿No hay una voz universal?

—Sí, pero no todos la alcanzan y las mujeres tenemos otra sensibilidad. La encuentras sobre todo en las autoras más modernas, más liberadas del influjo narrativo de los hombres. Son más valientes a la hora de hablar de nosotras mismas.

—¿Y cómo definirías esa sensibilidad femenina? Me interesa.

—Es siempre una revelación explosiva, una epifanía gracias a una voz que nos habla a nosotras y a nadie más. Es la comprensión súbita de quién eres o qué quieres tras una vida de aceptar lo que los hombres nos dijisteis que somos o queremos.

—Entiendo. Sí, supongo que sí —concedo, apabullado por la anchura de la trinchera creativa que se ha abierto ante mí. Me urge cambiar de tema—. Buena biblioteca, habla bien de ti. Buen gusto —admito.

—¿Ah, sí? Espero que pienses lo mismo después de esto —ríe Lucía mientras señala con el índice—. Tú estás aquí. Me los tienes que firmar.

Me veo junto a autores como Hernán Díaz, Agustín Fernández Mallo, Juan Tallón, Nicola Lagioia, José Manuel Fajardo, Brenda Navarro, Marta Sanz, Lucía Lijtmaer, Leila Guerriero, Azahara Palomeque, Karla Suárez, Martínez de Pisón, Cercas, Mateo-Sagasta y otros que ni me suenan.

—No es mala compañía, y claro que te los firmo, encantado. ¿Ahora?

—¡No, mejor sin estar yo delante! Para que te inspires sin presión.

—No esperes grandes cosas, no soy muy bueno dedicando. ¡Y no hago dibujitos!

Entonces Lucía parece dudar, calibrarme con una mirada. La miro con un gesto entre inquisitivo y divertido.

—¿Qué?

—Ven —contesta ella y me guía hacia una puerta en un lateral de la enorme biblioteca. La abre, da la luz y me hace una seña con la

cabeza para que entre. Obedezco y me encuentro con un despacho y otra biblioteca, no tan grande pero tampoco pequeña. El lugar me resulta una cápsula del tiempo: muebles castellanos, un bargueño, una figura de un militar del siglo XIX, con quepis, capote y a caballo, sobre el escritorio. Nada está sucio o polvoriento, pero todo se nota viejo, olvidado. La luminosidad de la otra biblioteca parece quedar atrás, como si no quisiera entrar en este pasado inmóvil.

Me acerco a las estanterías. Veo libros que exudan vulgaridad y fascinación por la muerte, por matar lo vivo. El Cossío, libros de toros y toreros, manuales de caza y memorias de cazadores en África. Otros de navegación a vela, golf y *backgammon*. Lucía nota mi sorpresa.

—Esos son de mi ex, Gonzalo. Pero todos esos, los más antiguos, eran de su familia, la mayoría del abuelo, el general…

—¿Tenía un abuelo general?

—Sí. El general Sachet.

—¿Franquista?

—Desde luego no era del Ejército Rojo.

—Ya.

—Otros pertenecían a don Rodolfo, el padre de Gonzalo, y él decidió conservarlos.

—Las bibliotecas son la memoria expandida de su dueño, de su sensibilidad. O de su estupidez y sus prejuicios —contesto comprensivo.

—Y eso no es lo peor. Mira más abajo.

No me extraña que la única vulgaridad en la existencia de Lucía sea la heredada. La que quedó allí, sin purgar, arrumbada en cajas y en las estanterías más bajas de un rincón. Pero no dejo de asombrarme al ver revistas falangistas, fósiles del pasado familiar del marido, como números de *Escorial,* cosas de Ridruejo, Ernesto Giménez Caballero o *Las terceras de ABC* de Sánchez Mazas, *La Hora* y *El Alférez* del SEU, novelas de Agustín de Foxá, Gironella, Emilio Romero y Vizcaíno Casas, libros de las últimas hornadas del

peor revisionismo, Salas Larrazábal, Ricardo de la Cierva y demás seudohistoriadores del franquismo y apologetas de la dictadura.

—¿Por qué conservas esto? —pregunto tras agacharme ligeramente y ladear la cabeza para leer mejor el lomo de algunos libros, abriendo mucho los ojos al ver una edición española de *El mito del siglo xx,* del nazi Alfred Rosenberg junto a *Reivindicaciones de España,* de los falangistas José M.ª de Areilza y Fernando María Castiella.

—No lo sé, la verdad. Son chaladuras ilegibles. Tiene algo de gabinete de curiosidades. No desentonaría aquí una cabeza reducida, ¿verdad?

—¡No! Ni fetos y tumores en tarros con formol —provoco en Lucía un mohín de divertida repugnancia.

—Supongo que nunca vacié esto por dejadez. Este cuarto jamás me hizo falta, lo dejé de trastero. Quizás sufra de un Diógenes bibliográfico y conserve todo esto como recordatorio del horror del pasado.

—¿Del país o tuyo? —bromeo, aún con la cabeza ladeada para curiosear títulos en los lomos. Sonrío viendo juntos *España como problema,* del falangista Pedro Laín Entralgo, y *España, sin problema*, del catolicón Rafael Calvo Serer. Perfecta muestra de la rica variedad de aberraciones intelectuales que convivieron bajo el paraguas oportunista del franquismo y que luego formaron la nomenclatura de la academia y la cultura española de la Transición, pienso mientras me incorporo y devuelvo la horizontalidad a mis ojos.

—De los dos, supongo —contesta Lucía encogiendo los hombros, alzando las cejas y suspirando.

—¡Cuántas cosas han pasado en España y el mundo desde que se imprimieron la mayoría de estas cosas!

—Sí.

—Es curioso. Vivir la historia es terrible y, con el tiempo, todo eso se queda en curiosidad para otros, para los que vendrán.

—O en enseñanza, ¿no?

—No. Nadie aprende nada nunca, Lucía. Por eso todo vuelve. La memoria no va más allá de dos generaciones.

Ambos miramos las publicaciones amontonadas, las cajas, los libros condenados a coger polvo en una sentina de la biblioteca. Guardamos silencio. Como quienes ven algo vergonzoso, fuera de lugar. Algo que no debería existir y, sin embargo, ahí está, ahí sigue acechando en la oscuridad, dispuesto a volver a devorarnos.

Lucía se gira y vuelve hacia latitudes más amables de su librería y sus recuerdos. Salimos, apaga la luz y cierra la puerta de la mazmorra.

Lucía me causa una mezcla de admiración y envidia. La que me provocan siempre las personas que viven sin pedir disculpas, que ni necesitan ni buscan el perdón ajeno porque, en el fondo, los demás les importamos una mierda. Estaba claro que, en ella, había sido primero el desenfadado favoritismo social, de heredera de victorias y pactos, que la conciencia de que la vida, a la larga, es una sucesión de derrotas y pérdidas que acaba por igualarnos a casi todos en el dolor y las ausencias. Todos esqueletos bailando de la mano con ricos y pobres en una *Totentanz* sin fin.

La biblioteca, la suya, es solo uno de los hermosos recodos del alma de su dueña. Al recorrer nuevos espacios de la casa, me hago un retrato más exacto de Lucía, pues las habitaciones físicas, reales, siempre son espejo de las estancias mentales de quienes las habitan. Por eso, cuando una persona entra en un sitio, si te fijas, puedes ver entrar también su vida: sus máscaras, sus miedos o sus seguridades.

25

Como el calor ha aflojado un poco, se ha levantado algo de brisa y aún falta para que anochezca, Lucía me propone llevarnos una botella de agua fría, que mete en una bolsa de tela con un par de vasos de plástico y un pequeño bebedero, caminar más allá del huerto, pasar un grupo de encinas y echar un ojo al comienzo de los olivares.

—Así entenderás mejor esta tierra. Y, si quieres, te cuento la historia del cortijo.

—¡Estupendo, me encantan las buenas historias!

—No te prometo que sea buena. Eso lo decides tú luego.

Caminamos con Zar al lado. Parece que ya acepta mi presencia. Le premio tirándole un palo. Zar corre hasta él, lo huele, me mira, lo ignora y vuelve junto a su ama. Los animales y yo. Una relación incluso menos exitosa que con los humanos. En fin.

A lo lejos, el sol recorta la sierra contra el cielo.

Nos adentramos entre los primeros olivos y nos ponemos a la sombra de uno muy grueso, muy viejo. Tiene la copa frondosa, con miles de hojas verde y plata. Las raíces sobresalen y se extienden como brazos nervudos.

—Me encanta descansar bajo este olivo.

—Es muy bonito.

Nos sentamos uno junto al otro. Zar se tumba a los pies de su dueña, jadeando para refrescarse. Lucía saca la botella y le pone agua en el bebedero. Nosotros nos servimos un par de vasos. El agua sigue fría. Nos quita la sed y el polvo de la garganta. Me limpio las gafas con el faldón de la camisa.

—La historia de este lugar es muy interesante. La he ido reconstruyendo gracias a artículos de jóvenes historiadores extremeños, charlas con algunos de los escritores de la zona. Y a los recuerdos familiares de Gonzalo, mi exmarido. El cortijo y su olivar se fueron creando a principios de los cuarenta. Antes, en tiempos de la República, antes de la guerra, era una finca mucho más pequeña. Pertenecía a un matrimonio republicano, los Moreno López. Progresistas moderados que, aun estando en contra de la expropiación forzosa, sí abrazaron la reforma agraria, participaron en cooperativas de almazara y apoyaron las escuelas agrarias, al estilo de lo que hacía Antonio Rueda en Badajoz. Eran cristianos y, al parecer, muy lectores de Unamuno…

—Del de *San Manuel Bueno, mártir,* supongo.

—Seguro, Diego. También de Tolstói, seguidores de su religiosidad, de la idea de educar a los niños de los jornaleros, de hacer el Reino de Dios en la tierra, de convertirlo en el Reino del Hombre… Mi exmarido encontró ediciones antiguas de los dos en una caja, en un desván. Y una *Regenta* preciosa. Luego te la enseño.

—¡Me encantará verla! Bonita imagen. El franquismo obligando a la cultura a ocultarse en un desván. Igual te la robo.

—Tuya es, escritor.

—Volviendo a Tolstói, que me fascina, él escribió eso de que el deseo de bienestar universal es lo que llamamos Dios. Peligroso, porque ¿para qué necesitaríamos a Dios si el hombre consiguiera justicia y consuelo en la tierra? Ahora es difícil de entender, pero en esa época la religión aún era importante para la mayoría de la gente, para bien o para mal. Un asunto por el que matar o morir.

—Así es, Diego. El cura del pueblo los tenía entre ceja y ceja por herejes desde mucho antes del golpe militar. Desaparecieron durante la represión. Ellos y sus hijos.

—¿Acabaron en la fosa?

—No en esa, por lo que yo sé. Pero hay muchas otras por la zona. Decenas localizadas, pero sin abrir. El cortijo se compró por

suscripción popular, lo de popular era un decir, para regalárselo al abuelo general. Como hizo Franco con el Pazo de Meirás y otros generales como Queipo de Llano o Varela con otras propiedades que se les antojaron. Luego se le fueron sumando parcelas de olivar, algún caserío. El general era amigo de Joaquín Benjumea, el ministro de Agricultura, que anuló para siempre las expropiaciones legales hechas por el Instituto de Reforma Agraria republicano y, por supuesto, cualquier rastro de la toma de tierras de la revolución de los jornaleros, concentrando las tierras otra vez en muy pocas manos: las de los señoritos de siempre, pero también las de los nuevos, la gente a premiar y contentar tras la guerra, como el general. Llegó a ser muy grande. Mucho más que ahora, que solo quedan las dos casas. Además, toda esta zona se convirtió pronto en retaguardia y productora de alimentos en tiempos de guerra. Al pueblo no le fue mal, mejor dicho, a los dueños de las tierras. Entre los jornaleros y sus familias hubo mucha hambre, raquitismo. Cuando yo me quedé con la propiedad, tras el divorcio, fui devolviendo los olivares al pueblo, a la cooperativa. Por decencia y para que me aceptaran. La familia de Gonzalo no dejó muy buen recuerdo por aquí. Siempre se portaron como caciques.

—Esta es la tierra de *Jarrapellejos,* ¿no?

—Sí. Y la familia de Gonzalo ejerció ese papel con gusto, sobre todo el abuelo y don Rodolfo, el padre de mi ex. También dejaron deudas y llegaron a hipotecarlo todo.

—¿Y te aceptaron?

—No fue fácil, no. Me costó años, pese a la cesión del olivar. Ya sabes cómo son los pueblos.

—No, no lo sé. Soy un chico de ciudad. Cero abuelitos de pueblo. Sé lo que he leído en los libros. ¡Ah, y vi la peli esa de terror rural, *As bestas*! Se me quitaron las ganas de vivir en el campo, las fantasías pastoriles que nos invadieron a todos durante el confinamiento. ¡Vaya publicidad para la España vaciada!

Lucía se ríe con ganas hasta que ve algo a lo lejos.

—¡La España calcinada! Mira —me señala un punto a lo lejos, tras los primeros perfiles de la sierra. Diviso algo que al principio me parece unas nubes fuera de lugar en el cielo completamente azul. Pero no, son columnas de humo blanco—. ¡Qué desastre, todos los veranos arde algo! Cada vez más.

—Es terrible. ¿Y aquí?

—En esta zona nos hemos librado, por ahora.

Siento que hay algo funesto en la situación: dos personas y un perro sentados a la sombra de un árbol centenario, hablando del pasado mientras contemplan un futuro inexorable de destrucción. Todo arderá algún día. Quedamos en silencio unos instantes, Lucía suspira y prosigue con su narración:

—El caso es que mi bienestar, y más tras renunciar a la principal riqueza del cortijo, los olivos, causó extrañeza, murmuraciones. Supongo que hace un par de siglos me hubieran lapidado o quemado por bruja.

—O fusilado, hace menos.

—Sí, o fusilado. Ahora ya no, pero al principio no se explicaban el bienestar de una mujer sola, sin olivos, cerdos ni hombre. Y como no me conocían amante y la brujería ya no se la cree nadie, pues me llamaban puta. ¡A mis años! Cuando empecé a recibir huéspedes, al principio, pensaban que me acostaba por dinero con todos los que pasaban por aquí. Yo creo que aún hay quienes lo piensan. No que yo os cobre por alojaros, no. Que vosotros me pagáis por sexo. Mujer sola y con dinero, puta. Claro que aquí solo quedan viejos. Ahora, tan mayor, me lo tomo como un halago.

—Estás muy bien, Lucía.

—No. Pero gracias.

—Y lo entiendo. Este país fue y es muy machista. Lo que no comprendo es que tu marido te cediese tan fácilmente algo que fue de su familia por generaciones.

—El cortijo era una ruina. Y eso que recibió ayudas de la PAC e hicieron las trampas usuales con ellas. En el 2002, cuando tras el divorcio de Gonzalo me quedé con la finca y los olivares, me hice

cargo también de la hipoteca. Él estuvo de acuerdo en cedérmelo, pero con la condición de que nunca le pidiera un duro para mantener o reparar tierras, árboles y casa. Y de conservar a Polonia y a Nicomedes, su marido.

—Me dijiste que venían con la casa, ¿no?

—Sí. Ella nació y se crio aquí, él llegó de niño. Aquí se conocieron y se casaron. Así que le prometí que se quedarían.

—Serían de ayuda, supongo.

—Sí y no. Los primeros años fueron muy difíciles y ellos intentaron aprovecharse.

—¿Y eso?

—Al principio me vi ahogada por deudas y gastos inesperados. Don Rodolfo había dejado de invertir en el cortijo desde hacía años, pero conseguí no recurrir nunca a mi exmarido. Sin duda, para gran decepción de este. Mis padres me ayudaron mientras vivieron. Entonces Nicomedes me ofreció dinero, una cantidad que me asombró que pudiera haber ahorrado, por la mejor parte del olivar. Luego me enteré de que Bautista, el padre de Polonia, y luego él, habían prestado a gente del pueblo y de otros de la zona durante años, con el beneplácito de la familia de Gonzalo, y habían reunido un capital.

—¿Usureros?

—Sí.

—¿Y de dónde sacarían el dinero para empezar a prestar? ¿Tanto ganaba el padre de Polonia?

—No, no lo sé, pero no lo creo. Supongo que el general se lo prestaría. La cosa es que ya Bautista intentó comprarle una parte del cortijo a mi exmarido a la muerte de don Rodolfo.

—El padre de Gonzalo.

—Sí. Le dijo que cada vez se desentendía más de estas tierras, de su herencia. No quiso saber nada. Esto no le gustaba mucho, pero no le hacía falta el dinero. O no tanto por entonces. Y además le molestó la insolencia. Bautista nunca hubiera empleado esas

palabras y ese tono con el general o con don Rodolfo; con ellos siempre fue un perro fiel.

—¿Y Bautista lo dejó ahí?

—No, volvió a la carga con Gonzalo varias veces. Sabía mejor que nadie que las cuentas no iban bien y que a mi ex este cortijo nunca le interesó realmente.

—¿No? ¿Pero la familia no era de por aquí?

—¡Para nada! El cortijo fue simplemente el botín que le tocó al general en el reparto del expolio tras la victoria. Como lo fueron otras propiedades en la capital. En cambio, don Rodolfo, siendo de Madrid, sí parecía haber nacido para señorito de esta tierra, los olivares y las dehesas, caballos y caza. Se adaptó como un animal a una madriguera ajena.

—¿Y tu ex no heredó esa pasión?

—No. A Gonzalo lo que le gustaba en verano era ir a Santander, velejar…

—¿Perdón?

—La vela, navegar en la bahía de Santander. Su madre, doña Leonor, había nacido allí. Aprendió de niño con los raqueros, unos veleritos de iniciación, y los Optimist. Esa se convirtió en su pasión. No salió cazador como su padre, Rodolfo. A él lo que le gustaba era el mar y, cuando creció, tomarse copas en el Real Club Náutico. Además, Gonzalo siempre fue más de su madre.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que su padre y su madre apenas convivían. Doña Leonor nunca puso un pie en el cortijo, que yo sepa. Este era terreno de Rodolfo, todo un exdivisionario en Rusia, con afición a las buenas escopetas, la pólvora y los cuchillos grandes y afilados. Su hijo, mi ex, siempre le pareció un blando. Al pobre Gonzalo su padre le educó en una pedagogía de la crueldad. Siempre le dijo que llorar era de niñas, pero que mostrar rabia era de hombres.

—Ya, todo aquello de la recia virilidad de nuestro estilo y demás monsergas falangistas.

—Sí, esas cosas. Doña Leonor venía de una tradición más refinada y, a su manera, más cosmopolita. Y a Gonzalo le tiró más el mundo de ella, los idiomas, viajar. Siempre fue un *bon vivant.*

—¿Y a ti no te gustaba ese mundo de la vela y los copazos?

—No. Me mareo en los barcos. Y, además, nunca me llevé con la madre de Gonzalo, la verdad. Siempre me miró de arriba abajo, respetó la elección de su hijo pero nunca me tuvo cariño. Me toleraba, sin más. Fui poco a Santander.

—Entiendo. ¿Y qué pasó luego con el cortijo?

—Pues, como te decía, tras mi divorcio y con Bautista ya muerto, Nicomedes vino a por mí. Me explicó que yo era una señorita de Madrid y que llevar un olivar, un cortijo, era cosa de hombres. Imagínate cómo me habló. Le dije que no. Como en el jardín de los cerezos, me vi tentada a arrancar árboles, parcelar y vender. Para chaletitos. O, años después, con las renovables, para la instalación de un parque fotovoltaico, placas solares por olivos. Pero me horrorizó la idea de ver mi casa rodeada de esos cacharros. Volvieron las dificultades y otra vez Nicomedes a la carga. Me volvió a echar en cara que nunca sabría llevar el cortijo y que lo iba a arruinar. De nuevo no me gustó ni el tono ni el mensaje, aunque dentro de mí supiera que llevaba algo de razón. Vendí un piso que había heredado, cubrí deudas y le volví a decir que no. Polonia nunca me lo ha reprochado, pero sé que Nicomedes se murió sin perdonarme haberle negado la oportunidad de ser un labrador rico, de ascender socialmente y ser propietario de una parte de los olivos. Llegué a un acuerdo con los de la cooperativa de la zona. Los conocía desde que, en tiempos de Gonzalo, en otoño e invierno, venían a por las olivas para molerlas y prensarlas en una almazara grande, a las afueras del pueblo. La nuestra era muy pequeña y antigua. La casa chica, donde te quedas, era parte de ella. También era cuadra y lagar de vino. Era más grande de lo que ves ahora, hay una parte que se tiró. Mañana cuando haya luz, si sales y rodeas la casa por el lado opuesto a la piscina, verás que, pegada al muro,

conservo la muela y la solera de piedra. ¿Sabes cómo se llamaba también a esas muelas?

—No, ¿cómo?

—Molinos de sangre.

—¡Potente metáfora! ¿De dónde vendrá? ¿De la sangre de los jornaleros?

—¡Nooo! Me lo explicaron una vez, cuando pregunté lo mismo. Se llaman así los molinos movidos por fuerza animal. No se refiere a sangre literal, sino a la fuerza vital de la bestia que se pone en el trabajo. Bueno, el caso es que primero cedí a los de la cooperativa la explotación de los olivares a cambio de un pago anual muy ajustado, algo de aceite y el compromiso de mantener los árboles. Tras unos años les vendí el olivar y me dediqué, como soñaba la Ania de la obra de Chéjov, a leer mucho. Libros que abrieran ante mí un mundo nuevo, un mundo de maravillas.

—¡*Lyudmila Guevarovna* acordando con los *mujiks*! ¡Me encanta, es todo tan… ruso!

Lucía se ríe y continúa:

—Total, que a Gonzalo esto no le gustó nunca. En cambio, yo, tan madrileña y urbanita, me enamoré de esta casa, de los olivos, desde mi primera visita. Amo este lugar.

—Es muy bonito, la verdad.

—No solo es bonito. Aquí aprendí a cambiar, hice una metamorfosis que me dio otro mundo. Uno propio y mucho más grande.

—¿Qué quieres decir?

—Que mudé la piel, mi forma de pensar y eso puso ante mí paisajes y posibilidades totalmente nuevos. No era la misma, así que el mundo tampoco fue ya igual al que había vivido hasta entonces. El mundo de una mariposa no era el mismo que tenía como oruga. Una vuela lejos, la otra se arrastra lentamente por un trocito minúsculo de la vida.

—¿Y tras tu divorcio tú volaste?

—Mucho y muy lejos. A los treinta y nueve años me salieron alas.

—Entiendo —quedamos en silencio por un instante. Lucía acaricia a Zar, yo juego con una pajita y miro el paisaje hasta la lejanía, solo jalonado por árboles que son esculturas vivas, sin las barreras de fachadas, medianeras, letreros, ventanas y gente que esquivas por pudor, todo lo que frena los ojos en Madrid y deja el horizonte poco más allá de unas decenas de metros—. Me cuesta entender que tu marido renunciara a esto sin más.

—Ya te he dicho que nunca le gustó. Y tampoco fue sin dificultad. Además, en la última visita que hicimos juntos, la cosa ya iba mal, me ayudó una avispa.

—¿Qué? ¿Cómo una avispa? —sonrío porque intuyo algo divertido.

—Una avispa, sí —asiente Lucía—. Estábamos desayunando detrás, bajo el emparrado que hay, y una avispa empezó a revolotear sobre el zumo y la mantequilla. Yo le dije que la ignorara, pero Gonzalo estaba de mal humor. Habíamos discutido de nuevo la noche anterior. Quería que regresáramos juntos a Madrid; él tenía no sé qué reunión importante, y yo quería quedarme unos días más. Trabajar en mi jardín. Se durmió llamándome egoísta y se levantó igual. Manoteó varias veces y, de pronto, la avispa le picó en la cara, en la mejilla. Gritó, se cagó en sus muertos, en los de la avispa, en el cortijo… Le lavé y le puse hielo en la picadura, pero la cara se le hinchaba cada vez más, hasta le entró fiebre. Le dije que cancelara la reunión. Me gritó que estaba loca y se fue con la cara deformada. Por supuesto, la culpa de la picadura era mía y del cortijo, al que, por joderme, juró que no volveríamos.

—¡Vaya con la avispa!

De pronto se me cruza por la mente incluir algo así, un elemento mínimo de la naturaleza como agente del caos en el refugio climático *high-tech* de mi distopía. ¿Cuando X cree haber creado un mundo privado, a medida, le pica una avispa vengadora, sufre un *shock* anafiláctico y palma? Dejo la nota mental y devuelvo mi atención a Lucía.

—Así que cuando le pedí que me lo diera como parte del acuerdo de divorcio, haciéndome cargo yo de la hipoteca, me dijo que estaba pirada y hasta se alegró. Yo cada vez pasaba más tiempo aquí. Decidí reformar y alquilar la casa chica y me fue bien. Me instalé definitivamente con la pandemia.

—«Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos».

—¿Qué?

—Eso lo dice la pastora Marcela en *El Quijote*.

—¿Feminismo *avant la lettre* en Cervantes? No lo recordaba. Debería volver a leer *El Quijote.*

—¡Lucía, siempre hay que volver a leer *El Quijote*!

—¿Ve vuesa merced por qué gusto de alojar escritores? ¡Me recordáis las cosas importantes de la vida!

Reímos la broma.

—¿Regresamos? Recuerda que hoy tenemos invitado para cenar.

—¡Ah, sí, Álex, el arqueólogo forense que le gusta a tu nieta!

—Si te oye decir eso te mata. Oye, en serio, Diego, que no quiero distraerte de tu trabajo. Entiendo que no estás aquí de vacaciones, que escribir requiere aislamiento.

—No te preocupes, hay muchísima más tranquilidad en este oasis que te has montado que en mi piso. Estoy escribiendo, estoy contento. Feliz de conoceros a ti y a Lola. Y el tal Álex seguro que contará cosas muy interesantes.

—Sabe mucho de la historia de la Guerra Civil y la represión en Extremadura, ya verás.

—¡Estupendo!

Regresamos, con Zar adelantándonos a cada trecho y girándose para mirarnos. Debe de tener hambre. A nuestra espalda, el cielo se va poniendo rojo, la sierra negra.

Nosotros casi no hablamos, en un silencio amable que llenan los jadeos de Zar y los ruidos del campo, que se activa al atardecer.

Por no incomodarla, renuncio a la pregunta obvia: ¿nunca te planteaste buscar a posibles herederos de los dueños originales del

cortijo, del matrimonio republicano fusilado? No, está claro que no. En realidad, sobre esos olvidos se asienta la anomalía criminal que es España. Los muertos al hoyo y los vivos al bollo. Lo que se robó, bien robado está. Todo quedó perdonado a los asesinos, a los ladrones, en la Ley de Amnistía del 77. Quizás no han podido evitar que se abran algunas fosas, pero de ahí a lo mollar, al expolio que se le hizo al medio país derrotado, ni hablar. Eso sí que sería reabrir heridas. No, no te culpo, Lucía; no has hecho nada que no hicieran siempre los de tu mitad. Quiero conocer tu historia, la de los orgullosos vencedores de la masacre y sus cómplices, los albaceas del terror, los carceleros, los torturadores y la meritocracia. Los dueños de todo, los que dejan privilegios en herencia. Bueno, eso es inexacto, los tuyos nunca fueron la mitad, si acaso un tercio, porque los asesinados, los desposeídos, los encarcelados y los exiliados, sus hijos y nietos, los herederos de la derrota, siempre fuimos muchos más, mucho más que la mitad.

Será interesante escuchar a Álex, aunque yo ya sé que todo este país, nuestro hoy, está construido sobre una fosa común rebosante. Llena de calaveras agujereadas, de manos huesudas que aferran relojes parados, sonajeros inútiles y lápices rotos.

¿Acaso todas las fosas no son siempre la misma fosa, no conforman un único osario eterno, abisal, infinito, galerías sin fin que unen bajo tierra todas las masacres del mundo?

> Señores guardias civiles: aquí
> pasó lo de siempre.
> Han muerto cuatro romanos
> y cinco cartagineses.

Y Lorca, Lorca asesinado por rojo y por maricón.
¿Memoria? ¡Concordia, aquí no hay nada que ver, circulen!
Todo está bien así.
Tengo que anotar todo esto.
—No, Lucía, no te reprocho nada…

—¿Has dicho algo?

—Sí, que gracias por el paseo. Y por tus confidencias.

—De nada. Un placer.

—Voy un momento a mi cuarto, a refrescarme. Os veo en el comedor para la cena. A las nueve, ¿no?

—Sí, y si te apetece un vino antes, ya sabes.

—Perfecto. Hasta ahora.

26

Abro el ordenador, el borrador de *Distopía*. Otra vez.

Dudo. Siento de nuevo la punzada. Ansiedad. Solo anoto:

(Decidir si es Patagonia, ¿hay muchos bosques allí?, o Canadá. investigar).

Cierro *«Distopía»* y abro *«Sinopsis»*. Anoto rápidamente las ideas que tuve al final de mi paseo con Lucía: lo de Lorca y la fosa sin fin que forman todas las fosas. Añado:

¿¿¿Y ahora qué???

Me quito las gafas y me froto los ojos. Las limpio con una gamuza y me las vuelvo a poner. Enciendo un cigarrillo y me levanto de la silla. Miro con desconfianza el ordenador. No se me ocurre nada. No sé si la idea me sigue gustando. Bueno, eso es escribir, sentir que tienes algo bueno para, acto seguido, pensar que es una mierda sin sentido. También sé que, cuando me siento así, lo mejor es dejarlo. Además, son casi las nueve y no ha anochecido. El sol ya no quema, pero la noche todavía no refresca.

Salgo de la casa chica y recorro los metros que me separan de la terraza sin ver a nadie. Oigo ladrar a Zar. Me asombra lo pronto que me he familiarizado con sus ladridos profundos y que oírle me haga sentir bien, que todo está en orden y correcto, que donde se encuentre el perro estará su dueña y que me gustará verla, charlar con ella. Pero ya antes de doblar la esquina que da al primer arco,

escucho algo nuevo: la risa de Lola y la de un hombre joven. Siento curiosidad, pero también un punto de malestar egoísta.

—¡Hola! ¿Tú debes de ser Álex, el arqueólogo?

—Sí, y tú, Diego, el novelista. Lola me ha hablado de ti.

Nos estrechamos la mano. La da bien, con fuerza. Álex es alto, delgado. Tiene el pelo castaño y los ojos marrones, enmarcados por unas gafas con la montura azul. Lleva un arito de plata en el lóbulo derecho. No va vestido de explorador, sino, me parece, como cualquier chico de su edad dándose una vuelta por Malasaña. Camiseta con leyenda en inglés, quizás de algún grupo indie, pantalones de tela clara y zapatillas de deporte. No es feo.

—Hola, Lola.

—Hola, Diego. —La chica sostiene en brazos a Tina y Álex rasca a la galguita detrás de las orejas, que gustosa le ofrece la cabeza moviéndola.

—Veo que ya os conocéis, Diego.

Me giro al escuchar la voz de mi anfitriona.

—Hola, Lucía. Sí, acabamos de hacer las presentaciones. —Aventuro una caricia en la cabeza de Zar, que este acepta sin más, sin grandes entusiasmos.

—Perfecto, pues a cenar, que la mesa está puesta. ¡Polonia, por favor, guarda a los perros!

Polonia aparece, Lola pone a Tina en sus brazos y Zar la sigue meneando la cola. Desaparecen en la cocina.

Mientras caminamos hacia el comedor, observo cómo Lola mira a Álex. Sí, le gusta, le gusta mucho. Y él lo sabe. Nos sentamos. Lucía en la cabecera, yo a un lado y enfrente, juntos, Álex y Lola. Polonia vuelve y deja un par de fuentes en el centro. Me parece más malhumorada que de costumbre. Apenas intercambia unos monosílabos con Lucía y desaparece.

Álex hace un cumplido sobre la casa y la comida.

—Pero tú ya conocías la casa, ¿no, Álex? De la campaña pasada. Vinisteis varios del grupo.

—Sí, Lucía, ¡pero no me acordaba de lo bonita que es!

La conversación fluye. Cada vez que el arqueólogo habla, Lola lo mira embobada. Me parece bonito y patético a la vez. La veo más niña que de costumbre. Siempre hay algo infantil en el enamoramiento, una suspensión del juicio en favor de una felicidad imaginada, de una fantasía.

—Nos ha dicho Lola que ya os queda poco trabajo en la fosa del olivar.

—Sí, Diego. De hecho, mañana damos por cerrada esta segunda campaña. Hemos acabado con ella.

Lola deja ver un gesto de tristeza.

—Este año no he podido colaborar, Álex. No me has hecho ni caso a los mensajes.

—Sí, perdona. Hemos estado muy liados. Vinimos muchos menos y con los voluntarios de la uni cubrimos todos los puestos. Lo gordo se hizo durante el verano pasado.

—¿Y entonces no os quedáis para las fiestas de la Virgen?

—No, este año no.

—Pero si son en unos días…

—No, no puedo.

Lola no puede ocultar su decepción.

—Ya.

—¿Y dónde os estáis quedando esta campaña? —Lucía sirve vino mientras pregunta.

—Gracias… En Alburquerque, en un par de hostales.

—Gracias… Oye, Álex, ¿cómo determináis el personal que vais a emplear, la duración de la exhumación? Nunca he visto una fosa, la verdad.

—Umm… Todo depende de lo que se encuentre en las primeras catas. Normalmente hay un trabajo previo de localización. Se busca información en fuentes, documentación hecha por asociaciones como la ARMH, el Foro por la Memoria, sobre todo testimonios de testigos o familiares. En el caso de esta fosa pasó algo muy curioso. Nos encontramos una encima de otra.

—¿Cómo es eso?

—Pues verás, Diego. Por testimonios teníamos más o menos clara la existencia de una fosa en esa parte del olivar. Cuando no eran ejecuciones en entornos urbanos, los fascistas mataron a mucha gente en cementerios con la esperanza de que, con el tiempo, los huesos se mezclaran. Las fosas no suelen estar en sitios inaccesibles, pero tampoco evidentes. No sabíamos el punto concreto, pero sí por dónde podía estar. Ya la habían buscado los del pueblo cuando el movimiento de las fosas espontáneas.

—No conozco esa historia. ¿Qué fue eso de las fosas espontáneas?

—De el 75, recién muerto Franco, hasta el 79, hubo en varias zonas de España un movimiento de exhumaciones espontáneas, voluntarias, hechas sin ningún método arqueológico o forense. Simplemente la gente dijo «¡Se ha muerto Franco, ahora se puede!», y se lanzó a cavar para sacar a sus muertos. Al principio, el poder lo toleró, siempre que se hiciera en silencio, sin bullas políticas ni reclamaciones de justicia. Nada de reabrir heridas. Pero pronto las autoridades empezaron a reprimir esas iniciativas. Desde los gobernadores civiles hasta los alcaldes, todos se pusieron de acuerdo con que aquellas exhumaciones populares iban a enfrentar a los pueblos en los antiguos bandos, y enviaron a la Guardia Civil a pararlas y amenazar con mayor o menor disimulo, en función de la resistencia que encontrasen, a las familias que lo intentaran. Así, los muertos volvieron al olvido bajo la tierra. Aquí también buscaron, pero no encontraron la fosa. Nosotros sí, en una ladera no lejos de este cortijo.

—¿Y cómo?

—Fue fundamental un testimonio. Un chico, un pastor de la zona, lo vio todo. Creció sin decir nada, envejeció y solo antes de morir se lo contó a sus hijos. Lloraba y decía que no había hablado antes por miedo. No me imagino vivir setenta años aterrado. Lo que vio fue pasando como un secreto de sus hijos a sus nietos. El testimonio se conservó así, una idea más concreta de por dónde podía estar la

fosa, pero no la ubicación exacta. ¡Y el olivar es bien grande! Hicimos varias catas antes de dar con ella.

—¿Y qué contaban que vio su abuelo de niño?

Álex mira a Lucía y a Lola, que asienten. Se ve que ya han tenido antes esta conversación.

—Pues a unas setenta personas: hombres, pero también bastantes mujeres, algunas muy jóvenes. La mayoría, jornaleros y sus esposas, pero también el alcalde, que igualmente era jornalero, el maestro y el médico. A otros no los conocía; debían de ser presos de otros pueblos o pedanías. Algunos estaban heridos. A los que enterraron ahí los trajeron en uno o varios camiones, los empujaron a culatazos y, sin duda, les obligaron a cavar su propia fosa.

»Cavaron desde bien entrada la tarde hasta la noche, terminaron alumbrados por los faros de los camiones. Los vigilaban legionarios y regulares, también había algún falangista. Los obligaron a cavar muy hondo.

—¿Por qué?

—Puede ser por varias razones. Principalmente, para ocultar bien la masacre. Para que los animales o las lluvias no empezaran a aflorar los cadáveres al poco tiempo. Hay un componente de terror psicológico, al menos en este caso.

—¿Y eso?

—El chico que lo vio todo, el pastor, contó que el oficial al mando gritó: «¡Cavad hondo, rojos, que vosotros no vais a estar, pero que haya sitio *pa* más! ¡*Pa* vuestras familias si se menean!». También contó que vio cómo unos moros violaban a varias mujeres y a un par de chiquillas ante la mirada complacida de los oficiales españoles. Siempre me he preguntado si sabían que el chico estaba allí y si así lo convirtieron en una especie de correo del miedo, para crear un terror duradero.

—¿Es fiable el testimonio de las violaciones? —pregunto intrigado por la brutalidad, el ensañamiento.

—¡Umm! —Álex ladea la cabeza y abre las manos en el aire—. Siempre dudamos de testimonios personales. Y más cuando han

pasado tantos años o solo hay un testigo. Pero en este caso lo que contaba ese hombre concuerda con lo que encontramos en la fosa.

—¿Las violaciones dejan rastros en los huesos? ¿Se conservó ADN tras todos esos años?

—No, Diego, no lo dedujimos por restos orgánicos, sino por algo que hemos visto en muchísimas otras fosas de la Guerra Civil.

—¿El qué?

—En la fosa más honda, donde se encuentran la mayoría de los cuerpos, arrojados unos sobre otros, amontonados como cayeron, los restos de las mujeres son los que están más arriba. Las arrojaron las últimas. Pasa en muchas fosas. Las últimas porque antes de matarlas las torturaban, las violaban. Las mantenían vivas hasta el final para eso. Por eso hay restos identificados de matrimonios en los que el hombre y la mujer no fueron arrojados juntos. Él está más abajo, a ella la mantienen viva junto a otras mujeres jóvenes para violarlas. Las tiraban las últimas a la fosa.

—¡Literal, qué basado, Álex! —asiente Lola—. Seguro que fue así.

—¡Qué horror, esta historia siempre me deja espantada! —añade Lucía.

—Bueno, el caso es que los obligaron a cavar cinco metros de profundidad por tres de ancho y diez de largo, los alinearon en el borde en tandas de diez y los fueron fusilando. La fosa se fue rellenando con los cuerpos al apilarse unos encima de lo otros, según caían. —Álex gesticula horizontalmente con la mano derecha sobre la palma de la izquierda, indicando niveles que suben varias veces.

—¿Como un milhojas de cuerpos? —pregunto. Esa imagen se me ha venido a la cabeza, y enseguida me doy cuenta de que es estúpida.

—Nosotros preferíamos llamarlo estratificación, pero sí, algo así.

—Ya… Pero decías que os encontrasteis con dos fosas, ¿no?

—Verás, Diego, la fosa del olivar se usó dos veces, con años de diferencia. La primera en el 36, durante la represión inmediata tras

el golpe. Es la que contiene más cuerpos, la más profunda, una fosa pozo…

—¿Fosa pozo?

—Fosas pozo, más profundas que las de cunetas. Entre tres y cinco metros de profundidad. Como en el cementerio de Paterna. Aquí cavaron esos cinco metros. Encontramos setenta y tres cuerpos, arrojados de cualquier manera. Mezclados. Algunos estaban maniatados, la mayoría no. Las balas eran las de siete milímetros del mosquetón Mauser, y algunas de pistola, de tiros de gracia, muy pocas. Todas de munición militar.

»Después la usaron una segunda vez, cavaron una fosa más superficial, algo girada y desplazada respecto al corte de la primera, la más honda. Esta segunda fosa tiene unos dos metros de hondo. Responde a la represión del maquis a finales de los cuarenta, durante el Trienio del Terror, del 47 al 49. Aquí hay una decena de cuerpos. Y estos sí están puestos en hilera, alineados. Como si los hubieran matado en otro sitio y luego traído aquí. No como si los hubieran ejecutado en el borde de la fosa común y dejado tal cual cayeron. Lo que no faltó fue una última humillación: los pusieron a comer tierra.

—¿Cómo?

—Sí, lo vemos en muchas exhumaciones de fosas de la Guerra Civil. En un desprecio final se enterraba a los asesinados en posición de decúbito prono.

—¿Qué es…?

—¡Bocabajo! —se anticipa Lola orgullosa.

—Exacto.

—¡Cuánto odio, qué horror!

—Sí, Lucía, sin duda. Los mataron maniatados, seguramente los torturaron antes. Tenían lesiones *ante mortem*, remodelaciones o callos en los huesos, marcas que dejan heridas previas al momento en que los mataron.

—¿Y no podrían ser de accidentes anteriores?

—Somos muy cuidadosos antes de hablar de torturas, pero en este caso sostenemos que sí, que las hubo, por un tema estadístico. Todos los cuerpos presentan lesiones *ante mortem*, todos, sin excepción. Muchas eran fracturas de defensa en los antebrazos, las que se producen al intentar protegerte la cabeza de golpes. Por ejemplo, de culatazos. A tres mujeres les reventaron el cráneo a golpes con algún objeto contundente, suponemos que con las culatas de los fusiles. En el caso de las mujeres siempre hay un plus de ensañamiento, más lesiones *peri mortem*. Podríamos incluso hablar de un extra de violencia de género. Es así en todas las fosas, en todas las guerras. No solo en la nuestra.

—Entiendo.

—Otra cosa que nos llamó la atención es que, al no haberlos ejecutado en la fosa, encontramos mucha menos munición entre los huesos. Hay algo de munición militar y postas, de cartuchos de caza. Un par de esas postas se incrustaron en huesos, en una cadera y en una vértebra. Aquí dispararon también civiles.

—Es fascinante, Álex. O sea que hubo dos crímenes, en tiempos distintos.

—Sí, a lo mejor te inspira para escribir una novela, Diego. ¿Has escrito algo sobre la Guerra Civil?

—No, aún no. Pero lo que cuentas desde luego da para una novela negra.

—¿Negra histórica? —añade Lucía—. ¡Yo la leería seguro!

Asiento y sonrío. Sí, en realidad, si a la historia le quitásemos las mentiras gloriosas escritas *a posteriori*, las coartadas épicas y las justificaciones, sería una novela muy negra. Se me pasa por la cabeza proponer un brindis por las buenas historias, pero me parece fuera de lugar. Pese al tono más bien neutro y la descripción bastante técnica del asunto, el tema de la fosa y los asesinados ha impregnado la cena y la conversación de un espíritu serio, respetuoso.

—Oye, Álex, ¿y cuántas fosas de estas hay por España?

—Según datos del Ministerio de Justicia, 2567 fosas localizadas. Posiblemente más.

Se hace el silencio en la mesa. Como. Lucía baja la mirada al plato. Sí, nunca buscó a los posibles herederos de los republicanos asesinados. ¿Estará pensando en eso? No. No creo. Álex me sonríe con timidez mientras mastica. Lola, a su lado, no aparta la mirada de su perfil. Trago. Quiero saber más.

—¿Y por qué trabajáis en las fosas en verano, con este calor infernal?

—La tierra está seca y es la época en que los departamentos de arqueología forense disponen de más personal, de estudiantes voluntarios.

—¿Y cómo organizáis la excavación?

—Exhumación. Sacamos restos humanos.

—Sí, claro.

—¡Es fascinante, ya verás, Diego! Yo me quedé loca viendo todo lo que hacen. Por eso quiero ser arqueóloga forense.

—Y lo serás. Y muy buena, Lola.

—¡Ay, gracias, Álex! ¡Eres aura!

Lucía y yo nos miramos cómplices. Por mayor que te hagas, nunca deja de asombrar ver a alguien enamorado hasta perder el pudor.

—Lola, deja que Álex explique cómo se organizan.

—¡Claro, abu, es que es muy *crack*!

—El equipo necesario y la duración de las campañas se deciden en función del tamaño y la forma de la fosa. Una zanja estrecha y profunda es más lenta de excavar que un hoyo amplio y menos hondo. La del olivar, al ser dos distintas, complicó el asunto. Luego está el estado de conservación de los restos: si están muy fragmentados, mezclados o afectados por raíces.

»Con esa primera información, se determina la cantidad y formación del equipo, el número de arqueólogos, antropólogos, peones y técnicos de registro. También influye la logística: accesibilidad, clima, permisos, financiación.

—Claro, ¿esto quién lo paga?

—Los familiares llevaban décadas exigiendo la exhumación —me cuenta Lucía—, pero nunca se habían destinado fondos, así que no se habían hecho prospecciones para dar con la ubicación exacta de la fosa común. Siempre se supo que estaba por aquí, pero también se guardó silencio, unos por miedo y otros por vergüenza. Olvidar y callar para sobrevivir. Hasta que hace un par de años llegó algo de dinero oficial, poco, y la gente se organizó en una asociación. Desde entonces se han hecho rifas, colectas, y fueron los familiares los que se encargaron de alojar y alimentar a los forenses y voluntarios durante las campañas, sobre todo en la primera. Yo también colaboré el año pasado, cuando por fin se abrió y se exhumó la mayor parte de la fosa.

—Y fuiste muy generosa, Lucía.

—Sí, abu.

Lucía se encoge de hombros y sonríe. Vuelvo la mirada hacia Álex y él sigue con la explicación:

—Una fosa mediana, de treinta a sesenta cuerpos, puede requerir una campaña veraniega de entre cuatro y ocho semanas. Esta contenía más en sus dos niveles, ochenta y tres cuerpos en total, por eso hemos necesitado dos campañas. Bueno, una y media de exhumación, porque el estudio osteológico, genético y documental suele prolongarse durante todo el año.

»La primera campaña, el verano pasado, fue de localización y apertura. Limpieza superficial, delimitación de la fosa, extracción de capas iniciales y, sobre todo, determinar la densidad y disposición de cuerpos. Ahí ya exhumamos los diez cuerpos de la fosa superior. En la segunda, que terminamos mañana, hemos trabajado ya a pleno rendimiento en la excavación sistemática de restos y objetos asociados. Aquí, entre las dos campañas, hemos levantado ya los restos de sesenta y cinco cuerpos de la fosa inferior, la más grande, y hemos documentado los objetos asociados. Hace meses pudimos, tras los exámenes genéticos, ADN y demás, identificar a cincuenta y nueve, y los hemos ido entregando a los familiares.

—¿Y los diez primeros qué? ¿No tenían familias?

—No, es curioso. Su ADN no coincidía con nadie de por aquí. Eso, que fueran todos hombres jóvenes y algunos restos de ropa y calzado, sobre todo algún tipo de bota, nos hace pensar que eran maquis, guerrilleros venidos de otras partes y que fueron capturados y ejecutados aquí. Los muertos de los del pueblo son los de la fosa más antigua. Y se los hemos devuelto prácticamente todos. Como te digo, ya solo quedan los últimos restos, los que estaban más abajo, y algunos objetos asociados.

—¿Qué objetos?

—Los restos de ropa y pequeños objetos son importantes. Por ejemplo, el calzado. A diferencia de los anteriores, los posibles maquis, en la fosa más honda encontramos restos de decenas y decenas de alpargatas con suela de esparto. Eran jornaleros. Las hijas e hijos de los asesinados no han dejado de recordar a los nietos y biznietos cómo iban vestidos sus padres, hermanos y maridos cuando se los llevaron. Supongo que ya intuían que solo trapos y algún objeto les permitiría reconocer a su ser querido entre un amasijo de huesos, raíces y tierra.

Todos nos quedamos callados, digiriendo esta imagen.

—Álex, me gustaría visitar la fosa mañana. ¿Sería posible?

—Claro, Diego, ¡sin problema! Mañana será bonito. Cerramos los trabajos técnicos y exhumamos los últimos restos acompañados por los familiares. Habrá un pequeño acto de homenaje. Siempre son emocionantes.

—Lucía, ¿vendrías conmigo?

—No, ve tú. Eres escritor. Yo no pinto nada ahí. Sentiría que estorbo, una mirona del dolor ajeno. Es un momento para las familias y quienes los ayudan a recuperar sus muertos.

—Pero, Lucía, tú les has ayudado con dinero. Te has solidarizado con ellos. —Busco apoyo en Álex y Lola, pero no lo encuentro.

—Aporté algo a la colecta para iniciar los trabajos, os invité a cenar un par de veces, ¿no, Álex? Y alojé en la casa chica unos días al director del equipo.

—Repito que fuiste muy generosa, Lucía —añade el joven.

—Yo lo que hice fue limpiar mi conciencia por vivir en esta casa, en el olivar.

—Tú no eres culpable.

—¿No? No lo sé, Diego. Todos somos culpables. En este país todos somos culpables mientras haya fosas sin abrir. —La teatralidad de la frase me sorprende, pero al mirarla veo una tristeza sincera en Lucía y pienso que sí, que todos los que construimos una vida sobre el silencio de un crimen, por complicidad o por hastío, los que miramos para otro lado y nos tapamos la nariz ante el hedor, los oídos ante las súplicas y lamentos, volvemos a matar a los muertos. Los de Troya, los de nuestras fosas, los de Gaza—. Mejor ve tú con Lola.

27

El resto de la cena transcurrió con rapidez. Los jóvenes, en especial Lola, tenían ganas de hablar de sus cosas. Álex salió a la terraza mientras se liaba un cigarrillo. Solo entonces se dejó ver Polonia, un momento, sin ruido, para retirar la mesa. Lucía no parecía muy dispuesta a charlar. Pese a conocer los detalles, el tema de la fosa la había entristecido.

—Me voy a la cama, estoy cansada. ¡Buenas noches, Diego!

—¡Buenas noches, Lucía!

Al quedarme solo, aprovecho para salir también a fumar y reunirme con Lola y Álex. Cuando llego los veo sentados muy juntos, riéndose de algo que no escucho. Él niega con la cabeza, con suavidad. Ella no aparta los ojos del chico.

—Perdonad la interrupción. Solo quería saber cómo hacemos mañana tú y yo, Lola. Para ir a la fosa.

—¡Ah, claro! ¿Tú qué dices, Álex?

—Si lo queréis ver todo, venid pronto. Empezaremos temprano, a las ocho. La idea es terminar a mediodía y antes del calorazo.

—¡Pues allí estaremos Diego y yo a esa hora! ¿Llevamos algo? —La ilusión de la adolescente casi me hace pensar en una quedada para ir al campo. O a una *rave.*

—Llevaos agua, protección solar, algo para cubriros la cabeza.

—Entendido. ¿Podré tomar notas?

—Sin problema, Diego. Espero que lo que vas a presenciar mañana te inspire. De todas maneras, ya verás que es un ambiente muy especial. Sobre todo por los familiares. Impresiona.

—Lola, ¿vamos andando? ¿En mi coche?

—No, andando no.

—¿Está lejos?

—No, poco más de un kilómetro en línea recta desde aquí, a través de las primeras lomas del olivar, pero hace mucho calor y llevaremos cosas. Mejor en tu coche. A las siete cuarenta y cinco quedamos aquí, ya desayunados. ¿Vale?

—¡Vale, hasta mañana, chicos!

—¡Hasta mañana, Diego!

—¡Que descanses!

Camino a la casa chica paso por la puerta de la cocina. Polonia sigue allí, recogiendo. Zar y Tina están echados fuera, sobre unas mantas acolchadas junto a la puerta. Me miran con desinterés, ya han registrado mi olor, comprobado hasta dónde llega mi poca voluntad de jugar o acariciarlos. Golpeo la puerta para llamar la atención de la mujer, que se gira. Me sorprende la dureza de su mirada. Me pregunto en qué la he podido ofender.

—Polonia, perdone que la moleste, que ya es muy tarde. Quería saber si podría acercarme el desayuno mañana sobre las siete.

—¿Tan pronto?

—¡Sí, voy a ir con Lola a ver el cierre de la fosa! Queremos estar allí a las ocho. ¿Usted va a ir?

—¿Yo? ¡No!

—¡Ah, entiendo! Usted no tiene familiares en la…

—No, yo no. A *la* siete le llevo el desayuno.

—¡Gracias, Polonia, hasta mañana!

La mujer se está girando cuando me dedica una última palabra de despedida, que no entiendo bien.

Ya en mi alojamiento, cumplo con todo el rito higiénico-farmacológico previo a invocar el sueño, incluida una meada ansiosa e insuficiente, y me meto en la cama sabiendo que tendré que volver a levantarme por culpa de mi vejiga hiperactiva. Leo un poco, pero suelto el libro para tomar unas notas rápidas, casi taquigráficas, sobre lo hablado en la cena. Dejo la libreta y el boli, y me coloco de costado, mirando hacia la nada.

En solo un par de días, me he aclimatado a los tiempos del cortijo. Al silencio mentiroso, roto por el calor que hace crujir las ramas secas, por pájaros que se atraen en los cielos y las copas de las encinas. O por el chasquido del viento entre las hojas bicolores de los olivos, un ruido que me sorprende al atardecer cuando el aire se embala de pronto entre los árboles, rompiendo el sosiego sólido impuesto por el sol que abrasa. Un silencio que potencia cualquier ruido sin hacerlo molesto: el deambular sigiloso de Polonia en sus quehaceres, el del agua de la manguera con que baldea el porche, restallando contra las losas. O la música que llega tenue, arropada en el trajín vital del verano en el campo, contrapunteada por el zumbido hipnótico de las chicharras y el *vibrato* ocasional de un moscardón. Las risas lejanas entre abuela y nieta. O el sonido refrescante del cuerpo de la chica rompiendo la lámina de agua de la piscina. Todo esto escucho y, sin embargo, nada me molesta. Ni siquiera los visitantes como Álex o los sucesos inesperados como el cierre de una fosa común. Me doy cuenta de lo largas que son aquí las horas si las comparo con mi vida en Madrid, donde me falta el tiempo para no hacer nada, o muy poco, y el reloj corre a otra velocidad. Aquí tengo el tiempo lento de los niños para cansarme de escribir y luego puedo acelerarlo, despejar la cabeza paseando o cenando con las dos mujeres.

Además, creo que he empezado a oír la música de este sitio, de ellas. De mí con ellas. Sus *leitmotivs* wagnerianos, melodías e instrumentos que suenan cada vez con mayor nitidez cuando aparecen. El de Lucía, distinto al que oigo al ver a Lola, diferentes de los que empiezo a oír en mí mismo al andar, hablar o ¿desear? Así, los tres, con nuestra convivencia en esta casa, componemos y ejecutamos una sinfonía que me resulta armoniosa. Melodías que suenan cuando estoy con cada una de ellas, abuela y nieta, como solos, o que se superponen a la mía en los momentos en que estamos juntos, creando una tensión no resuelta que me engancha. Que, como hace la *appoggiatura* en la banda sonora de *In the Mood for Love,* me provoca la necesidad de escuchar más.

Apago la luz y me coloco boca arriba. Cierro los ojos y, cuando los abro, están más acostumbrados a la penumbra, que rompe la luz de la luna entrando por una ventana.

Las tres Furias, las Moiras, las Benévolas, las Gracias… Las que siempre tejen el hilo del destino de los hombres, las que lo cortan.

Lucía, Lucía…

Es atractiva. Me atrae una mujer mayor que yo, que ya soy mayor. Me parece guapa y esto me sorprende. ¿Soy tan frívolo? ¿Estaré madurando? ¿A mi edad? ¿Volverme invisible para mujeres más jóvenes se me compensa así, con el poder de ver lo que ni siquiera miraba antes?

Lucía es una vampira.

Sola aquí, se alimenta en su retiro de la brillantez ajena, se embriaga con la inteligencia de otros, a quienes sabe halagar e invitar a mostrarse. Favorece la pedantería ajena para desplegar mejor la suya. Exige que te pongas a su nivel si no quieres decepcionarla, mientras ella espejea el tuyo. Le encanta la esgrima intelectual, fintar, cruzar citas para, al final, lanzar burlona la estocada final. Me atrae el reto. Siento que me he pasado una vida acumulando brillos para gastarlos aquí, en cenas, vinos y charlas con esta mujer. Es evidente que hay algo de juego de seducción por parte de ambos. Me pregunto cuánto de su elegancia, de ese hablar pausado con que me envuelve, es natural y cuánto máscara. Cuánto de Ana Karenina hay tras esa pose de serenidad. Lucía me parece atractiva por dentro y por fuera. Lo ideal no existe, y menos en las personas, aunque ya he tenido tiempo para apreciar la paradoja de la hermosura atemporal en ella. La perfección de su belleza, que es individual, natural y heredada, pero al mismo tiempo evolutiva, social, acomodaticia y artificial. Observando estos días sus fotos en algunos marcos por la casa, de las Lucías de ayer, vi que siempre fue guapa, pero, además, lo fue según la norma de cada época. No tiene, o no en esos recuerdos que expone, una mala foto, una de esas de nuestros pasados estéticos que a todos nos avergüenzan. Yo no soportaría indemne ese careo con mis yos más jóvenes. La

belleza de Lucía evolucionó sin esfuerzo según la norma de cada década, su naturaleza nunca se peleó con las diferentes estéticas, las usó a su favor. Toda su vida ha formado parte de esa cambiante aristocracia de la hermosura. Imagino que es de esas personas que siempre parecen ser el centro de todo y hacen que los demás orbiten a su alrededor en fiestas, cenas y exposiciones. Y si paso los ojos de las fotos a la mujer de ahora, tengo que reconocer que su magia le sigue funcionando, que posee un atractivo elegante y normativo según los gustos de hoy. Hay una pasmosa continuidad en los parques entre todas esas Lucías, desde la adolescente que ríe con unas amiguitas en Camden Town hasta la que sonríe hoy recortada contra un ventanal que da al monte y a los olivos. Una mujer mayor pero aún muy bella, quizás porque me parece dueña de una alegría tranquila, una persona en calma y alejada de cualquier pasión excesiva, del rictus profundo que deja una concepción trágica de la vida.

Es bella porque es feliz. Y porque no se agotó nunca trabajando. A los viejos de antes, la vejez les pillaba siempre muy mayores, de golpe. Los doblaba. Mi madre y Herminia se fueron haciendo pequeñas y arrugadas. Polonia es una vieja de antes.

En cambio Lola, Lola…

Me siento incómodo pensando en ella. ¿Encontraré la palabra para definir esta sensación? Lola posee la belleza insolente, descarada, sin pulir aún, de la juventud. Eso que los franceses llaman *la beauté du diable,* la que aparece sin esfuerzo y sin conciencia de sí misma. Me parece bella a su pesar, bella inconsciente, todavía sin hacer, imperfecta en sus tanteos estéticos. Descoordinada. Bella según cánones que yo no manejo, propios de una época donde todo se viraliza y se fragmenta según los diferentes nichos y microfamas que propician los algoritmos. Y no, Lola no es una Lolita. Además, es imposible ignorar su personalidad, su inteligencia. ¡Quiere ser arqueóloga forense! A punto de cruzar la barrera temporal entre la infancia y la juventud, muestra mezclados rasgos de ambas etapas, puerilidad y madurez impropia. No es

aniñada todo el tiempo, no puedo reducirla al objeto del deseo de un hombre mayor. La novela de Nabokov trata sobre Humbert Humbert, en realidad no nos cuenta mucho de Lolita, solo lo necesario para describirlo a él. A él y a la —por más que H. H. la camufle de pasión elevada— terrible y cotidiana fantasía masculina que encarna: follarse niñas. Por algo el capitalismo, siempre atento a las necesidades de sus clientes, vende ya por internet muñecas sexuales con pinta de crías en edad de hacer la primera comunión. Nada explica mejor este mundo que ver lo que se puede comprar en un par de clics.

Claro que —pienso mientras me pongo otra vez de lado y encojo las piernas— para mí los jóvenes son como criaturas escasas y mitológicas. No los trato. ¿Dónde podría hacerlo? La gente de las presentaciones suele ser más mayor. ¿Garitos? Hace mucho que decidí dejar de salir. Lo hice para sentirme menos solo, pues rodeados de extraños es cuando más sentimos la soledad, que nada nos une a nadie. La incapacidad de divertirnos o la imposibilidad de comunicarnos. La sordera incipiente tampoco ayuda. Me siento estúpido en los lugares ruidosos, sonriendo y asintiendo con la cabeza, por cortesía, a conversaciones que no entiendo. Con Sonia salía de vez en cuando, pero ¿solo? Así que ni garitos con música ni muy llenos.

Lola me parece un ser feérico, mitológico e irreal. Una joven. Una criatura demográficamente escasa, sacrificada a los intereses de los viejos, que lo poseemos todo: las casas y el dinero, el poder y la política. Y si los jóvenes son una especie en peligro en el país, así, en general, son particularmente escasos en mi entorno, en mi paisaje cotidiano. Por eso, cuando miro a Lola, siento extrañeza y fascinación, como cuando se observa a un animal salvaje desde un escondite: de cerca pero seguro. Y también siento que experimentar todas estas sensaciones está bien, que no soy un pedófilo ni seré jamás un pederasta.

¿Y Polonia?

Para mí, un misterio aún más profundo.

Es evidente que no le gusto. Pero ¿por qué? Estoy seguro de no haberla ofendido en nada. Parece enfadada. Quizás no es conmigo, es con el mundo, con la vida. Pero ¿por qué? ¿Por la fosa?

Me prometo hacer un esfuerzo por entender a esta aldeana, categoría con la que he tratado poco o nada a lo largo de mi urbanita existencia. El pueblo que más he visitado en mi vida es el Yonville de Emma Bovary, lleno de gente mezquina.

No, ante Polonia, la aldeana, Lucía, la anfitriona, y Lola, la adolescente ya demasiado crecida para ser nínfula, según lo especificado por Nabokov, me limpiaré de prejuicios e imaginaciones masculinas. ¡No son seres sobrenaturales, ominosos, como nos gusta fantasear a los hombres! Son personas, así que escucharé y aprenderé, renunciaré a cualquier curiosidad condescendiente en favor de un verdadero interés y nunca intentaré encajar en ellas mis ideas preconcebidas sobre cómo son o deberían ser para cumplir mis fantasías vitales o literarias.

Sí, *Olivos y fosas* sería un buen retrato de esta tierra. ¡Y un buen título para un libro si le añado un «De»!

Siento, yo que no creo en cábalas ni destinos, que algo me ha escogido para ser testigo de este momento.

Sí, voy a ver cómo la tierra nos vomita el pasado. En mi imaginación ya están los muertos, todos los muertos de la guerra eterna supurando reproches y agujereando la tierra con dedos acusadores, listos para explotarnos en la cara. ¿Olerán los muertos de hace tanto? No, seguro que no. Huesos y trapos, la carne desaparecida, comida, digerida y excretada hace décadas. No son asesinados recientes de Jalisco, Gaza o el Congo. Leí que en México meten un palo con la punta de hierro en la tierra, si se hunde fácil es que la tierra se removió hace poco. Si apesta al sacarlo es que ahí hay cadáveres en descomposición. Los huesos no huelen.

Aún doy varias vueltas antes de dormirme.

28

He dormido poco y mal. Me levanté muchas veces. Tuve pesadillas, sueños extraños. Mucho muerto. Mientras me ducho trato de recordarlos, pero solo consigo evocar imágenes inconexas y una sensación de alivio por estar despierto. Cuando vuelvo al dormitorio, mientras me visto, escucho a Polonia trastear en el saloncito con el desayuno.

—¡Buenos días, Polonia!

—*Bueno día…* ¿Se le ofrece algo *ma?* —me habla sin mirarme.

—No, no. Gracias.

No consigo romper su frialdad, que me vuelve a resultar muy grosera. Ni ella se despide ni yo le digo nada más. «¡A tomar por culo la vieja desagradable esta! ¡No te jode!».

Me tomo una tostada con tomate y aceite, un poco de jamón, zumo y un café largo. Luego meto en la mochila una botella de agua, un plátano, mi bloc, rotuladores, una batería extra para el móvil, un gorrito de esos de pescador y protector solar. Sé que no voy muy lejos, pero quizás esté fuera varias horas. Otra vez murmuro para mí el *hic sunt dracones* de los antiguos mapas: «Aquí hay dragones». Fuera del oasis de Lucía, fuera de los libros, están los dragones, los monstruos. Los míos, los del país.

Me encuentro con Lola en la terraza, ante la puerta de la casa grande. Nos saludamos dándonos la mano y subimos al coche. Arranco y enfilo hacia la carretera por la pista de tierra que me trajo hasta el cortijo.

Lola bosteza, se disculpa y sonríe.

—No te preocupes, yo tampoco dormí bien.

—Cuando llegues a la carretera gira a la derecha. Luego te indicaré y entramos por otra pista. Por ella llegaremos a la fosa.

—Entendido. Gracias.

La chica saca el móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros. Lleva ese angelito infantil pegado a la carcasa. Empieza a deslizar el dedo por la pantalla, revisando sus redes. La miro con disimulo. Tiene la piel limpia; la vida aún no la ha manchado. Los poros cerrados, la vida aún no la ha asfixiado.

—Oye, Lola, y eso de ser arqueóloga *influencer*, ¿en qué consiste exactamente?

—Creadora de contenido.

—Ya… Quiero decir que lo de arqueóloga lo sé, lo que no tengo tan claro es cómo se mezcla con lo de creadora de contenido.

Lola me mira un momento, con la cara con que yo miraría a un tipo de la Edad Media si me cruzara con él.

—Me gusta la arqueología. No solo la de fosas de la Guerra Civil.

—Pero quieres ser arqueóloga forense, ¿no?

—¡Uy, el ser humano lleva miles de años asesinándose! Me gustaría ir desde estas fosas hacia atrás, a otros tiempos y culturas. ¿Has leído *Tierra quemada,* de Alfredo González Ruibal?

—No.

—¡Es un libro muy top! Una historia de la violencia a través de la arqueología.

—Ah… Lo apunto. ¿Lo has leído en el insti? —Siento una punzada de vergüenza. ¿He dicho «insti»? ¿Qué será lo siguiente? ¿«Guay»?

—He leído partes. Y sigo su cuenta en X, @GuerraenlaUni —Lola me explica todo esto sin apartar los ojos de la pantalla del móvil, ni siquiera para mirar por dónde vamos. De pronto me muestra fugazmente algo en la pantalla—: ¡Mira, esta es su cuenta! Deberías seguirlo.

—Lo miraré —contesto, asintiendo como si hubiera visto algo en el teléfono—. Entonces, tú quieres ser arqueóloga como él.

—Sí.

—Pero él no es un *influencer,* ¿no?

Lola ahora sí me mira fijamente; siento que está valorando si merece la pena darme explicaciones. Si yo merezco el esfuerzo.

—No, aunque usa las redes. ¡Cómo sois los *boomers*! Lo tenéis que clasificar todo. Ahora todo es más fácil, más fluido, más *do it yourself!* Yo quiero excavar, pero también quiero crear contenido sobre eso, sobre mí haciendo eso. Y monetizarlo. En tus tiempos tendría que haber hecho una serie documental, pasar un *casting*, depender de la decisión de tres *señoros*, seguramente tres babosos, y salir por la tele. Ahora se ha democratizado mucho la fama. Subes unos vídeos, te vuelves viral y ganas más en un día que tus padres en un año. Ahora te autoproduces, buscas tu nicho o desapareces.

Asiento boquiabierto. Me impresiona la naturalidad con la que esta adolescente usa la palabra «fama». Yo pertenezco a una generación más pudorosa, o hipócrita, en el reconocimiento de nuestros deseos. Debo de tener una expresión ridícula, porque la chica se ríe.

—Ya, claro, claro… —concedo mientras no puedo evitar acordarme de Goethe, que en el prólogo de su *Fausto* se quejaba de que el predominio de los periódicos había rebajado la sensibilidad literaria del público. Me pregunto cuál será hoy esa sensibilidad en un mundo dominado por TikTok. ¿Qué futuro puede tener lo que escribo?—. Veo que sabes mucho del tema, a lo mejor te pido consejos para viralizar mis libros.

—¡Ábrete un OnlyFans!

—¿Eso no es para hacer vídeos porno?

—¡Ja, ja, ja! ¡Sí! ¡Te estaba troleando! —Lola me mira burlona antes de ponerse unas gafas de sol—. TikTok no tienes, ¿verdad?

—No.

—Sí, eres muy mayor.

—Tengo Facebook, Twitter…

—Ahora se llama X.

—Ya.

—¡Típico *boomer*! ¿Instagram?

—Sí, eso sí, pero no entro casi nunca. Apenas posteo otra cosa que gráficas que me hacen la editorial o mi agente para anunciar las presentaciones.

—Pues sígueme. Yo ahí soy @LolaGTen*,* como diez en inglés pero con letras.

—Lo haré.

—No, en serio, soy muy *pro* con el tema redes. Me interesa. Estoy todo el día viendo tutoriales. Te doy unos tips cuando quieras.

—Estaría muy bien. Yo soy un…

—¡Ah! ¡Nos hemos pasado la entrada! —interrumpe Lola.

Sonrío y evito decirle que no nos habríamos pasado si no hubiera estado absorta en el puto móvil.

—Bueno, habrá otra cerca. No te preocupes.

—Sí, pero tardaremos un poco más.

Ahora Lola baja la mano del móvil; no lo suelta, pero no lo mira. Vamos en silencio, concentrados. Conduzco algo más de un kilómetro así.

—¡Ahí, métete por ese camino!

Obedezco y entro por un carril de tierra. Llegamos a una bifurcación. Lola parece dudar. Freno. No pasa nadie. Solo hay olivar hasta donde se pierde la vista. La chica se baja del vehículo y otea el horizonte. Yo espero dentro. Por fin se sube de nuevo y me indica con la mano el camino de la derecha.

—Ya sé por dónde. Sigue por el carril hasta donde veas coches aparcados. Ahí nos bajamos.

—¡Entendido!

Una vez que me ha puesto en el camino correcto, Lola vuelve su atención a la pantalla del móvil. La miro de reojo. No puedo competir con Álex, con su juventud y sus fosas. Me habría gustado mostrarle mi trabajo, mi vida de escritor como algo apasionante y desde luego arriesgado, si no física, sí intelectualmente. Darme importancia ante la atención fragmentada, dispersa, de la adolescente. Brillar con una luz que, de manera fatal, atrajera a la polilla. Siquiera por vanidad. Pero tengo demasiado en contra: la

edad. Nada de lo que diga podría interesar a esta chica. Vivimos en el mismo planeta y tiempo, pero en mundos por completo distintos, apenas conectados por la convención de un lenguaje solo en parte compartido. Para mí es imposible saber qué se siente siendo tan joven. Teniendo futuro. Mi propia juventud, estoy seguro, es ya un recuerdo fabricado. Lola es solo futuro, ansia de futuro, como cualquier adolescente. Yo ya soy solo pasado, memoria, experiencia e interpretación del mundo —errónea como todas, ni yo me tengo ya fe en eso— con el ridículo argumento de autoridad de llevar mucho tiempo en él. Nada de eso puede interesar a Lola. Ella no se esfuerza en conversar. Es simpática y es fácil ver que está siendo educada, pero no encuentro por dónde colar algo agudo, brillante. Mi escritor empieza a frustrarse. Me temo que tampoco ayuda su conocimiento previo de otros autores en anteriores visitas a su abuela. Tipos normales, supongo, un poco redichos, sin ninguna adicción, aparte de vino o güisqui, que les vuelve solo algo más pesados y repetitivos. Ningún malditismo con que adornarse. Hombres solitarios, pues solos trabajamos y esa necesaria clausura nos impregna la ropa, la piel y los chistes autorreferenciales. Tipos como yo. Además, los chavales de ahora son más sanos. Al parecer, beben, fuman y se drogan menos. El rollo maldito tampoco iba a funcionar. «Abuela», en esa palabra se resume la distancia insalvable entre Lola y yo. Pertenezco al mundo de su abuela. Soy un rancio. «¡Y cuidado, sobre todo no hagas comentarios sobre su juventud! Pero tampoco caigas en la horterada de atribuirle una interesante madurez que no se corresponde con su edad». Hasta yo sé casposo ese truco. Empiezo a sentir pereza y opto por callarme, todo es demasiado difícil.

¿Dónde coño está la fosa?

Recuerdo algo que leí en Twitter.

Recordad, chicas:

No eres muy madura para tu edad, es que las de la suya no le soportan. ¡Que no te engañen!

Lamento no presenciar juntos alguna catástrofe, alguna persona atropellada por un tren o un animal abandonado, algo que me permita mostrarme caritativo o empático. Marcarme un Vronski, aunque desde luego esta chica no me parece Anna Karenina. Esa es su abuela.

¿Cómo dirigirme a una adolescente, a alguien a mitad de camino entre una niña y una mujer? ¿Es esa indefinición lo que me atrae? Sí, debe de ser eso, porque ni siquiera me parece realmente guapa, solo una adolescente. ¿Hay algo de pedófilo en todos los hombres? En todo Dostoievski hay acosos y abusos de viejos a jovencitas, fantasías oscuras de sumisión erótica de niñas por adultos, aunque Iván Karamázov diga que las bestialidades contra niños son la mayor acusación contra Dios, el triunfo irreparable del mal contra la pureza. Si eso fue siempre así, ¿la sexualización actual de la juventud lo fomenta? Puede ser. ¡Cuidado, estoy cayendo en un «es que se visten como putas» de manual! ¿De verdad la deseo? No. Nunca me llamaron la atención las crías. Lo que deseo es que ella me desee. ¿Me jode ser invisible para un rango cada vez mayor de mujeres? ¡Desde luego!

De cualquier forma, el sexo nunca está a la altura del misterio del deseo. «¿Estás pensando en sexo con una niña camino de una fosa común? ¡Animal!».

—¡Ahí están los coches! —me avisa Lola.

Sí, un grupo de utilitarios, coches baratos, llenos de polvo bajo el sol. Cuento seis. También un par de furgonetas, supongo que las que transportan hasta aquí a los exhumadores desde Alburquerque. Realmente, si la fosa está aquí, no estamos lejos del cortijo. Atajando por las lomas del olivar, no debe de haber más de quince minutos andando. Esto tuvo que ser parte de sus tierras.

—¡Corre, Diego, ya han empezado!

Aparco, sacamos nuestras mochilas y vamos con paso rápido hasta un grupo de personas, poco más de veinte. Están de pie la mayoría, aunque veo la espalda y el pelo gris de cuatro mujeres vestidas de negro, sentadas en sillas plegables y rodeadas de

mujeres y hombres más jóvenes, también de algún chiquillo. Supongo que serán las hijas de los asesinados. Un poco más allá diviso a Álex. Con un cuaderno en la mano y junto a una hilera de mesas plegables llenas de cajas de cartón numeradas y etiquetadas, bolsas de plástico y varias cámaras réflex, el joven anota algo mientras conversa con un tipo y una mujer más mayores. Deben ser los arqueólogos jefes. Álex nos ve, sonríe y nos hace un gesto con la cabeza. Les dice algo a sus jefes, que nos miran un momento. Lola les saluda con la mano, yo inclino la cabeza. Los arqueólogos nos saludan de igual manera, vuelven la vista al suelo, que aún no vemos, y siguen comentando entre ellos. Me doy cuenta de que nadie habla. Ni los familiares ni los exhumadores. Todo se hace en un silencio respetuoso, metódico. Solo oigo algún ave cantar y los chirridos de las cigarras y los grillos desperezándose antes de la histeria del mediodía. Veo también un par de cámaras de vídeo sobre trípodes, filmando hacia abajo.

Lola me indica que la siga. De pronto, ella también habla en voz baja.

—¡Mierda, nos hemos perdido el saludo y la explicación de lo que se hace hoy! Vamos a ponernos ahí, junto a la tierra. Así no molestamos ni a los familiares ni a los trabajadores.

—Claro.

Nos acercamos rodeando unos montículos de la tierra excavada y al fin la veo. La fosa está rodeada de olivos frondosos, bajo un pequeño promontorio y al pie de una elevación que se ondula respecto al olivar, llano hasta ese punto. En el montículo sobre la fosa, lo excavado, hay matorrales y flores silvestres que llegan hasta uno de los bordes. Supongo que algún día también taparon la fosa —los muertos son buen abono—, que sería un rectángulo de tierra revuelta hace casi noventa años que siembras, vareos, cosechas y acarreos, muchas estaciones, igualó con el resto en su aspecto exterior. Al fin y al cabo, la naturaleza nada sabe de los crímenes humanos.

Ahora aprecio los cortes de la estratigrafía: un manto de tierra más rojiza, más joven, quizás depositada hace pocos años. Luego un corte más pardo de poco más de un metro. Un rectángulo que se superpone a otro más grande y profundo. Debe ser el enterramiento más superficial, ya exhumado. La tierra mate, como agotada, baja unos dos metros. Y luego el gran pozo horadado en una tierra densa, casi negra, que es el sudario que amortaja a la mayoría de los muertos desde su asesinato.

Al ruido del campo se suma ahora el de pisadas cuidadosas, el choque metálico de alguna herramienta, el de cepillos sigilosos y el de tierra recogida. Dentro de la fosa cuento ocho exhumadores, todos chicas y chicos muy jóvenes. Miro a Lola y siento sus ganas de estar allí con ellos.

Todos los exhumadores llevan guantes de látex. Van descubriendo los últimos cuerpos, que enmarcan con escalímetros a franjas rojas y blancas y luego fotografían. Partes revueltas de esqueletos que liberan con mimo de la tierra, usando pequeñas espátulas y cepillos. Montoncitos de tierra que apartan con pequeños recogedores de plástico, no sin antes escrutarlos en busca de cualquier pequeño resto de personas o cosas. Estos chavales me parecen, por momentos, niños jugando concentrados con sus cubos y palas a hacer figuras en la playa. A moldearlas quitando arena a los huesos descarnados. Me fijo más y empiezo a individualizar los esqueletos a medio vestir por sus diferentes posturas, la apertura dolorosa de las mandíbulas de los pocos que las conservan en su sitio, los dedos que acusan crispados, las alpargatas y zapatos de los que brotan huesos.

Hay algo más que comparten muchos: un agujero que les rompe el cráneo.

29

Nadie habla. Llevamos aquí más de una hora y nadie habla. Si acaso los jefes para dar alguna indicación a los que trabajan en lo más hondo de la fosa, que suben y bajan por un par de escaleras. Me impresiona lo profundo que cavaron para ocultar el crimen. Los familiares son un coro griego mudo. Apenas murmuran entre ellos. Supongo que consolándose, porque a las palabras que no oigo las acompañan caricias. Algunos están a la sombra de un par de olivos, los más cercanos a la fosa. Otros aguantan el sol a pie firme, cubiertos con gorritos, unos de paja, otros modernos y de colores.

Los dos jefes toman fotos, con *flash*, de las zonas a las que, por lo hondo de la fosa y los olivos, no llega el sol, que aún no está en su cenit. En las mesas, dirigidos por Álex, varios voluntarios clasifican restos y objetos en bolsas que van guardando en las cajas.

Lola lo observa todo absorta. Siendo una adolescente, me sorprende sentirla más fascinada que emocionada, con una mirada casi profesional.

—¿Qué hacen? —susurro.

—Documentar a tope lo excavado: fotografías generales y de detalle, dibujos, planimetrías, fotogrametría o escaneo 3D. Los que siguen abajo, en la fosa, hacen la toma final de muestras. —Lola maneja con soltura la jerga técnica.

—¿Qué buscan? ¿Más huesos?

—No, no solo. Muestras del suelo, semillas, objetos asociados, munición. En este momento están levantando los últimos restos, mira qué cuidadosos son. Registran la posición anatómica, restos

textiles… Ahora embalan y etiquetan todo para enviarlo luego al laboratorio de antropología forense.

Nos quedamos otra vez en silencio un buen rato, con la mirada atrapada por la fosa y el mimo de los exhumadores.

—Perdona, ahora vengo —me susurra Lola, que, antes de que yo pueda contestar o preguntar nada, se encamina con paso decidido hacia el grupo de los familiares. Me doy cuenta de que, quizás por pudor, no los he mirado mucho. Lo hago ahora, mientras Lola habla con algunos al borde de la fosa. Son menos de treinta. Hay unos pocos ancianos, las mujeres y un hombre de pelo blanco. Serían niños muy pequeños cuando la guerra y sostienen fotos enmarcadas, supongo que de sus familiares, desvaídas y sepias. En torno a ellos se agrupan hasta tres generaciones de mujeres y hombres más jóvenes. Sin duda los hijos, nietos y biznietos. Solo una de las chicas más jóvenes sostiene en la mano, doblada aún, una bandera republicana que destella sedosa al sol. Lola, en cuclillas al lado de su silla, habla con una de las ancianas y su familia. Asiente a algo. Sonríe. Se levanta y vuelve junto a mí. Parece satisfecha.

Lola me indica con un gesto a dos de las ancianas, que están sentadas juntas.

—Ella es Benita. Y aquella Fina. Les mataron a toda la familia. No dejaron ni a uno vivo. ¿Cómo se puede llorar a tanto muerto? ¡Las dos tienen más de noventa años! —El asombro excitado de Lola ante semejantes edades me parece el mismo que podría expresar ante una persona con aletas o dos cabezas. Supongo que se le hace inimaginable ser así—. Son las únicas hijas de fusilados que quedan en el pueblo que vieron cómo se llevaban a sus padres, madres y hermanos. Fina ha aceptado hablar conmigo para mi trabajo, me dejará grabarla.

—¿Puedo ir contigo?

—¡Por favor, sí! ¡Vamos mañana al pueblo, a su casa!

Estamos callados, mirando los trabajos otro buen rato. Yo he bebido mucha agua, así que me urge orinar. Me disculpo y me alejo

por el olivar, buscando un lugar para hacerlo. Camino bastante para distanciarme. La idea de que alguien me pueda ver mear en un sitio y momento así me causa una vergüenza infinita. ¡Puta vejiga, no he visto a uno solo de los exhumadores o familiares alejarse en todo este rato! Tengo que volver al urólogo. «Aléjate un poco más. Piensa en otra cosa». Sí. Los paisajes hablan. ¿Qué me contaría este? Seguro que mucho sobre la propiedad, la riqueza, las luchas sociales… ¿Cuándo y por qué se plantaron estos olivares? Lucía ya te ha contado que prefirió conservarlos y cederlos a la cooperativa de la zona a arrancarlos y poner placas fotovoltaicas, así que estos olivos conectan el pasado de estas gentes y su futuro, lo humano y lo natural. Y está bien que así sea. Además, los olivos son muy bellos, el aceite se vende a precio de Rolex y hay mucho páramo para plantar placas solares. Y más que habrá cuando nos coma el desierto.

¿Qué historias podrían contar estos árboles en su idioma, en sus tiempos mucho más lentos y largos? ¿Qué no habrán visto, sin moverse ni conmoverse, anclados a la tierra? ¿Cuáles serán sus preocupaciones, sus sueños si los tienen? No es la inmensidad salvaje de los grandes espacios abiertos que desafían la escala de lo humano, no. Estos olivares son obra del hombre, de muchas generaciones de hombres. Son cultura arraigada a la tierra. Pero viéndolos, calculando sus edades y las cronologías de los hechos históricos que voy asociando a estos árboles gruesos, retorcidos y nudosos, me siento diminuto. Una criatura enana e histérica, lo mismo que me parecen a mí las hormigas. Tal es la importancia del punto de vista y la pequeñez de lo nuestro comparado con el mundo que nos rodea. Si solo pudiéramos reconocer eso y echarnos a un lado. No son estos olivos, aferrados desde siempre a la misma tierra, los inmóviles, los exhaustos. Lo somos nosotros, los humanos, que no paramos de movernos para no llegar casi nunca a ningún sitio. Inmóviles a fuerza de movernos sin descanso, sin propósito, hasta que al fin y casi siempre por sorpresa, nos detiene la muerte. La muerte. Me meo. ¿Aquí? Sí. Contra este tronco. No se ve a nadie.

Busco lindes entre los olivos y, por supuesto, no las hallo. Son tan artificiales como las fronteras, que no se perciben ni de cerca ni desde el espacio y por eso necesitan de hombres armados que atestigüen con firmeza su existencia. Lindes, parcelas, fincas y fronteras que no son sino formas de la propiedad. Y la propiedad es la mayor aberración creada por el hombre contra sí mismo. ¿Qué saben de eso estos árboles sólidos, de troncos centenarios, con miles de hojas verdes y plata, de poseer? Ellos solo saben ser. Estos olivos no son de esos árboles plaza, que en pueblos y caminos sirvieron desde siempre para cobijar bajo sus ramas a personas, a enamorados, a caminantes, a filósofos, besos, siestas, chicas con flores en el pelo, escribidores de cartas o sacamuelas, maestros y niños, árboles de todos y de nadie, árboles para el encuentro aunque, cada tanto, alguien fuera ahorcado de una de sus ramas. Termino de orinar y echo a andar otra vez de vuelta a la fosa. No, estos olivos tuvieron dueño desde el principio. Los plantó el hombre, son cultura y lucha de poder. Si estos olivos tienen varios cientos de años, ¿cuánta gente no habrá muerto por poseer estos árboles y el aceite que producen? ¿Cuántos no habrán abonado esta tierra donde crecen con su sudor, su carne, el fósforo y el calcio de sus huesos? El ser humano lleva toda la vida cavando la delgada capa de tierra sobre la que vive, cavando para sacar cosas y llegar a sitios. Pero, casi en igual medida, para ocultar violencias, para esconder muertos. Un dédalo de fosas recorre el subsuelo del mundo. Las galerías de los museos que, en superficie, glorifican reyes, generales, dictadores, conquistadores, guerras, batallas y masacres se corresponden con un laberinto de fosas infinito que esconden los restos materiales de las atrocidades del hombre por todo el planeta, mapas subterráneos de la violencia. ¡La propiedad con sangre entra! En este trozo del mundo imagino cráneos espantados, tibias y carcasas de íberos, romanos, visigodos, árabes, moriscos, judíos y cristianos, castellanos y portugueses, franceses e ingleses, de los peones de la revolución jornalera, los somatenes de señoritos a caballo, los falangistas, los moros de los regulares, los negros de

hoy… En todas las mitologías los árboles son y luego llega el hombre, a cuidarlos o arrancarlos, a poseerlos y matarse por ellos. Árboles de la vida y de la ciencia, en jardines del Edén que se perdieron para siempre, como se extravían sin remedio todos los paraísos. Sí, la ferocidad de lo salvaje aquí no está a la vista, está bajo la tierra. No puedo escuchar las voces de los dioses antiguos, tan humanos, susurrar en el viento entre las ramas. No creo en dioses. Y aún menos en Dios, el dios con mayúsculas que nos cuentan omnipotente y que, por eso, o es imposible o injusto. Si acaso, aguzando el oído, debería distinguir las voces de los muertos enterrados por aquí, usando estos árboles como antenas. Pero no, afortunadamente no. Escucho el zumbar de la vida y miro el trenzado de la luz entre las hojas. Sí. El culto al planeta. Esa debería ser nuestra nueva religión, el corazón de una nueva teodicea ahora que el arte lleva más de un siglo apartado de la divinidad, no se escribe sobre ella y ni a mí ni a nadie nos interesa Dios, salvo como cachivache pop.

Sigo caminando. Hace mucho calor. Sudo. Todo el olivar me parece igual. Las olivas en verano están todavía madurando, me parecen guisantes grandes o garbanzos pequeños, verdes mate. Están sin hacer. De pronto topo con una edificación medio derruida, quizás una antigua caseta de aperos. O un refugio para pastores. No lo vi antes. ¿Me he perdido? Me acerco. Tan solo conserva en pie dos de sus muros y poco de un tercero, que sostienen un resto de vigas y tejas. Los muros en pie en su día fueron blancos, ahora están sucios, con hollín donde sirvieron para resguardar fuegos, llenos de pintadas con letras grandes y grotescas: «ROJOS NO... ROJO MUERTO, ABONO PA MI HUERTO... VIVA VOX... PEDRO SÁNCHEZ HIJO DE PUTA...». También hay alguna esvástica con las aspas al revés y una esquemática cruz celta. Miro a mi alrededor y no veo a nadie, así que me acerco y aprovecho para vaciar otra vez la vejiga. Siempre queda algo. Meo como si quisiera borrar las letras de Vox, pero no, no se borran. Me sacudo con calma la polla, la guardo y me asomo al interior: un colchón viejo de espuma amarilla y sucia, un palo de escoba forrado

de plástico sin cepillo, botellas de alcohol vacías, latas, vasos, algún preservativo usado, una chancla... Basura. Nuestro legado a los arqueólogos del futuro, si es que alguien sobrevive, será ese. Basura. No *terra sigillata* o cerámica ática, no fíbulas de bronce, falcatas o idolillos de terracota. No. Plástico, basura eterna.

Salgo, miro a mi alrededor. Cuando me alejé tenía la sierra a la izquierda, así que sí. He caminado en dirección contraria. Debo ir justo al revés.

Calculo que ando unos quinientos metros antes de volver a ver al grupo de la fosa, en la pequeña hondonada entre la loma y los coches aparcados.

Cuando llego, Lola está con Álex.

—¿Has ido a mear o qué?

—Eh… Sí… Es impresionante lo grande que es este olivar. Y debe de haber árboles con cientos de años.

—Sí, pero no tanto por esta parte —contesta Álex—. Aquí se roturó y se sembró mucho olivar tras la represión. Por el aceite, claro. Esto fue muy pronto retaguardia y se vendía bien. Pero también para ocultar el paisaje de la carnicería. Se echaron abajo algunos caseríos que quedaron sin gente, todos muertos o huidos a la zona republicana, luego exiliados. Y sobre las otras fosas, que las hay. También con encinas para los gorrinos. Se tapó así un paisaje problemático. Se metió mucho muerto bajo los árboles.

—Entiendo. Oye, ¿y a esto no viene ningún político?

—No, a esta fosa no. El alcalde es del PP y gobierna con Vox. No quieren saber nada de exhumaciones.

—Ya.

—Ahora Alfredo y Concha, los arqueólogos jefes, van a decir algo y procederemos con el cierre de la fosa y la campaña. Es emocionante, ya verás. Yo me quedo con vosotros. Aquí no vamos a dejar estratigrafía a la vista. La hemos documentado muy bien, así que vamos a rellenar.

En efecto, todos los exhumadores están ya fuera de la fosa. Se adelanta Alfredo, uno de los jefes, y se detiene entre la fosa, su

personal y los familiares.

—Bueno, lo primero de todo deciros que ha sido un honor exhumar esta fosa. Creo que hemos hecho un muy buen trabajo en estos dos veranos. Algunos de vosotros ya recuperasteis los restos identificados de vuestros padres, madres, tíos, tías, abuelos… —Los familiares escuchan todo emocionados, dignos; los jóvenes sostienen a los más viejos, casi todas mujeres, que se han levantado de las sillas. Muchos abrazan las fotos de sus muertos—. A los que no, a los familiares de los que hemos exhumado en esta campaña, os pido paciencia. Ya sabéis lo que viene ahora. Análisis forense, cotejo de ADN… Pasarán meses antes de que recibáis la identificación genética, que siempre será aproximada: hay un noventa o un ochenta, o un sesenta por ciento de posibilidades, de que sean vuestros familiares. En el caso de los hermanos asesinados juntos, los Landero Ruiz, por coincidencia genética quizás nunca se determine quién es quién. Pasarán meses antes de que podáis darles un entierro digno. Paciencia, sé que la tenéis porque la habéis tenido toda la vida… ¡Pero lo importante es que los hemos sacado, ya no están en una fosa! —La voz del arqueólogo se quiebra, está emocionado. Los familiares asienten, dan las gracias de corazón, algunos lloran en silencio porque sí, son sus muertos, su familia torturada y asesinada. Hay un momento de piedad compartida que, siento, manifiesta lo mejor del ser humano: la compasión por el dolor ajeno—. Y ahora, mi compañera Concha os dirá unas palabras antes de proceder con el cierre. Gracias.

La mujer avanza, sonríe de forma luminosa y se dirige a los familiares.

—Hola, bueno, solo sumarme a la gratitud que ha expresado Alfredo. La que sentimos todos, arqueólogos y voluntarios, por vuestro acompañamiento en estas dos campañas. Nos habéis hecho sentir útiles. Vosotros le dais sentido a este tipo de trabajos de arqueología forense, de memoria, justicia y reparación. Ahora me gustaría que os acerquéis hasta la fosa para concluir esta ceremonia de la mejor manera. ¡Javi, trae la caja! —Uno de los voluntarios se

pone junto a ella con una caja de algo que me parece aluminio y con cierres también de metal. La arqueóloga se pone unas gafas de leer, saca un papel de un bolsillo del pantalón, lo desdobla, carraspea y lee—: «Hoy cerramos esta fosa, pero no cerramos la memoria. El silencio de quienes fueron arrancados de sus familias, de la vida, nos obliga a hablar, a mantener viva su dignidad. Que su recuerdo sea semilla de justicia y de paz. Como escribió Blas de Otero, "aunque todo se pierda nos queda la palabra"».

Concha dobla el papel, lo deposita en la caja de aluminio, sonríe a los familiares y concluye.

—¡Os invito a meter en esta caja lo que queráis, algo en recuerdo de vuestros familiares que quedará para siempre en el lugar donde los asesinaron! Luego la dejaremos en la fosa al cubrirla, como una cápsula del tiempo. Nosotros ya hemos metido fotos del proceso, una copia del informe de la exhumación y algunos objetos que no hemos podido asociar con certeza a ningún cuerpo. Meted lo que queráis, por favor.

Los familiares se acercan. Nosotros también. Uno mete una foto, otra algo que me parece un pañuelo de colores desvaídos, un niño llevado por los hombros por su madre mete un juguete moderno, una figurita evidentemente suya. Más personas depositan pequeños objetos, algunos los besan antes de dejarlos. Al fin, la chica que sostenía la bandera republicana la desdobla, la muestra, la recoge en pliegues más grandes y la mete entre aplausos de los demás. Yo también aplaudo. Tengo un nudo en la garganta y lágrimas asomando a los ojos. Álex me mira comprensivo.

—Esto siempre impresiona. No importa las veces que lo hayas visto.

—Supongo que sí.

—¿Qué piensas, Diego? —me pregunta Lola, que también parece conmocionada.

—Me parece esperanzador ver cómo del acto de brutalidad que fue esta fosa sale un acto de civilización tan maravilloso como este.

—Es hermoso, sí —añade Álex.

—Y para nada triste, ¿verdad? —concluye Lola, con los ojos también húmedos y una lágrima despeñándose brillante por su mejilla.

—No, no es triste. Es emocionante.

Lo siguiente es leer la lista con los nombres de los asesinados por parte de un chico, uno de los familiares, que luego se mete también en la caja, cerrarla y que Javi, el voluntario, baje con ella por la escalera hasta lo más hondo de la fosa. La deja allí, vuelve a subir y el resto de los voluntarios y algunos familiares empiezan a rellenar con la tierra extraída y algo de tierra nueva, más clara, para reponer la que había desaparecido a lo largo de las dos campañas por la lluvia o el viento.

Cuando ya se ha tapado todo, una mujer disemina unas semillas. Interrogo a Álex con la mirada.

—Semillas de lavanda. Crece bien en estos suelos. Da unas espigas moradas y muy olorosas.

Por último, familiares, arqueólogos y voluntarios se abrazan y se despiden con ternura y agradecimiento. Lola y yo nos mantenemos al margen. Álex regresa a nuestro lado. Su boca sonríe, sus ojos no.

—Una fosa más. Quedan miles.

Me despido de él y los dejo solos. Lola sigue llorando, ahora con más fuerza.

—Lola, te espero en el coche. No hay prisa.

Mientras me alejo, pienso en esta gente sencilla, digna, aguardando toda una vida a que saquen los huesos de sus familiares asesinados de una fosa sin marcas en un olivar, una de tantas en este país, y comparo esto con la cantidad innumerable de lugares de memoria que sembró el franquismo para sus caídos, los «Mártires de la Cruzada», para honrarlos pero, sobre todo, para recordar su victoria a los derrotados.

Tengo una mezcla rara de sentimientos. Admiración infinita por la entereza de familiares y arqueólogos, pero también una ira creciente al pensar en el culto fascista a sus muertos, al uso que les dieron para seguir ahogando a este país. A sus muertos bien que los

sacaban, con mucha pompa, rezos, monumentos y fanfarrias. Serrano Suñer aprendió de nazis y fascistas la importancia de los caídos propios para legitimar, con su sangre derramada, la carnicería y la represión. Por eso pasearon así el féretro de José Antonio de Alicante a Madrid, a la luz de hachones y a hombros de falangistas, como viriles viudas cual Juana la Loca, en vez de mandarlo en un tren o en un puto camión. ¡Mirad, matamos porque mataron! ¡La muerte de nuestro héroe será el combustible de la necesaria limpieza de España, la madera en la pila de vuestro holocausto, rojos! Y del Ausente para abajo, caídos y caídos, ¡los que hicieran falta para rellenar la mayor fosa de todas, el Valle de los Caídos! ¡33000! Los muertos que se precisen para arropar con sus huesos los del dictador. Sus muertos, los otros, todos mezclados. No importaba. Pura necrofilia. Muertos para acompañar al más allá, como a un antiguo faraón, a un dictador sanguinario con voz atiplada, un hombrecillo tan feroz como ridículo. Claro, que ya anunciaba maneras cuando se hacía retratar como un cruzado de reluciente armadura.

Siento asco. Ser parte, quizás involuntaria, pero parte, de una injusticia terrible. ¿Cómo es posible que este país no se consagre en cuerpo y alma a reparar esta vergüenza? ¿A arar la tierra hasta que brote el último asesinado? Tras todo lo de hoy me siento tan poca cosa, mis preocupaciones tan banales. Sí, son mías y me importan, claro. Las cárceles más terribles son las que construimos nosotros mismos, en las que nos encerramos solitos para luego tirar la llave. Nos asustan, nos paralizan. Quizás demasiado. Pero ¿qué valen frente a esta bofetada de realidad, a las muertes injustas de los asesinados, las torturas y prisiones reales? ¿Mis neuras e inseguridades frente a las vidas dignas, pese al miedo y la violencia, de los familiares de los asesinados? Siento que debería llenarme el pelo de cenizas y abrazarlos en silencio. Consagrar mi vida a eso, a aliviar el dolor de mis semejantes dándoles voz. Yo, un hombre sin dios ni más allá, debería hacer divino a mi prójimo y su felicidad, mi

paraíso. *Distopía* se me cae de las manos. Abandono la idea y, de alguna manera, respiro mejor.

En el camino de vuelta al cortijo, ni ella ni yo hablamos. Lola no mira el móvil. Esta vez no nos perdemos, realmente la fosa está cerca, muy cerca del cortijo.

Necesito saber más de este sitio.

Necesito hablar con Lucía.

Necesito saber más de ella.

30

Esa noche, mientras Polonia sirve la cena, me parece verla igual de esquiva que siempre, con prisa por desaparecer, pero la sorprendo observándome un par de veces mientras le contamos a Lucía lo del cierre de la fosa. Un par de miradas inexpresivas, de soslayo, pero con la mandíbula apretada. Es imposible que Lucía y Lola no noten nada. Me gustaría saber por qué disculpan su comportamiento, pero me parece grosero pedirles explicaciones.

—¿Y te has despedido de Álex? —pregunta la abuela a su nieta, que parece repuesta de las tristezas de la fosa y del adiós.

—Sí, vuelve a Cáceres, a la facultad. Pero me ha dicho que sigamos en contacto, que me ayudará si sigo con la idea de estudiar arqueología. Me ha dado su móvil y nos seguimos en redes.

—Bien, es muy majo y nadie mejor que él para orientarte. Pero Lola… —Lucía no dice más, solo abre mucho los ojos, enarca las cejas y ladea la cabeza mientras mira a su nieta.

—Tranqui, abu, que no lo voy a *stalkear.*

Abuela y nieta intercambian alguna pulla y ríen. Mientras las observo, fascinado por dos feminidades tan distintas pero tan cómplices, como con apetito, incluso con una gula que me sorprende. ¿Acaso no decía don Quijote que los hechizados no comen?

—Por cierto, abu, voy a entrevistar a Fina, que es hija de uno de los muertos de la fosa. Para mi trabajo del insti. Y Diego me va a acompañar.

Lucía me mira sorprendida y vuelve a su nieta.

—¡Qué bien, Lola! Seguro que te contará cosas interesantes y que Diego te podrá sugerir algunas preguntas.

—¡O ayudarme con la redacción! —Lola me mira sonriente.

—Bueno, si crees que necesitas ayuda, yo encantado.

—¡Lola, el trabajo lo haces tú! Que te conozco.

—¡Que sí, abu, no seas pesada! Por cierto, he pensado que estaría muy bien entrevistar también a Polonia. ¿Qué te parece?

Lucía la mira en silencio, duda un momento, luego también a mí, como si, de pronto, yo fuera un testigo incómodo de algo.

—No sé. Ya te dije que no le gusta hablar de esa época. Bueno, lleva un tiempo que no le gusta hablar mucho de nada.

—Pero, abu, si tú se lo pides… —En realidad, me parece que Lola ha dicho «si tú se lo mandas»—. Con Fina y con ella tengo el trabajo hecho. ¡Por fi…!

Lucía duda, resopla y asiente.

—Se lo comento, pero si no quiere, no quiere. ¿Estamos?

—Vale. Seguro que quiere. Y así puedes estar tú también, Diego.

—A ver, Diego, tú habías venido aquí a estar tranquilo, ¿no? A trabajar en tu novela.

—No me importa, de verdad. Estoy escribiendo y, de todas maneras, este cortijo, el olivar, son un parque temático para un novelista. Siento que me ha tocado la lotería. Ahora quiero conocer el pueblo.

—No esperes gran cosa. No es un pueblo especialmente bonito. Ni grande.

—A mí me gusta, abu. En fiestas se pone muy bien. Son dentro de unos días, Diego.

—¡Pobre, más distracciones!

—¡No pasa nada! Escribir no es solo sentarse a teclear, hay que llenarse de cosas, de historias y de personas. Seguro que sacaré ideas para algo. Además, ni recuerdo cuándo fue la última vez que estuve en las fiestas de un pueblo. Será interesante.

—Notarás que es un pueblo de gente triste.

—Son gente mayor, abu. No hay niños.

—Sí, Diego, no hay niños. Pero la tristeza no es por eso. O no solo por eso.

—¿Por la fosa?

—Sí, por la fosa. La tristeza viene de ahí. Viene de que aquí se mató a mucha gente. La represión empezó el mismo verano del 36. Gente que desapareció y de la que nunca se supo, hasta ahora, en qué fosa los habían echado. Se conocía más o menos la ubicación. A los familiares nunca los dejaron velarlos, darles sepultura. Pasar el duelo. Sí, muchos muertos sin enterrar como Dios manda. Muchos fantasmas. Por lo menos hasta que se localizó y se abrió la fosa del olivar. Entonces muchas mujeres, hijas y nietas de los asesinados, y algunos hombres, los familiares de los primeros exhumados, pudieron cerrar el duelo de generaciones. Sentirse en paz. Y los que has visto hoy, tienen la esperanza de poder hacerlo.

—Pero no llegó la alegría, ¿no?

—No, porque con esa fosa se abrieron también recuerdos y las vergüenzas de otras mujeres, hijas y nietas de los asesinos. De otros hombres.

—¿Mujeres como Polonia?

—Su padre, Bautista, fue combatiente franquista en la guerra y partidario acérrimo de Franco durante toda su vida. Nunca se demostró que participara en los fusilamientos, pero siempre hubo rumores sobre él. Como los hubo de medio pueblo más. Mucha gente se puso de los nervios. Hubo pintadas en contra de exhumar la fosa y de los rojos, a los que muchos culpaban desde el 36 de haber sido los ejecutores. Enfrentamientos entre vecinos. Algunos recriminaban a los que se oponían a la exhumación que los suyos bien que estaban en nichos y tumbas, en el cementerio, mientras que a sus familiares los habían enterrado como a perros. Que ellos solo querían dar sepultura a sus huesos como personas.

—Sí, supongo que tirar cuerpos a una fosa común es un castigo y una advertencia para los vivos, no para los muertos.

—Así es. Y funcionó. Aquí durante muchos años, demasiados, los perdedores se acostaron con miedo y se levantaron aterrados. Así

día tras día. Las ejecuciones no bastaban, los vivos heredaban los castigos y las multas de los muertos. Años más tarde, cuando el maquis, surgieron las contrapartidas de campesinos franquistas que, junto a la Guardia Civil, se dedicaron a cazar guerrilleros. Cuando se aprobó el Decreto Ley para la Represión de los Delitos de Bandolerismo y Terrorismo, en el 47, se inició el Trienio del Terror. Se premiaron las delaciones contra cualquiera que tuviera contacto con los guerrilleros o los apoyara, principalmente familiares, mujeres y niños. Aquí a las mujeres, a alguna vecina del pueblo, las torturaron y las violaron. Les quitaron a sus hijos, algunos los encarcelaron y a los más pequeños los entregaron al Auxilio Social. Ninguno volvió. La guerra no acabó con la paz.

—El poder sin moral siempre abusa de los más débiles. ¿Y los otros, los vencedores?

—Salvo los muy cafeteros, también se fueron callando, por vergüenza o simple discreción ante los crímenes cometidos. O por fidelidad al nuevo régimen, que los premió. Muchas pedanías perdieron habitantes, quedaron casas vacías y esas las repoblaron con gente traída de la parte de Sevilla. Gente muy pobre, sin nada, que ocupó el lugar de los asesinados y siempre estuvo agradecida a quien hizo posible aquello. Agradecidos y callados, sabiendo que vivían en las casas de los muertos. Debió de ser parecido en todo el país, al menos en este pueblo lo fue. Un silencio espeso, tozudo, lo cubrió todo, a vivos y fantasmas. Y como de lo que no se habla no existe… Por eso es tan importante esa fosa.

—Sí, lo es. Sobre todo desde que dejó de dar vergüenza decir: «¡Sí, soy un fascista!». Supongo que abrir una fosa es, literalmente, traer el pasado al presente.

—El pasado absuelve y sana a unos, acusa y avergüenza a otros.

—En cualquier caso, Lucía, los muertos solo tienen la fuerza que los vivos les dan…

—Una frase redonda.

—No es mía. Eso lo escribió Javier Marías en *Los enamoramientos.* —Se hace un silencio en la mesa, como si todos

tuviéramos que digerir lo escuchado—. Pero Lucía, gracias por la explicación. Me ha resultado fascinante. ¿Has estudiado mucho lo que pasó por aquí?

—¡Mi abu es cultísima, Diego! Se lee todo lo que pilla sobre la guerra.

—Sí, mi curiosidad creció al instalarme. A veces no sabemos dónde vivimos, ¿verdad?

—Así es, Lucía. Me encantaría que me contases más sobre la historia del cortijo, del pueblo.

—Lo haré encantada.

—¡Uy, pues yo os dejo, que esa parte ya me la sé! Diego, te busco a media mañana para ir a casa de Fina, ¿vale?

—Vale, Lola. Gracias.

—Pues hasta mañana. ¡Besito, abu! —Lola besa a Lucía y se va. Los dos la contemplamos desaparecer sin decir nada. Al fin, Lucía suspira y me devuelve la mirada.

—Te contaré lo que sé. Y puedo dejarte algún libro sobre lo que pasó por aquí en el 36.

—Me encantaría leer algo bueno sobre lo que pasó en esta zona.

—¡Pues atrocidades! Espera.

Lucía se levanta y camina hasta el cuarto donde está su biblioteca. Tiene una forma de andar elegante, se mueve sin esfuerzo. No tarda mucho. Vuelve, se sienta y me pasa dos libros.

—Estos son muy buenos. *La columna de la muerte,* de Francisco Espinosa. Es muy interesante y defiende que la brutalidad que hubo en esta zona no fue consecuencia de la guerra, aquí no hubo mucha resistencia, sino parte del plan inicial de los golpistas para sembrar el terror. Y este, *Historia y memoria de la Guerra Civil en Extremadura: Badajoz en agosto de 1936.* Es una monografía colectiva, escrita por varios historiadores.

—Muchas gracias, Lucía. Me interesa mucho. —Quedamos en silencio. Bebo y lo rompo—: Lola es una gran chica. Es inteligente. Tiene inquietudes.

—Lo es, sí. Pero no te confíes. No te dejes mangonear.

—¿A qué te refieres? —me sorprenden la advertencia y el tono.

—Desde niña supo cómo conseguirlo todo de los adultos. Desarrolló una encantadora mala educación. Como una princesa, nos manipulaba a todos con una perfecta mezcla de sonrisas y desdenes. Su madre, mi hija Ana, le permitía todo. Se sentía culpable por su divorcio.

—Pues no me parece una niña déspota. ¿Tuvo una infancia complicada?

—Sí. Y una pubertad —Lucía se detiene y me mira como si dudase en contarme algo. Cierra los ojos, suspira y sigue. Habla más bajo—. Tuvo su fase de autolesionarse. La psicóloga nos explicó que se hacía cortes para que el dolor exterior fuera mayor que el interior. Afortunadamente, lo supero hace ya unos años. Sufría mucho.

—Sí, es terrible lo que pasa con nuestra juventud hoy.

—Yo con Lola pasé miedo. Su madre le dejó usar el móvil muy pronto, demasiado. Escribía en sus redes unas cosas muy oscuras, depresivas. Hablaba mucho del suicidio.

—Bueno, vivir es un deporte de riesgo y, estadísticamente, tienes muchas más posibilidades de matarte tú, de suicidarte, que de que te asesine un extraño. Y si no te vuelas la cabeza o te tiras al metro, siempre puedes fumar, beber, drogarte o comer hasta morirte. También leí que nos cruzamos con una media de trece asesinos a lo largo de nuestra existencia. En el fondo, la vida es una conspiración para matarnos. —Lucía me mira muy seria. No parece divertirle mi enumeración de estadísticas curiosas y, probablemente, falsas—. Solo bromeaba, Lucía. Lola quiere ser *influencer,* ¿no?

—¡Arqueóloga forense y creadora de contenido! Un respeto —ahora es ella la que parece bromear y me pilla con el pie cambiado.

—Sí… La juventud no es un tesoro, sino un vacío. Algo que tenemos que ir rellenando con vivencias.

—Diego, a los jóvenes de hoy les niegan esas vivencias: independizarse, tener un techo…

—Sí. De todas formas, cada generación, cada juventud, tiene sus motivos para quemarlo todo. Lo cual me lleva a pedirte que me cuentes algo de ti, de tu historia.

—Sí, te lo he prometido. ¿Salimos a la terraza y nos tomamos un vino mientras te cuento?

—¡Uf, no acostumbro a beber vino todos los días, pero te acompaño!

—¿Crees que soy alcohólica porque bebo vino cada noche?

—¡No, por Dios!

—Quizás lo sea. ¿Llevas tú la botella?

—Sí, y mi copa.

—Vamos.

31

—La familia de Gonzalo, mi marido, venía de los vencedores, de la élite del franquismo. Todos están enterrados en Mingorrubio, cerca de los gerifaltes que los enriquecieron durante la dictadura. Una familia bien, franquistas ejemplares. Un abuelo era juez, otro el general del que ya te he hablado. Mientras el abuelo togado depuraba España de comunistas y masones, el abuelo espadón fue uno de esos militares que hablaban del imperio al tiempo que aceptaban dólares y libras esterlinas del embajador inglés, sir Samuel Hoare, sobornos para enfriar las ansias belicistas de Franco y los falangistas. Don Rodolfo, el padre de Gonzalo, ese sí que era falangista y exdivisionario en Rusia, y se dedicó a los negocios, inmobiliarios y licencias de importación. Se forró gracias al clan de El Pardo. Era de la pandilla ultra de Carmencita Franco y el Martínez-Bordiú, el marqués de Villaverde, al que en Madrid llamaban «el marqués de Vayavida». Habituales primero en las cacerías y luego, ya en los sesenta, en las capeas y las juergas flamencas. Cuando los tecnócratas del Opus acabaron con la autarquía y abrieron el país al capitalismo, el padre estaba perfectamente conectado. Esa familia, católica y monárquica, supo siempre ventear los cambios durante el franquismo, ser fascistas cuando convenía, sobre todo el padre de Gonzalo, y esconder después, muertos Hitler y Mussolini, las camisas azules para arrimarse al Opus y sus tecnócratas. De nuevo monárquicos cuando estuvo claro que el dictador había elegido a Juan Carlos como sucesor. Incluso apareció algún primo liberal cuando volvió a ser útil, pretendiendo formar parte de una resistencia antifranquista imaginaria que, desde luego, nunca sufrió

represión, cárcel o exilio como la de los comunistas, la de verdad. Al final, por supuesto, eran ya gente viajada, políglotas, juancarlistas y demócratas de toda la vida. Un tío segundo de mi marido fue uno de los ponentes de la UCD que introdujo las enmiendas fuera de plazo en la Ley de Amnistía del 77, las que garantizaban impunidad de los crímenes del franquismo. Gonzalo me lo contaba con mucha guasa, admirado por esa capacidad adaptativa familiar. Durante un tiempo fantaseó con escribir una novela sobre su familia.

—¿Quería ser escritor? —pregunta Diego.

—No, no, él estudió Económicas en Madrid y luego Finanzas en Londres, siempre se dedicó a eso. Banca, fondos de inversión. Tenía su puntito de *playboy,* Gonzalo siempre fue el niño mal de una familia bien. Pero también era, es, un hombre culto y sabía que su familia tenía una historia interesante. Hasta tenía el título. *Nudos de sangre.*

—Por su familia, claro.

—Sí, decía que lo único que unió para siempre a los diversos franquistas, que los anudó para siempre, fue la sangre derramada, la sangre de los otros. Aparte, bromeaba, él sabía mucho de nudos por la vela. Gonzalo es un poco cínico, sí, pero ningún imbécil.

—Pues creo que tenía razón. El régimen siempre tuvo claro que extender y facilitar la corrupción a mucha gente era una manera de asegurarse lealtades y complicidades, la adhesión de los beneficiarios y de sus familias. En un país con una división tajante entre amigos y enemigos, el régimen supo dar a los suyos lo que robó a los otros. Ese sentirse dueños del país como de un cortijo de la derecha y el clientelismo del PP viene de ahí.

—¿Y escribió la novela?

—No. Fue lo bastante inteligente para no hacerlo, para no escribir sobre ellos, exponerlos y enfrentarlos.

—¿Y tú qué tal con ellos, con la familia?

—A mí siempre me miraron como a una rara, como a una progre del Colegio Estilo. Pero como era guapa y tenía buenos modales en

la mesa, les pareció que no desentonaba tanto junto a su hijo. La verdad es que nunca nos llevamos demasiado.

—¿Y los tuyos?

—Nací en una familia bien, no ricos, pero con posibles, como se decía antes. Mi familia paterna tenía una larga tradición de funcionarios de carrera. Los gobiernos cambiaban, ellos no; la administración del Estado no. Su fidelidad era al servicio del Estado, no a su forma política de cada momento. Tras la Guerra Civil pasaron unos años de exilio interior, de perfil bajo, seguros de que eran imprescindibles y de que los llamarían de vuelta a la administración.

—Esa mentalidad funcionarial es peligrosa, es la que permitió a los nazis poner a toda la administración alemana al servicio de la Solución Final. Los nazis militantes no lo habrían conseguido por sí solos. La fidelidad al funcionamiento de las cosas, sea cual sea el designio político al que sirven. Más repugnancia al caos que a la injusticia. ¡Origen de grandes atrocidades en la historia!

—Ya. En cualquier caso, mis abuelos fueron burgueses, liberales moderados, sobre todo cultos. Y sus hijos, mi padre y mis tíos, heredaron esos gustos, los contactos, la disciplina para opositar y el oficio. En la posguerra mi padre escuchaba la BBC y leía periódicos ingleses en el Instituto Británico. Siempre fue muy anglófilo, muy dandi. Estudió Derecho y Económicas en la antigua Universidad Central, en San Bernardo. Allí conoció a mi madre, que estudiaba Filosofía y Letras. Eran modernos para la época y el ambiente de la España en la que se casaron. En especial mi madre, que siempre tuvo alma de artista frustrada. Pintaba acuarelas muy bonitas, escribía poemas, tenía inquietudes y un hombre al lado que la animaba a desarrollarlas. En mi casa se leían las publicaciones prohibidas, cosas del exilio que circulaban de manera clandestina. Con el pretexto de una escapada romántica a París, mis padres se fueron derechitos al número 6 de la Rue de Latran, en el Barrio Latino, a la librería de Ruedo Ibérico. Se trajeron también cosas de Siglo XXI, Grijalbo… Libros de ciencias sociales, historia, filosofía… Siempre me dijeron que se les había metido dentro la necesidad de

la libertad y que sintieron la obligación de transmitírmela. Pude estudiar en el Colegio Estilo, el que fundó Josefina Aldecoa. Ya sabes, educación laica, creativa. Aquel chalé del Viso era un oasis. Me dio mucha pena cuando cerraron el colegio en el 2019. En fin, pude viajar, aprender idiomas, hacer ballet y estudiar piano. Me pagaron un piso mientras lo necesité, así que no tuve que andar con la lengua fuera para comer o pagar un alquiler. Tuve libertad, tiempo para mí. Probé muchas cosas. Fui a la universidad y estudié Historia del Arte. Tuve un Mini. No soy mejor ni más lista que la mayoría de la gente, pero nací con ventajas. Heredé. Lo he sabido siempre y nunca me he sentido culpable por ello. No hay un pasatiempo más estéril que la culpa. ¿Más vino?

—Sí, gracias. —Mientras me sirve, miro a Lucía con una mezcla de admiración y envidia. Admiro la fortaleza de quien nunca ha pasado estrecheces materiales que le metieran el miedo dentro. De a quien nunca quebró la precariedad, la angustia. Envidio su seguridad desenvuelta, propia de quien nunca se sintió menos que nadie ni agachó la cabeza para sobrevivir. La miro y la encuentro guapa—. Y siendo tan modernos ¿cómo se tomaron que te casaras con alguien de una familia tan franquista?

—Respetaron mi elección.

—¿Así sin más?

—Mira, mi familia no tuvo lazos importantes con el régimen, quiero decir que no pertenecían a Falange ni cosas así. Aunque no me engaño. Nadie pudo prosperar en la España de Franco sin apoyarle o colaborar con él en algún momento. Con el tiempo supe que mi padre, desde la administración, trabajó y mucho para las empresas de los oligarcas franquistas.

—Los hijos y nietos de los perdedores no tuvieron oportunidades. Ni con Franco ni después. Por eso soñaron con otra España.

—Yo las tuve. ¿Y tú, Diego?

—No es una historia tan interesante. A un abuelo tapicero lo mató una bomba en la calle Barquillo. Poca cosa más. Ni siquiera puedo blasonar de luchadores clandestinos, presos o torturados entre los

míos. Supongo que, con España convertida en una enorme cárcel, fueron de los que para sobrevivir eligieron callar y no meterse en líos. Prefiero que me cuentes de ti. ¿Estoy siendo indiscreto?

—Sí, pero no me importa.

Lucía bebe. Agradezco que no insista en mi familia. Escuchándola me doy cuenta de que vengo de un linaje de perdedores, de ausencias, de mucho hombre muerto, mucha mujer viuda, de mucho niño huérfano. Como más de medio país, heredé las derrotas de una sangre que tiró adelante como pudo, atesorando los pocos momentos de felicidad para convencerse de que, pese a todo, la vida al otro lado de los escaparates que ya no se atrevían a romper de una pedrada también merecía la pena. De los que, aplastados por la represión, se rindieron por miedo y apatía. Gente asustada, o conforme, y egoísta, desmovilizada y solo preocupada por los plazos del 600 y una tele cada vez más grande. Gente que aceptó olvidarse de lo que fueron y soñaron. Supongo que la inmensa mayoría fue así. Los héroes son por definición excepcionales.

—¿Qué quieres saber, Diego?

La miro, sonrío con suavidad.

—Háblame de tu matrimonio.

Lucía frunce los labios y luego dibuja una mueca burlona.

—¿Qué quieres saber de mi matrimonio?

—Lo que me quieras contar. Cómo te enamoraste, por ejemplo.

—Mira, yo me casé muy enamorada de Gonzalo. De un hombre muy guapo, muy divertido, viajado, moderno para la época, lo bastante para que mis padres no lo vieran como un facha redomado pese a su familia y lo aceptaran.

—Y forrado, ¿no?

—Y sí, con dinero.

—O sea, un pijo guaperas y canallita. Detecto un sesgo de clase evidente, señorita Guevara. Una base material en sus afectos.

—No lo niego. Mismo ecosistema. Yo no sentí que estuviera sacrificando nada al mito del amor romántico, creía en él. Entonces sí. Me casé muy enamorada. Y lo de facha o no… En mi juventud ya

no era como en tiempos de mis padres, no sentí la tensión política, las reuniones clandestinas. Ya no había libros prohibidos. Lo que había era mucho hedonismo, la Movida, drogas.

—La realidad era mucho más dura para la mayoría. La Movida fue una burbuja de los pijos.

—No lo niego. ¡No hay más que ver las cosas que dicen los que quedan vivos! Menos Almodóvar, todos han acabado fachas. Yo disfruté los últimos coletazos de la Movida. Mucho. Pero al final, fuera de lacas y crestas que duraron lo que duraron, también cambié el Rock-Ola y La Vía Láctea, el Rastro y la Moriarty por el cielo de Pachá, Archy y Oh! Madrid. Yo estaba monísima de modernilla o de pija, la verdad. ¡Vamos, que ya me lo había pasado pipa! Y, en el fondo, de las chicas de mi clase se esperaba que nos casásemos con un buen partido. Gonzalo lo era.

—A mí ni me hubieras mirado.

—No creo, porque no me gustaban los niños pequeños.

—Ya.

—¿Sigo?

—Por favor. ¡Qué material me estás regalando!

—Gonzalo… ¡Al principio hablamos tanto, teníamos tanto que decirnos! Al final solo le gustaba escucharse. Me di cuenta de que ya no le quería cuando sentí que amaba sus brillos, sus virtudes, pero no soportaba sus defectos, su dureza, la incapacidad para la ternura. ¡Es muy jodido estar atrapada en los sueños de otra persona! Condenada a decepcionarle. Nunca le interesó mi realidad, sino mi encaje, como pieza más o menos importante, en la construcción de su vida soñada. ¡Jamás llegaré a ser una mujer ideal, jamás, porque no soy idea, soy carne mortal! Eso le dije alguna vez, pero ni caso. Así que descubrí la libertad de dejar de intentarlo. De ser yo, para mí. De gozar dejando de intentar complacer o excitar gustos ajenos. Dejar de verme con sus ojos.

—¿Los de Gonzalo?

—Sí. Yo fui la Nora que se descubrió casada con un extraño, con un Torvald. Él. Todos los «él». Decidí dejar de someter mi vida a la

de un hombre. Dejar de acompañar y llevar la intendencia para que él, ellos, vosotros seáis libres, creativos, ajenos a la esclavitud de lo cotidiano. ¿A ti quién te lleva el día a día para que te dediques a escribir?

—¿Cómo?

—Sí, ¿quién es tu Nora? Por ejemplo, Nabokov no sabía hacer nada, ni cerrar un paraguas o comprar y pegar los sellos correctos en las cartas. Todo eso lo hacía Vera, su mujer. Vuestra independencia exige chachas. Y me dije que no, que yo no. ¡Coño! ¿Tan difícil os resulta ser compañeros, la igualdad?

—¡Soy culpable! Creo… ¡Me rindo! ¿Más vino?

—Humm, no sé… Bueno, sí. La verdad es que tú me pareces un hombre bastante decente. ¿Lo eres?

—A mi edad, soy un hombre todavía en deconstrucción. Supongo que eso, entenderlo, me convierte en un tipo bastante decente, viendo lo que hay por ahí. Y nunca he tenido chacha —Lucía me mira escéptica—. No, en mi caso no hubo Nora, te lo puedo asegurar.

Los dos sonreímos y, tácitamente, callamos lo que pensamos. Supongo que ella no me cree. Y yo sé que su libertad nace del privilegio, que nada de lo que cuenta tiene que ver con la vida de una mujer trabajadora, racializada, precarizada. Pero para qué andar jodiendo con esas cosas en un entorno tan agradable y civilizado, ¿no? No hace un calor tropical y el vino está bueno. El valor social de la hipocresía está infravalorado.

—Vamos, Diego, *quid pro quo.* ¿Cómo se llama?

—¿Te contó algo Paola?

—No, mi amiga es superdiscreta en lo que concierne a las vidas ajenas y, en especial, las de sus autores.

—Ya. Sonia.

—¿Seguís juntos, Sonia y tú?

—No.

—¿Divorcio?

—No, nunca nos casamos.

—¿Entonces…?

—Se fue. Hace más de dos años.

—¿La amabas?

—Sí. Sin duda. Como se ama después de dieciséis años juntos.

—Ya. ¿Y entonces estabas tan seguro como ahora?

—Sí. No fui yo el que dejó de amar.

—¿Y no notaste nada?

—¡Claro que sí! Cada vez más excusas y menos cama. Cada vez más silencios. O solo conversaciones sobre cuestiones de intendencia doméstica. Y cuando al fin hablábamos de nosotros, era casi peor.

—¿Discutíais?

—No, no… Alguna vez, claro, pero nunca fuimos de discutir, de gritarnos. Eran más conversaciones circulares, monólogos paralelos. Acabábamos exhaustos, callados y tristes. Y empecé a verla mirar sin ver.

—¿A ti?

—No. Miraba sin ver cuando se asomaba a una ventana. O sentada en el sofá, dejando lo que leía sobre el regazo. Al principio la sorprendí así pocas veces, pero estas situaciones se fueron haciendo cada vez más frecuentes. Miraba sin ver la tele, la calle, el techo, una pared. Unos segundos, luego salía del trance y seguía con lo que estuviera haciendo. Nunca supe qué miraba.

—¿No, Diego? ¿De verdad que no?

—De verdad.

—¿Sabes qué veía cuando miraba así?

—No. ¿Tú sí?

—Sí, yo sí. Nos pasa a todas las mujeres en algún momento.

—¿Y qué veía?

—Otras vidas, Diego. Otras vidas posibles, vidas sin ti.

La sencillez rotunda de la imagen me deja mudo. Podría decirle a Lucía que eso nos pasa a todos, a los hombres también, no solo a las mujeres. Pero estoy disfrutando del tono de la conversación, del tacto con que se interesa por mí. Sus palabras y su voz son suaves,

cálidas, así que decido no contradecirla y arriesgarme a que la charla tome un matiz menos terapéutico. Callo y los sonidos del campo nos envuelven.

Lucía entiende el silencio y lo refuerza apartando la mirada, volviéndola hacia la noche y las estrellas. Bebe el último sorbo que quedaba en su copa, suspira y la deja en la mesa baja.

—¿Te sirvo un poco más? —pregunto.

—No, gracias. Pero tú bebe lo que quieras. Hace una noche estupenda.

Me sirvo. Muevo un poco el vino en la copa y bebo.

—Sí, estupenda. Hasta corre un poco de aire. Y este vino es fabuloso.

Otra vez silencio, el cri cri cri de los grillos y el zumbido de las chicharras en los árboles. De pronto, un chillido seco, desgarrador, de algún animal que no soy capaz de identificar.

—Eso es una lechuza —me dice Lucía, divertida. Debo haberme sobresaltado.

—¡Ah! Pensé que hacían «uuuh, uuuh». Algo así.

—No. Eso lo hacen los cárabos, una especie de búhos pequeños. Las lechuzas aúllan como fantasmas.

—Vaya, no tenía ni idea. —La miro y pienso que su descripción de los ruidos de la lechuza es romántica, propia del cuento gótico que busco desde que llegué. Y eso me gusta, pero algo me dice que debo ahorrarme el halago, que está de más.

Otra vez el silencio de los dos, desmentido por el ruido incesante de la vida. Me siento muy a gusto, sin la presión de tener que decir algo y pretender ser brillante.

—¿Sabes qué, Diego? Ponme un poco más de vino.

—¡Claro!

Lucía calla mientras le sirvo. Luego toma la copa, da un sorbo y me sonríe.

—Casi nunca sabes cuándo empiezas a dejar de amar, el momento preciso. Suele ser algo que se compone de muchos pocos, de cosas que te negaste a ver hasta que un día te estallan en la

cara. A mí la revelación me llegó una noche, cenando en Jockey con unos amigos de Gonzalo y sus mujeres. Yo los conocía a todos, por supuesto no era la primera vez que nos juntábamos. Nos sentamos, la charla era agradable, normal. Ellos eran todos muy amigos, se conocían desde jóvenes, nosotras carecíamos de su nivel de intimidad y eso, por supuesto, nos convertía en espectadoras amables de sus batallitas. Nos dieron las cartas y el camarero empezó a anotar lo que pedíamos. Apareció el sumiller y le dio la carta de vinos a Gonzalo, que se la pasó con exagerados aspavientos a Germán, uno de sus amigos.

—Toma, toma. Pídelo tú, que vas de *connaisseur.*

—Me gusta el vino. Pero vamos, que no hay misterio. Cuanto más caros, mejores. Y por supuesto, tenemos que catarlo siempre nosotros, nunca ellas, no vaya a ser que no les guste lo que no entienden.

Gonzalo y sus amigos celebraron con risas la grosería de Germán, esa agresión gratuita. Luego contó un chiste, un juego de palabras, que «al mal tiempo, buenas y caras», refiriéndose a ir de putas. Los hombres se rieron, claro, incluido Gonzalo. Pero lo que peor me sentó fue ver a sus mujeres reírse también. Ya sé que eran otros tiempos, pero sentí un malestar profundo. Que no quería pertenecer a ese mundo.

—Machirulada y época aparte, siempre ha habido gente que encuentra divertida la mala educación. Ahora está de moda otra vez.

Lucía me mira algo perpleja y me arrepiento al instante de haberla interrumpido con semejante estupidez pretendidamente ingeniosa. Ruego en silencio que reanude su relato.

—Sí… Gonzalo me notó rara toda la noche y al llegar a casa discutimos. Lo que más me dolió es que no parecía entender qué me había ofendido. «¡A las otras no les ha molestado!», me repetía una y otra vez. Luego soltó la frase fatídica.

—¿Cuál?

—«Todo lo hago por ti, vivo para ti. No hagas que me arrepienta».

—Eso lo dicen por igual hombres y mujeres, ¿no? Quiero decir que…

—Sí, pero es muy distinto. Cuando lo dice un hombre suena raro. Yo me sentía incómoda cuando Gonzalo me lo decía. Pero cuando lo dice una mujer, bueno, es lo que todo el mundo espera que digamos. Que seamos buenas hijas, esposas y madres.

—Puede ser, nunca lo había visto así.

—Eres un hombre.

—Sí. Y un hijo. Y a veces, ese «todo lo he hecho por ti» de una madre se vuelve una deuda impagable, una acusación insoportable. Un legado de tristeza. Hay que tener cuidado con que esos amores abnegados no se vuelvan una maldición.

—¿Tu madre…?

—Sí.

—Yo una vez, con ella ya crecida, estuve a punto de soltárselo a Ana, a mi hija. Se me quedó en los dientes. En cualquier caso, volviendo a mi ex, ese fue el principio del fin para Gonzalo y para mí —Lucía bebe un poco más y de pronto me mira y se ríe—: ¡Ahí empecé yo a mirar sin ver!

—Sabes narrar, Lucía.

—Gracias, Diego.

Silencio mullido, que arropa. Bebemos.

—¿Por qué nos casamos, Diego?

—¿Cómo?

—¿Qué por qué nos casamos o nos unimos a otra persona deseando que sea para siempre? Tú eres escritor, habrás pensado sobre esto, ¿no?

—¡Claro, es parte del único tema! Todas las novelas hablan de amor, a una persona o a la humanidad. O de su reverso cruel, malvado: la falta de amor y los monstruos que eso crea.

—¿Entonces?

Suspiro.

—No sé. Es complicado. Pero creo que nos casamos o convivimos para tener un testigo de nuestra vida, para sentir que existimos para

alguien, al menos para otra persona. Por eso hay personas que no soportan estar solas, sin pareja, porque tienen miedo a desvanecerse, a desaparecer sin que nadie se dé cuenta.

—Es una explicación. ¿Sabes que la física cuántica sostiene que nada existe si no es observado por algo o alguien?

—Pues eso, Lucía, a veces nos emparejamos para sentir que existimos al menos para otra persona.

—Puede ser.

—Oye, Lucía, una curiosidad…

—Dime.

—Cuando dejaste de querer a Gonzalo, ¿descubriste, de pronto, algo en él que se te hiciera insoportable? ¿En su cara, por ejemplo?

—¿Cómo en su cara?

—Sí, cuando Anna Karenina deja de querer a su marido descubre que lo que más le molesta de él son sus orejas.

—¿Sí?

—Sí.

—No. Lo que dejó de gustarme fue verme a mí a su lado. Yo era esas orejas. ¿A ti te pasó con Sonia?

—No, el día que se fue me seguía pareciendo guapísima.

—Ya.

—¿Cuál fue la verdadera razón para divorciarte de tu marido?

—Nada muy original. Mi marido me fue infiel y le pillé. Le pedí el divorcio y Gonzalo sabía que yo tenía las de ganar. Podría haberle desplumado y no lo hice. Solo le pedí este cortijo y una pensión mientras nuestra hija fuera menor. Ana tenía ya dieciséis años. Él respiró aliviado. No es una mala persona, nunca lo fue.

—¡Qué razonable por tu parte! ¿No te dolieron sus infidelidades?

—Para cuando supe de sus aventuras, ya me había desenamorado de Gonzalo. No ayudó, pero no fue por eso. El deseo se fue deslizando hacia la desilusión por algo que me incomodó desde el principio, pero solo pude entender más tarde. Con más vida y más lecturas encima.

—¿Y qué fue?

—Pues algo que, por desgracia, os pasa a casi todos. Algo que os han inculcado y que os equivocáis al juzgarlo atractivo para nosotras.

—¿El qué? —insisto, ansioso por cualquier revelación que me ayude a entender a aquella mujer. Y a la que me dejó.

—La obligación de controlarlo todo, de ser fuertes y no mostrar debilidad. Os vuelve rígidos, intransigentes con vosotros mismos y con los demás, con nosotras. Gonzalo no era, no es, ningún estúpido y me amaba, eso lo sé. Así que cuando todo empezó a helarse entre nosotros lo hablamos, claro que lo hablamos.

—A veces esa buena disposición no basta, lo sé por experiencia.

—¡Pero hay que intentarlo! ¿Verdad?

—Sí. Cuando amas hay que intentarlo todo. Y no por miedo a perder, sino por generosidad, por respeto…

—Por amor. El caso es que yo le dije que cuando me gustaba más era en las ocasiones en que se mostraba abierto, vulnerable. Cuando compartía eso conmigo como con una igual. Cuando abandonaba la dureza, la superioridad impostada con la que andaba acorazado por la vida y me dejaba quererle.

—Entiendo. ¿Y él qué te decía?

—Eso. «Te entiendo. Pero yo soy así, así me conociste, así te enamoraste de mí». Como si el amor entre una pareja fuera una foto fija del momento en que se dieron el sí, se besaron por primera vez y adquirieron ese compromiso. Como si nada cambiara nunca.

—Sí, Lucía. Confundimos el conseguir algo, crearlo con otra persona, con conservarlo.

—¡Craso error! —se ríe la mujer—. Lo rígido no dura, se parte. Eso es algo que la mayoría de los hombres no llegáis a comprender nunca. No es culpa vuestra. Os educan para competir. Mira a tu alrededor. Esos montes, los olivos, las nubes… Las únicas líneas rectas y ángulos que verás son obra de los hombres.

—¿Solo de nosotros?

—Las mujeres pertenecemos a la suavidad, a lo ondulado. No sé si por naturaleza o por necesidad, para no rompernos. Lo curvo

resiste mejor.

—Interesante…

Me doy cuenta de que las mujeres, solo por el hecho de serlo, tienen un relato propio, una visión del mundo a la que adherirse. En cambio, nosotros, los hombres, los amos del mundo, nos sentimos confusos. Nos hemos quedado sin una narrativa decente. Las únicas que se manifiestan ahora son las de una masculinidad asustada, rencorosa y tóxica.

—Bueno, hora de retirarse. Lola se levanta pronto. Y tú tendrás que escribir.

—Así es. Gracias por los libros, por este rato de conversación y por las confidencias. Estoy muy sorprendido.

—¿Por qué?

—Por la intimidad que hemos creado en apenas un par de noches. No puede ser solo por el vino. No estamos borrachos, ¿verdad?

—Yo no. ¿Tú?

—¡Nooo! —Me fascina la relajación extrema de esta desconocida. Sí, estoy en su terreno; desde luego ella marca con elegancia los tiempos. Pero tiene que estar muy segura de sí misma para abrirse así conmigo. Hay afán de gustar. De interesar al otro. Mío seguro, pero también en ella. Y un punto de exhibicionismo en los dos, desde luego. Lucía… Tiene algo de abismo, algo que atrae al asomarse—. ¿Eres así de abierta con todos tus huéspedes? Por favor, halaga mi vanidad.

—No, claro que no charlo así con todos. Hay gente que es más interesante que otra, desde luego. Y tú eres interesante, Diego. Supongo que por eso tus libros también son interesantes. Además, estaba bien predispuesta. Aunque no eres el único que Paola me ha enviado, de ninguno me ha hablado mejor. Te quiere mucho. Te admira.

—Y yo a ella.

—Y a los dos nos gusta hablar, ¿no?

—Sí —admito con una sonrisa—, parece que sí.

Evito mencionar la palabra soledad. Presuponer la suya, admitir la mía. Lucía se pone en pie, toma las copas en una mano y la botella casi vacía en la otra.

—En serio, es un placer hablar contigo, lo haremos más. Yo necesito hablar, mucho más que otras cosas. Con la edad hay asuntos que se imponen a otros, que pierden peso. Hablaremos, siempre que tú quieras, no quiero entrometerme entre el autor y su obra.

—No lo haces, tranquila.

—¡Pues por hoy Scherezade termina con su cuento! ¡Hasta mañana!

—¡Buen símil, esperaré ansioso la siguiente historia! Hasta mañana, Lucía, que descanses.

La miro y me parece hermosa. Ella entra en la casa y yo camino hacia mi habitación. Sí, me impresiona la facilidad con que hablamos. Me doy cuenta de lo mucho que extrañaba conversar así con una mujer. E intuyo el peligro, el deseo eterno de rendirme al amor, de amar por la necesidad de sentir, o por el capricho de revolverme contra el vacío y la monotonía. Mientras ando sobre la gravilla crujiente del camino, recito en voz baja aquellos versos de Lope:

> … huir el rostro al claro desengaño,
> beber veneno por licor suave,
> olvidar el provecho, amar el daño;
> creer que un cielo en un infierno cabe,
> dar la vida y el alma a un desengaño:
> esto es amor: quien lo probó lo sabe.

¿Otra vez quiero envenenarme o disfrutar del infierno?

Me río de mi propia cursilada.

Oigo a un perro ladrar a lo lejos.

32

Está claro que Polonia me evita. No voy a molestar a Lucía con esto, pero pienso encarar a Polonia cuando la vea. Aprovecha cuando estoy en la ducha para dejar el desayuno y ayer no lo retiró hasta que me fui. Supongo que hoy hará lo mismo. Aún tengo un rato para trabajar. Me asomo a la ventana. Lucía se ocupa de su huerto *no dig*, de esa reproducción doméstica del caos ideal de la naturaleza. Zar está echado a su lado, mordisqueando algo que no veo. Más allá, Lola juega con Tina, dos cachorras con energía inagotable. La chica le tira una pelotita de goma y la galga corre y se la trae.

Me siento frente al ordenador. Abro «Sinopsis» y añado algo:

Sinopsis

Un escritor que no puede trabajar en su piso se va a una casa de campo regentada por una mujer madura, inteligente y atractiva. Estando allí conoce a la nieta de esta mujer, una adolescente, y entre los tres se establece una dinámica de atracción/repulsión que cuestiona lo más hondo de la masculinidad del novelista. El cierre de una fosa común de la Guerra Civil pondrá al escritor ante los fantasmas del pasado de España y la violencia eterna. Ante los huesos de todos los asesinados de Troya a Gaza. Pero también frente a la dignidad de quienes no se rinden y recuerdan.

Bien. Aquí hay algo. No creo en el destino, pero haber llegado a tiempo para asistir al cierre de esa fosa es una señal. No la puedo ignorar. Los milmillonarios tecnofeudalistas y el ecofascismo pueden esperar, por desgracia no van a desaparecer. Me pongo a hojear los

libros que me ha prestado Lucía. Es impactante lo que leo. Anoto cosas, datos.

Cuando por fin llega la hora de ir con Lola al pueblo, a ver a esa anciana hija de unos de los asesinados de la fosa, no he escrito mucho más, apenas apuntes, pero estoy contento. Reconozco la alegría que me produce encontrar una senda, un tema y los personajes para recorrerla. Al menos los principales. «Vulnere vulnera sano», con la herida curo las heridas, con la herida de la planta por donde mana la savia, metáfora perfecta de la escritura, del material que genera las historias y el objetivo de escribir: sanar, sanarse.

Sanarme.

Lola viene a buscarme. Vamos en mi coche. El pueblo, por el que no pasé a mi venida, está muy cerca. Algo más lejos que la fosa por carretera, pero en dirección contraria. ¿Pasaron los asesinos y las víctimas por el cortijo?

—Diego, gracias.

—¿Por?

—Por llevarme. Por venir conmigo. Seguro que me darás buenas ideas. Estoy un poco nerviosa. No conozco a esta mujer.

—Tú, tranquila. Si te ha dicho que vayas es porque quiere hablar. Déjala hacerlo. Tiene muchos años, ¿no?

—¡Noventa y seis!

—Pues entonces no te preocupes. Ha tenido toda una vida para pensar lo que te va a contar.

No llegamos a entrar en el pueblo. Lola me dice que la casa de Fina, según le han indicado, es una de las primeras desde la carretera. Solo llego a vislumbrar un caserío apretado pero no muy grande, de casas encaladas y, asomando tras ellas, el campanario de piedra de la iglesia. No muy alto y coronado de un nido de cigüeñas.

Pasamos junto a una especie de almacén, con un portón doble de metal, abollado, y la pintura verde comida por el óxido.

—No se ve a nadie.

—Es mediodía, hace mucho calor. La gente está en las casas. No esperes ver mucha. No la hay. Y eso que han venido bastantes por las fiestas. ¡Mira, es ahí! Ese niño estaba con Fina. Aparca aquí mismo.

Obedezco, nos bajamos del coche. Me doy cuenta ahora de que Lola no lleva nada aparte del móvil. Caminamos hacia la casa. Nos recibe, sentado en una silla de enea junto a la puerta de la calle, un niño serio de unos trece años.

—Hola, soy Esteban. Por aquí.

El niño cruza sin esperarnos una cortina de canutillos de plástico de colores. Le seguimos. Por un momento, viniendo del calor y la luz de fuera, siento que entramos en una cueva oscura y fresca, aunque los ojos se acostumbran rápidamente a la luz tenue que dejan pasar unas contraventanas entornadas. Estamos en un cuarto encalado, no muy grande, con una mesa camilla, unas sillas como la que tenía el niño fuera, una mesa baja con una tele plana y no de muchas pulgadas, quizás lo único moderno de la habitación, un aparador con platos, vasos y alguna figurita. En las paredes veo fotos antiguas enmarcadas.

—¡Hola, buenas! —saluda Lola.

—Hola, buenas tardes —añado con una leve inclinación de cabeza.

—Él es Diego, un amigo de mi abuela Lucía. Espero que no os importe que lo haya traído. Le interesa mucho escucharos. —Aplaudo la sagacidad de Lola al ocultar el pequeño detalle de que soy escritor. Hay gente a la que no le gusta contar sus confidencias a un escritor. Supongo que con razón—. Me ha traído en su coche.

—Hola, Diego, *bienvenio.* No, *no* importa, ¿*verdá, mare?* — La anciana niega y sonríe. La mujer, de unos sesenta años, se presenta—: Yo soy Rosa, la hija de Fina. ¿*Le* apetece *argo?* ¿Café?

—Nada, Rosa, gracias.

—Un poquito de agua está bien, gracias —contesta Lola.

—Esteban, trae agua y un plato con *una perrunilla* que he *dejao* en la cocina.

—Las perrunillas son un dulce típico, ya verás qué ricas, Diego —me explica Lola.

Una mujer de unos cuarenta años le acaricia el pelo al niño.

—Espera, hijo. Voy y te *ayuo.* Yo soy Tere, encantada.

—Encantado.

—Hola, Tere.

—Soy la nieta de Fina, y este *é* mi hijo, Esteban. Encantada.

Madre e hijo desaparecen por una puerta.

Lola se sienta enfrente de la anciana. En otra silla junto a Fina está Rosa, su hija, que se acercó a la pared y ahora sostiene en el regazo una foto enmarcada muy antigua, de un hombre y una mujer que me miran fijamente. El retrato es de hombros para arriba y está rodeado de un paspartú de cartón muy manchado. Tras el cristal, en la esquina superior derecha, hay un crespón negro. Él repeinado, con chaqueta, chaleco y una camisa sin cuello abotonada hasta arriba, ella con el pelo no muy largo, ligeramente ondulado, cara redonda y cuello largo que sobresale de algo que parece un vestido oscuro con una blonda blanca. Los dos sonríen. Se vistieron de domingo para la foto.

Llegan Tere y el niño con unos vasos, una jarra de agua y el plato con los dulces.

—Gracias —Lola se sirve un vaso y bebe un poco.

—Gracias, qué buena pinta tienen las…

—*Perrunilla.*

—Gracias, Tere. —Agarro lo que me parece una galleta redonda y gruesa, dorada, y la muerdo. Cruje y luego se desmenuza en la boca. Es dulce, pero tiene un aroma a manteca de cerdo y limón. Tengo la boca llena de migas y todos, incluidos Lola y el niño, me miran y parecen esperar a que trague para seguir hablando. Nada, las migas ahora son una pasta. Lola me pasa un vaso de agua y consigo tragarlo todo—: ¡Umm, qué buena! Sí, muy buena. ¿Perrunillas? Muy buenas.

Detrás de Fina y Rosa, en otra silla, se ha colocado Tere, abrazando a Esteban, que aferra una figurita que no veo bien en las

manos.

Lola pone en marcha la grabadora del móvil, al que ha tenido el buen gusto de quitar el estúpido angelito de plástico, y la sostiene entre su cara y la de ella. ¡Bien, Lola! No es torpe ni invasiva, aunque detecto un ligero temblor en su mano.

La anciana parece dudar.

—¿Hablo aquí?

—Sí, por favor —contesta Lola—. Y no se preocupe por hablar alto, que esto lo pilla todo. Hable normal. Le agradezco mucho que me cuente su historia, Fina.

—Dale *la gracia* a mi nieta, a mi Tere. Ella me animó.

Lola y la nieta se sonríen.

—Pues vamos a empezar, Fina. Si no entiende algo de lo que le pregunte, usted me lo dice —Lola habla despacio y bastante alto. De pronto veo en ella una madurez inesperada, una consciencia de lo que hace que me sorprende. La anciana asiente—. Muy bien, Fina, empezamos… ¿Me puede decir su nombre completo y su edad?

—Sí, Josefina Ruiz Santo. Tengo noventa y *sei año*.

—¿Qué recuerda de aquel verano del 36, cuando… —Lola duda, se detiene— cuando se llevaron a su familia y a los demás?

—Yo era muy chiquitina, tenía siete *año* cuando se llevaron a mi *pare*, mi *mare* y mi hermano, que tenía quince. Era un niño muy bueno. Aquí durante *mucho año*, *demasiado*, *lo perdedore* y gente que nunca se metió en nada *vivimo callao*, con un miedo *mu* grande, el que se agarra a la tripa y duele. Aquí la cosa no acababa cuando te mataban al *pare* o el *maríO. La* esposa y *lo hijo* heredaban *la pena y lo castigo* de *lo* que ya habían *matao. No acostamo* con miedo y no *levantamo iguá*. Queriendo ser *invisible*. Con la esperanza no de ir a *mejo*, sino de sobrevivir. Así día *tra* día. Mucha *murria.* A *lo nuestro lo* mataron *do vece.* La primera a *balazo,* la segunda asesinando su recuerdo, *acusándolo* de *cualquié* barbaridad. No *no* dejaron ni *llorá* el duelo. *Tuvimo* que convivir con *lo asesino.* Fíjate, niña, si había miedo que *mucho* solo *no atrevimo* a *incribí* como *muerto* a *nuestro desaparecio*, a *lo* que echaron a la fosa en el 36, en *lo* ochenta.

Sobre *to despué* de que *lo civile* y el alcalde acabaran con *la apertura* de la *fosa* del 79, cuando la gente agarró *pala y pico* y se puso a cavar sin *má*. Cincuenta *año* con miedo a pedir el *certificao* de defunción de *lo pare* por no señalarse. Y *hemo vivio*, ¡eh! *Mucho resistimo unió,* que aquí te daban *premio* por *delata* a *lo demá. Po* ser un buen español, decían. Pero *vivimo.* Aquí están mi hija y mi nieta *pa* probarlo. Eso sí, siempre sintiendo como que algo *no* tiraba *pa atrá*. Cincuenta *año vigilao* por el alcalde, el falangista, el señorito o el cura. *Sintiéndono vigilao* por *lo hijo* y luego *lo nieto* de los *verdugo*. Como esa hija de *Sataná* de Polonia.

Lola se echa hacia atrás, como si quisiera separarse de lo que oye. Me mira un instante con los ojos muy abiertos, niega y se vuelve hacia la anciana.

—Perdona, Fina, ¿qué tiene que ver Polonia? Ella ni había nacido cuando lo de la fosa, ¿no?

—Pero su *pare* sí. ¡El Bautista y su cuadrilla bien que se paseaban con la escopeta por el olivar, y no iban con perro!

—¿Cómo que con perro?

—Sí, niña, que no iban a cazar. Vigilaban la fosa. Ahora que ese ya lleva *mucho año condenao* en el infierno. Pero sí *hemo pasao* mucho *mieo*, mucho.

—Oiga, Fina, ¿y qué sintió al recibir los huesos de sus padres?

—¡Mucha alegría, niña, mucha alegría! *Toa la familia* de *lo muerto no alegramo* mucho. Se *no* pasó el susto.

—¿El susto?

—Sí, el *mieo*. *No dijimo uno* a *otro* que si nos habían devuelto *lo hueso* era que ya no *teníamo* que tener *mieo*.

—¿Miedo a quién, Fina?

—A *lo* de siempre.

Todos quedamos en silencio. Rosa, la hija de Fina, le acaricia el dorso de una mano seca, que parece un sarmiento.

—¡Pero al final, *to* se compuso! —sigue Fina, guiñando unos ojillos velados por cataratas, enmallados por arrugas profundas—. *No* devolvieron *lo hueso* y *lo pudimo* volver a enterrar, como

persona, en el cementerio. Yo tuve suerte, a *mi pare* y mi *mare lo* encontraron al inicio de la primera exhumación. *Lo puieron* identificar y me *lo* entregaron.

—¿A los dos? ¿Se llevaron a su madre también?

—Sí, niña. Me devolvieron a *lo do.* Hay gente que *toavía* tendrá que esperar *lo resto* de *lo suyo*, estaban *má hondo* y salieron ahora. El invierno *pasao,* cuando a *alguno no* dieron *lo resto* ya *identificao,* fue bonito. Hasta *hicimo* una *comia, lo poco* que *quedábamo vivo*, y *cantamo* aquí en el pueblo. Y ahora *podemo visitarlo*. Y *vamo* de día, no como Polonia y *lo otro*, que van sin luz.

Nos quedamos todos en silencio. Lola mira con ternura a la anciana y veo algo terriblemente hermoso en cómo lo hace, en el cariño, en el respeto.

—Esteban, enséñale a Lola el caballito —le dice Fina al niño, y este le muestra a Lola una figurita de madera tallada, pequeña y gastada, de algo que me parece un caballo —. Este caballito lo talló mi *pare*. Me hacía *animalito* de madera para explicarme cómo eran y para jugar. Un torito, un gorrino, un perro… Este nunca llegó a dármelo. Lo llevaba en la chaqueta cuando lo mataron, así que no lo tuve hasta el año *pasao*.

—¡Qué horror! —me gusta ver que Lola no pretende mantener una distancia, digamos, profesional con su entrevistada, un tono neutro para el que necesitaría más edad y más derrotas—. ¿Y cómo fue la represión en el caso concreto de las mujeres, Fina?

—*Pa la mujere é* siempre peor. *Lo franquista* venían con mucho odio porque *la mujere* se habían revuelto mucho con la República y se lo hicieron *pagá. «¡Pa* que *sepai* cuál *é* vuestro sitio, *roja* de mierda!», eso gritaban *despué* de *violarla,* de *matarla.* A mi *mare* y a *otra má la* mataron por *estudíá,* por *aprendé* a leer, a *echá cuenta* y a escribir *pa* que *lo patrone* y el cura no *la* engañasen. Y a *mucha* que no mataron, *la* pegaban y *la* raparon *la cabeza* con *la trasquiladera,* que se te rompía el alma de *mirarla. Le* daban aceite de ricino a *la pobre, pa* que se cagaran encima *mientra la* hacían caminar por el pueblo. Andaban *seguida* por *uno poco* de *falangista*,

que *la* insultaban, se burlaban y *la* pegaban *patada*. Uno tocaba un tambor para avisar y que la gente saliera a *verla*. *La pobre* lloraban y ¡ay! de *lo hombre* que bajaran la *mirá*. A *eso le* pegaban *bofetaa* muy *fuerte* y *lo* llamaban *maricone*. Daba mucho dolor *verla.*

—*Mare,* cuente *tambié* lo del caserón del *Rebollá* —le pide a Fina su hija Rosa, apretándole la mano. La vieja la mira y asiente.

—En *mucho año despué,* hasta el *cuarentasei,* bien a*cabá* la guerra, tuvieron a *varía muchacha* de *lo pueblo encerrá* en el caserón que había en la dehesa del *Rebollá.*

—¿Esa dehesa y el caserón eran de Las Encinas Azules? —Hay sorpresa y temor en la voz de Lola.

—¿De qué? —Fina no parece reconocer ese nombre.

—Del cortijo del general, *mare* — le aclara Rosa, que luego se vuelve a Lola—: No, pero estaba muy cerca.

—Ya. ¿Y qué pasaba allí con las muchachas de los pueblos, Fina?

—*La* tenían allí *pa violarla, pa* diversión de *falangista* y *señorito* que venían hasta de *Badajó. Chiquita mu jóvene,* la mayoría con *familare preso* y *toa* con mucha hambre. Aquí se pasó mucha hambre *tra* la guerra. Se comía poco y mal, hubo mucha pelagra. A *la madre* se *le* secaron *lo pecho* y se morían *lo chiquillo* a *puñao… La muchacha* desaparecían luego. Y a *la* que preñaban, *la monja le* quitaban *lo bebé* y se *lo* daban a *familia franquista.*

Fina se detiene, su respiración leve se hace más dificultosa, como si recordar le removiera gritos en los pulmones. Todos callamos. Tere, la nieta, llora también en silencio. Rosa, la hija de Fina, aprieta la mano de su madre.

—En el pueblo —continúa la anciana—, con *lo año*, *mucho* se fueron *olviando* de *lo asesinao*. *Alguna familia* emparentaron, casaron *hijo*. No *mucha*, pero *alguna*. *La* que no estaban *señalá* como *roja*, que *esa quearon apestada* para *lo resto*. A *otro*, como *lo nuestro*, solo *le queó* aguantar *salvajá* en silencio, *vergüenza* y mucha hambre, que donde no hay justicia no hay pan. La tierra volvió a *lo señorito* y *la poca tienda* del pueblo, el estanco y la taberna se *la* dieron como premio a *lo delatore* y a *familiare* de

falangista. *Alguno* envidiaron a *lo muerto* durante *año*. Un balazo dura lo que dura, pero *lo retortijone* del *mieo* y la hambre de *lo hijo*… Callar y *deslomarno,* eso es *to* lo que *no* dejaron. *Mucho* no *no rompimo* pero *otro* emigraron a Madrid, a Cataluña o al extranjero. Dejaron aquí *lo muerto*, ¡bastante tenían con cargar con su miseria! Casi *naie* volvió, ni para *la fiesta*. *Lo* que se fueron y han vuelto son *lo hijo* y *lo nieto* de *lo* que vencieron.

Lola me mira, preguntándome si quiero decir algo. Niego con la cabeza. Solo quiero mirar a esta anciana, aprenderme sus arrugas, su voz que no tiembla, su negativa a olvidar el crimen que sufrió de niña y los que vinieron después. Me pregunto si los hombres tenemos este coraje testarudo de las mujeres, su capacidad de resistencia. Supongo que sí, claro, que algunos sí. Pero ellas parecen capaces de soportarlo todo, de guardar cualquier memoria por mucho que duela, de perseverar como quienes saben algo que nosotros ignoramos. De tejer entre todas, a lo largo del tiempo y desde lo cotidiano, el tapiz de nuestra historia. No uno de gestas, santos o batallas, de reyes o nobles. Uno de miles de pequeños hilos, que ellas trenzan de generación en generación para impedir que se olvide un secreto antiguo y terrible.

—Bueno, Fina, guapa, no te quiero cansar más —Lola apaga la grabadora de su móvil. Habla con la voz entrecortada, pero me sorprende la entereza—. Gracias, Fina. Gracias a todas.

—Niña, no me *ha preguntao* lo *má* importante.

—¿El qué, Fina?

—El nombre de *mi pare*. Mi *pare* tenía nombre. Esteban Ruiz Morón. Mi *mare*, Eulogia Santo García. *Apúntalo* bien, que no se te *olvie*. *To nuestro muerto* tenían nombre.

No quedaba mucho más que oír o decir. Nos despedimos y volvimos al coche, hablando lo mínimo. Siento aún un nudo en la garganta. No creo que Lola tenga la información, los datos y la biografía para hacerlo, pero yo sí tengo vida para imaginar con detalle las atrocidades que esa mujer nos ha contado.

Cuando ya estamos en la carretera, Lola suspira.

—¡Uf, qué fuerte! ¿No?

—Mucho, Lola, mucho. Gracias por traerme contigo.

—¡Qué mujer más fuerte! Bueno, todas, ¿no?

—Sí, la vida se nos ha mostrado abierta en canal en esa casa. La historia de esta mujer resume lo peor y lo mejor de la humanidad. Tienes bastante material para tu trabajo, ¿verdad?

—Sí. ¿Me ayudarás a redactarlo?

—No me necesitas. Simplemente transcribe lo que Fina te ha contado tal cual lo ha hecho. Sí quieres, yo te lo reviso luego. Pero está todo ahí, en tu móvil. Ha sido impresionante.

—Sí.

Lola mira el campo por su ventanilla. Supongo que está procesando lo que ha oído, digiriendo una dolorosa epifanía. Parte de la geografía amable de su corta vida fue también el escenario de atrocidades e injusticias. Un lugar de violencia, miedo y silencio. Y han acusado a Polonia de ser, de alguna manera, partícipe en el drama. Ha empezado a poner caras, reconocibles, cercanas, a ideas como víctima y culpable. Hoy, ante esta chica, se han levantado muros y cerrojos que no imaginaba. Siento pena por ella, pero también el mezquino consuelo y la curiosidad del preso que recibe a un nuevo condenado en la cárcel. Fina…, pobre mujer, pobres familias. Me imagino las vidas asustadas de estas gentes. Los susurros en las sombras por generaciones, con el miedo en los huesos, pestilente, profundo, al cotilleo letal de los otros, de los vencedores. Herederos todos de los laberintos de la sangre derramada, la propia y la ajena. Se acabó el franquismo y siguieron ignorados, acallados e invisibles, recordatorios incómodos y feos de la mentirosa reconciliación que traía la modernidad. ¡Naranjitos, Cobis y Curros, lentejuelas, cardados y hombreras, cocaína, pastillas, bakalao y pelotazos a espuertas! Cualquier cosa para tapar a estas figuras tristes y testarudas, no sea que estropearan la postal.

Y miro de reojo a Lola. Me pregunto qué puede entender ella de esta arqueología de la desconfianza, que hasta a mí me resulta lejana.

Encerrados en nuestros pensamientos, ni queremos ni tenemos tiempo de hablar mucho más antes de llegar a Las Encinas Azules.

33

De vuelta en mi cuarto dejo la puerta abierta, saco una silla fuera, el cenicero, y fumo. No veo a nadie. Lucía no está en su huerto. Los perros tampoco están a la vista. De la cocina llegan ruidos; debe ser Polonia preparando la comida. Sigo conmocionado por lo que ha contado esa anciana. Después de oír a Fina, pienso que, en la vida como en la novela, existe la necesidad de los otros. Tras unos días en el cortijo, de escuchar a Lucía, a Lola, a Polonia, de saber de la fosa y ver su ubicación, percibo el dolor de unos y el odio antiguo de otros. Luego de leer sobre las atrocidades fascistas del 36, siento la obligación de escribir el libro que he llevado toda la vida dentro, el que se empezó a gestar en mí en la oscuridad de mi infancia, el que exige siempre la anomalía criminal de este país. ¿Me engañé como autor todo este tiempo? Quizás no, y simplemente no estaba listo, no había vivido, leído ni visto suficiente. No era el momento.

Caigo en que desde que estoy aquí no he vuelto a tener visiones, a revivir con la imaginación la época de la Guerra Civil. Han bastado unos días de trato continuado con otros seres humanos para acabar con el ensimismamiento y los espejismos. Para enfocar. Mi imaginación ha mordido un hueso, tiene un propósito. Interesante. Pero para explicarme mejor, para entenderme, debo poner toda mi atención, toda mi imaginación en los demás, en el otro, en los otros. Porque en la vida, como en las buenas narrativas, ya sean obras teatrales, películas o novelas, es la reacción al reto de los demás, a convivir con los otros, lo que mejor define a personas y personajes. La acción que surge de lo que se opone a la necesidad, real o no, que tengamos. Eso es el motor del drama y de la vida, y eso brota

del dónde, el cuándo y el quiénes. Nos creamos a través de los otros. Por eso me preocupa, al pensarme, mi cada vez más profunda soledad, mi inexorable aislamiento. La falta de otros que me expliquen.

Uno es demasiado poca cosa para hacer la vida interesante. Son los otros, las otras, las pasiones, alegrías y retos que nos plantean, los que hacen que todo sea distinto, dotado de un significado. Vivo en un ensimismamiento pueril, como si todo lo que existe estuviera ahí puesto en función de mis deseos y temores. Y eso no es interesante ni para vivir ni para escribir, que es mi forma de estar en el mundo.

Veo a Polonia acercarse con la bandeja de la comida, con Zar caminando a su lado. Me levanto, la saludo, y ella apenas me devuelve un gesto con la cabeza y un «gracias» cuando abro del todo la puerta para que pase. Me vuelvo a sentar en la silla de fuera y acaricio a Zar mientras miro a la mujer dejar la comida sobre la mesa.

«Nunca fue feliz. Polonia —me digo—, nunca fue feliz».

Y nunca fue feliz, porque se es o no se es, y a ella le tocó no serlo.

Entro y me coloco a su lado. No me mira.

—¿Polonia, eres feliz?

La mujer se vuelve hacia mí como si la acabara de escupir a la cara, como si la insultara.

—¿Cómo feliz, señorito Diego?

—Mujer, no me llames señorito. Diego vale.

Polonia asiente, pero no consigo que diga mi nombre. No encuentro ahora maldad en su cara, solo recelo.

—¿Has sido feliz en tu vida? ¿Lo eres? Perdona la curiosidad, pero ya sabes que soy escritor.

Calla, duda. Mira a ambos lados, pienso que quizás busca a quien la saque de esta charla que no entiende ni le gusta. Tampoco sé cómo reaccionaría yo si un desconocido —a efectos prácticos lo soy— me preguntara si soy feliz. Seguramente lo mandaría al carajo.

—Yo fui muy feliz de niña, señorit… —calla un momento, duda—. Yo vivo con poco y en esta casa siempre me lo dieron.

«Sí, Polonia, vives con poco. Te basta con saber que a otros les va peor, ¿no?». Lo he pensado, no lo he dicho y, sin embargo, siento que Polonia me ha oído o leído la mente, y que no le ha gustado. Aprieta las mandíbulas y entorna ligeramente los ojos. Se va sin despedirse, con tanta prisa que tropieza con Zar y le pega un grito. El perro la sigue con el rabo entre las piernas y las orejas gachas.

Cuando llegué, Polonia me pareció la encarnación del mejor sentido común del pueblo, esa mujer sólida, eterna, nacida de la tierra, que no es más que una romantización aún mayor de lo rural por urbanitas que nunca hemos pisado el campo o un pueblo, o que, si lo hacemos, es de vacaciones, como parte de un safari a una Arcadia neopastoril inexistente salvo en nuestras cabezas. «¡Que el trabajo de estas gentes no les permite andar cantando por las noches!». Algo así le decía Sancho al Quijote riéndose de sus idealizaciones pastoriles. Ahora, en cambio, viendo a esta mujer, su grosera frialdad, contemplo un mal antiguo. Un hilo amargo que se trenzó hace siglos con hebras de fanatismo, miedo, hambre, servilismo e ignorancia. Pienso que, si la observo con atención, poco a poco asomarán la crueldad y los fantasmas de este país. Otra vez el ideal no aguanta el roce con la realidad. Sí, en el pueblo hay una fosa, una historia terrible de represión y gente que lucha por la memoria y la justicia, hijos y nietos de las víctimas. Pero, por supuesto, hay otra mitad, callada y desconfiada, rencorosa por la victoria que creen que les hurtó la democracia, portadores de la sangre negra: los hijos y nietos de los verdugos. Polonia es una de esa otra mitad. Quiero estar presente cuando Lola le pregunte. Espero que no se niegue a hablar, a que la grabe.

Viendo a esta mujer seca, dolida y por ello siempre a la defensiva, no puedo evitar pensar en los estragos del egoísmo, de la soledad que implica el interés egoísta. Esta mujer no está jodida por pobre y reventada a trabajar —que también—, o no solo por eso. Está así por estar sola, por ver en cualquiera un enemigo, un posible juez de

culpas, violencias y sangres antiguas, heredadas. Jodida porque nunca vivió para ella, sino para cuidar a otros y mantener lealtades a secretos y crímenes ajenos. Polonia, indiferente a todo lo que no sean sus intereses y los de los suyos, carece de los apoyos de otros en su mismo estado, y es incapaz de entender que la solidaridad va siempre en las dos direcciones, que recibes en función de lo que das, que la bondad es siempre un buen negocio, una inversión rentable en la propia felicidad. Siento un escalofrío. Sé la teoría, pero me pregunto si yo invierto lo bastante. Me percibo lejos de la bondad tolstoiana porque, sin duda, desprecio a esta mujer y a su sangre oscura y espesa, porque no encaja en mi ideal humano. Por su mala educación.

¿Pero quién coño soy yo para juzgar a nadie? ¿Quién me creo que soy para despreciar a esa mujer? ¿Acaso no merece mi compasión? ¿Soy yo el príncipe Mishkin, un idiota bondadoso, compasivo, pero ineficaz frente a la maldad y la pasión ajena? No, no lo creo. Aunque desde luego, perdidas hace mucho las certezas, siento que, como el príncipe, cada vez que actúo me equivoco porque me he desconectado de la realidad humana. ¿El horror del mundo me ha separado de ella? ¿Soy Iván Karamázov, un observador lúcido, atrapado entre la razón y el sufrimiento del mundo? No, tampoco. Soy, quizás, una pobre síntesis de los tres hermanos Karamázov: el que duda, el que cree y el que lucha con su carne. Intuyo la profundidad de la escisión y que esta la comparto con toda la humanidad sensible, pero no encuentro cómo narrarla. ¡Lástima no ser Dostoievski para contarme!

Pero tengo que intentarlo.

Tengo que escribir.

Hacer algo hasta que llegue la cena y pueda hablar con ellas, la abuela y la nieta.

La mujer sabia. La niña inquieta.

Hablar, sobre todo con Lucía.

Salgo de nuevo fuera y me siento en la puerta a fumar. Veo a Lola acercarse a la piscina. Ella no repara en mí. Camina ligera, con Tina

yendo y viniendo a su alrededor. Va a tomar el sol, sola, en bikini, con una toalla y una bolsa de tela al hombro, escuchando música con unos auriculares grandes, de esos de pinchadiscos. Lola, de alguna manera, no pega con el decorado de un cortijo aislado en el campo, sin otra compañía que su abuela y Polonia. Yo estoy aquí de manera circunstancial. Una adolescente vital que no parece necesitar a nadie, a nada. Quizás, porque aún no tiene edad para saber las consecuencias terribles de amar la soledad. Aunque es muy probable que yo esté proyectando en ella el destino trágico que es mi presente, el de un hombre aislado de cualquier afecto, el de un anciano solitario. ¿Fantaseo con ella? ¿Voy a caer tan fácil en el cliché? ¿Me atraen sus pechos erguidos, sus caderas redondas, su tersa barriguita? No. Sí. ¿Es la fantasía masculina de que todo le está permitido al hombre? ¿Que el mundo debe organizarse en torno a nuestra polla, a nuestros deseos? ¿Importa? Tu fantasía no será patética, repugnante, mientras no la compartas con nadie. Bueno, un hombre te entendería. Ellas no. No, no puedes ser políticamente correcto en tus fantasías. Nadie puede. Y está bien que sea así, pues la civilización es precisamente eso: entender que las locuras que sueñas no son realizables en el mundo real. No sin romper la ley. No sin herir o destrozarle la vida a alguien. Lo siniestro aparece cuando traemos al mundo los deseos reprobables.

Lola y la perrita desaparecen de mi campo de visión. Deben estar justo bajo mi ventana, la que está a un lado de la mesa de trabajo, en la tumbona que hay ahí. Me levanto, entro, voy hasta la ventana y la abro. La oigo hablar bastante alto, justo debajo, aunque no consigo distinguir lo que dice. Para verla tendría que asomarme bastante, sacar medio cuerpo. No lo hago, me daría vergüenza que me viera espiarla así. Me viene a la cabeza *Susana y los viejos*, un canto a la violación de jovencitas que en diferentes versiones adorna todos los museos de occidente, esas exhibiciones de saqueos con tiendas de recuerdos. Aguzo el oído. Dice algo de postear en… ¿Insta? ¡Eso es! Hoy en día todos nos espiamos a distancia gracias a las redes. Yo tengo Instagram. Sonia me convenció de abrir una

cuenta para publicitar mis presentaciones. Tras la ruptura la usé para castigarme cotilleando su cuenta, esperando verla sufrir y hablar de canciones tristes. No encontré nada de eso y sí mucho viaje y muchas risas. Me bloqueó cuando le mandé un par de mensajes de madrugada. Conservo la cuenta por lo de las presentaciones y mis cursos de escritura. Así que busco el perfil de Lola. Recuerdo que me lo dijo en el coche. Lola algo… Tardo en encontrarlo, por supuesto, hay miles de Lolas. ¿Lola qué? ¡Sí, «diez» en inglés, pero con letras! Ahora sí. La reconozco en su foto de perfil, que debe de ser muy reciente. Lleva el mismo pelo. Ojeo sus publicaciones. Fotos, pero la mayoría vídeos cortos. Muchos selfis. Entre sexis y románticos, pone morritos, ladea la cabeza, entorna la mirada. En otros, baila, sola o con un par de amigas, siguiendo una coreografía. Hay pocos textos, pero algunos se pretenden profundos. Los encuentro pueriles y alegres, lejos de cualquier pulsión de muerte o suicida. Esos los ha debido borrar o son antiguos. Ningún rollo emo, si es que esa tribu sigue existiendo. Vitalidad, la belleza propia de la juventud y tanteos imposibles de explicar el amor. Claro que a la búsqueda que ella dedica vídeos de treinta segundos, yo destino trescientas páginas de una novela, y con el mismo frustrante resultado. No sé qué es peor. O sí.

Decido bajar yo también a la piscina. Busco con urgencia el bañador que aún no había sacado de la maleta. ¿Tanto necesito hablar con la chica? Me lo pongo, también una camiseta azul, las gafas oscuras, y me calzo unas chanclas. No me pongo protección; no creo que me queme a estas horas de la tarde.

Salgo y tomo por primera vez el sendero que sale del camino entre las dos casas y, dejando el cobertizo y el huerto a la izquierda, desciende hasta la piscina. El sol ha bajado ya algo y Lola ha girado la tumbona hacia él, de modo que me da la espalda. No me ve llegar y, además, sigue con los auriculares puestos. Miro a mi alrededor y no veo al resto de los habitantes, humanos o caninos, del cortijo. Tina, en su excitación permanente, ha debido volver a la casa grande. Me acerco hasta la tumbona inmediatamente anterior a la

que ocupa Lola. Como tengo el sol ante mí, mi sombra me sigue detrás y tampoco anuncia mi presencia. El respaldo de la tumbona de Lola está levantado, así que solo veo la parte superior de su cabeza, la diadema acolchada de los cascos.

Enseguida descubro que está hablando con una amiga, creo que se está quejando de su madre, de Ana.

—¿A que sí, tía? Si es que son superpesadas. Claro…

Empiezo a disfrutar de estar allí sin que Lola se dé cuenta. Me divierte apreciar las diferencias entre cómo nos habla a los mayores y cómo lo hace con su amiga. Con nosotros, aunque no pueda evitar meter cosas de ahora, usa un castellano estándar, más o menos correcto. Con la otra chica, con su tribu, más sincopado, trufado de los anglicismos que les llegan por las redes sociales, supongo. Cada juventud tiene su jerga, su intento de rebelarse al dominio de sus mayores, pues el dominio se idea y se ejerce con palabras. La mía no tenía tanto palabro en inglés porque no había redes, las pelis las veíamos dobladas y nuestras influencias eran otras más cercanas, como el cine quinqui, las mitologías talegueras y el consumo de drogas.

—¡Claro, tía, desde la pandemia!… Lo mismo, ¿verdad?… Nos pasó a todas, amiga… ¡Literal!… Nos vimos demasiado. Antes, con el instituto, mis extraescolares, su trabajo y sus citas, no pasábamos tanto tiempo juntas. Cuando nos encerraron, mi madre se vino arribísima. Estaba en modo *crazy*… Intentó convertir el encierro en una especie de aventura, de acampada para dos amigas. Trataba de parecer tope *living* todo el tiempo, muy segura, tía… ¡Eso!*… Cringe…* Pero cero aura, lo que estaba era superrayada y se me hizo insoportable su miedo a todo… Pues al virus, a que me pasara algo, a morirse y dejarme sola. Pero sobre todo estaba rayadísima con que no nos conocíamos… Terror a no conocer a su hija, a decepcionarme… ¿Cómo nos van a conocer si no nos escuchan?… Lo sentí como que me acusaba… ¡Sigue igual! ¡Jo, *bro*, si es que mi madre está obsesionada con que me guste su *hype*!*…*Yo qué sé, sus dibujos animados, sus series, sus pelis, libros, ¡su música, tía! Y a mí

me aburren. ¡El mundo ha cambiado!… ¡Y que hagamos cosas juntas todo el rato, pero sus cosas! Y se pasa el tiempo contándole su parto a sus amigas, tía, ¡hablan de eso una y otra vez! ¡Es el *peak* de su charla! ¡Y de operaciones! Mi madre se ha hecho ya tantos retoques que ni nos parecemos, tía… ¡Sí, cero aura!… ¡Dan *cringe*!… ¿Aquí? ¡Genial!… Mi abu es distinta, me pregunta por lo de ahora, no me quiere imponer sus gustos… ¡Claro! Es mejor que contarle mis cosas a ChatGPT… ¿Qué?… Marta está fatal… ¡Pero si le pidió a GPT que le redactara hasta la carta de suicidio!…Lucía, sí… No es *fake,* me habla en plan bien. ¡Me habla de feminismo, tía, y es bi, tiene una novia!…

La revelación me golpea. Tengo miedo de hacer algún ruido, algún movimiento que delate mi presencia. Este espionaje impagable, para el hombre y para el novelista. ¿Lucía es bi? ¿No solo sigue activa sino que es bisexual? ¡Fascinante! Sigo escuchando el intercambio de audios entre las dos chicas, maravillado por esa intimidad emocional que las mujeres aprenden desde niñas. Ahora el tema ha cambiado, deduzco que Lola escucha el miedo de su amiga a una cita con un chico que le gusta.

—¿Solos, en el parque?… ¡Hala, tía, pues claro que te gustó, te encanta David!… ¡Bah, es mono y ya!… ¡Ah!, ¿que no estabais solos?… Ajá… No… ¿A su casa, solo con él?… Pero ¿tú quieres?… ¡Te besó con los ojos abiertos!… ¡No vayas, reina! ¡*Red flag* que te cagas!… Ni se te ocurra… ¡Ese le da *like* a cualquier petarda!… ¡Claro que apetece, tía, pero es ponerte en peligro!… ¡Si te hace algo lo *exposeamos* en redes!… ¿A que sí? ¡Total, lo puto *funamos*!… ¡Vale!… *I love u, bitch!*

No veo, pero oigo un sonoro beso de despedida. Y Lola, que da consejos a otra como ella sobre cosas que supongo ninguna de las dos conoce aún, acabada la llamada deja una última nota de voz, cariñosa, despidiéndose de esa *amigui* que sí la entiende. Ofrece un último cariño y se queda en silencio, inmóvil. Me parece oírla pensar desde mi tumbona. Una chica que sin saber quién fue Roald Dahl,

cree que los hijos pueden y deben castigar a los padres cuando lo merezcan.

Me quedo inmóvil unos minutos. Dudo si acercarme o retirarme con sigilo y con secretos robados. Pero entonces regresa Tina. No ladra, pero corretea y salta a mi alrededor. Me pongo de pie justo antes de que Lola, que se ha quitado los cascos, repare en la galga y en mí.

—¡Hola, Lola!

—¡Ah, hola, Diego! —Se asoma un momento tras el respaldo de la tumbona, me mira, saluda y vuelve a su posición inicial. Ahora no puedo no acercarme. Además, quiero hacerlo.

Lola se ha puesto unas gafas de sol muy negras, de esas de estrella de cine, y lee un libro pequeño. Por el formato debe de ser uno de esos *plaquettes,* un poemario de muy pocas páginas de los que sacan sellos independientes y premios literarios.

—¿Qué lees?

—Poesía.

—¿De quién?

—*Cerezas sobre la muerte,* de Mario Obrero. ¿Has leído algo de él? —Lola me contesta sin apartar los ojos del poemario.

—No, la verdad es que no. Pero he oído hablar maravillas de él, como poeta y como persona. Es muy joven, ¿verdad?

—¡Veintidós años!

—¿Menos de veinticinco? Entonces no es un anciano como ese tal Álex, ¿no?

Ahora sí, sonriendo, baja el libro. No veo sus ojos por las gafas, pero imagino que me mira divertida: «¿Qué le pasa al abuelo este?».

—¡Veintidós! Quizás sea el Lorca de vuestra generación, el que necesita España.

—¡Pero que no lo maten! Sigo flipando fuerte con lo que nos ha contado Fina, te lo juro.

—¡No, claro que no! —Una sensación de felicidad me inunda el pecho. Mientras una chica o un chico se horrorice por el asesinato de un poeta, hay esperanzas para este país y para el mundo.

—Lo de Polonia… ¡Buf, no sé si creerlo!

—Ya —me callo mi opinión, que yo sí lo creo, eso y más, y vuelvo al libro—. ¿Cómo te dio por leerlo?

—Nos lo ha recomendado la profe de literatura, como lectura complementaria para el tema de la memoria. Mario escribió estos poemas después de hacer, con otros jóvenes, la Ruta al Exilio, las carreteras por las que huyeron casi medio millón de personas al fin de la Guerra Civil. Hay un poema sobre una fosa común de soldados republicanos en Tarragona. Brotaron cerezos sobre los cuerpos.

—La imagen de la vida triunfando sobre la muerte, naciendo de ella, es siempre muy potente. —La miro, me fascina esta anti-Lolita que ayuda a exhumar cuerpos, que lee poesía sobre fosas. Definitivamente, nada que ver con la simplona que describe H. H.—. ¿Me dejas ojearlo?

Lola me pasa el libro. Sigo sin ver su mirada.

Abro y leo. La belleza de los versos me sorprende, me golpea:

> [la exactitud de los puentes bebe el licor
> de la conciencia.
> La guerra ha acabado sea impuesta la mortaja
> [del olvido.

Hojeo algunas páginas más. Algo me llama la atención.

—¿Está escrito en todas las lenguas cooficiales del Estado?

—¡Sí, Mario es muy *crack*! Las habla todas: *català*, euskera, gallego, *asturianu*. ¿Tú hablas alguna?

—No. Del euskera amo los nombres, me parecen preciosos, y que todo se nombra con metáforas. Pero no lo hablo ni lo leo. Sí leo y entiendo el catalán y el gallego, por supuesto. Puedo chapurrear y, desde luego, no me siento agredido cuando las usan. En realidad, cualquier castellanoparlante puede. El que no las entiende es porque no quiere y porque no le importa presumir de ignorante. ¿Sabes cómo se dice «aceras» en *galego*?

—No.

—*Beirarruas*. Significa las orillas de las calles. Bonito, ¿no?

Lola se ríe y asiente. El asombro la favorece.

—¡Ah, claro, rúas, calles!

—Si se pone interés, se entiende.

—¡Sí, los poemas del libro se entienden muy bien! Bueno, los vascos no.

—¿Me lo prestas cuando lo acabes? —pregunto tendiéndole el poemario.

—¡Claro, mañana mismo! —Me mira, y por fin se digna a bajar las gafas sobre la nariz con un dedo y mostrarme los ojos, que, por el sol, me parecen más verdes y jaspeados de ámbar. Me sonríe. Ahora mismo Lola se me antoja mucho más niña que cuando grababa a Fina. ¿Estoy ya construyendo mi fantasía? ¿Qué me atrae? Me prevengo, me asusto—. Dice mi abuela que todos tus libros hablan de muertos, de la muerte. ¿Por qué te gusta eso?

—No sé si «gustar» es la palabra. Pero sí, me interesa la muerte.

—¿Por qué? ¿Qué os pasa? ¿Por qué estáis todos tan pesados con la muerte?

—Porque la existencia de la muerte es la que hace tan valiosa la vida. Porque son inseparables y porque con la edad donde mires ves muerte.

—¡Eres como el niño de aquella peli vieja!

—¿Qué peli?

—El niño que dice eso de que a veces ve muertos, *El sexto sentido*, ¿no?

—¿Esa es para ti una peli vieja?

—¡Sí! De los noventa o más vieja todavía, ¿no? La vi con mi madre, en un DVD. Imagínate.

Silencio. Sobre todo no le mires las tetas. Alzo la vista al cielo.

—Oye, Lola, ¿y a ti qué te atrae de la muerte?

—No te entiendo.

—¿Y estás segura de querer ser arqueóloga forense?

—Sí.

—¿Desde siempre?

—¡Diego, tengo dieciséis años!

—Claro. —Hoy quiere serlo. Ayer lo quería. Pero mañana, ¿quién sabe?—. Eso de la fosa, la entrevista con Fina. ¿Es solo una tarea extraescolar para subir nota? No lo creo.

—Al principio de la primera campaña en la fosa, sí. Luego me enganchó. Álex me explicó que era reconstruir cuerpos, encajar huesos, como un tetris, para luego saber quiénes eran, qué les pasó.

—Quién los mató.

—Sí, claro, eso también.

—¿No te daba miedo? ¿Asco?

—Las chicas de mi edad nos hemos criado viendo pelis y series de terror, videojuegos de zombis. Me pareció divertido. Luego, cuando vi la felicidad de los familiares que quedan al recibir los restos, entendí que es importante. Nadie debería asesinar a otras personas y arrojarlas a un hoyo. Mira qué horror lo que hacen los israelíes en Palestina. Lo de las entrevistas es de este año, del insti. ¡Me falta Polonia! Y luego me iré.

—¿Te irás?

—Sí, tras las fiestas, que son ya. Verás qué chulas. La semana que viene, de vuelta en Madrid.

—Como yo, supongo.

—¿Te vas a bañar?

—¿Qué?

—Que si te vas a bañar —Lola señala mi bañador.

—Eh… no… no. Solo estaba paseando. —No, niña, no me voy a bañar. Te he visto nadar, deslizarte por el agua gracias a tu piel tirante y sin remaches. Yo también tuve esa cualidad juvenil, pero hace años que el agua para mí se ha vuelto un elemento hostil, a veces viscoso, a veces duro, contra el que más que nadar me peleo. Además, de pronto mi edad me ha vuelto pudoroso; prefiero mantener mi carne cubierta y no someterla a tus comparaciones, a tu decepción. De golpe me siento más viejo de lo que soy y detecto algo grotesco en mi situación. Aquí, de pie, en bañador y chanclas,

preocupado por el juicio de una chica de dieciséis años—. Voy a volver a mi cuarto a escribir. Te veo en la cena.

—¡Vale! —Apenas doy un paso cuando Lola me habla de nuevo—: ¡Diego!

—¿Qué?

—Ten cuidado con mi abuela. Su superpoder es quedarse con lo mejor de todos los que venís aquí.

Ahora es la chica la que me previene sobre la mujer. Sorprendente. Una figura geométrica se me aparece por un momento mientras la miro. Un triángulo. Le sonrío y asiento. De lo que le he oído con su amiga, me conmueve el inevitable adanismo de la adolescente, su natural sensación de que nunca antes nadie vivió y, sobre todo, sintió lo que ella y su generación ahora. Sin ese error iniciático sería imposible avanzar en todos los demás que conforman el dolor y la excitación de crecer, de vivir. Yo también fui así, todos lo fuimos y en su día creímos respirar el amanecer de un mundo, el nuestro, que nada tenía que ver con el de la gente anterior en milenios o pocos lustros, sumerios o padres y abuelos.

Me doy cuenta de que Lola y yo vivimos en mundos separados e irreconciliables, en pantallas distintas. Acepto que con esta chica a la que me esfuerzo en no desear, de nada me servirá la pirotecnia de mi ingenio, la exhibición de las heridas de la vida. No, hay demasiados años de distancia entre los dos. Somos computadoras con códigos de programación distintos. Sin duda a mí podría interesarme, aunque no quiera reconocer la sordidez patética de mis motivaciones, salvar esa brecha, comunicarme. Pero más que la decencia, me frena la vergüenza, el temor al papelón ante el nada disimulado desinterés de la joven. Es imposible aprender mandarín sin apasionarte por el idioma, requiere mucho esfuerzo. Mandarín o etrusco, porque me siento cubierto por el moho, roto y lleno de tierra ante ella. Una reliquia arqueológica. Quizás con una de cuarenta, treinta y tantos, todavía sería posible la comunicación sin sentirme de inmediato un baboso. Con esta niña, no. Aun así, me niego a cederle la última palabra.

—Gracias por el consejo, Lola, pero los viejos sabemos más por viejos que por otra cosa. Nos hemos equivocado más veces. ¡Hasta luego!

—¡Qué intenso! Hasta luego, Diego.

Nada, la última palabra ha sido suya. Una burla.

¿Qué intenso? ¡Qué vergüenza! No incapacitante, pero sí dolorosa.

En fin.

34

La leña de encina arde con destellos blancos. Quizás por eso las caras de los hombres, talladas por el fuego de la pequeña hoguera y la oscuridad de la noche, con la luna tapada por los árboles, tienen algo fantasmal. Nadie habla, ¿de qué íbamos a hablar? Llevamos huyendo cuatro días, los dos últimos evitando pasar por cualquier pueblo. Escondiéndonos.

Antonio está calentando una sopa en un puchero sobre la lumbre. Removiendo algo que es poco más que agua sucia, un ajo que llevaba, un par de patatas podridas que tenía uno, pan duro que tenía otro y ortigas y acedera que ha recogido por aquí. Sin grasa, es solo agua caliente que echarse a la tripa para calmar la gazuza. Porque el miedo te puede hacer olvidar el hambre un rato, pero enseguida vuelve para retorcernos las entrañas.

Juanito, el más joven, está intentando limpiarse con un trapo sucio mojado con agua las heridas que se le hicieron en los pies en la huida. Se le rompieron las alpargatas y aunque tiene un buen callo en las plantas por andar descalzo casi toda la niñez, se ha hecho varias rajas que le sangran. Ha dejado a un lado el mosquetón, que es casi tan alto como él. Le debe doler mucho, porque, aunque no se queja, tiene los ojos llenos de lágrimas. Me parece un niño asustado al que le ha caído encima una mala suerte de hombre.

—¡Cago en Cristo, Juanito, el agua é pa'beber, *no* pa'los *pies! No la* malgaste *—Andrés le ordena en voz baja pero con fuerza. Pese a que alguno tiembla, hace mucho calor y Andrés se ha quitado el correaje de cuero con las cartucheras y se ha sacado la camisa del*

pantalón, que sujeta con un cordel, abriéndola sobre el pecho y abanicándose con las solapas. Veo perfectamente el morado que le ha dejado la culata del fusil al disparar. Porque Andrés sí, él sí se ha hinchado a pegar tiros. Ese morado será su condena de muerte si lo atrapan.

Andrés me mira, escupe negro, asiente.

—Mírano, *Pablo,* ¿cuánto quedamo?

—Quince.

—Sí, quince. Hace cinco día éramo má *de* dosciento. *Quince. El sargento, un* soldao, *un carabinero,* do albañile, *nueve* jornalero *y tú, un maestro.*

Observo a mi alrededor y sí, solo distingo un puñado de hombres. El resto quedó por el camino y son cadáveres al sol de julio, retorcidos, descoyuntados, cubiertos de sangre seca que se comen moscas gordas e insolentes. De los que seguimos vivos, algunos son ya mayores, como el propio Andrés, que no sabe en qué año nació pero que no baja de los cincuenta, y otros casi niños como Juanito. En tiempo de paz podría haberle dado clase, enseñarle a leer al menos. El soldado se llama Ramiro y también es muy joven, aunque tiene los ojos hundidos como los de un viejo y a cada poco tiembla un par de veces, por los nervios, supongo. Mi mirada lleva la de Andrés hasta el soldado. Le observa en silencio, resopla y niega con la cabeza:

—¿Tú, soldao, *qué* cree *que pase? —susurra Andrés— Vendrán* tropa *de Madrid y* otra parte*, ¿no?*

El soldado nos mira, tiembla, se encoge de hombros.

—¡Yo qué sé!

—Pero ere soldao, *algo* sabrá *de* lo militare, *de* su plane…

—Déjalo, Andrés, este chico no sabe nada. Pregúntale al sargento cuando regrese.

—Sí, maestro, sí. Lo dejo. Si a mí esto hijoputa *de uniforme no me gustan ninguno, solo valen* pa'matar moro *allí o* trabajadore *aquí* cuando no meneamo. *Raro fue que no* no *dispararan cuando* ocupamo lo cortijo *el 25 de marzo. ¡Ochenta mil* campesino, yuntero

y jornalero, *dicen que* éramo! *Pero ya sabía yo que, con República o sin República, no* no *iban a dejar ocupar y repartir* la finca *de* lo cacique y lo señorito. *¡Marzo! Cuatro* mese *han* tardao *en alzarse* lo hijo *de mala madre. Y el* soldaito *este seguro que se hubiera unido a* lo fascista *de haber* podio.

—Eso no lo sabes, Andrés. Deja al muchacho. —Me duelen los hombros, me los ha desollado el correaje. Y las manos. Un mosquetón pesa mucho más que un puntero, las balas más que la tiza.

Llegan el sargento López y el carabinero, Miguel. Vienen agachados, con paso rápido. El sargento se dirige directamente a la lumbre.

—¡Quita ese puchero! ¡Quítalo! —ordena tajante, como escupiendo las palabras que no puede gritar. Antonio retira la sopa y el sargento patea con furia la pequeña hoguera hasta apagarla—. ¿Estáis locos? El fuego se ve de lejos. ¿Queréis que vengan los moros y nos degüellen?

Todos callamos. El carabinero se deja caer en el suelo pero no suelta el fusil.

—¡Os dije que pusierais centinelas! —prosigue el sargento—. Allí y allí, en la loma. No habéis obedecido. Igual que hemos llegado Miguel o yo, podrían haber venido los fascistas. Sin disciplina…

*—¡*Somo jornalero, *López, no* soldao*! —interrumpe Andrés.*

—Pues nos enfrentamos a soldados. A regulares y legionarios, además de requetés y falangistas. ¿Queréis vivir? Pues hay que actuar con disciplina y obedecer órdenes, cojones.

Silencio y miradas esquinadas. La mayoría de los hombres a mi alrededor son anarquistas, sienten una desconfianza justificada por el ejército.

—Sargento, ¿cree que manden refuerzos de Madrid? —pregunto por aliviar la tensión, con la esperanza que sé absurda de que este suboficial agotado conozca los designios del Estado Mayor republicano.

—No lo sé, maestro. ¡Más nos vale! Por el momento lo único que podemos hacer es permanecer unidos y seguir hacia el este, hasta dar con los nuestros. Las tropas de Yagüe están bien entrenadas, se mueven rápido. Si no queremos que nos copen hay que seguir. Sin ruido, ¡sin lumbres! En diez minutos nos ponemos en marcha. Echaos la sopa esa.

—¿Están cerca? —pregunta uno cuyo nombre desconozco.

—Mucho. Nos hemos cruzado con otro grupo como el nuestro. Venían de Badajoz y Alburquerque. Dicen que en Badajoz han fusilado a miles en la plaza de toros, que la sangre te cubría los pies. Que está todo lleno de cadáveres. Ellos no se han detenido, han seguido la marcha. Los dirige un teniente y hay más soldados, carabineros y algún guardia civil. Deberían estar por allí delante. Tenemos que unirnos a ellos.

Dos hombres se ponen de pie, se miran entre ellos, se acercan a nosotros con los fusiles al hombro.

—Sargento, nosotro no vamo. Queremo *volver a nuestro pueblo. Cuidar a* nuestra familia *—dice uno.*

El sargento los mira resignado y asiente.

—No sois soldados. No puedo deteneros. Pero que sepáis que combatientes o no, están fusilando a todo el que agarran. No hacen prisioneros.

—No se preocupe, como dice, no somo soldao. *Tenemos que volver —añade el otro, un hombre más mayor y algo encorvado por una vida de servidumbre.*

—¡Allá vosotros, pero los mosquetones y las municiones se quedan con nosotros!

Los dos hombres asienten y dejan con cuidado sus armas y cartucheras en el suelo.

—¡Suerte! —nos desean antes de girarse y desaparecer en la oscuridad.

Todos los vemos marchar. Nadie dice nada. Algunos dejan caer la cabeza, apartan la mirada.

—Mi sargento, yo me queo. *—Es Juanito, el de las heridas en los pies—. Yo no* pueo *caminar y solo* lo *voy a retrasar.*

El sargento López lo mira con lástima. Está a punto de decir algo cuando Miguel, el carabinero, se adelanta.

—No te preocupes, zagal, que yo te ayudaré a caminar. Aquí no se queda nadie para que lo asesinen.

Un par de brazos más se ofrecen a relevarse en las ayudas. Hay algo hermoso en estos hombres en derrota, asustados, pero, aun así, dispuestos a socorrer a un semejante.

Nos tomamos unos sorbos de la sopa y nos ponemos en marcha, en fila, sin hacer ruido. Al frente el sargento. Miguel y Juanito en medio. Andrés y otro cierran nuestra exigua columna, volviendo la vista sobre el hombro cada tanto para comprobar que nadie nos sigue. Así caminamos varios kilómetros, más de media legua según Andrés, que nada sabe del sistema métrico decimal y sí, y mucho, de patear dehesas y olivares por Extremadura. Ni damos con el grupo del teniente ni topamos con los fascistas. El sargento López nos anima, se encarga de que nadie se rinda y se detenga. Con todo, dejamos atrás a otro infeliz, uno bastante mayor, que simplemente se tumba en el suelo y se niega a continuar. No hay tiempo que perder discutiendo con él, nos dice el sargento, hay que seguir hacia el este.

La salida del sol nos pilla caminando, reventados. Aprovechando que ahora se ve más lejos y al resguardo de unas encinas, el sargento acepta que hagamos un descanso, bebamos agua y se repartan unos mendrugos de pan duro. A mí me arde la garganta de sed y el sorbo de agua no me calma. Me rugen las tripas de hambre y el pan duro tampoco me alivia. Los compañeros de huida no están mejor, estoy seguro, pero son más duros, gente de pedernal, curtidos por hambres históricas. No tengo derecho a quejarme, a rendirme. Soy un hombre joven, sano, que llegué en el 32 a estas tierras con las Misiones Pedagógicas. A traer libros a niños, ancianos, hombres y mujeres que nunca habían visto uno. Miembro de una brigada itinerante en la que venían también estudiantes

universitarios, un par de actores y un fotógrafo. Todos emocionados con la misión de llevar cultura y educación a las aldeas más aisladas. Me impresionó tanto la miseria que vi que luego pedí plaza fija como maestro rural. Ese es mi crimen. No milito en ningún partido, aunque tenga ideas de izquierda, así que mi delito no puede ser otro que pretender rescatar de la ignorancia a mi pueblo. Por eso me están cazando como a una alimaña.

Retomamos la marcha. Pese a lo temprano de la mañana, hace mucho calor. Me escuecen las llagas del correaje.

El sargento manda parar y otea el paisaje. No es un llano perfecto, sino un sube y baja de lomas redondeadas, no muy altas, con mucha encina y alcornoque. A lo lejos se ve un roquedo y otro tipo de árboles.

—Tenemos que caminar por lo hondo, no recortarnos contra el horizonte caminando por la cresta de las lomas. Vamos a ese peñasco. Con suerte hay alguna barranca donde ocultarnos. O el cauce de algún arroyo. ¡En marcha!

No llegamos al roquedo. La detonación y el desplome de Ramiro, el joven soldado, son casi simultáneos. Cae sin un grito, de bruces, y enseguida se le llena la espalda de sangre. De inmediato suenan más tiros de fusil. Caen otros tres hombres. Uno junto a mí. Su sangre me salpica la cara. Caliente, pegajosa. Me la limpio con la mano en el pantalón. Sin asco, sin sorpresa. No como hace tres días, la primera vez que me manchó la sangre de otro hombre, que sentí náuseas y una especie de vértigo. Claro que hace solo tres días yo era un maestro rural que empuñaba un arma por primera vez, para defender un sueño, un ideal, de quienes querían asesinarlo. Un maestro, no un animal roto, sucio y asustado que huye para que no lo maten. Al sargento le han dado en una pierna y blasfema mientras se arrastra buscando cubrirse con un árbol. Corro encorvado. Más tiros y un par más de muertos. Tiros eficientes, una bala un muerto. De nuestro lado nadie llega a disparar antes de que se nos echen encima decenas de legionarios gritando «¡Arriba España!» y «¡Al asalto, cojones!». Nos caen desde todas partes, de

arriba de las lomas, y llevan la bayoneta calada. Todos tiramos las armas y alzamos las manos en señal de rendición. Tomás, uno de los albañiles, tarda en hacerlo y le meten una bayoneta en las tripas hasta que le asoma la punta por la espalda. Cae agarrándose las entrañas y grita como si se quemara hasta que un legionario le aplasta la cabeza con un par de culatazos. Todo ha sido rápido y brutal. Quedamos seis vivos, contando al sargento que pierde mucha sangre por la herida de la pierna. Se acerca un alférez con la pistola en la mano.

—¿Dónde ibais, rojos?

Ninguno dice nada. Andrés tiene los ojos llenos de lágrimas y evita mirarlo. Los legionarios se ríen, se burlan del «glorioso Ejército de la República». Comprueban que no llevamos armas entre la ropa, nos registran, nos abofetean y nos roban cualquier miseria que nos encuentran: tabaco, alguna peseta, mi reloj; todo ante la mirada satisfecha del alférez y su sargento. Al nuestro, López, y a Miguel, el carabinero, los han sentado juntos, y los tienen encañonados y bajo la vigilancia de un cabo. No les interrogan, no parecen interesados en sacarles nada. López le pide un pitillo al cabo y cuando se lo va a dar, interviene el alférez.

—¿Cuál es tu regimiento, sargento?

—Regimiento Castilla n.º 3, mi alférez —contesta López.

—No has parado de correr desde Badajoz, ¿eh? —López baja la mirada y el alférez se vuelve hacia el cabo—: No gastes pitillos, cabo. Si quiere fumar que se fume un dedo. A este compañero de la infantería y al carabinero les vamos a dar tratamiento especial. Son uniformados, así que su traición es aún más grave.

—Los únicos traidores aquí son usted y sus hombres, alférez. Traidores al gobierno legítimo que juraron proteger. —Me sorprende oírme hablar así a mis captores, que enseguida me premian con un culatazo en los riñones que me derriba sobre las rodillas. Siento la punta de una bayoneta clavarse en mi espalda, apenas un poco, lo justo para notar cómo la sangre escurre hasta la cintura bajo la camisa.

El alférez, seguido del sargento, se me acerca. El primero es un hombre joven, incluso un poco más que yo, que tengo veinticinco años. El uniforme está pulcro y él bien rasurado, salvo un fino bigotito negro. Yo huía, él perseguía, los dos por el mismo campo, pero yo parezco un zarrapastroso y él, salvo por algo de polvo, recién lavado y planchado. En otro lugar, en otro tiempo, yendo yo también limpio, ¿podríamos este hombre y yo ser amigos, compartir un chato de vino y reír juntos hablando de muchachas?

—¿Nombre? —me pregunta el oficial.

Yo callo hasta que la quemazón del acero en la carne me hace gritar y hablar.

—Roberto Mendoza García.

—¿Y tú qué eres, Mendoza? Soldado desde luego que no. Pero tampoco pareces uno de estos muertos de hambre.

—Maestro rural.

—¡Acabáramos, un rojo sin dios ni patria! Habéis envenenado a nuestro pueblo con vuestras mentiras y ateísmo. Pero tranquilo, que sabemos qué hacer con la escoria como vosotros. Desde Badajoz ya hemos fusilado a unos cuantos como tú. Y a maestras, pero a esas les damos antes una alegría y se las dejamos a los moros.

Nos mandan recoger los cuerpos de nuestros camaradas caídos, amontonarlos.

—¿Ordeno que los entierren, mi alférez?

—No, sargento. No tenemos tiempo para eso. A los vivos los ata y nos los llevamos.

—¿Y al herido, mi alférez?

—Haga lo que le he dicho.

—¡A sus órdenes, mi alférez! —saluda el sargento dando un taconazo que levanta tierra. Se gira como una peonza y viene hasta nosotros con varios legionarios. Uno trae a Miguel, el carabinero. Nos atan las manos tras la espalda, muy fuerte, y luego entre nosotros, formando una cuerda de presos. Yo estoy entre Andrés y Miguel.

—Alguno se partirá el hocico en la marcha, mi sargento.

—¡Mejor!

Veo al alférez encenderse un pitillo y darle una calada muy profunda, echando la cabeza hacia atrás mientras exhala una nube de humo azul. La borla del chapiri le cae ahora a un lado. Luego se pone el pitillo en la comisura de los labios y con la pistola otra vez en la mano se acerca al sargento López.

Apenas se detiene un instante ante él. López lo mira, entiende y no suplica. El alférez le dispara dos tiros, uno en la frente y otro en la cara. Lo observa apenas un segundo, guarda el arma en la pistolera y se gira hacia sus hombres.

—¡Sargento, en orden de marcha hasta el punto de reunión con la bandera!

—¡A sus órdenes, mi alférez! ¡Pelotón… atención! ¡En columna de a dos, los prisioneros al medio! ¡Marche!

Caminamos sin descanso, tropezando y con las muñecas desolladas. No nos dejan detenernos ni para orinar, así que varios nos lo hacemos encima. Y alguno también se caga.

—Ni morirno seco no *van a dejar estos miserables, maestro —masculla Andrés mirándome sobre su hombro. Los legionarios sí pueden pedir permiso, apartarse, aliviarse y volver a la columna a paso ligero.*

Marchamos hasta que, ya a la caída de la tarde, damos con un campamento improvisado de legionarios y regulares. Allí nos juntan con varias decenas de prisioneros, encordados como nosotros. La inmensa mayoría, civiles huidos, capturados por otros pelotones. Los dos que querían regresar a su pueblo están ahí también, las caras deformadas por la paliza que les han dado. Uno tiene el antebrazo derecho fracturado. Le cuelgan la mano y la muñeca en una posición imposible, grotesca, y le asoma un hueso astillado. Debió de querer protegerse la cabeza de los golpes, los culatazos. No le han puesto ni un mísero cabestrillo. Me sorprende descubrir que también hay muchas mujeres, algunas muy jóvenes. Nos obligan a sentarnos en el suelo para que nos vigilen mejor los moros que caminan entre nosotros. Algunos falangistas se pasean junto a legionarios y van

señalando a presos que conocen. Deben ser de los mismos pueblos, y delatan a los maniatados, dispuestos a cobrarse viejas rencillas. Se repiten los golpes y ahora los insultos de los moros en su lengua, que no entendemos. Un par nos miran sonriendo con bocas desdentadas y se pasan el pulgar por el cuello, anunciando nuestro futuro. Otra vez me sorprende el nulo interés de nuestros captores en obtener ninguna información de posible valor militar. Está claro que se sienten seguros, que somos casi todos civiles, los restos de una desbandada, y no nos ven como amenaza. Estamos callados; no quieren que hablemos y nos podamos poner de acuerdo para escapar. Si hablamos, culatazo o patada. Si pedimos agua o comida, culatazo o patada.

Busco los ojos de Andrés, pero me evita. Tiene la mirada perdida. Un hombre tan fuerte, quebrado. Me da mucha pena.

Ya de noche y a la luz de un candil que sostiene un falangista, un cura se aproxima a varios de los prisioneros. La mayoría niega con la cabeza, y el cura, con cara apenada, se acerca a otros. Pocos son los que cuchichean con él una plegaria o besan el crucifijo que le cuelga del cuello y les pone ante los ojos. No llega hasta nosotros. Un hombre escupe sobre el crucificado, blasfema. El cura se cansa, así que se yergue y hace el signo de la cruz con la mano en varias direcciones mientras murmura algo. Luego calla; me parece más contrariado que triste. Hace un gesto con la cabeza al legionario del candil y se alejan como una luciérnaga siniestra, un bicho negro azulado y bicéfalo, hasta perderse en la oscuridad.

Nos suben a varias decenas en tres camiones. Vamos muy apretados, de pie, golpeándonos con los hierros y maderas de la caja, que va descubierta, a cada bote de los vehículos. Yo me rompo una costilla en uno de los meneos; la siento partirse y un dolor terrible que me deja sin aire durante unos instantes y que se reproduce con cada vaivén.

Por fin los camiones se detienen en un olivar, al pie de una lomita. Los moros, legionarios y algún falangista nos bajan a golpes y nos organizan en filas paralelas. Eligen a los más jóvenes y fuertes, les

dan palas y picos y les ordenan cavar, cavar muy hondo. Lo hacen, cavan y cavan, ya de noche, a la luz de los camiones, quinqués y linternas. Los vemos desaparecer en las entrañas negras de la fosa, ya tan profunda que les traen unas escaleras de mano y unos capazos de esparto. Sabemos que siguen vivos por la tierra que arrojan fuera, primero a paladas y ahora subiendo y bajando capazos llenos. Un hombre, que debió de soltarse las ataduras, echa a correr. Un legionario lo abate de un tiro.

—¡No corráis, que es peor, rojos! —se burla un sargento, que luego ordena desatar a un par de hombres para que traigan el cuerpo del huido. Obedecen y, cuando lo han llevado hasta el borde de la fosa, el sargento lo hace rodar dentro de un par de puntapiés. El hombre se queja, sigue vivo cuando cae. También oímos las maldiciones de los que estaban cavando desde el fondo. El sargento llama a un piquete de cinco hombres, tres legionarios y dos moros. Los soldados se apostan, con el pie firme en el borde de la fosa, corren los cerrojos para cargar las armas y se echan los fusiles a la cara.

—¡Atención… a mi señal! ¡Fuego!

Los soldados disparan sobre los que cavaban y bajan los fusiles. El sargento se asoma y dispara un par de tiros de gracia con su pistola.

—¡Sargento, déjenos alguno! —gritan unos falangistas que están bebiendo coñac de una botella. El sargento los mira y asiente.

Nos van desatando según nos llevan al borde de la fosa. Allí nos asesinan. Nadie grita ni pide clemencia. No sé si es miedo o dignidad. Solo se oye a algunos hombres y mujeres despedirse con palabras breves, entre sollozos. Es evidente que a ellas las están guardando para violarlas, y eso es una tortura añadida para sus padres, maridos, hermanos o hijos. Pero si los falangistas esperan que alguien se arrastre, no lo consiguen. Ni hombres ni mujeres. Alguna hasta desafía con la mirada a los falangistas borrachos, escupe a su paso y le parten la boca de un puñetazo.

—¡Puta roja!

Nos toca a Andrés, a Miguel y a mí. Miguel tiene los ojos cerrados y murmura algo que no alcanzo a entender salvo la palabra «perdonar» varias veces. Pienso que es una oración hasta que los abre mucho, me mira temblando y me pregunta en tono desesperado si no nos van a perdonar.

—No, Miguel.

Miguel niega con la cabeza y vuelve a cerrar los ojos. Andrés también me mira, pero con una extraña ternura.

*—¡*Adió, *maestro!*

Soy incapaz de hablar, asiento con la cabeza, y levanto la vista al cielo. Pese al deslumbre por los faros de los camiones, si alzo la mirada, arriba brillan cientos de estrellas. Una enormidad que, por alguna razón que no comprendo, me da de pronto cierta paz. No bastaría mi vida, si me la dejaran, para contarlas. Con la cara alzada hacia la noche, cierro los ojos y veo a mi madre.

—Madre…, madre…

—¡Apunten…! ¡Fuego!

Un golpe brutal me empuja hacia adelante, como si el torso quisiera despegarse de mis extremidades y llegar antes al fondo. Duele, duele mucho. Un dolor que no puedo comparar con ninguno que haya experimentado antes. Caigo boca abajo sobre otros cuerpos. No estoy muerto, no todavía, pero no me puedo mover. Siento que la vida se me escapa como agua por un boquete en el costado.

Madre…

35

Llevo toda la tarde escribiendo estas páginas, yendo adelante y atrás, consultando los libros que me ha prestado Lucía sobre la matanza fascista en esta zona, en Badajoz, propia de una tropa colonial vuelta contra su pueblo. Corrijo, paro, añado, quito. Descanso sin apartar la vista de la pantalla del ordenador, como esperando que me dé respuestas. ¿Por dónde seguir? Se me ha hecho de noche y hace rato que Lucía y Lola deben de estar cenando. No han querido molestarme. Alguien golpea la puerta. Abro y es Polonia, que trae una bandeja con algo de comer.

—*Buena noche, ¿pueo pasá?*

—Adelante.

La mujer ve mi mesa de trabajo ocupada con el ordenador, los libros, un cuaderno. Duda un instante y enseguida se acerca a la mesa baja y deja la bandeja ahí.

—Gracias, Polonia. Por favor, dígale a Lucía que me entretuve escribiendo y se me fue la hora. Cuando acabe dejaré la bandeja fuera.

—*Mejó* no, que traerá *bicho*. Yo se la retiro mañana cuando traiga el desayuno.

—¡Ah, claro! Gracias.

Polonia asiente. Ni ella ni yo hacemos por hablarnos. No nos gustamos. La verdad, entiendo su enfado por mi impertinencia, por preguntarle si era feliz. Se va. Pero lo cierto es que antes de eso tampoco era un cascabel. Polonia me parece una nota discordante, un elemento fuera de lugar en Las Encinas Azules, el oasis de Lucía frente a las sombras, imaginadas o reales, de la vida.

Como algo de la bandeja, un poco de fiambre, queso y pan. Bebo agua y dejo el vino sin tocar. Aquí, para mí, beber vino es estar con Lucía. Decido respetar este ritual. No invocar la mala suerte con una pequeña traición.

Los libros, los olivos, el vino, la mujer mayor, hermosa, y calma del cortijo son una fantasía, un hallazgo, un tesoro en un mundo feo y agresivo. Un lugar donde vivir por completo, de verdad. Paola tenía razón, Lucía es muy interesante. Y, en mi mente, lo es aún más por contraste con las sombras que sobre mi vida siguen proyectando cosas reales, como el ruido de las obras, y otras que ya no existen, como mi amor por Sonia, mi casa con Sonia en ella. La odisea no tiene sentido si no tienes adonde volver.

Intento seguir con la escritura, pero no consigo mucho más. Me he exprimido. Releo. Me gusta, me interesa mucho más que *Distopía*, aunque en ambas cosas, en lo que escribí antes y en lo de hoy, aún sin título, detecto mi fascinación por la violencia, por la guerra que, por suerte, no me tocó vivir. Al fin y al cabo, la experiencia más extrema que puede vivir un ser humano tiene que interesar a un escritor. Si me obsesiona el mal en todas sus formas, tiene que hacerlo también su principal herramienta y secuela. La vida y sus sombras más oscuras. Una vida que no haya conocido las sombras es una existencia pueril, solo produciría una ingenuidad ignorante rayana con la imbecilidad. No se enciende ninguna luz en el mundo sin que, al instante, nazca alguna sombra. Cambia «luz» por «ángel» y «sombra» por «monstruo», y seguirá siendo verdad.

¿Pero sería capaz de empuñar un arma por algo justo? ¿Ayer por la Segunda República? ¿Hoy por Palestina? No lo sé, no creo. ¿Cuándo matar a otros es justo? ¿Cuándo dejarse asesinar lo es? Además, de inmediato excuso mi falta de valor en mi edad, en carecer del vigor de la juventud que requieren esas luchas. En ser ya un viejo, o casi. Aunque, me dice una vocecilla burlona que me viene de algún lado de la cabeza que, cuando fui joven, no faltaban tampoco causas por las que luchar y no lo hice. ¿A quién quiero engañar? Nunca fui un hombre de acción. Ni un héroe romántico ni

un guerrero tribal en busca de botín, esclavos o ventajas para aparearme. Soy hijo de otra cultura.

Me lavo la cara y la vocecilla se calla. Los dientes. Me miro en el espejo. Me reconozco. Sí. Pero me siento extranjero en esta lámina de cristal que me refleja, en esta casa, en el paréntesis de mi vida que supone vivir aquí unos días. Y, sin embargo, me resulta fácil imaginarme en este lugar por más tiempo, quizás para siempre, apropiándome del buen gusto ajeno, de la sensibilidad de Lucía, de esa elegancia natural, como quien se mete cómodamente en la ropa de otra persona y ve sorprendido que le queda bien. Construir sobre una misma visión del mundo una amistad, que es una forma de amor, quizás la más bella, y no la complicidad que nace de simples intereses en común.

Medicación, meada y a la cama. Intento leer, pero tengo la vista cansada. Apago la luz, cierro los ojos e invoco el sueño. Siento un hormigueo en las piernas, en la tripa. Llevo toda la tarde con Tánatos y ahora Eros exige su peaje. Sonia, ¿por qué pienso en ella? ¿No quiere que sueñe con Lucía? ¿O con Lola? Porque si me resulta raro soñar con la abuela, me asusta la posibilidad de hacerlo con la nieta. ¿Será posible que me desvele la posibilidad de enamorarme de alguna de ellas, siquiera como hipótesis? ¿De una que lo sabe todo y de otra, la niña, que no sabe nada? ¿Yo que desconozco los nuevos códigos del cortejo? ¿Enamorarme? ¿No es mucho decir?

He tardado décadas en descubrirme víctima y sicario de una profunda falacia, la de que para amar bien a otro primero hay que amarse a uno mismo. No, eso no es más que una trampa narcisista, una estafa individualista que siempre pone al otro, a la otra, al servicio de nuestro ego, de cierta vanidad cinegética. No, aunque lo he descubierto tarde y solo, ahora sé que para amar a los demás solo hay que quererlos, respetarlos tal cual son y no en relación con quién soy yo. O a quién me gustaría ser. Para amar a los demás hay que vaciarse de uno mismo. Poco a poco, de una forma natural y sin esfuerzo, como si mi alma se hubiera agotado al fin, como si todos los fracasos, incluso los más bellos, me hubieran demostrado el

sinsentido de querer conquistar a mis parejas. Conquistar es una acción de guerra. Siempre tiene algo de crimen.

Sin fuerzas para aparentar más, para ser el hombre que me dijeron que tenía que ser, y desconcertado ante los nuevos códigos de la seducción, solo busco eso, ternura. Comprensión, alguna caricia y alguien que me ayude a conjurar la tristeza que se me cuela por las cada vez más numerosas rendijas. Alguien con quien estar en silencio y compartir lecturas sin que se aburra y me deje.

No eran solo los martillazos, las obras, lo que me ha sacado de mi casa. Ha sido también la soledad. Mi casa rezuma soledad.

En realidad, lo sé, todo se reduce a escuchar. Tan simple como eso, escuchar a la otra persona. Algo que nunca hacemos. De jóvenes, porque el mundo nos asusta y nos aferramos a unas pocas ideas y emociones que, de manera desesperada y errónea, creemos ciertas, a unos primeros mapas intuidos y mal dibujados. Necesitamos pensar que hemos entendido algo de esa enormidad que nos aterra. De viejos tampoco escuchamos porque el mundo nos asusta aún más y, dueños ya de una amplia cartografía, hemos entendido la miserable criatura que somos, la enormidad de nuestro fracaso, de nuestra ignorancia. Así que nunca escuchamos, imponemos nuestra visión del mundo y del sexo. A veces con violencia, siempre con arrogancia mal llamada seducción. «Yo sé lo que te gusta», «yo sé comértelo», «yo sé follarte». Y yo he podido ser arrogante, engañarme pensando que escuchaba. Pero nunca violento. De eso estoy seguro y en ello cifro la salvación de mi alma.

Lucía y Lola; no puedo evitar imaginarlas. De la mujer creo poder reconstruir ya varias biografías posibles. Mujer sí, algo más mayor que yo pero, al fin y al cabo, coetánea. Estoy seguro de que compartimos varios sueños, miedos, ilusiones y desengaños. Aunque, a diferencia de mí, Lucía nunca tuvo obligaciones que le impidieran estar disponible para el jaleo de moda en cada momento. Ni una relación frustrante con el dinero. Su vivir en paz, en este cortijo, no es elección; es privilegio de clase. Gananciales de un buen apareamiento entre gente bien. Pero con Lola, con la

muchacha, es diferente. Imaginarla, tan distante en edad, habitante de un tiempo y un mundo tan distintos, es soñarla. Adivinar y fantasear con cosas que yo, por fuerza, no viví ni viviré. Y eso me fascina, me divierte, me atrae y me asusta. Además, mi fantasía no es sexual, o no solo sexual. Me cautiva la idea de que su inocencia me salve de mi desilusión. Aunque sé que esto sería un tipo de violación solo un poco más rebuscada. Robar, mezclar cronologías vitales imposibles, más allá de las pieles tan distintas, para trocar pesimismo por alegría, pesadillas cumplidas por sueños por realizarse es, sin duda, una forma de violencia.

Me encantaría tener la inocente desvergüenza de los niños, la hipocresía aún por aprender, para proponer juegos y alianzas a la chica. Pero sé que me sentiría mucho más cómodo con las fórmulas corteses, los dobles sentidos y escondiéndome tras ironías con la mujer, los dos ya cualquier cosa menos inocentes. Disfrutando del castellano preciso y elegante de Lucía, hábil hasta en decidir las pocas ocasiones en que introduce un taco, algo malsonante que lo vivifica y le impide caer en la petulancia. Imagino, yo, el adicto al asombro, cómo sería la intimidad tras follar con cada una. La sorpresa de la chica, de lo desconocido sería, seguramente, divertida por un tiempo. Pero acabaría en incomprensión y desinterés mutuo muy pronto. Como el de dos animales de especies distintas que pueden abrevar juntos en la misma charca por un rato, para luego ignorarse e irse cada uno de vuelta a su manada. En cambio, con Lucía la cosa sería mucho más interesante precisamente por lo mucho que no habría que explicar. Sin esa hojarasca, habría más tiempo para lo esencial.

Lola tiene una piel suave, tirante, cierta torpeza adolescente que le impide un dominio absoluto de sus movimientos. Su cuerpo aún le sorprende porque no tiene memoria. A mí, por ejemplo, ya no me sorprenden las traiciones del mío. Lola es también capaz de posturas de una languidez imposible, claramente incómodas, al alcance solo de una chiquilla. Si yo me pusiera así, si pudiera, por más de un minuto, me quebraría como el cristal. Estoy seguro. Y lo que no

podemos hacer siempre nos causa admiración y envidia, que es una forma enferma de desear. En cambio, entiendo a la perfección, incluso en su elasticidad femenina, la manera de andar o de sentarse de Lucía. Ahí no hay misterio.

Aquí, todo me empuja hacia Lucía. Imagino que con ella la cama sería un lugar seguro, compartido por educaciones sexuales parecidas. En cambio, Lola —¿estoy de verdad fantaseando con ella? ¿Soy así de cerdo?— me genera por igual atracción y miedo. Siento que no sé nada de su sexualidad. El temor eterno de los hombres ante lo que no entienden de la mujer que nos lleva a mitificarlas para odiarlas mejor por distintas. Al pánico secular de cualquier hombre a no ser suficiente se une otro nuevo: ¿sabría follar sin agredirla, sin imponerle mis fantasías? Jamás he sido de azotes o insultos, ¿pero agarrarle la cabeza mientras me la chupa, follarle la boca, sería aceptable? Nunca antes me había planteado algo así, llevaba dieciséis años con la misma mujer. La nueva teoría parece clara, solo sí es sí, nada que no sea de mutuo acuerdo. ¿Pero cómo llevar eso a la práctica? ¿Sustituir poder por ternura? ¿Se me bajaría la polla con tanta pregunta y precaución? ¿Hasta qué punto follar es otra construcción cultural, otro marco del que es imposible escapar solo con buenas intenciones y el instinto una coartada para las violencias? En el fondo, el sexo, la intimidad, es quizás el último reducto de desigualdades e injusticias difícilmente aceptables en ambientes y prácticas más públicas. ¿Bastaría con llevar la justicia social, la bondad, a la cama? ¿Con hacer el amor a una persona y no hacerme una paja con un coño, una boca o un culo? ¿La salvación está en la ternura? Es obvio que sí. La ternura en la cama, en la calle, en el trabajo. ¡La bondad, no el fascismo, es el nuevo *punk*! ¿Pero puedo yo ejercerla sin más? Todo me parece difícil, trabajoso, con la joven. En cambio, Lucía me resulta un paisaje familiar, más amable. Follar con ella sería como follar con Sonia, supongo. Alguien con quien todo estaría casi dicho y si no, no sería difícil hablarlo, pactarlo.

Doy vueltas. No me duermo. Me levanto. Al menos no me he tenido que despertar para volver a mear. ¡Un pequeño triunfo! Tomo otra gota de CBD y vuelvo a la cama.

Es extraño, pero supongo que me vence siempre la cabeza del escritor cuando trato de ordenar las sensaciones de estos días aquí, en el cortijo. De pronto, en mi mente todo se dispone de manera evidente en tríos, en triángulos humanos con distintos vértices. El más obvio es Lucía-Lola-Yo. La tensión surge tanto de las diferentes atracciones y miedos que me generan como de la relación entre ellas. Un triángulo platónico; no pasa del mundo de las ideas, pero amoroso *comme il faut.* Desde luego que una historia puede funcionar con dos personajes, A y B, siempre que estén enfrentados, que uno se oponga a la necesidad del otro. Pero si están próximos, de acuerdo o en aparente sintonía, es el momento de que entre en escena C para dinamitarlo todo y enfrentarlos. Sin eso no hay drama, historia. Hay otros tríos menos evidentes, como el que formamos Lucía-Polonia-Yo. Y este es un triángulo que encierra otras tensiones, que tienen más que ver con temores antiguos, desconfianzas eternas, rencores, desprecios… En definitiva, con la incomprensión y la ideología. Por último, hay otro triángulo que entra ya en el género de la historia de fantasmas, el que formamos Lucía-Sonia-Yo. O sea, mi realidad aquí, hoy, junto a una mujer de carne y hueso, en combate con mi vida pasada, con el espectro invencible, omnipotente, de Sonia. Mi *Annabel Lee,* ¡cómo nos gustó siempre esa canción de Radio Futura! ¿Verdad, Sonia? Sobre todo a mí, sobre todo cuando no sospechaba que hablara de mí:

> No luce la luna sin traérmela en sueños
> Ni brilla una estrella sin que vea sus ojos
> Y así paso la noche acostado con ella…

Amar a alguien, hacerlo de verdad, significa aislarse del mundo y consagrarse a una obsesión. Y ni siquiera lo vivimos como un sacrificio, como una renuncia. Entramos silbando en la hoguera.

Ayer y hoy, memoria y experiencia. Además, ¿mi vida con Sonia era como me empeño en recordarla? El pasado es mentira, todos tenemos una autobiografía oficial absolutamente falsa. Y en las buenas historias, la memoria también lo es. Todos los personajes intentan ocultar lo que sienten, no contarlo, no mostrarlo. Todos disimulamos, interpretamos, nos adivinamos unos a otros. Como los buenos actores, que no fuerzan las emociones en escena, que las ocultan, las tememos, nos avergüenzan. ¿Por lo vivido? ¿Por estar vivos? ¿Por lo hecho? ¿Por no haber hecho más?

Sí. Todo se escribe en triángulos, siempre hace falta una tercera persona que al darnos más opciones que el tú y yo, desestabilice todo y nos enfrente a la realidad, destruyendo lo que creíamos seguro. La mentira en que nos refugiamos para defendernos de la ferocidad del mundo. De la crueldad para con nosotros mismos.

Si la repetición de vértices en los triángulos mide su valor, si es una señal, está claro que Lucía es la más importante. Obviamente yo no cuento. ¿O sí? ¿Qué otros tríos esperan a manifestarse? Espero que ninguno, ya tengo bastante material para fabular con estos tres —¿tristes?— tríos. El valor del triángulo no está en ser tres, sino en cómo esos tres están unidos, sin romperse.

Tríos…

¿Trío?

Triángulo.

36

Tras desayunar sigo atornillado a la mesa. Consigo un par de horas de buena escritura, avanzo con esta historia que me ha inspirado la fosa. En el fondo, es la novela que llevaba dentro desde siempre. La que todo buen escritor de este país debe afrontar en algún momento. La herida brutal, el zarpazo que arrancó vidas en cada familia, en cada ciudad y pueblo de España. La brutalidad que siguió a la victoria durante décadas, pues nunca fue paz sino revancha lo que se impuso a la mayoría de España. Venganza y miedo; nunca perdón y reconciliación. Las voces acalladas, los susurros temerosos. ¿Y cómo no callar? «¡Franco, Franco, Franco!». Tres veces el grito, tres amenazas, tres descargas de fusil, tres vueltas de cuerda o del garrote al pescuezo y un «¡Arriba España!» que se convierte en el tirón que rompe el cuello de uno, de mil o de un millón. O el golpe sordo de los cuerpos agujereados contra el fondo de las fosas. Tres veces «¡Franco!» durante cuarenta años, la multiplicación del horror, del miedo y el silencio a cada grito. «¡Franco, Franco, Franco!», tres voces, fuertes, para acallar el silencio atronador de un país de gente asustada, el rugir de las tripas, los quejidos de una nación de cojos, mancos, tuertos, ciegos y locos, de sangre joven dilapidada para regar tierras yermas. ¡Pero ojo, Diego! Nota importante: «Huir del mito de la España cainita». No hay dos Españas violentas *per se* e irreconciliables, condenadas a asesinarse, no. Es como esa mierda mentirosa e hiperpublicitada de la polarización o esa otra según la cual todos los chavales son fachas. Las hostias vienen siempre del mismo lado, de unos pocos que están siempre al servicio del poder y del privilegio, que emplean los resortes que haya que usar para

detener el avance de la mayoría, reprimirla o aplastarla. No hay, pese al *Duelo a garrotazos* de Goya, dos Españas enfrentadas a golpes eternos. Hay una España que siempre intenta caminar hacia algo mejor y otra, pequeña y servil, que la aferra por los faldones de la levita, de la camisa o de la falda para que no avance y, si hace falta, la asesina para que nada cambie. Es una diferencia fundamental. Esa estupidez fatalista de la España cainita no es más que otra mentira interesada, promovida para justificar que el golpismo y la violencia son inevitables porque llevamos una trágica maldición en la sangre y que, cada cierto tiempo, hay que purgar España de malos españoles. Que la Guerra Civil era ineludible por el caos republicano, que la llevamos dentro. Se siembra así en la sociedad una profecía autocumplida para cuando haga falta dar otro golpe, otro baño de sangre inexcusable, cuando la verdad es que las guerras civiles siempre las desatan los poderosos cuando ven sus privilegios en peligro. Hay sicarios e imbéciles que escriben al servicio de perpetuar estas mentiras guerracivilistas y, por supuesto, han hecho muy buena carrera.

Salgo a la silla de fuera a fumar. Cuando dejo el fresco interior, el calor me golpea. Veo a Lucía podando en su huerto. Me ve y la saludo. Lola la está ayudando y lleva un cesto en el que su abuela va depositando verduras y frutos. Los perros corretean por allí. Cuando acabo el cigarrillo me acerco hasta las dos mujeres.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días, Diego! —contesta Lucía, incorporándose con las tijeras de podar en la mano derecha y llevándose la izquierda a los riñones. Tiene la cara perlada de pequeñas gotitas de sudor y un mechón de pelo pegado a la frente. Está guapa.

—¡Hola, Diego! Estás escribiendo mucho, ¿no? —Lola lleva un gorrito de pescador rosa y parece mucho más fresca.

—Sí, la verdad es que sí. Este lugar es una maravilla. Siento que el tiempo rinde más. Además, charlar con vosotras, lo de la fosa, me está resultando muy inspirador.

—¡Ah, qué *cool*! Igual Diego nos dedica su próxima novela, ¿no, abu?

—Igual, Lola. Aunque las dedicatorias son siempre algo muy especial para los autores y seguro que Diego tiene otras personas en mente.

—Pues la verdad es que no muchas. ¿Quién sabe? Si seguís siendo así de encantadoras, igual os la dedico.

Abuela y nieta se miran y sonríen cómplices.

—Lola, los perros y yo nos vamos a dar un paseo por el olivar, por si te apetece.

—¿Con este solazo?

—Sí, iremos bajo los árboles, hay mucha sombra. Vente, si es que no vas a seguir trabajando ahora mismo.

—La verdad es que necesito descansar un poco del teclado. Me encantará pasear con vosotras.

—Vale, iremos por otra parte del olivar hasta una dehesa muy bonita y con una pequeña ermita. Lola, déjale a Polonia lo del capacho y tráete agua en una mochila. ¡Ah, y mi sombrero de paja!

—¡Vale! —Lola se aleja chiflando y jugando con Zar y Tina.

—Pues yo voy a por mis gafas de sol y una gorra. ¿Me esperas aquí?

—Sí —Lucía asiente, sonríe y se quita al fin el mechón de la cara—, salimos de aquí, del huerto, hacia allá.

Pese al calor, el paseo hasta la ermita es agradable. En mi cabeza se mezclan lecturas de Delibes y Gabriel y Galán con películas rusas de terratenientes en sus dachas y francesas sobre veraneos interminables en la campiña, los burgueses hipócritas de Chabrol o los cultos de Rohmer. Abuela y nieta comentan cosas sobre conocidos y familiares, muy por encima para no hacerme sentir excluido de la conversación, pero también sobre el aspecto de los árboles o un pájaro sobre cuyo nombre no se ponen de acuerdo. En nuestro caminar, sosegado, buscamos la sombra que proyectan las enormes encinas. Me parece que hierba y matojos están agostados, pajizos y hasta blanquecinos en los lugares sin sombra, aunque

aguantan mejor bajo las copas de los árboles. Pero nada que ver con el verdor del huerto de Lucía; claro que ella tiene riego por goteo y cosas así. Siento la vibración de la vida alrededor, afinada con el diapasón de las risas y voces de la abuela y la nieta, que, me resulta evidente y más tras espiar la llamada entre Lola y su amiga, se quieren y se entienden. Practican una esgrima cariñosa que exige amor. Viéndolas, comprendo que esa complicidad halaga a ambas. A la mujer mayor porque le hace pensar que aún perdura algo de la joven que fue. A la niña porque ese conchaveo benévolo con la autoridad, con alguien del mundo de los adultos, la hace sentir más mayor.

Se me atraviesa la arrogante idea de que yo podría ser el hombre entre ellas, pero imaginarme de cortijero me resulta ridículo y desecho de inmediato la imagen. Además, ¿el hombre de cuál de ellas? ¿Serlo de una no provocaría el rechazo de la otra? ¡Absurdo! ¿Qué razón tengo para fantasear con ello? ¡Ninguna!

—Mira, Diego, ahí está la ermita. —La voz de Lucía me devuelve a la realidad. El edificio se alza sobre un suave altozano rodeado de encinas y alcornoques. Tiene los muros encalados y una cubierta a dos aguas de tejas viejas, oscuras. No es muy grande, rectangular, con una sola nave. La puerta presenta un arco de medio punto protegido por un pequeño pórtico, supongo que para resguardar a los peregrinos. Lo remata una espadaña con dos vanos para campanas, aunque conserva solo una. Nos acercamos—. Es del siglo XVII y en esta explanada se celebraban reuniones y romerías. Está dedicada a San Blas, que es muy milagroso contra los males de garganta y las epidemias.

—Siempre me ha impresionado la pluralidad milagrera de los santos. Son verdaderas navajas suizas.

La abuela y la nieta se ríen. No sentamos a la sombra del pórtico. Me apetece fumar, pero siento que no es el lugar ni el momento, que me haría de menos ante ellas. Bebemos y Lola pone agua a los perros en un cuenco de plástico. Mientras lo hace me mira.

—¿No eres religioso, Diego?

Lucía también me escruta.

—Eso depende.

—¿De qué? —pregunta la abuela.

—De si vosotras sois religiosas.

Las dos resoplan de forma parecida y niegan con la cabeza.

—No, no soy religioso. No creo en Dios ni en el más allá. Me interesa el más acá. Creo que aquí, ahora, están los únicos cielos e infiernos que existen. La religión no es más que superstición más tiempo y espacio, igual que la comedia según Woody Allen es tragedia más tiempo. O como dijo Nietzsche, todas las religiones en su origen fueron bromas que se han olvidado de que lo eran. Bromas pesadas y peligrosas para cualquier ser pensante. Claro que nuestra tendencia a ver caras en los enchufes y figuras en las nubes demuestra nuestra necesidad, como especie, de dar orden y significado al caos.

—De eso se han aprovechado siempre las iglesias —remacha Lucía.

Esta mujer cada vez me cae mejor.

—¿Y vosotras qué? ¿Ni siquiera un poquito de espiritualismo, energías?

—Yo soy como tú, Diego —contesta Lucía, abanicándose con el sombrero—. Allá cada cual con sus amigos imaginarios, Jesucristo o el gato con botas. El problema es cuando los creyentes en un amigo imaginario quieren decirnos a los demás cómo vivir. O amar.

—Claro que tú y yo, Lucía, tenemos edad para recordar lo que le hicieron los curas y su dios a este país, ¿verdad?

—¡Y en especial a las mujeres!

—Sí. ¿Y tú, Lola?

—Pues no lo sé. Religiosa no soy, no de misas y eso. Pero me gusta pensar que hay algo más. Llámalo dios o llámalo equis. ¡Una *energy*!

—Curioso, ¿no, Lucía? La más joven de los tres y es la única que cree. Y no es que se piense que hay algo más, se cree. Cuando interviene el pensamiento, la magia desaparece. ¿No te has fijado en

que desde que todos llevamos una cámara en el móvil ya no se aparece la Virgen ni se avistan ovnis?

Lucía asiente burlona mientras mira a su nieta.

—¿Y rezas?

Lola duda, baja la mirada un instante y luego, tras pasarla por Lucía, clava sus ojos en mí.

—Sí, rezo. No sé a qué o a quién. Pido cosas buenas para la gente a la que quiero.

—¿Y para ti?

—Sí, para mí también.

—Bueno, Lola, eso está bien. Es bonito porque significa que hay gente a la que quieres y te preocupa —apoya Lucía.

—Sí, Lola, rezar está bien —concedo, pero no renuncio a un último mordisco—: Pero ya sabes lo que dicen: «Si rezas, hablas con Dios. Si Dios te contesta, es esquizofrenia».

Los tres reímos juntos, la que más Lola.

—¡Hala qué bruto, Diego, ya te vale! Pero es muy bueno, te lo robo.

—La verdad es que no me extraña que haya un rebrote de religiosidad entre los más jóvenes. —La risa de Lola, su cercanía, me motivan, así que decido entregar una coartada a lo que, para mí, no es sino superstición—. Vivimos en un mundo donde la única ideología dominante, la aberración neoliberal, solo os ofrece individualismo. No hay espacio para las grandes ideologías de lo común. Es normal que a muchos no os baste y busquéis ideales en los otros grandes nichos comunitarios, las religiones, la espiritualidad. Es un error, pero es normal. Y el capitalismo fagocita y monetiza enseguida cualquier movimiento social o cultural. Por eso están de moda otra vez las monjas, los rosarios y los crucifijos. ¡No es más que mercadotecnia de la inquietud!

Lucía asiente y mira a Lola burlona.

—Diego, tiene razón. Las chicas tenéis que estar alerta. Que la moda no se convierta en el caballo de Troya del retroceso, de la pérdida de derechos. Feminista, ¿eh?

—¡Feminista, abu!

—Sí, Lola, que no os la cuelen. ¡Cuidado con la religión, con las religiones! Dicho esto, me encanta visitar iglesias, catedrales, mezquitas, leer sobre las religiones como construcciones culturales…

—O sea, de turista —sentencia Lola.

Pongo un teatral gesto de amenaza.

—¡No se te ocurra llamarme turista, cualquier cosa menos eso! ¡Los odio a muerte!

—¡Ya, pero todos somos turistas para alguien! —Lola no suelta la presa—. ¡Aquí eres un turista!

—No, es un novelista en busca de paz —me defiende Lucía—. Y ya un amigo.

—Gracias, Lucía, me ha encantado.

—En serio, ¿no te gusta viajar?

—Sí, Lola, y he viajado mucho. Pero en los últimos años he dejado de hacerlo, no viajo si puedo evitarlo.

Es cierto, pero me callo el pequeño detalle de que tampoco tengo con quién viajar y que yo ni voy al cine solo, ni me voy de vacaciones solo, y que pienso que quienes lo hacen son sicópatas y gente sin afectos. O sea, yo.

—¡Viajar está sobrevalorado! —tercia Lucía.

—¡Ya, eso lo decís los mayores, que ya os habéis hartado de viajar!

—¡Punto para Lola! —intervengo divertido por ser parte ahora de la esgrima a la que asistí antes como testigo. Vuelvo mi atención a Lucía—: ¿Algo que decir?

—Que ya no viajo, no salgo de mi casa si puedo evitarlo. Solo alguna escapada a Madrid muy de cuando en cuando. Sí, viajar está sobrevalorado, es casi imposible hacerlo sin verte rodeado de extraños, de vulgaridad. Ya no se pueden disfrutar lugares vacíos

Esa frase decreta el silencio de los tres.

Lola se reclina sobre el escalón del pórtico mordisqueando una nectarina. Lucía entorna los ojos un momento, suspira y los abre mucho, como si quisiera ver por primera vez el paisaje. Yo me siento

en paz. El zumbido de las chicharras, apenas contrapunteado por el de alguna mosca, lo domina todo. Los perros juegan y se persiguen ante nosotros. Tina molesta a Zar, que se revuelve y le enseña los dientes. De pronto ambos detienen su juego y se quedan quietos, en tensión, mirando a un mismo punto.

—Han olido algo— me dice Lucía—, un topillo. O una liebre.

Tina da un respingo y trota ligera hacia eso que nosotros no vemos. Zar la detiene con un par de ladridos secos. La perrita duda, mira hacia unos matorrales, luego al perro, a nosotros y regresa moviendo el rabo.

Pasamos todavía un rato reclinados en el pórtico. A gusto, bromeando. De pronto, la mujer calla, se enseria, y la chica y yo nos recogemos en nuestros pensamientos mientras la vida zumba con una intensidad que sería insoportable de aumentar solo un poco. Sin el pretexto del diálogo, evito mirarlas; buscar sus ojos en este silencio me parece invasivo. Bandas de estorninos histéricos se persiguen en el aire que hierve, formando nubes cárdenas y líquidas. De pronto la reina se recompone, sale de su mutismo y le dice a la chica que se adelante con los perros y le diga a Polonia que prepare la comida, que ella y yo caminamos más lento. Lola se incorpora de un salto y se aleja entre las encinas con Zar y Tina.

Lucía no hace amago de levantarse. Aún no.

Entiendo que ha querido que nos quedemos solos, que volvamos los dos paseando solos, sin su nieta.

Y eso me gusta.

37

Caminamos despacio, buscando siempre la sombra de los árboles. Todo cruje amarillo y seco, el polvo del sendero se mete en la boca y en el aire, eléctrico, no hay rastro de humedad. Y aun así, hay algo hermoso y pacífico en esta víspera del incendio universal. Pese al calor, ninguno tenemos prisa por llegar. Como ahora somos solo nosotros dos, la vuelta, siendo la misma, me parece un camino muy distinto. La dehesa se pliega suave bajo el sol cenital que la comprime, las sombras son más cortas, veo más flores. Blancas, amarillas, malvas. Todo zumba alrededor en un crescendo que igual podría anunciar el fin del mundo o su creación. Las pisadas de Lucía son ligeras. A los paisajes, más que la luz, los cambian las personas con quienes los compartes.

—Lola te quiere mucho.

—Y yo a ella.

—Viéndote con tu nieta, supongo que fuiste muy buena madre.

—No lo sé. Deberías preguntarle a mi hija Ana, igual te sorprende.

—¿Va a venir también?

—Te gustaría, ¿no? La joven, la mujer, la menopáusica. ¡Todas las edades de Eva!

—Eso de menopáusica suena feo, Lucía.

—La menopausia no es una enfermedad, Diego, es el paso a otra cosa. Cambias. Yo creo que os asusta más a vosotros que a nosotras. Cada mujer es un mundo, pero a mí me dio paz. Adquieres un superpoder, el sexo deja de importar tanto. Te da un poco igual.

—¿Sí? Bueno, Lucía, quizás las mujeres no…

—¿No me irás a soltar la chorrada de que a los tíos os gusta follar más que a nosotras? Porque no es verdad.

Caminamos unos pasos en silencio.

—Los hombres no sabéis nada —continúa Lucía sin mirarme—. Los hombres teméis el deseo femenino, la libertad del deseo y su potencia en la mujer. Eso es lo que representa el monstruo del deseo en *Drácula.* Una mordida y las mujeres se convierten en deseantes insaciables, imposibles de satisfacer por ningún hombre normal. Por eso los buenos burgueses lo buscan para clavarle una estaca en el corazón. Para restablecer la moral y la sumisión de la mujer. El matrimonio.

—Interesante. Nunca lo había visto así. Y supongo que cuando ya se nos hizo difícil creer en monstruos y espectros, los hombres nos inventamos la *femme fatale* para encarnar nuestros miedos a la libertad de la mujer.

—Exacto. Una mujer insaciable que destruye a los pobres hombrecitos. Una fantasía vuestra. Yo solo veo hombres fatales.

Asiento y sonrío. Lucía suspira.

—Lo cierto es que, con la menopausia, el sexo pierde mucha importancia. No tiene por qué ser peor, no todo es penetración. Es distinto. La piel sigue ahí, más arrugada, pero sigue ahí. Te sigue gustando tocar y que te toquen. No desaparece el deseo, pero hay menos vitalidad y piensas mucho menos en el sexo.

—A ti no parece faltarte vitalidad.

—Pues imagínate cómo era con veinte, treinta… ¡O con cuarenta, cuando me divorcié! —Lucía me mira burlona, como si tuviera que explicar lo evidente a un niño. O a un tonto. No veo venir el golpe—. Además, adquieres una clarividencia nueva. Y mucha gente pierde el interés sexual por su pareja sin estar menopáusica, ¿no?

—Sí, claro que sí.

—Cambiar de pareja, descubrir, le devuelve interés al asunto. Yo he tenido un par de enamoramientos muy de chica joven en los últimos diez años. ¿Y sabes otra cosa buena, al menos en mi caso? Que haces las paces con tu cuerpo. Aunque siempre fui delgada, no

soy inmune a la gravedad. Dejé de preocuparme por entrar en ciertas tallas de ropa y hace años que no visto nada que no sea cómodo.

—Es muy bonito lo que llevas puesto.

—¡Gracias! Tú también vas bien, Diego… —contesta Lucía frunciendo el entrecejo.

—¿Pero? —replico alarmado, mientras hago como que me reviso lo que llevo puesto—. ¿No voy adecuado al entorno cortijero?

—Sí, vas sencillo y elegante. ¡Y esto no es la jungla o un desierto! ¡Al menos no te has vestido de explorador para venir a Badajoz!

—No me digas que algunos vienen así.

—Sí, sí. Pantalones cargo, chalecos de esos con mil bolsillos.

—¿Salacots?

—Casi.

—¿Quién, Lucía? Cotilléame.

—¡No, soy una tumba! Mi negocio se basa en la discreción.

Seguimos caminando hasta la sombra del siguiente olivo. Hay una relajación que nace del estar a gusto, de cierta complicidad que me sorprende por lo fácil, lo rápida que es. ¿Qué llevo aquí? ¿Seis días? Sí, seis días y cinco noches. Se me pasa por la cabeza que, a veces, hay cosas y personas destinadas a encontrarse.

—Bueno, ¿pero entonces qué le pasa a mi ropa? —pregunto al fin.

—Pues que está limpia, es bonita, pero…

—¿Pero?

—Pues que se ve que es antigua, usada. Y eso a cualquier mujer nos dice que estás solo, que no tienes una pareja, otra mujer que te regale, te mime y, sobre todo, te diga: «Tira ya esa camisa vieja; por mucho que te guste, no puedes ir así».

Nos detenemos. La miro sorprendido.

—¿Me equivoco?

Mantengo el silencio unos instantes, mirando a Lucía a los ojos. Calibrando. ¿Qué me estoy jugando? Al fin sonrío.

—Ya te dije que Sonia me dejó, como pitonisa no…

—Sí, eso me lo dijiste. Lo sé. Y la camisa me dice que no hay nadie más, que llevas mucho sin arreglarte para otra. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas. Eres muy observadora.

—Las mujeres lo somos. Tenemos que serlo, para criar y por pura supervivencia. Los hombres os podéis permitir ir despistados por la vida. Nosotras no.

—¿Y tú estás sola, Lucía?

—Tengo una amiga. No nos vemos mucho. Ella vive en Madrid. Ninguna impone su presencia a la otra.

—¿Y no echas de menos estar con alguien, una pareja?

—No. Tuve muchas tras el divorcio. Ahora me interesa más disfrutar de mi tiempo. Estoy a gusto conmigo misma. ¿Tan raro te parece, Diego?

—No, pero es que… Eres una mujer hermosa.

—Gracias, siempre es agradable que te cortejen.

—Lo eres… —Me ahorro decir el «todavía» que se me ha venido a la boca. Me parece grosero.

—Y dime, ¿lo soy menos por estar sola?

—No, claro que no. No pareces una solterona.

—¡Ah, claro! Un hombre solo es independiente, interesante. Una mujer sola es una solterona. Y debe ser fea para que todo encaje. ¿Tu madre volvió a casarse?

—No. Ella fue viuda y una solterona. Y no la recuerdo fea, ni muy guapa. La recuerdo triste.

Caminamos en silencio unos pasos, hasta que yo mismo me sorprendo al oírme.

—Lucía, curiosidad de escritor: ¿Y el sexo cómo es para una mujer como tú?

—¿Curiosidad de escritor o de hombre?

—De hombre que escribe.

—¿«Una mujer como yo» significa de mi edad? —Asiento—. Pues lo vive con tranquilidad porque depende poco de los otros. Se masturba. Y si llega a la cama con un hombre o una mujer, se lubrica para que no le duela, y se enfoca mucho en los preliminares,

en las caricias, los besos. Pero, mujer al fin, tiene siempre el botón mágico que todo lo puede: el clítoris.

La observo asombrado, sorprendido por su franqueza.

—¿Te escandalizo, hombre que escribe?

—No. El sexo, practicado o descrito, es siempre exhibicionista. Nos convertimos en mirones del otro, ofrendando nuestra excitación para así despertar su deseo. No deja de ser una representación, a veces poco acertada o muy sobreactuada, en busca del aplauso húmedo de una sola persona.

—Puede ser.

Caminamos en silencio y, al pasar bajo la copa de una encina, me parece oír que las ramas se quejan por el calor. Imagino las raíces desesperadas, engarfiadas, hurgando la tierra en busca de un agua que no hay. Una pareja de vencejos se persigue frenética por un cielo azul, sin nubes, rayado por listones de luz blanca. Los pájaros chillan, abrasados por el sol o por el instinto. Y, sin embargo, agradezco que el cortijo aún esté lejos.

—¿Qué me diría tu hija Ana de ti?

Lucía duda, me mira de soslayo, cabecea.

—Pues que no fui una buena madre. No la que ella esperaba, desde luego.

—¿Ella?

—Ella, mi marido, mi familia. ¡El mundo!

—¿Y eso?

—Diego, yo amé a mi Ana, la amo, y amo a Lola. Pero odio la maternidad. Tuve a mi hija muy joven, con veintitrés años, y no quise tener más. ¡Imagínate las broncas con Gonzalo, con mis padres, con mis suegros! Yo fui la primera decepcionada tras dar a luz. Nada fue como siempre me contaron que sería. No para mí.

—¿Tuviste un embarazo difícil?

—No, en absoluto. Nada que ver con eso. Solo… No sentí la felicidad que se supone que todas las mujeres debemos sentir. Quería a la niña, claro que sí, pero no era lo que más quería en el mundo. No sé si me explico. Me sentí vacía; la quería, pero era

incapaz de ver en ese cuerpecito la culminación o el sentido de mi vida.

—Entiendo.

—No, no puedes entenderlo. Eres un hombre. Para vosotros todo es distinto. Yo me convertí, a mis propios ojos, en un monstruo porque no quise tener más hijos. Tampoco sentí luego que toda mi existencia tuviera que subordinarse a la crianza de una niña. Mi hija, Ana, la madre de Lola, se crio en internados. Apenas si compartíamos fiestas y vacaciones. Creció siendo una extraña para su madre, sintiéndolo, y yo una extraña para ella. Nunca supimos cerrar esa brecha, más y más grande con los años. Los contactos se hicieron incluso más escasos después de mi divorcio de Gonzalo y de que yo pasara cada vez más tiempo aquí. Ana vino muy pocas veces al cortijo, sobre todo en los primeros dos veranos, en las vacaciones. Esto nunca le gustó, lo asociaba al divorcio de sus padres. En cuanto fue mayor de edad, nunca volvió a poner un pie en Las Encinas Azules. En cambio, siempre le encantó ir a Santander con mi ex. Mi nieta, cuando tuvo edad, me preguntó por qué nunca nos veíamos su madre y yo. «En realidad, nunca sabemos qué decirnos», le conté. Ana sufrió mucho con el divorcio, del cual siempre me culpó a mí por no perdonar las infidelidades de su padre, por no poner la familia por encima de sus errores. Intenté explicarle que a mí sus aventuras me importaban poco o nada, porque ya no le quería. Gonzalo siempre la llamaba su «novia». Ahora, como abuelo, hace lo mismo con Lola. Es un experto en apariciones breves, mágicas, cargadas de regalos y sin preguntas incómodas. Él siente que cumple así y se evita problemas. Tenían un lazo que yo nunca pude o quise romper. O intentar hacer también mío. De alguna manera, puede que injusta pero era lo que sentía, empecé a ver a mi hija como a un contrincante, una amenaza a mi necesidad de sentirme libre. ¡Cada vez que Gonzalo me decía eso de que lo había hecho todo por mí, decía también que era por nuestra hija! Se formaron dos bandos y ella no estaba en el mío. No la culpo. Ana evitaba llamarme, venir a verme y, si cada tanto daba señales de vida, era

para contarme que había estado con su padre, que había salido a navegar con papá, que había comido o cenado con papá, que habían pasado el fin de semana juntos. Yo fingía alegrarme, mientras pensaba que mi hija no me caía bien. Ni siquiera tenía la coartada de que fuera drogadicta, inadaptada o mala persona. Era normal, muy normal. Eso puede pasar, ¿sabes? Y debía de ser mutuo, porque nunca recurrió a mí cuando hubo algún problema durante la crianza de Lola. Pese a esto, el momento más aterrador de mi vida fue la primera vez que tuve que llevarla, de muy pequeña, a urgencias. Nunca sentí ese miedo antes o después. Extraño, ¿no? Con el tiempo nos reencontramos, pero jamás desaparecieron esa cierta frialdad y extrañeza, abonadas por reproches que nunca se ventilaron a fondo entre nosotras. Ana es una madre normativa, le apasionan los chats de padres y madres del colegio, cosas así. Otra cosa nos volvió a distanciar, aunque ya no parecía irresoluble porque, realmente, ni mi opinión era importante para Ana ni yo necesitaba imponérsela.

—¿Qué pasó?

—Un día me contó que había descubierto que su marido, Alfonso, el padre de Lola, la engañaba, que hacía años que tenía un lío con una compañera de trabajo. Tantos que Alfonso se había vuelto tan descuidado que le fue imposible no enterarse.

—O quizás su marido dejaba un rastro evidente porque quería que le pillase, que algo cambiara.

—Puede ser. El caso es que mi hija me lo contó como sin darle importancia. Sin llantos ni dramatismo. Y sin pedirme consejo. Yo le pregunté qué pensaba hacer, si iba a pedirle a Alfonso que dejara a su amante, si iba a divorciarse. Le dije que yo conocía un buen abogado.

—¿Y?

—Y nada. Se limitó a sonreír y me dijo que eso fue lo primero que pensó, pero que no iba a hacer ninguna de las dos cosas, que era feliz junto a su marido, que no era tan egoísta como para pedirle que renunciara a un amor y que, sobre todo, ella no era como yo.

Que Alfonso podía estar con otras pero que, al final, siempre volvía a casa, y que ella no anteponía su felicidad a la de su familia. Yo debí de mirarla con pena, o con desdén, no como se supone que debe hacerlo una madre que siempre perdona, porque ella me devolvió una sonrisa llena de desprecio. Estábamos en la cafetería Santander, en la esquina de Santa Bárbara con Alonso Martínez. A Ana le gustaba ese ambiente pequeño burgués, se sentía segura rodeada de esa normalidad. Por un tiempo quedábamos allí, muy de cuando en cuando, para merendar. Esa fue la última vez que lo hicimos.

Lucía se calla y pienso que, consciente o no, para redimirse acoge ahora a Lola, su nieta, como nunca lo hizo con su hija.

—Cuidar da sentido a la vida, pero no puede ser el único sentido de la vida. Ser mujer no puede reducirse ni resumirse en ser madre. Sentí que ser madre era suprimir mi individualidad. O, si no destruirla y renunciar a ella, sí suspenderla indefinidamente. Que ya nunca me preguntaran por mí, por mis ilusiones, sino por ella, por el fruto de mi vientre. Que todo mi yo quedara reducido a eso, a ser madre. ¿Has visto qué pasa siempre con las embarazadas en las pelis, Diego?

—No, ¿qué pasa?

—En las de terror no tanto. Pero en todas las pelis, cuando una mujer se queda embarazada, desaparece de la trama.

—¿Cómo que desaparece? No entiendo.

—Pues que desaparece el ser humano, la persona, con sus sueños e intereses. Se convierte en una tripa a la que hay que proteger, nada más.

—Puede ser. Supongo que hay excepciones, pero puede ser. No lo había pensado nunca.

—Claro, porque no eres una mujer. Yo sí lo he pensado, lo he visto. Por eso, hasta fantaseé con abandonar a mi hija para perseguir algún sueño personal o profesional. Aunque en realidad no existiera. Pero no me atreví a cruzar esa última frontera de la maldad, de la monstruosidad femenina según el evangelio de los hombres. Si el crimen de los hombres es la violación y el asesinato,

el crimen de la mujer es el abandono de los hijos. Dejar de cuidarlos. Los hombres sí, muchos se van a por tabaco y no vuelven. O se desentienden. Son los proveedores, no los cuidadores. Mi marido era así. Por eso los hay que incluso tienen varias familias. Pero nosotras… Toda nuestra vida pasa a depender de cuidar, de los horarios y exigencias de otras personas. A estar siempre disponibles para los otros, ignorando nuestros propios miedos para calmar los de ellos. Y se supone que, gracias al instinto maternal, nos tiene que gustar. Eso del instinto maternal es otro invento de los hombres, incapaces la mayoría de aceptar que vienen del deseo de una mujer. Sí, fantaseé con ello, como todos fantaseamos con monstruosidades. Quizás para no hacerlas. Me preguntaba a mí misma qué pasaría si dijera lo que de verdad sentía. Si invertía el orden natural de las cosas y no sacrificaba mi libertad para hacer posible la de mi hija. No me atreví. Nadie me lo pidió tampoco, por supuesto. Nadie, ni yo misma, quería oírlo.

—¿Y?

—¡Y nada! Siempre hay versiones aceptables, civilizadas, para los crímenes. Como te he contado ya, en cuanto pude, pudimos, la metimos en internados carísimos. La mandamos al exilio. Gonzalo protestó un poco, pero tampoco se negó. También es egoísta y, sin que yo aceptara encargarme de la intendencia, vio las ventajas del asunto. Claro que tú no puedes entender lo que te cuento. Puedes empatizar intelectualmente, o detestarlo moralmente. Pero no entenderlo.

—¿Porque soy un hombre?

—Sí, te lo he dicho, porque eres un hombre. Y los hombres se ausentan o abandonan todo el tiempo, pero nadie les reprocha nada. O no mucho, ¿verdad? Hasta se les suele disculpar.

—Sonia, mi pareja más larga, y yo tampoco quisimos nunca tener hijos. Claro que te entiendo. Y a Gonzalo. Es más, tú sí tuviste una hija y ahora una nieta, así que no tuviste que soportar la incomprensión y las críticas, más o menos veladas, de amigos y familiares. «Os vais a arrepentir, si no los tenéis ahora luego será

tarde y os vais a arrepentir». De todos modos, nada es blanco o negro. En esa supuesta libertad que te da no tener hijos, hay mucho del peor individualismo, ¿no?

—¿Y antes de Sonia? ¿Con otra, nunca quisiste?

—No.

—¿Por qué?

—No hay una sola razón, por supuesto. Los escritores somos bulímicos de lo humano y, por fuerza, antropófagos de nuestros egos y recuerdos. Tenemos una visión del mundo y nos entregamos a ella. Una visión que creemos la correcta y superior en todo a las de los demás, en especial a la de otros escritores. Y somos egoístas. Necesitamos tiempo para imaginar otras realidades, para crearlas. Y la familia, satisfacer sus necesidades inexorables, requiere tiempo. Yo no tengo hijos. Primero por convicción. Kundera escribió que tener un hijo es estar de acuerdo con el Hombre. Y yo no lo estoy, ni con el Hombre ni con el mundo que ha creado. Y que está destruyendo. No creo que merezca reproducirlo, reproducirme, traer y abandonar a alguien a este horror. Y segundo, por comodidad. Me consuelo pensando que, estadísticamente, los escritores, geniales o no, no son buenos padres. No tenemos tiempo. Me gusta mi soledad. Acepto encantado ese peaje de mi oficio. Si no soportas la soledad, no puedes ser escritor. El sueño de cualquiera que escribe, hombre o mujer, es esa habitación propia de Virginia Woolf. Con pestillo y sin gritos al otro lado de la puerta.

—¡Ya veo que lo tienes muy razonado! —se burla Lucía—. Supongo que no es la primera vez que te lo preguntan.

—No, claro que no —concedo sonriendo—. A partir de ciertas edades cada vez te tienes que justificar más a menudo ante los demás por no haber hecho lo que todo el mundo espera de ti, lo que les tranquiliza porque ellos sí lo han hecho y no quieren alternativas que acrecienten sus dudas. Bueno, Lucía, por lo que me has contado, tú también has reflexionado mucho sobre ser madre, buena o mala.

—Siempre he necesitado armarme de argumentos. No se puede dar siempre la callada o la indiferencia por respuesta.

—¿Armarte contra quién, Lucía? ¿Contra tu marido?

—Bueno, como es lógico, contra los primeros que me iban a pedir explicaciones, los directamente afectados: Gonzalo, Ana, mis padres, mis suegros… Sobre todo Gonzalo, cuando empezamos a distanciarnos y me insistió en tener más hijos.

—¿Y qué pasó?

—Que me negué.

—Y se lo tomó mal, claro.

—Muy mal. Me hablaba de salvar nuestro proyecto de pareja. Yo le dije que meter a un tercero, a un hijo, no arreglaría nuestros problemas. Que esa responsabilidad nos tocaba a nosotros, no a alguien que ni existía y que nacería con esa losa encima. Tener que salvar el matrimonio de sus padres. Me parecía injusto. Y pese a su enfado, a los insultos y gritos, que los hubo, me callé lo más importante. No quería tener más hijos con él porque ya no le amaba. Me parecía cruel marcar ese desamor en el destino de un hijo. Que algún día se supiera fruto del desamor y el miedo a la ruptura de sus padres. Eso no puede salir bien.

—Muy cierto. Y luego la gente de vuestro entorno también presionaría, ¿no?

—A mí la gente siempre me ha dado igual, y no es pose. No, lo peor fueron mis dudas sobre si hacía lo correcto. Necesitaba saber que podía racionalizar lo que sentía en la tripa, en la garganta.

—Vivir es ser juzgado, hagas lo que hagas. Por uno mismo y por los demás.

—Y si eres mujer, mucho más. De todas formas, las rivalidades entre madres e hijas, yo he sido las dos cosas, son un coñazo.

—Supongo que sí, Lucía. Madres, hijas, padres, hijos… Riñas e incomprensiones que solo se resuelven con la muerte. Nuestros padres, nuestras madres, se vuelven todopoderosos cuando mueren, más y más fuertes cuantos más años llevan muertos. Yo cada vez me acuerdo más de mi madre, no menos.

—¿Y cómo la recuerdas, Diego?

—Como alguien que siempre estuvo ahí para mí, que vivió por mí y para mí. Que lo sacrificó todo por mí.

No digo más y veo en la mirada de Lucía que no le ha parecido suficiente, no después de lo que ella ha compartido conmigo. Suspiro y asiento.

—Balzac dijo de su madre que era un monstruo y una monstruosidad a un tiempo. De esa misma mujer asegura luego un médico que no estaba loca, que era mala. Bueno, pues mi madre fue todo lo contrario.

—¿Lo contrario a la madre de Balzac o a mí?

—Lo contrario a la de Balzac y nada que ver contigo, por supuesto. La recuerdo dulce, siempre comprensiva, como si ser hijo sin padre ya me hubiera colocado en un camino difícil, pedregoso y cuesta arriba, y ella tuviera que calmarme: «No importa lo que pase, yo siempre estaré a tu lado. Te curaré y te levantaré cuando te caigas. Aunque yo misma esté asustada, tú no notarás mi miedo. Porque tú, hijo, eres mi única razón para vivir». Por supuesto, hubo un tiempo en que le eché en cara esa entrega total, la deuda impagable que ponía sobre mí. Que se me hizo insoportable su amor obsesivo, sin descanso. Quizás porque nunca fue un amor alegre, siempre teñido de preocupación, de angustia. Los años en que me dijo que ella era mi novia eterna y yo su novio.

—Bueno, pero eso es hasta bonito, Diego.

—No si lo dices con pena. Pero vamos… Hoy sería capaz de desenterrarla para pedirle perdón y besar su calavera. Era una buena mujer sin nadie que la ayudara. Eso es lo que era. —Esto último lo digo con tal vehemencia que noto a Lucía sorprendida.

—No recuerdo haber leído sobre ella en tus libros.

—Inevitablemente hay cosas de ella en otros personajes, pero nunca quise escribir sobre ella. Me daba miedo pararme a pensarla. El miedo es pegajoso, como la tristeza. Y mi madre, la mayoría de lo que recuerdo de ella es triste. Una mujer, ella lo decía, rodeada de

muertos. «Se me han muerto todos, hijo». Eso lo repetía cada vez con más frecuencia.

—¿Y no tenías más familia?

—Hijo único.

—¿Tíos, primos?

—No, a efectos prácticos, no. Éramos pobres hasta en parentela.

Al callarnos, las pisadas sustituyen a las palabras. Hemos vuelto al cortijo por un lado del huerto, los ojos llenos del sol cegador. Noto sudor en la frente, la espalda y los sobacos. Lucía, la miro de reojo, no suda. La gente bien no suda y suele tener parientes oportunos, en número y posiciones convenientes. Lejos veo enormes nubes con la tripa blanca. Zar y Tina salen a recibir a su dueña. Mientras los perros se enredan en torno a ella, me pregunto si todo lo que me ha contado no es una historia de envidia de la madre por la juventud, hermosura y futuro de la hija. De la bruja envidiando a Blancanieves, la rival en belleza que aquí, además, ha engendrado, hasta el punto de matarla simbólicamente apartándola de ella. ¿Bruja? Sacudo un poco la cabeza. ¿Acaso estoy cayendo en la categorización de la mujer que critica Lucía?

—Me pregunto cómo me recordará mi hija. Si querrá borrarme de su memoria.

—No podría, Lucía. Los muertos se vuelven recuerdos. Y nada podemos contra eso.

—Supongo que no. Eso de que querer es poder es mentira. Voy a decirle a Polonia que sirva la comida. ¿Vienes?

—Sí, me refresco y voy.

38

Cuando llego al amplio comedor, junto a la mesa veo a Lola, Lucía y Polonia de pie, hablando de algo que no oigo. Aunque no parecen discutir, las noto tensas. Polonia niega con la cabeza y evita mirar a Lola, que le busca los ojos mientras le habla. Lucía lo contempla todo con los brazos cruzados, erigida en árbitro de lo que sea que esté pasando. Ninguna repara en mí hasta que abro la boca.

—Hola, ¿interrumpo algo?

—Hola, Diego. No, tranquilo —me contesta Lucía con un tono que es cualquier cosa menos relajado. Lola me saluda con un gesto de la cabeza y se vuelve a girar hacia Polonia, que me lanza una mirada de soslayo. Sea lo que sea de lo que hablan, mi presencia la incomoda.

—Por favor, Polonia, es que, si tú me cuentas tu historia, podría terminar mi trabajo para el instituto —insiste Lola—. Es muy importante para mí. Tu testimonio es muy valioso. Tu versión.

—¿*Pa* qué? Ya te lo he dicho, Lolita… Si *habei escuchaó* a la Fina y *toa su mentira,* que solo dicen *barbaridade* de la gente buena, ¡de mi *pare*!

Me acerco en silencio a la mesa. Veo que toda la comida está servida. Han debido de empezar la discusión mientras Polonia dejaba fuentes y jarras, seguramente con la intención de que yo no la presenciara. No quiero interrumpir la escena que ante mí se representa: no una ni dos sino tres Españas; yo sería una cuarta, discutiendo sobre hablar o no acerca de un pasado común que envenena todavía el presente. Tres mujeres, cada una con una fosa dentro sin cerrar. La chica quizás no la intuye, pero la lleva. Todos en

este puto país la llevamos porque unos —sí, unos, siempre los mismos, los que las abrieron y llenaron— nunca han dejado exhumarlas. Tendrían que aceptar sus crímenes, y hasta ahí podría llegar la legalidad que constituye una democracia real. Las leyes importan y se cumplen mientras no afecten al verdadero poder, a la riqueza. Me mantengo a unos pasos, pero cerca para oír. Lucía provoca un giro que no veo venir.

—Polonia, sabes el cariño que te tiene Lola y que yo te respeto. Mi nieta te lo está pidiendo por favor, para ella es importante. Cuenta solo lo que quieras contar.

—¿Me lo está mandando, señora? —En el tono de Polonia hay mucho de desafío.

—Polonia, no seas así, mujer. Te lo estoy pidiendo, por favor.

—De verdad, Polonia, que serán solo unos minutos y puedes decir lo que quieras. Es para un trabajo del insti, en el pueblo nadie va a saber nada.

—A mí me da *iguá* que lo sepan. Aquí *to no conocemo.*

Lucía resopla, la veo contenerse. Supongo que le irrita la cerrazón, la mala educación en el tono de la mujer, pero se controla por su nieta.

—Polonia, por última vez, yo nunca te pido nada. —La voz de Lucía se vuelve firme, educada, pero con un tono de hartazgo—. Es importante para mi nieta.

Polonia calla y le sostiene la mirada; las arrugas de su cara se hacen más y más profundas. Al fin asiente.

—De acuerdo, como *usté* mande, señora. —Luego gira la cara hacia Lola y la mira con algo más de dulzura—. Lolita, te espero en mi cuarto *ante* de la cena, a *la* siete. Te contaré lo que yo recuerdo.

Lola sonríe y, cuando parece que está todo zanjado, introduce un nuevo elemento en la ecuación.

—¡Gracias, Polonia, eres maravillosa! Iré con Diego, me está ayudando con el trabajo. No te importa, ¿verdad? —la chica lo pregunta con una sonrisa seráfica en la cara y sin consultarme, pero yo no dejo de detectar la maldad tras la pregunta.

Lola sabe que Polonia no se va a negar por miedo a Lucía, quien paga manda, pero también que esta mujer avinagrada no me soporta y, la verdad, yo a ella tampoco. Prejuicioso, no le encuentro lo lorquiano, pero sí lo tenebroso de Solana, lo negro de los aquelarres de Goya, la mezquindad colectiva de algunas aldeanas de Baroja, la miseria moral de la doña Resu de *Las Ratas* o la crueldad de la madre Thénardier de *Los Miserables*. De pronto, ante mí y respirando, creo tener a un perfecto destilado de las pueblerinas más detestables de mis lecturas. Soy injusto, lo sé. La creo a partir de retazos de su grosería y de lo que me ha contado Lucía, de otra subjetividad, unido todo por el cemento de mis odios más antiguos, de mis rencores hacia lo que más detesto de mi país. Atribuyo a esta mujer pequeña y arrugada en cuerpo y alma poderes prodigiosos, maléficos. La mente bosqueja, colorea, con más facilidad que dibuja, detalla o repuja. Siempre es más martillo que buril. ¿La mente? ¿O la emoción? Y aunque me digo que estoy exagerando, que solo es una mujer con mal carácter y poca educación, de algún modo, también mezquino, estoy disfrutando la humillación que le supone la imposición de mi presencia.

—Que venga si *quie*. Yo no tengo que avergonzarme de *na.* — El asco que veo en su mirada descarga mi conciencia de cualquier culpabilidad por mi ejercicio de imaginación anterior—. ¿Se le ofrece *argo ma,* señora?

—No, Polonia. Y gracias.

Polonia no dice nada, se va mientras la miramos en silencio. No seré yo el que lo rompa. Pero su ida, su espalda, su manera de caminar mientras se aprieta las manos, la inclinación hacia delante de su cabeza como la de quien va a embestir, su mirada baja como la de quien maquina y no deja que nada le distraiga, todo deja un mensaje de rencor.

Al sentarnos, Lucía le reprocha a su nieta que no me haya consultado antes si quiero estar presente cuando grabe a Polonia. Y que tampoco la hubiera avisado a ella. Bastante le ha costado que aceptara como para, de repente, añadir esa dificultad. Pero Lola,

que asiente sin más, dice que le ayudó mucho mi presencia cuando lo de Fina, porque tengo más mil de aura y por algún consejo que le di. «¿Cuál?», pregunto sorprendido. Que la dejara hablar, contesta Lola, que no la cortara cuando empezara a hacerlo. Y eso, dice, le cuesta porque está *dentrísimo* con lo de este trabajo, con lo de la fosa.

—¿Cuando tenga la redacción final me la corregirás, porfi, Diego?

—Ya te dije que sí. Lucía, ya que va a ser en el cortijo, ¿también estarás presente?

—No, pobre Polonia. Lo sentiría como una humillación más. Creo que es mejor que me quede fuera, neutral, por si la cosa se tuerce y hay que poner paz. No esperéis que lo que cuente os guste.

—¡Eso es lo bueno, abu! Tener otra versión, ¿no?

De repente me siento muy incómodo. Manejado por esta adolescente. La observo y me pregunto por qué cojones soy incapaz de negarme. ¿Curiosidad por el testimonio de una pueblerina orgullosamente franquista? Puede ser. Me resulta un ser tan ajeno a mí que me avergüenzo un poco y me impongo el deber humano y literario de escucharla. Y también me pregunto por qué se me va la vista a las clavículas de Lola, que no son nada del otro mundo, a no ser por la tersura de la piel que las cubre y que asimismo me resulta algo muy lejano, algo que ya entra más en la categoría de la fantasía que del verdadero recuerdo. Otra vez. Al llevar mi mirada al vaso para agarrarlo y beber, sorprendo la de Lucía fija en mí. Su cara es inexpresiva, no denota ni enfado ni decepción. La conversación sigue fluyendo. Lola está muy habladora.

—Si acabo hoy con lo de Polonia, tras la fiesta del pueblo, me iré para Madrid, abu. ¿Me acercarás a Badajoz, a pillar el tren?

—Claro, pero qué pena que te vayas.

—Así dejo a Diego escribir. Viniste a eso y te tengo muy liado, perdona. ¿Has escrito mucho?

—Eso, Diego, ¿has escrito mucho?

—Sí, tranquilas, he escrito bastante. Y en gran medida gracias a vuestras injerencias en mi retiro. Lo de la fosa y Fina me ha

sacudido.

—¡Qué bien! —La alegría de Lola parece sincera.

—Y pienso quedarme cuatro o cinco días más, si a ti no te importa, Lucía.

—En absoluto. Mientras pagues.

—¡Pago, pago!

Lucía se vuelve a su nieta.

—Este año no has visto a ningún amiguito de los otros veraneos, ¿no? Ni siquiera a Toni.

—Me aburren las gamberradas infantiles, abu. Romper cosas, carreras de *scooters*, saltar desde tejados —contesta Lola con una impostada madurez. En esta desgana, fantaseo, está la brecha por la que introducir el cebo de la mía, la complejidad viril que deslumbrará a una niñata sabionda. ¿Es cierto o es solo el deseo de que sea así?—. A veces son bobos, unos críos. ¡Qué *lache*!

—Tú eres mucho más madura. Más mujer. Se ve. —Me arrepiento al instante de decirlo.

—¿Esto te suele funcionar con las niñas, Diego? —se burla Lola mientras Lucía me mira socarrona. Me siento abochornado.

—Hace siglos que no hablo con nadie de tu edad. ¿Funciona?

—¿Halagarme con esa tontería de ser más mujer? No.

Las dos mujeres ríen juntas, cómplices. Yo también, aunque la vergüenza me quema por dentro.

—Pues lo eres —concluye Lucía—. ¡No lo olvides nunca!

—¡Jamás, abu! —Lola se ríe y el sol que entra por la ventana chispea en el blanco puro, sin edad aún, de sus dientes, brilla en su piel perfecta y en el jaspeado de sus ojos—. Sí, son muy raros. Como muy de pueblo. Pero, de verdad, Diego, estas técnicas deberías probarlas con mi madre. La educaron para apreciarlas. ¡A mí me dan *cringe*!

—¿*Cringe*?

—Vergüenza ajena, pena y asquito.

—Sé lo que es dar *cringe*. Te aseguro que eso te lo provoco yo, no los halagos.

—¿Y Toni ya no...?

—¡Qué pesada con Toni, abuela! No, ya no me gusta. Me gusta Álex, pero es mayor, lo sé, y me mira como a una niña. Además, creo que no me gusta solo lo que me tiene que gustar.

—¿Qué quieres decir? —me atrevo a preguntar, entre escandalizado y divertido.

—¡Pues Diego, que y qué si me gusta otra cosa, o las dos cosas! ¡Como a mi abu!

—Pero ¿tú ya…? —La misma Lucía parece sorprendida por el giro de la conversación.

—No me mires así. No he follado, pero no me hace falta para declararme bisexual. Tú me lo explicaste, abu.

—¿El qué? —Lucía se echa las manos a la cabeza, entre horrorizada y divertida.

—Que es mucho más fácil para nosotras. Porque intentamos ser más agradables. Que si intentas ligar con una mujer y no le va el rollo bollo o bi, no se ofende. No como los tíos, que si intentan ligar con otro y es hetero pueden enfadarse, sentirse ofendidos, su masculinidad en duda y acabar a hostias.

—Así es, Lola. No lo dudes. Pero aquí tenemos a un hombre. Preguntémosle. —Las dos me miran burlonas.

Intento ganar tiempo masticando lo que tengo en la boca y bebiendo un poco de agua.

—Humm…

—¿Humm qué?

—Yo... Yo… Nunca he estado con un hombre. —¿Por qué me siento ridículo reconociendo esto?

—¡Nunca es tarde, Diego!

—Lo sé, Lola, lo sé…

—Las orientaciones sexuales ya no son inamovibles, señor escritor.

—Supongo que nunca lo han sido, Lucía. ¿Te puedo preguntar algo?

—¡Claro, con la que ha liado la niña en la mesa!

—¿Tú siempre te supiste bisexual?

—Sí.

—¡Bravo, abu! Te puede gustar una persona independientemente de su género o de qué genitales tenga.

Lola agarra un melocotón, se levanta y dice que va a llamar a una amiga, que me ve a las siete en donde Polonia. Lucía y yo nos quedamos solos.

—Un poco indiscreta mi nieta, ¿no? Perdona.

—¡Nada que perdonar! Además, tú ya me habías contado que tienes una amiga.

—Sí.

—Es muy… interesante.

—¿Lola?

—Su edad. No tengo contacto con adolescentes. Y vuestra relación. La franqueza con la que habláis.

—Hace años hicimos un trato. Hablarnos con total libertad. Con su madre no lo hace.

—¿Se lo prohíbe?

—No, pero no la escucha. Ana tiene una asombrosa capacidad para ignorar lo que no le gusta.

—Ya… Oye, Lucía, ¿y dónde vive Polonia?

—Tiene una parte de la casa. Ya en tiempo de Bautista se les destinaron tres habitaciones y un baño. Cuando se casó con Nicomedes se amplió una, juntándola con el antiguo cuarto de la plancha del cortijo. Pero desde que se quedó viuda solo ocupa dos. Una salita, un dormitorio y el baño. Están pasado el huerto y el gallinero.

—¿Y un cuarto de la plancha da para tanta ampliación?

—Era también lavandería. Cuando el cortijo estaba a pleno funcionamiento, había mucha plancha y mucho que lavar. No sabes la cantidad de gente que vivía aquí. Y el general y luego don Rodolfo, el padre de Gonzalo, eran de invitar siempre a amigos o socios. Cacerías, cosas así. ¡No te imaginas la cantidad de bichos disecados que tuve que descolgar de las paredes!

—Claro, estos cortijos eran como pequeños mundos autosuficientes, ¿no?

—Sí, cuando yo conocí el cortijo, de novia de mi ex, había mucha más actividad. Iban y venían los manijeros con sus cuadrillas, según las épocas y las faenas. Bautista y luego Nicomedes contrataban con ellos. También había sus partes de dehesa y hubo mucho cerdo, se hacía matanza y se curaban muy buenos jamones, paletillas y chacinas. Y había caballos. Todo se fue malvendiendo.

—¿Malvendiendo por qué?

—Mi exmarido siempre tuvo más talento para gastar que para ganar dinero. Siempre invirtió mal, perdió mucho en negocios un tanto fantasiosos. Carecía de la mezcla de habilidad e inmoralidad que sirvió a franquistas como su padre para forrarse en los años del desarrollismo.

—Sigue habiendo mucha impunidad, ¿no?

—Sí, claro. Pero la España de Gonzalo era ya otra. Y las propiedades no eran infinitas. Ni lo que yo heredé de mis padres, que era mucho menos.

—Pero no me dirás que sois pobres.

—No, claro que no. Pero ya no somos ricos. Gonzalo fue malvendiendo todo, pero conserva piso en Madrid y Santander, y su velero.

—¿Un yate?

—No. Un velero de un palo, doce metros de eslora. Nada de yate. Gonzalo detesta esos barcos de horteras. «En el mar estamos los caballeros de la vela y los macarras del motor», siempre decía eso.

—¿Y Ana, tu hija?

—Ana se casó con Alfonso, un chico con un buen sueldo, un profesional, pero Lola va a un instituto público. Nada de colegios caros.

—Ahora entiendo lo de la redacción sobre la memoria histórica. En una pijada privada esa época ni la estudian y así salen los chicos.

—Pues sí, así salen. El caso es que cuando yo me quedé con el cortijo ya no había dehesa ni ganado ni cuadra. De todas maneras,

tampoco habría sabido qué hacer con todo eso. ¡Yo solo quería un refugio y un hotelito rural que me lo pagara!

—Pero en tu fantasía quedó un quiste del pasado, ¿no?

—¿Polonia?

—Sí. Un espectro de otros tiempos que vive ahí atrás, en dos habitaciones con baño. ¿Por qué no vive en el pueblo?

—Podría. Tiene una casa allí, que compraron en tiempos de sus padres. Pero nunca ha querido vivir fuera de aquí, del sitio donde se crio. A veces siento que este lugar es más de ella que mío o de nadie. De todas formas, y aunque nunca fue la alegría de la huerta, todo lo de la fosa le ha agriado aún más el carácter. Nuestra relación siempre fue buena.

—Tiene hijos, ¿por qué no se va con ellos?

—No lo sé. Dice que no le gustan las ciudades, que si sus nueras esto o lo otro, que viven en pisos pequeños, que mientras pueda trabajar aquí se siente útil. Yo creo que está muy sola.

—Sí, seguramente.

—¿Tomamos café aquí o en la terraza?

—Mejor aquí, ¿no? Hace mucho calor.

—¡Ah, ya sé! Hago café y lo tomamos en la biblioteca. Aún no me has firmado tus novelas y no quiero que se nos olvide.

—Estupendo. Te ayudo.

39

La biblioteca se mantiene fresca. Los gruesos muros del cortijo, las encinas de fuera y los elegantes visillos desbravan el sol que abrasa todo. El café está rico. Lucía, de pie a mi lado y con la cabeza inclinada hacia lo que escribo, lee las sucesivas dedicatorias. Se encuentra tan cerca que, pese a mi poco olfato, noto que huele bien; y, aunque tiene las manos llenas de venas y manchitas, me parecen aún hermosas cuando pone mis novelas ante mí, comentando algo interesante sobre cada una de ellas. Hay algo de absoluta civilización en el momento que me relaja, que me acaricia y que, por supuesto, engorda mi vanidad. Una cronología de refinamiento que de pronto me lleva a una villa romana y sus *volumina* de papiros. O a la hacienda de un arbitrista del siglo XVII o de un ilustrado del XVIII. O al cortijo de un matrimonio republicano con ilusiones reformistas. Claro que, de inmediato, en mi mente se forman otras imágenes: los esclavos de la *domus,* los inquisidores y curas trabucaires, los absolutistas gritando «¡afrancesado!». Los falangistas y las fosas. Sacudo levemente la cabeza para despejarla de estos pensamientos.

—Oye, es verdad que tienes todas mis novelas.

—Todas no. Me falta *El tiempo de los secretos*, la primera.

—Está descatalogada. Pero creo que tengo algún ejemplar. Si lo encuentro te lo envío. No esperes dedicatorias variadas u originales. No soy bueno dedicando libros.

—Esmérate un poquito. ¿No lo merezco? —Hay coquetería en el tono y la mirada de Lucía.

—Lola me dijo que le comentaste que todos mis libros hablan de la muerte.

—Es así, ¿no?

—Y de amor.

—¡También, por supuesto! De amor… ¿Sabes algo que me gusta de tus novelas?

—No, dime.

—No hay misoginia. No hay miedo a la mujer. Los hombres de tus novelas no quieren mal. Y tus mujeres no son brujas malvadas o putas con infinita capacidad sexual a las que someter a golpe de pene. Son personas, las tratas con ternura. Incluso más que tus congéneres.

—¡Eso es totalmente mérito del autor!

Lucía sonríe. Me halaga que me haya leído tan profundamente. Me digo que esto, todo esto, tiene que significar algo.

—Pero dime, Diego; ¿tú no tienes ningún muerto en el armario? ¿Eres el hombre perfecto?

—¡No, claro que no! Pero sí es verdad que me revisé, que hice autochequeo y memoria con alguno de mis mejores amigos. Y llegué a la conclusión de que alguna vez pude ser un baboso, un *pesao* con alguna copa de más, pero que nunca, nunca utilicé la violencia sexual contra ninguna mujer, nunca la agredí.

—Eso está muy bien. Si es verdad.

—Creo que sí. No soy un mal tipo, pero no es porque sea mejor o peor que otros hombres, por supuesto, sino porque simplemente la raíz de mi deseo no está en sentirme poderoso frente a una mujer, o temido. No necesito eso para excitarme. A mí lo que me pone es sentirme querido y, si quieres sentirte querido y no temido, tienes que querer de una manera, digamos, respetuosa, ¿no? Así que mi pecado puede haber sido querer mucho, a veces mal, pero querer.

—Bueno, Diego, eso de querer mal suena peligroso. Es la excusa de muchas violencias.

—No es mi caso. De verdad que no intento salvarme, no soy mejor que nadie, pero sí hay errores que no he cometido. Mi manera

de querer puede haber sido la causa de muchos momentos patéticos, de algún ridículo propio. También de muchos momentos que sentí maravillosos… De todas maneras, eh, a mi edad ya veo todas estas cosas con mucha distancia, como problemas de otra vida.

—¿Sí? ¿Por qué, Diego? No eres tan mayor. ¿Ya no piensas estar con ninguna mujer?

—¡No! Supongo que sí, no sé… Siempre he podido hablar mejor con las mujeres que con los hombres.

—Eso os suele pasar a todos. Os han educado para no mostrar debilidad, sobre todo ante otros hombres.

—Puede ser. Ya te digo que yo siempre he congeniado mejor con mujeres. Si surgiera esa atracción que nunca podemos prever, que nos toma por sorpresa, sí, por qué no. Pero he de confesar que vivo esa posibilidad con cierta pereza y no poco escepticismo.

—¿Y eso?

—Porque me siento algo confuso. Aunque no creo haber sido nunca violento con una mujer, sí he sido machista. ¡Todos hemos sido machistas! Supongo que el machismo está dentro de mí, por más que lo combata. Y siento la vergüenza de ser machista. ¡Y la sociedad está cambiando tanto, también la mujer! Tendría que reprogramar todos mis conocimientos sobre el trato con vosotras para poder acercarme a una sin meter la pata, supongo. Entiendo, en parte, que muchos chicos jóvenes digan que tienen miedo de las chicas, que no saben cómo hablarles, que temen ser malinterpretados. Me pasa a mí con cincuenta y siete.

—No, Diego, no digas eso. ¡Es machista! No es tan difícil y tú eres inteligente, ya sabes la respuesta. Trátanos como un igual, como un semejante. Bastaría con que te acerques a una mujer sin hacerle nada que no te gustaría que te hicieran a ti, respetándola. Lo único que ha cambiado es que ahora tenéis que respetarnos. Y merecemos que nos respeten, ¿no?

—Sin duda, Lucía, sin duda.

—Y hay otra cosa que te podría ayudar con tus confusiones.

—Soy todo oídos.

—Que en vez de hablarle a chicas les hables a mujeres de tu edad.

—¿Yo?

—Los hombres os detenéis demasiado en la observación de las jovencitas. Es como que se os clava la mirada y os cuesta despegarla. A ti te pasa con Lola.

—¿A mí? Te juro que… ¡Joder, qué vergüenza!

—Tranquilo, es un pequeño y muy civilizado *delay.* Nada alarmante en tu caso. Estáis programados culturalmente para ello. Por ejemplo, Diego, hombre, escritor, culto… dime. ¿Con quién fantaseas? ¿Con la veinteañera o con la mujer más o menos de tu edad? ¿Con ser Pigmalión de la que todo ignora o compañero de la que sabe mucho? ¿Ríes? Es una pregunta retórica, por supuesto. Los hombres de cualquier edad soñáis con las de veinte. Las mujeres soñamos con alguien como nosotras.

—Interesante. —Me rasco la patilla, mirada oblicua, perdida. Ademán reflexivo, intento ganar tiempo, encontrar cómo salir de esta trampa. Cualquier cosa que diga será un error—. Lola, que no Lolita, huyamos del cliché, es sin duda muy joven y objetivamente guapa. Como hombre resulta difícil no mirarla… Mirarla de ese modo, quiero decir. Pero intento no hacerlo. Sé que no está bien. Ahora gracias al feminismo cualquier hombre sabe que eso no está bien. Y la cultura, la ética y el progreso personal, o sea la civilización, consiste en eso, ¿no?

—¿En qué?

—En identificar lo que no está bien, superarlo y dejarlo atrás. En el muy hipotético caso de que tuviera que elegir, mi yo de ahora se queda siempre con la mujer.

—No sé si creerte, pero te ha quedado muy bien.

Ambos reímos, estamos a gusto.

—Oye, Diego, espero no molestarte haciéndote tantas preguntas.

—No, tranquila. Para nada. Aunque es verdad que estoy desentrenado. Hacía mucho que no hablaba con una dama y con

esta franqueza.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Los pocos amigos que veo son hombres en su inmensa mayoría. Y los hombres podemos intercambiar un montón de palabras, de información digamos… práctica. Pero, normalmente, no sentimos verdadera curiosidad por el estado emocional de los otros. No como vosotras. Nosotros cuando preguntamos a otro tío cómo está, esperamos una respuesta breve y formularia. ¡Nos aterra la posibilidad de que alguien nos cuente de verdad cómo se siente! A menos que seas uno de esos pesados que pregunta cómo te va para contarte él su vida, claro.

—¡Pues habla con más mujeres! Insisto, no estás nada mal. Además, ahora hay atajos, ¿no?

—¿Atajos?

—Sí, Tinder y cosas así. Aplicaciones.

—Paola ya me preguntó por lo mismo. No me gustan. Es evidente que hay mucha gente que encuentra divertido concentrar en minutos el conocer a una persona, seducirla, acostarse y romper con ella para pasar a la siguiente. A mí me parece sórdido.

—Lo es. ¿Las has usado?

—Lo intenté, por supuesto. No funcionó. ¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¡No, hombre, no! ¿Cómo se te ocurre? ¡Es una horterada!

—Lo es.

—Y además me parece peligroso.

—¿Para la autoestima?

—¡Oh, Diego, esa la tienes perdida en el momento en que te descargas esa aplicación y te abres un perfil! No peligroso físicamente. Hay mucha violencia sexual.

—Supongo que sí. Al multiplicar los contactos, multiplicas las posibilidades. Y más con desconocidos.

—Mira, es muy sencillo, la matemática de la agresión sexual no cuadra. El caso Pelicot es el ejemplo. Durante el proceso todas las

mujeres nos dijimos lo mismo: «Eso me podría haber pasado a mí». Si todas las mujeres pensamos que tenemos algo en común con Gisèle Pelicot, y todos los hombres pensáis que no tenéis nada en común con los agresores de Gisèle Pelicot, hay una contabilidad que no cuadra. No es posible que, cuando hablamos entre nosotras, la mayoría hayamos sido víctimas de violencias sexuales, y cuando los hombres habláis entre vosotros, penséis que ninguno habéis cometido violencias sexuales. Hay un problema matemático.

—Todos los hombres no somos así, Lucía.

—¡No, claro que no! ¡*Hashtag NotAllMen*, por supuesto! Yo no odio a los hombres. Lo que digo es que la contabilidad de muchos hombres buenos y poquísimos malos no cuadra.

—Estoy seguro de que la mayoría somos decentes y hacemos lo correcto.

—¿Y eso te parece un mérito? ¿Hacer lo correcto?

—No, claro que no.

—Además, Diego, ¿sabes cuál es el problema? Que no tenemos forma de saber quiénes sois buenos y quiénes sois malos. Ninguna manera. Y eso nos condena a vivir con miedo.

—Entiendo, Lucía, entiendo… Supongo que estas cosas las habláis entre vosotras, pero no estaría mal que nos las contarais a nosotros también.

—¿A los hombres buenos? Sí, puede ser. Las mujeres tendemos a mantener secretas las técnicas de supervivencia, nuestros miedos. A sonreír y ser monas para que no nos agredan. Y puede ser un error. De todas formas, siempre es difícil decirle a un hombre que, con seguridad estadística, él o alguno de sus más queridos amigos es un agresor sexual, ¿no crees?

Me quedo callado. No sé qué decir y me disgusta sentirme atacado por algo que, tal y como lo ha expuesto Lucía, no sé rebatir. Ni creo que deba rebatir. Pero como ante cualquier naufragio, lo urgente es salvarse a uno mismo. Eso de las mujeres y los niños primero es para las películas.

—Una vez acompañé a mi ex a un acto feminista para reivindicar el derecho a un aborto libre y gratuito. Y escuchando los testimonios de aquellas mujeres, muchas de ellas emigrantes o huidas por amenazas de muerte o torturas en sus países, sentí vergüenza. Una vergüenza triste, profunda, por ser un hombre, por pertenecer a ese género que abusa, golpea, viola o mata a las mujeres. Yo, a quien mi pareja consideraba un hombre aliado, sentí la epifanía de una vergüenza ancestral e intransferible por cosas que los hombres hemos hecho desde siempre. Y pensé que era bueno, que estaba bien sentirlo y que, como en los personajes de Tolstói, saldría más humano de esa terrible revelación. Pero sí, la inocencia individual no exime de la culpa colectiva. Perdón en nombre de todos.

—Disculpas aceptadas, caballero. Te creo, tus libros no te desmienten.

—Gracias.

Lucía me hace una seña, da por terminada la conversación. La sigo hasta el salón.

—Bueno, te dejo, querrás escribir.

—¡Tengo que escribir!

—Hasta las siete.

—Hasta luego.

Lucía se marcha y, sabiendo que ella no se girará, disfruto de verla caminar por la amplitud del salón y perderse por el pasillo. Hay gente que sabe caminar. Yo no, siempre me siento pesado, torpe, y la cosa no va mejor con la edad. Debería hacer pilates, como Paola y Daniel, o algo así, algo que me reconcilie con mi cuerpo durante los años que me queden.

40

Intento escribir, emborrono algunas ideas en la libreta. Añado y quito cosas en el ordenador sobre lo de los fusilados, pero no encuentro el hilo del que tirar hacia adelante para mantener la tensión que creo haber logrado en lo escrito. Salgo fuera a fumar, no quiero que el interior huela a tabaco. No por mí que, la verdad, no tengo mucho olfato y el olor de un pitillo no me va a molestar. Me doy cuenta de que no quiero decepcionar a mi anfitriona —ella no fuma— mostrando mi dependencia de algo tan estúpido como los cigarrillos.

Fuera hace demasiado calor, así que apago el pitillo en el cenicero y regreso al interior. Voy al baño, me lavo las manos y me refresco la cara. Me descalzo, me tumbo vestido en la cama y miro sin ver los cambios de la luz en el techo. Me voy quedando dormido.

No sueño. Me despiertan las ganas de orinar y la presión contra el pantalón de una erección incompleta, perezosa.

Tras orinar vuelvo a acostarme. Mi miembro sigue a medio llenar de sangre, latiendo cada tanto. Me lo acaricio a través de la tela. Siempre fui de tocarme mucho la polla, de llevarme la mano a los genitales de manera automática cuando estoy tumbado, aburrido o indeciso. Desde chaval ese ha sido el motivo y ocasión de innumerables pajas. Supongo que a todos los tíos nos pasa lo mismo. Asombrado por la constatación de que no me la he meneado ni una sola vez desde que he llegado, valoro la posibilidad de cascármela. Pero desisto, medio espantado porque al cerrar los ojos y convocar a Sonia no viene y, en su lugar, se me aparecen Lucía y Lola. Expresiones de la abuela, movimientos. Partes del cuerpo de la

joven, como si no imaginarla entera, como si despiezarla, me convirtiera en menos cerdo. Me digo que al diablo, que la imaginación debe ser libre, no solo la del hombre sino la del escritor… Pero de inmediato se me cruza el psicólogo de salón y me convenzo de que la imaginación siempre precede al acto, a la violencia, a la agresión y que, mal que me pese, los putos curas tenían razón al perseguir los pensamientos impuros. La polla se me baja del todo. ¿Qué le pasa a mi libido? No puede ser únicamente por la medicación. ¿Solo me sucede a mí? Creo que esa patraña de que la mujer es un ser pasivo esperando a ser cazada por el hombre también ha terminado jodiéndonos a nosotros. Esa barbaridad de que siempre estamos dispuestos y cachondos ha terminado por dinamitar la masculinidad, por ser una puta mierda. El tópico de que nosotros siempre tenemos ganas y de que a ellas todo el tiempo les duele la cabeza. Yo siempre fui de follar mucho y Sonia me encantaba, nunca dejé de desearla. Pero cuando llevas tantos años es imposible mantener la excitación, la necesidad de los primeros tiempos, ¿no? Además, está comprobado que los tíos somos más visuales y nos excita la novedad. ¡No seas capullo, Diego! ¿Comprobado por quién? ¿Por unos tíos con bata blanca y un manojo de electrodos? ¡Huele a coartada machista a la legua! ¿Por qué vas a ser tú más visual que una mujer? Lo que es verdad es que a los hombres nos han metido en la cabeza desde niños eso de estar siempre con ganas y que esa presión nos vuelve medio impotentes a todos. Es tan difícil relajarse; si me relajo se me pone dura seguro. ¿Nos gusta la novedad? ¿Por eso nos atraen las jovencitas? ¿Cómo era aquella expresión que le oí a un novelista argentino, que ante otro grupo de escritores de acá y acullá, alardeaba de una sexualidad prometeica una noche de tragos y tabaco junto al Zócalo? Ah, sí…: «¡*Che*, a mí me gustan las nenitas cero kilómetros, las nenitas para estrenar! ¡A esas les meto los flecos *pa* dentro, papá!». Recuerdo que, pese a las barbaridades que decía, todos nos reímos ante la expresividad del tipo. También celebramos cuando, mirándole el culo, le preguntó a una camarera que le daba la

espalda, inclinada mientras recogía los vasos vacíos, *«¿Qué hasés*, te vas a quedar *musho* rato así, *che*?». Estábamos todos borrachos, sí, pero entendimos al instante los códigos, los compartíamos. ¿Me reiría ahora? No, no lo creo. ¿Nenitas? ¿Por qué si me acaricio la polla se me impone la imagen de Lola a la de Lucía? De cualquier manera, está claro que nuestras pollas ya no son el centro de nada, que pierden ante cualquier succionador a pilas. Pese a las fantasías del porno, la penetración no excita a la mayoría de las mujeres. Ya no nos necesitan, ahora pueden correrse sin miedo a ser juzgadas por un hombre o las mujeres machistas. Correrse como nunca podremos hacerlo nosotros. ¿Acaso nuestro creador, Dios todopoderoso, no es un tipo barbudo? Pues vaya mierda de diseño industrial hizo con los hombres. Otro buen motivo para no creer en él. Lucía me lo ha dicho a las claras. La menopausia la ha liberado y, además, tiene una amante. Ahí no puedo colar mi mercancía averiada. Quizás por eso, lo desee o me repugne, mi imaginación va hacia la chica inexperta.

Lola. Me fuerzo a no mirarla más de lo necesario. Mi miedo a parecer un baboso me ayuda. Solo cuando sé que ella no me ve, detengo los ojos en esa niña, porque es una niña, de dieciséis años. Y siento que me gusta, que está mal pero me gusta, que podría ser no mi hija, sino mi nieta, y que me sigue gustando mirarla. Claro que ya casi todas las mujeres del mundo, por edad, podrían ser mis hijas o mis nietas. ¿Me arranco los ojos?

La polla se me ha bajado definitivamente.

Lolita, *Susana y los viejos*, la atracción de los hombres maduros por las jovencitas. ¿El Tadzio de *Muerte en Venecia* cuenta como jovencita? No, no lo creo. No para mí. Aunque cuando nos fijamos en una adolescente, todos somos un poco el patético Aschenbach sudando el tinte con el que intentamos ocultar nuestras canas. O sudando en un gimnasio y metiendo tripa en la playa. Debe haber algo biológico, evolutivo, en esa atracción. Somos animales, y la cultura nada puede contra esto. Estamos programados para maximizar el éxito reproductivo, y la juventud de la mujer garantiza

fertilidad, y nos lo gritan una piel tersa, un rostro simétrico y un coño pequeño, estrecho, que nos hará sentir que nuestras pollas son más grandes. ¿Es mi cromañón el que manda? Joder, ¿dónde quedan la civilización, la ética, los libros frente a la inmisericorde genética? ¿A eso se reduce todo? Tiene que haber algo más profundo. Alguna mierda freudiana mal resuelta, complejos de Edipo y Electra invertidos. O ver en la niña una mujer que aún no nos desafía y en la que cumplir fantasías de control, de protección. Muchas veces, antes de Sonia, me creí el héroe salvador de mujeres al borde del naufragio. Eso es así y explica algunas de las taradas que pasaron por mi vida. Claro que a quién iba a salvar yo de nada, si yo estaba peor. Si era yo el que necesitaba que alguien me salvara de mí mismo. No, la atracción por las jovencitas, las adolescentes, las casi niñas, nuestras fantasías con ellas deben tener mucho más que ver con el miedo a la vejez, con negarnos a envejecer y con afirmar nuestra virilidad. Con sentirnos jóvenes y poderosos, con alimentar la autoestima. Un rollo narcisista de manual. ¡Coño, cuando somos jóvenes nos atraen las mujeres maduras! De chaval me pajeaba pensando en doña Virginia, mi profesora de Química. Es patético y no es mi caso. No creo. Claro que vivimos en la edad de oro de la juventud. «¡Es el mercado, estúpido!». La adolescencia es el ideal estético. Hombres de todas las edades aprendemos a ver la juventud como más atractiva, incluso si no es funcional ni emocionalmente compatible. Sería imposible mantener este sistema injusto, con sus desigualdades, sin convertirnos a todos en adolescentes eternos. El cine, las redes sociales, la publicidad y la pornografía nos dicen que debemos ser jóvenes, desear lo joven, desear a las jovencitas. Se las ha sexualizado en pro de vender ropa, cosméticos, viajes, series, clics en redes. Por supuesto que los dueños de todo seguimos siendo hombres, no hay mujeres milmillonarias conformando el mundo a mayor gloria de sus coños, lanzando vaginas al espacio, así que me es difícil aceptar que el hombre sea la víctima de la hipersexualización de las niñas y no el responsable. ¿Qué fue antes la paja o la Lolita? La juventud es un

capital estético muy valorado. Estar con una mujer joven da estatus simbólico a un hombre. Hombres ricos, famosos o poderosos se emparejan con mujeres jóvenes, lo que refuerza la idea de intercambiar poder masculino por belleza o juventud femenina. Yo te doy estabilidad y tú me das tu juventud, tu belleza, lo que a mí ya no me queda. Esto es reducir las relaciones a una puta transacción. ¿Pero acaso no fue así siempre? Eso de casarse enamorados es un invento del Romanticismo y un espejismo que no ha llegado nunca a muchas partes del mundo, para desgracia de esas niñas que casan a la fuerza con hombres y ancianos. En cualquier caso y aunque lo quisiera, que no es el caso, yo no tengo estatus, poder, estabilidad ni ninguna mierda semejante que ofrecer como cuentas o espejitos a una jovencita. Ni Lola parece, pese a su atracción por Álex, una que busque la dominación protectora de un tipo con problemas de vejiga.

Yo no soy solo hormonas, genética o un idiota lobotomizado para consumir estereotipos, comida rápida, moda *low cost,* porno pederasta y otras formas de fascismo. Me niego. Puedo, debo, controlar mi atracción por la chica, evitar que la abuela me siga pillando mirándola. Soy mejor que eso. Y no busco fertilidad. No la busqué ni de joven, ¿qué coño puede importarme ahora? Este mundo no necesita más gente. Odio la cópula y los espejos, los dos multiplican a los hombres. Algo así decía Bioy Casares, ¿no? Y desde luego no soy inmune a los encantos de la inteligencia, la elegancia, la complicidad, al placer de hablar y escuchar, a las caricias profundas que hay en una buena conversación, y todo esto me lleva a Lucía, no a la nieta. No puede ser que una mujer pierda valor por envejecer. Es injusto. A los tíos no nos pasa, o no en igual medida. Bueno, no le pasa al que tiene pasta. Pero incluso los más tiesos siempre encontraremos a una mujer prostituida más pobre a la que comprar. Los maduros atractivos rollo Clooney no tienen equivalente en las mujeres. Claro que vivo con ansiedad mi envejecimiento, mi deterioro, la enfermedad crónica y la idea de la muerte cada vez más cercana. Pero eso no me convierte en un inseguro que necesite

sentirme superior a mi pareja, que exija su docilidad. Al contrario, si de verdad quisiera una compañera para este último acto de la farsa, buscaría a alguien que me pueda ayudar, alguien más seguro que yo, una mujer culta y que comprendiera mis angustias porque su horizonte vital no fuera muy distinto. Además, si fantaseo con Lucía, ¿aquí no sería yo la jovencita y ella la del capital social y económico, la dueña del cortijo? ¿Me asusta una mujer poderosa? No, no creo. Lucía no es fácilmente impresionable ni influenciable y eso es seductor, al menos para mí lo es. Nunca pude amar sin admirar. Si ella no duda de su atractivo, ¿por qué habría de hacerlo yo? Lo cierto es que si los hombres no hemos aprendido a desear a mujeres mayores es porque nunca hemos sido educados para hacerlo. Si renuncio a mi narcisismo machista y aprendo a verla como ella se ve, sin duda la encontraré hermosa.

Me siento en la cama. ¿Me quiero enamorar? ¿Lo necesito? Los putos animales se aparean, les basta el sexo reproductivo, ¿por qué necesitamos los humanos la compañía y la fidelidad de otra persona? Por el miedo a la muerte, supongo, por el sinsentido de la vida. Por no enfrentarnos solos a eso. ¿Tan insoportable me resulta la soledad? ¿Tan poco me gusto, me aguanto a mí mismo? Si las preguntas están mal desde el principio, es absurdo esperar una resolución satisfactoria de lo que sea que estoy sintiendo.

Sacudo la cabeza como quien se niega a aceptar algo.

Paola tiene razón, Lucía es muy interesante. No tendrá el coñito de la joven, pero posee cosas muy valiosas que la otra tardará una vida en adquirir. No tengo tiempo para esperar tanto. Ni la niña tendría paciencia. Se cansaría. Yo le asquearía. Tampoco tengo ya la polla y los abdominales de un chaval. Me duele saberme lejos de la belleza involuntaria de la juventud. Imaginarme desnudo, sin nada tenso que ofrecer a la chica, salvo un pene que, cuando estoy de pie, ni siquiera apunta ya hacia arriba y como mucho aspira a la horizontalidad. Oponiendo mi estómago descolgado a la firmeza de su abdomen. Anudando la piel arrugada de mis codos, la que cuelga de mis brazos, a la tersura insolente de los suyos. No funcionaría, mi

deseo no superaría a mi vergüenza. ¿Por qué querría yo ponerme en semejante situación? No es mi liga. Que un viejo se folle a una chiquilla solo puede explicarse desde alguna violencia que le permita comprar su cuerpo: una desigualdad violenta, un capricho violento, una imposición violenta, un deseo violento.

De todas formas, me tranquiliza la calma de mi mirada y fantasías sobre Lola. Reconozco la atracción por la joven, genérica e independiente de la persona. Me atrae la jovencita, no Lola. Es casi una abstracción. En ningún momento siento raptos de locura, un deseo irrefrenable, el vértigo de la obsesión. La agitación de la sangre que precede a la excitación y a la pequeña demencia que es perderse en el sexo de otra persona. Me sorprende y tranquiliza el carácter casi funcionarial de mi atracción por ella. Ni Lola es Lolita ni yo el puto degenerado de H. H. Lo cierto es que estos arrebatos solo los sentí con Sonia. Incluso al final, cuando nuestros encuentros se espaciaron tanto que se volvieron excepcionales, sentía esa necesidad de enterrar mi boca y mi polla en su sexo.

Son casi las siete.

41

Cuando me reúno en el salón con Lola y Lucía, las observo con detenimiento. Estos días las he visto reír, he disfrutado de su complicidad. En ningún momento he sido testigo de imposiciones por parte de la mayor sobre la joven, ese ingrato papel debe ejercerlo la madre con la que convive, si acaso alguna cariñosa advertencia. Físicamente no se parecen en absoluto, está claro que otras sangres poderosas se mezclaron en el camino, pero sí hay algo en sus gestos que denota parentesco, quizás sea una imitación inconsciente de Lola a su abuela, como todos hacemos sin querer cuando convivimos con quien admiramos. Se ríen y se preocupan de manera parecida. Y ahora parecen eso, algo preocupadas.

—Para ella no es fácil, Lola. Si no quiere hablar, no la presiones. Lo hace por ser tú. Supongo que se siente un poco obligada.

—Ya lo sé, abu. ¡Hola, Diego!

—¡Hola!

—Tacto, ¿eh? Por favor.

Lola y yo asentimos. La chica me hace un gesto y la sigo por un pasillo que conecta el salón con la cocina. Antes de llegar a ella, torcemos a la izquierda por otro corredor, corto, pintado de blanco, con suelo de baldosa roja e iluminado por un plafón en el techo. No hay nada colgado en las paredes, ni un cuadro ni una foto. Está claro que esta parte de la casa no es visitable, que no forma parte de la escenografía de buen gusto que se muestra a los que Lucía recibe en el cortijo. Siempre me ha gustado visitar, cuando me lo han permitido, la parte de atrás de las fachadas y las arquitecturas Potemkin de la gente bien. Los cuchitriles, los sótanos y las

mansardas donde viven los servidores, necesarios pero no exhibibles en la totalidad de sus existencias, cuando los despojan de libreas, mandiles, reverencias y bandejas.

Lola golpea una puerta de madera con los nudillos.

—¡Polonia, somos Diego y yo! ¿Podemos pasar?

—Adelante.

Al entrar, siento una punzada de decepción. No es un cuartito lóbrego, con un hogar que mancha las paredes de hollín y en el que reposa, sobre cenizas frías, una trébede sin cazuela, con olor a humedad y un ventanuco por el que pasa el frío helador o el calor agobiante, pero no la luz. No, es un cuarto bastante amplio, una sala de estar presidida por una tele, moderna y no muy grande. No hay flamencas, toreros, cristos ni tapetitos de ganchillo sobre los estantes de un aparador, los brazos del sofá o la mesa camilla. Todo me parece antiguo, pero no viejo, vulgar pero no cutre ni descabalado. En este cuarto todo está usado, gastado por los bordes, pero limpio como una patena. En las paredes hay cuadros con escenas camperas, caballos y toros, una foto de una virgen, que a mí me parece la Macarena porque qué coño sé yo de vírgenes y todas me parecen la Macarena, y un póster de unas fiestas populares del año 2001 con unos graciosos monigotes, algo infantil y con muchos colorines, que imagino le trae un buen recuerdo. En marcos de plata sobre el aparador, fotos de ella más joven —es fácil reconocerla—, con un hombre que debió de ser Nicomedes, el marido. Otras del matrimonio con un par de niños y una niña, que supongo que serán sus hijos. También hay una más antigua, amarillenta, de un par de personajes que posan más severos. Me digo que deben ser sus padres, Bautista y su mujer. Me doy cuenta de que nunca me han mencionado su nombre ni me han contado nada de su madre. Quizás por esto también la veo disminuida junto a su marido en el retrato. Aquí sí encuentro donde intuir una historia de miseria y brutalidad. No veo ningún libro en el cuarto, solo revistas del corazón como *Diez Minutos* y *¡Hola!*, donde desde siempre el populacho se asoma a la vida de los ricos y famosos. Al

fondo hay una puerta entreabierta por la que adivino una cama cubierta con una colcha de colores vivos, no un lúgubre sudario impuesto por algún duelo antiguo, lorquiano.

Polonia se encuentra de pie junto a la mesa camilla.

—Lola, si tú o el *señó queréi tomá argo,* voy a la cocina por ello.

—No, tranquila, Polonia. Estamos bien.

Yo asiento y sonrío buscando aliviar la incomodidad evidente de la mujer.

Nos sentamos en torno a la mesa camilla.

—¿Y esto *pa* qué *é?*

Lola, antes de poner la grabadora en marcha, suspira y le explica a la recelosa Polonia.

—Yo creo que ya te lo he contado, pero te lo vuelvo a explicar encantada. Es importante para mí y te agradezco de corazón que hayas aceptado. Se trata de un proyecto educativo que llevamos a cabo estudiantes de varios institutos. Recopilamos testimonios de personas mayores sobre la guerra civil española, con el objetivo de preservar la memoria histórica. El proyecto se llama *Nuestros mayores cuentan la Guerra Civil*. Y la idea es hacer varios pequeños docus, mezclando testimonios e imágenes de archivo. ¿Entiendes?

—No soy boba.

Lola abre la boca desconcertada. No parece encontrar las palabras. Pero se rehace y coloca el móvil entre ella y Polonia.

—Empezamos, ¿vale?

La mujer asiente.

Al principio de la entrevista Polonia es reacia a hablar. Sí, está claro que ha aceptado ser entrevistada por Lola, en parte motivada por su sentido de la jerarquía —es la nieta de su jefa—, en parte por cariño a la muchacha que ha visto crecer. Desde luego, no por querer hacerlo. Contesta con monosílabos, con desgana, pero cuando oye mencionar a los suyos no puede evitar corregir a Lola algún dato. Sí, su familia siempre estuvo trabajando para los dueños del cortijo. Ella era la pequeña de la familia, los Trejo Rubio. Su abuelo y luego su padre, su madre, sus hermanos hasta que

emigraron, ella y su marido, Nicomedes, hasta que murió. Los imagino siempre obedientes al amo de turno, siempre con los ojos en esa fosa cubierta de hierbajos entre los olivos, en secreta intimidad con los huesos de los asesinados. Callados. Así, hasta que sus hijos también se fueron, unos a Madrid y otro a Badajoz. Ya tuvieron allí a sus nietos, que solo vienen para las fiestas de la Virgen y cada vez menos.

Lola pregunta por lo que hizo su padre en la Guerra Civil, si participó en los fusilamientos de la fosa. Me sorprende lo directo de la pregunta. A Polonia también. Escruta a Lola en silencio durante un instante, y luego niega con la cabeza. Dice que su padre tenía diecinueve años en el 36 y que se alistó con los nacionales en cuanto pudo, que si se mató gente entonces su padre no tuvo nada que ver, que a él enseguida lo enviaron al frente de Madrid. Lola asiente y calla, no parece saber por dónde seguir o cómo afrontar la frialdad de Polonia. Decido intervenir, me paso la lengua por un colmillo y lo siento más largo y afilado.

—¿Y en los fusilamientos del 47, el de los guerrilleros? Él ya estaba de vuelta en el cortijo desde hacía años, ¿no?

Polonia me mira fijamente, los ojos pequeños, fríos pero furiosos; la mandíbula apretada. Siento que me escupiría si pudiese.

—No que yo sepa.

—Pero gente del pueblo participó, ¿no? ¿Se sabía del segundo uso de la fosa?

—Aquí se hicieron *cosa mala* durante la guerra y *despué*, como en *toa parte*, y *la* hicieron *lo nuestro*, pero *é* que no había otra, *lo rojo* eran *peore*. *Lo comunista* obligaron a *lo bueno español*e a alzarse. Mi padre decía que no se *le* podía perdonar porque *lo delincuente* y *su víctima* no *pueen* vivir *junto*.

—Eso lo dijo Franco, ¿lo sabía? De ahí lo sacó su padre.

—Mi *pare* se lo oyó al general.

—Y el general a Franco.

—¡*Pue mu* bien que dijo el *Caudillo*!

Polonia calla, baja la cara y resopla mientras frota las manos adelante y atrás sobre la falda. Me digo que está juntando piezas, viendo cómo seguir. Al fin alza la cara y nos mira con algo entre el desafío y la aflicción en los ojos.

—El pueblo ya no *é* lo que fue. Ni el *paí*. Tú no lo *pue* entender, Lolita. Cuando niña había *romería* y *procesione*. La culpa de *to* fue de *lo rojo*. De *ante* y de ahora. Cuando yo era cría *to teníamo* claro nuestro sitio, a qué bando *pertenecíamo* y *quiéne* eran *lo* que habían *ganao*. Aquí nunca se pasó hambre. O no mucha, la justa. Con la democracia empezaron *lo lío*. Luego, hace ya *año*, borraron el yugo y *la flecha*, *lo nombre* de *lo caío pintao* en almagre en *lo muro* de la iglesia, quitaron al cura y *despué* la cerraron por falta de *fiele*. Solo la abrían *pa* alguna boda. *Lo* que emigraron a *la ciudade* perdieron la fe y cuando volvían por *la fiesta*, venían ya sin *dio*. Se olvidaron de él. *La mujere* también. Y así hasta hoy, que no hay donde rezar. Se perdió la fe. Y aquí, *ante*, la gente era tan creyente que cuando había sequía y se sacaba a la virgen *pa que* lloviera, *mucho* iban con *paragua pa* no mojarse a la vuelta.

Esta última imagen me hace refrenar una carcajada, tragármela sin apenas nada más que un carraspeo. Algo se ha roto en Polonia, que ahora habla sin freno, y no quiero que se detenga. Habla con una mezcla de vergüenza y altivez, de humillación y hostilidad, según nos mira a Lola y a mí. Me siento tan lejos de la religiosidad visceral de esta mujer, profunda por perversa y errada que sea, que me aterra mi incapacidad para comprenderla. ¿Qué me puede unir a alguien que ama a un dios apocalíptico y vengativo hasta odiar mortalmente a los que niegan esa aberración? ¿Podría escribirla con un mínimo de verdad? ¿Ver el mundo por sus ojos?

—¿Los caídos eran todos los muertos? —pregunta ingenua Lola, lo que me enternece.

Polonia calla, gesto duro, y contesta que no, que los caídos eran los asesinados por los rojos, los caídos por Dios y por España. Se hace un silencio y me abstengo de completar lo que, sin duda, piensa Polonia y decir que los asesinados republicanos nunca fueron

más que muertos de mierda, merecedores de una fosa común, y que por qué el revuelo con abrirlas ahora. Que ella es hija orgullosa de los vencedores, de los verdugos. Pero Polonia me ahorra el trabajo de imaginar, porque habla y sigue defendiendo a su padre, un buen hombre que se mató a trabajar en este cortijo y que la quería mucho, un buen católico. Y que no hizo sino cumplir con su deber y luchar contra bandidos y anarquistas, ateos y criminales, que solo querían destruirlo todo y volver a quemar iglesias. ¿De qué me sorprendo? ¿Acaso Adolf Eichmann y Rudolf Höss no eran padres amantísimos? ¿Acaso los soldados israelíes que asesinan palestinos no son alegres chicos y chicas que posan en selfis? El mal demoniaco necesita reclutar gente corriente para triunfar. Los monstruos son excepcionales y no bastan para las grandes carnicerías. Los genocidas son siempre vecinos con familia, gente normal a la que han enseñado a odiar y olvidar cualquier instinto de piedad hacia los que odian.

—¿Eso es lo que querían los guerrilleros, volver a quemar iglesias? —pregunto—. ¿Eso te contó tu padre?

—Mi *pare* hizo lo que había que *hacé pa* defender España. Él ayudó a la victoria, *fuimo lo vencedore*. Mi padre luchó desde el principio, no como *tanto* que luego se vistieron de azul y se colgaron *falsa medalla*. Mi *pare* fue *mu* católico, *mu* creyente, pero no fue nunca falangista, ni cuando *lo* ayudó.

—O sea que fue de las contrapartidas, ¿verdad? —no quiero soltar la presa. Esto es ya entre Polonia y yo. Lola lo ha entendido y se mantiene callada.

—De niña me contó que se habían *cruzao* con un grupo de *hombre sucio* y con *arma* en una quebrada. Eran *guerrillero* y *lo* cazaron.

—¿Los cazaron? ¿Cómo a animales?

—¡Sí, como lo que eran!

Se siente acorralada, su memoria cuestionada. Me clava esos ojos tan cercados por dos pozos de arrugas que me gritan que no

quieren ver más. Ojos a los que les basta el pasado, velados por una ligera nubosidad y un tono amarillento detrás de la pupila.

Polonia nos dice que hay una carta que guarda como un tesoro. Se levanta, va hasta el aparador, abre un cajón y vuelve con una caja de cartón. Se sienta, la destapa, rebusca entre varios sobres y saca uno, muy antiguo, casi deshecho, del que extrae una carta. Se la muestra a Lola, que la lee en alto. Es una felicitación del Gobernador Civil a don Bautista Trejo Chamizo, a su padre, hombre de probada lealtad, atestiguada por el Excmo. Sr. el General Don Agustín Sachet Montoro, el jefe local del Movimiento de Alburquerque, el Sr. Don Felipe Ruiz Camino y los mandos de la Guardia Civil de la zona, por sus servicios contra la horda roja durante la guerra y contra el bandidaje marxista después, que culminó con la captura de un grupo de criminales y su posterior ejecución. Se le premia con una mención como «civil ejemplar» en el boletín provincial y una gratificación única de dos mil pesetas. Tiene fecha del 13 de septiembre de 1947. Lola me la pasa y la releo. Polonia nos deja leer la carta, pero se niega a dársela a Lola y tampoco permite que la fotografíe para su trabajo. Nos clava una mirada feroz, de rapaz, y vuelve a buscar en la caja. Saca una foto, desvaída y amarillenta.

—Y no hablen tanto, que en esta casa *to tenemo cosa* que *callá.* Mira, Lolita *ete é* tu *bisauelo*, el general. Tú *lleva* su sangre, como yo la de mi *pare*. *Míralo junto,* eran *amigo.*

Lola agarra la foto, la mira y me la muestra también.

—Mira, Diego, están delante de la casa chica. Donde tú te quedas.

—Sí.

La instantánea es en blanco y negro y ha perdido mucha definición, sobre todo en los bordes. Se ve a Bautista, de unos treinta años, y a un hombre más mayor vestido de cazador. No es un campesino, lo que viste es caro. El hombre, que lleva un máuser al hombro y no una escopeta de caza, sonríe y le pasa el brazo por los hombros a Bautista, que también parece feliz, satisfecho. Bautista

tiene algo en la boca que parece una colilla, lleva un pantalón basto —podría ser pana—, una chaquetilla corta, faja oscura y una camisa blanca y sucia. En los pies, algo que parecen botas y polainas. Está destocado y en la mano derecha sostiene un sombrero de ala ancha. Lo que me llama la atención es que Bautista no lleva la típica cartuchera de caza para cartuchos. Lo que se ve a su costado, con la mano del sombrero apoyada en ella, es una pistolera y la culata de una pistola.

—¿El general y su padre iban a cazar con fusil y pistola?

—Sí *señó*, y don Rodolfo, el *pare* del señorito Gonzalo, *tambié.* Cazaban *uno gorrino mu grande.*

En el ángulo inferior izquierdo de la foto se intuye, más que se ve, una mancha oscura. Algo que de pronto me parece una bota, el pie calzado de alguien. El talón está apoyado en el suelo y la punta, si es que eso es una bota, hacia arriba y ladeada. La caída de los pies cuando estás tumbado. Pero no sé si no estoy inventando, así que no digo nada.

—*É mu* fácil *hablá.* Pero *to sabemo* lo que pasó en el pueblo. Y en España. Ahora, con lo de la fosa *to* el mundo escucha *la mentira* de la Fina y *lo demá.* Pero ya se sabe que *la asociacione esa* de la memoria y el gobierno *le* pagan por mentir, son *to subvencionao.*

Ante semejante argumento, ni Lola ni yo sabemos qué decir. Polonia ha escupido las últimas palabras, que tienen algo de balas disparadas entre dientes: el sabor metálico de la sangre. Balas que alguien cargó hace mil años y que Polonia, la gente como ella, dispara en ráfagas secas, cortas, para defender a sus muertos y volver a fusilar a los ajenos. Palabras que detonan. Me asombra que no se le salten los dientes. Ahora me parece entender que Polonia también ha tenido que ir callando con el tiempo. A ella, a los suyos, no se le impuso el silencio del miedo, no se les pudrieron dentro los gritos de duelo que no pudieron dar las familias de los asesinados. Con seguridad, los verdugos pudieron gritar su desprecio, reírse muy alto de bromas crueles durante más de cincuenta años. Y la niña Polonia tuvo que crecer escuchando eso de las bocas de quienes,

con temor o no, amaba. Sin embargo, la violencia de vómito con la que habla ahora de Fina, de los otros, solo puede nacer de haber ido callando con el tiempo. Si unos callaron por miedo, quizás otros, ella, al abrirse la fosa, hayan tenido al fin que callarse por temor y vergüenza. Quizás la fosa ha vacunado al pueblo contra el rebrote de fascismo orgulloso que recorre España, Europa, el mundo. O puede que esta vieja amargada no sepa que, fuera del cortijo, se pavonean de nuevo los de la sangre negra. Que vuelve a estar de moda la arrogancia ignorante de alabar a los asesinos. No puedo apartar los ojos de ella. Me digo que necesitamos a los villanos, porque sin ellos no nos queda sino mirarnos a nosotros mismos y asomarnos al horror de lo que somos, al fracaso de lo que nunca seremos, a la cobardía de lo que jamás haremos.

Polonia nos dice que, si no se nos ofrece nada más, ella tiene que preparar la cena.

Aquí se acaba la entrevista y Lola y yo nos vamos en silencio.

Tras nosotros, la mujer cierra de un portazo.

Me voy pensando que los asesinos no escarmientan, entonces, aquí, o ahora en Gaza. Por más que intenten condenar a sus víctimas al olvido de fosas y cenizas anónimas, siempre queda alguien para contarlo. Nunca se puede asesinar a todo el mundo. Por eso, tras escucharlas, veo a Fina y a Polonia como los dos labios desgarrados de una herida vieja y sin cerrar, sin suturar por la justicia y la reparación. Dos mujeres que, sin saberlo ni buscarlo, empezaron a vivir lastradas por un crimen, hijas de víctimas y verdugos. A las dos les tocaron malas cartas, marcadas, para apostar por la felicidad. Sus muertos se han aferrado a ellas, no importa el tiempo transcurrido. Uno pidiendo justicia, el otro silencio. ¿Cuántas no habrá como ellas? La aritmética de fosas, asesinos y víctimas en este país es obscena.

En mi cabeza aparece otro triángulo. No lo conforman las mujeres que me intrigan, atormentan o atraen, ni mis deseos o añoranzas, sino miles de rostros aterrados. Un triángulo oscuro, ominoso. Troya-Badajoz-Gaza.

42

Lola y yo nos reunimos con Lucía en la biblioteca.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta mirándonos por encima de las gafas de leer y dejando un libro en su regazo.

—Bien, abu. Aunque está claro que a Polonia no le renta hablar del pasado.

—No le gusta, no. En especial hablar de su padre —añado mientras me acerco a Lucía.

—Pero ¿qué ha pasado? —insiste Lucía.

—Pues que nos ha enseñado una carta de los años cuarenta en la que felicitan a Bautista por ser un ciudadano ilustre…

—Civil ejemplar —corrijo—. Que no sé si es peor.

—Eso, ejemplar. Y que si se hicieron burradas aquí fue porque había que hacerlas y que también las hizo mi bisabuelo.

—¿El general?

—Sí, abu. Nos enseñó una foto de él con Bautista, armados hasta los dientes y sonriendo. Nos dio a entender que cazaban personas.

—¿A los guerrilleros?

—Sí, Lucía. Y otra cosa interesante de la carta es que notifica un premio a Bautista, una gratificación de dos mil pesetas en septiembre de 1947. Quizás de ahí…

—… sacó el dinero para empezar como prestamista —completa la frase Lucía abriendo mucho los ojos. Se pone de pie y se acerca sonriendo—. Por aquí hay una caja con fotos antiguas. ¿Te acuerdas de que las miramos una vez, Lola?

—¡Sí, son muy graciosas, me acuerdo!

—Son graciosas porque son muy antiguas. ¿Dónde estará la caja esa? ¿Tú te acuerdas?

—No, abu, pero debe de estar donde los libros fachas. ¿En el armarito?

—Sí, seguro. Vamos.

Las sigo dentro de ese Valle de los Caídos literario. Lucía enciende la lámpara del techo y Lola una que hay en el escritorio. Luego ambas se vuelven hacia un armarito empotrado en la librería, lo abren y buscan curiosas y divertidas. Lola estornuda.

—¡Abu, mi alergia, esto está lleno de ácaros! Dile a Polonia que lo limpie, ¿no? —Me parece algo natural que una chica joven tenga alergia al polvo de un sepulcro. Además, los chavales de ahora tienen alergias por exceso de limpieza. No han tenido el salutífero contacto con la suciedad y las aceras en que nos criamos nosotros. De inmediato desecho este pensamiento como una gilipollez. No se debe romantizar la mugre ni el hecho de no haber tenido otro sitio para jugar que la calle. Es absurdo.

—Aquí están —Lucía se gira con una caja de cartón verde, algo más pequeña que una de zapatos. La deja en la mesa y la destapa. Está llena de fotos antiguas, todas en un blanco y negro sin brillo, muchas viradas a sepia. Están mezcladas, amontonadas sin orden. Algunas tienen las esquinas rasgadas y restos de cola, como si hubieran estado pegadas en un álbum y las hubieran arrancado.

—¿Puedo?

—¡Claro!

Los tres cogemos algunas fotos. Lola se ríe al mirarlas y pregunta a su abuela si sabe quiénes son. Lucía le da alguna explicación, pero resulta evidente que no identifica a casi nadie. Sostengo varias en las manos, pasándolas una a una. Consigo datarlas, fotos de los años veinte, treinta, cuarenta y alguna de los primeros cincuenta, creo, gracias a la variación de levitas, chalecos, corpiños, peinados, sombreros, impertinentes, abanicos, parasoles, uniformes, birretes, sables, forillos, americanas, corbatas y borsalinos.

Lucía se acerca y las mira.

—Esos deben de ser familia de Gonzalo.

—Para mí son desconocidos. ¿Te has fijado en que cuando vemos fotos de desconocidos, sobre todo de otra época, necesitamos rellenar su historia con la imaginación? Son siempre una incógnita. Ahora hay un exceso de retratos de cualquiera, selfis y todo eso.

—*La fin du mystère!* — murmura Lucía.

—*Parlez-vous français, madame?*

—*Ah oui, mais bien sûr! Et tu le parles?* — contesta Lucía divertida.

Me quedo en silencio un instante. Dudo. Al oír la pronunciación perfecta de la mujer, maldigo haber abierto esa puerta de inmediato.

—No, me encantaría, pero no. Lo leo, con dificultad —reconozco bajando los ojos a las fotos que tengo entre los dedos—. Sí, el fin del misterio.

—Mi abu habla también inglés e italiano, que lo sepas. Es muy jefa.

De pronto, entre la baraja de señores orondos, damas sonrientes, militares con bigotes en punta y eclesiásticos severos, asoman cinco retratos de jornaleros, mujeres y hombres pobres, flacos y torcidos.

—¿Y estos quiénes son? —pregunto—. Fíjate en sus caras. Chupadas, las mejillas y los ojos hundidos. Miran a la cámara con incomodidad.

—No lo sé —contesta Lucía—, supongo que trabajadores del cortijo. Sí, podrían ser fotos de los cuarenta, de cuando el general se quedó con la casa y las tierras. Ninguno sonríe.

—Igual los obligaron a posar. Parecen asustados.

—Esta foto da muy mal rollo, ¿no? —Lola sostiene uno de los retratos y hace un mohín de disgusto, como si la imagen desprendiera olor.

—¿Verdad? Y fíjate que no cuenta nada. No informa. Son caras y poco más.

—Sí, Diego, pero sacude.

Lucía la observa ladeando la cabeza como si buscase más allá de los bordes del cuadradito de papel fotográfico. Está viendo la vida

miserable y el miedo de estos desgraciados. Mi mente enseguida se desliza hacia el melodrama que está en el tuétano de la novela moderna. Imagino héroes proteicos, demoniacos, doncellas en apuros debatiéndose entre la virtud pobre o la riqueza malvada, rincones oscuros donde acecha el mal, despoblados ventosos o callejones húmedos, fosas y fantasmas de los asesinados aullando en las tormentas que desgajan los olivos y encierran a los vivos en sus casas…

—Pobres, dan pena, ¿no? —concluye Lola tras asomarse a los retratos que nos pasamos.

Asiento y le pregunto a Lucía si entre los libros de la familia de Gonzalo no quedaron archivadores, papeles. Bautista trabajaba desde chico aquí, incluso desde antes de que el general se quedara con todo, y supo convertirse en su hombre de confianza. Si existen documentos de la época, igual hay algo sobre ello. Lucía piensa un instante y me señala unos viejos archivadores apilados horizontalmente sobre la última balda de la librería.

—Esto quedó aquí. Gonzalo no quiso llevárselo. Decía que eran cosas de la administración del cortijo, sin interés. Yo no tiré nada, por si algún día me hacían falta. Los guardé también porque durante una temporada fantaseé con escribir la historia del cortijo.

—Deberías hacerlo.

—No, he leído lo bastante para saber que no sé escribir. La verdad es que nunca los he mirado.

—¿Puedo?

—Claro.

Arrimo la silla, me subo encima y bajo los archivadores. Están cubiertos de polvo. Lola vuelve a estornudar, dos veces y más fuerte. Los dejo sobre la mesa. Examino los lomos, hay uno con el epígrafe «Correspondencia». Lo abro. Lucía se pone las gafas de leer, se coloca a mi lado y observa en silencio. Parecen cartas con administradores, correspondencia comercial. Están escritas a máquina y clasificadas por años. Algunas son originales y otras copias en papel carbón, ya difíciles de leer. Busco en las pestañas las

de 1947. Septiembre. Nada. Me voy para atrás. Agosto, nada. Julio, nada. Pero en junio, con fecha del 11, encuentro la copia de una carta del general Sachet al jefe del Movimiento de Alburquerque, el falangista Ruiz Camino.

—Mira, Lucía.

—¿Así, tan fácil?

—Bueno, no sabías qué buscar.

—¿Qué pone? —pregunta Lola excitada por el descubrimiento.

—A ver… —tardo unos segundos en descifrar las letras, las huellas que dejaron tipos y teclas en el papel antiguo, unas fuertes y cargadas de tinta, otras apenas un roce que dejó un rastro desvaído—. Es una carta del general comunicándole que su capataz, Bautista, se ofrece a delatar a gente del pueblo que, según él, están dando apoyo material y cobertura a los restos de terroristas de la zona por afinidad política y por tener algún familiar entre los bandidos rojos. Que se ofrece a reunirse en Alburquerque, lejos de los ojos de sus vecinos, y dar cumplida relación de sus nombres. Solo pide a cambio que le aseguren protección para él y los suyos ante posibles represalias de estos vecinos, pues dice que hay todavía mucho rojo emboscado. También solicita que se le permita llevar pistola para defenderse, y que en caso de que lo maten, su mujer reciba una pensión que les permita vivir sin miserias. El general explica que Bautista nada pide para sí, porque se considera un patriota, un buen español que cumple con su deber, y no un soplón en busca de compensación económica, aunque sugiere gratificarle porque «pagando, san Pedro canta».

Sin otro particular y a la espera de su respuesta, le saludo cordialmente.

¡Viva Franco! ¡Arriba España!

Lo firma el general Sachet y la fecha.

Nos quedamos en silencio. Lola lo rompe.

—¿Bautista era un chivato?

—Eso parece —dice Lucía mientras mueve suavemente la cabeza—. Que delató a vecinos del pueblo.

—¡Qué *cringe*! —concluye Lola poniendo cara de asco y simulando que un escalofrío le recorre el cuerpo—. Pero pone que eran terroristas y bandidos.

—Siempre es así con quienes se resisten al poder, se convierten en terroristas y bandidos. A estos los llamó así la dictadura tras nuestra guerra civil. Pero pasa lo mismo con cualquier árabe, indio o negro que se resistió a ser descubierto y civilizado a espadazos, tiros o bombazos a lo largo de la historia. Salvajes, bandidos, terroristas. Ahora les toca a los palestinos de Gaza. Subhumanos, alimañas. Los matan primero con balas y luego los rematan con palabras que, además, tranquilizan muchas conciencias. Si los matan, algo habrán hecho. Da igual las décadas que lleven sufriendo violencia, si se resisten son terroristas. El mecanismo es siempre el mismo, por eso son importantes las palabras. —Lola me mira sorprendida, Lucía con algo que me parece admiración. Vuelvo hacia adelante en el archivador—. No encuentro contestación del jefe del Movimiento. Si la reunión tuvo lugar como pedía Bautista, no dejó rastro documental. A ver, septiembre del 47…

—Eso son albaranes.

No aparece nada más sobre el delator. Pero en octubre de ese año, entre dos cartas sobre venta de aceite y contratación de jornaleros, encuentro un sobre. Lo cojo y lo abro, saco una fotografía. Es la foto de los guerrilleros muertos. Bautista, varios guardias civiles, el hombre vestido de cazador y otro más joven, engominado y con un pitillo en la boca, acunando un fusil entre el antebrazo y el codo del brazo derecho con un gesto, creo, más propio de la caza deportiva. Los tres posan sonrientes junto a los cadáveres de cuatro hombres barbados, con el pelo largo y despeinado, apelmazado de mugre y sangre, la ropa vieja y sucia. Bautista tira del pelo de uno de los muertos para que se le vea bien la cara.

Lucía niega con la cabeza.

—El cazador es el general, el abuelo de Gonzalo. El del pitillo es Rodolfo, su padre.

—¿Mi abuelo?

—Sí, Lola. Tu abuelo.

Por un instante me recreo en la perplejidad de la adolescente, incapaz de aceptar una consanguinidad ya tan próxima con un puto asesino. Le falta edad para conectar sin sobresaltos ni espanto a un voluntario de la División Azul con su mundo de TikTok. Aquella España con la suya.

—¿Lo conociste?

Lola es incapaz de hablar. Niega con la cabeza.

—Rodolfo murió antes de que naciera Lola.

—Pero sí conocí a mi abuela Leonor, su mujer —acierta a decir la chica con trabajo, extrayendo las palabras de la boca como si pesaran, como si fueran piedras—. Era muy buena.

—Sí, hija. Quizás por eso nunca vino por aquí.

Quedamos en silencio, absortos en esa foto de un asesinato.

Reconozco el dintel de piedra de la casa chica, el mismo en el que me apoyo a veces para fumar. Los cadáveres están expuestos como piezas tras una montería. Me impresionan las sonrisas satisfechas de los asesinos junto a sus víctimas, me parecen las mismas que las de unos cazadores orgullosos junto a los trofeos que mandarán despellejar o disecar.

—Yo sabía que Bautista combatió de joven en la Guerra Civil, que se unió a la columna de Yagüe en cuanto pudo —dice al fin Lucía—. Pero no que años después hubiera estado en las contrapartidas, que hubiera llenado más la fosa con los cuerpos de guerrilleros y vecinos que pudieran ayudarlos. Que a estos cuatro maquis los hubieran exhibido aquí.

—¡Qué horror, abu! —Lola está espantada, los ojos tan abiertos la aniñan aún más.

—Fijaos, ataron los cuerpos a bancos de madera y los apoyaron contra la fachada. Los colocaron de pie para la foto. ¿Hubo mucha actividad guerrillera por aquí, Lucía?

—Menos intensa que en otras regiones, pero hubo durante los años cuarenta. Grupos reducidos en las montañas de la Sierra de San Pedro y el Valle del Jerte. A veces huían cruzando la raya de Portugal, aunque tampoco tenían refugio seguro allí, con la dictadura de Salazar. Realizaban pequeños sabotajes, escaramuzas con la Guardia Civil. Pura supervivencia más que acciones militares coordinadas. Supongo que alguno de estos desgraciados tendría familiares en el pueblo. De ahí el premio a la delación de Bautista.

—Los de la foto tienen las caras llenas de golpes, abu.

Lucía asiente.

—Sin duda los torturaron antes de matarlos, Lola —añado yo, incapaz de ahorrarle ningún detalle a esta niña espantada que, pese a la fosa, quizás ahora se da cuenta de qué trata realmente su trabajo de instituto. Me digo que por fuerza ha visto vídeos terribles del genocidio en Gaza, de niños asesinados y civiles torturados. Pero no dejan de ser eso, vídeos en redes sociales donde siempre, aun aceptando que sea verdad lo que ve, mediarán una serie de filtros más o menos conscientes: son víctimas lejanas, de otro pueblo, cultura, incluso color de piel. Hay una pantalla, todo tiene algo de videoclip, el horror se cuela entre los tutoriales de maquillaje de una influencer y unas chicas perreando. La espectacularización de lo real que, por fuerza, lo vacía de contenido. Todo muy Guy Debord. Por mucho que quiera empatizar (lo hace, es buena, es un ser humano decente), a toda esa atrocidad le falta un punto de realidad. Pero ahora, en la antigüedad de esta foto de hombres torturados y asesinados por tipos crueles reconoce demasiadas cosas: la casa chica, el cortijo donde ha pasado los veranos desde que tiene memoria, el espacio donde juega con los perros. Y algo que la une a ese crimen: su bisabuelo, su abuelo y el padre de Polonia, la mujer que la ha cuidado, alimentado y servido durante tantos años. Con la que sin duda jugó en algún momento.

—¡Qué espanto, abu, no quiero ver a Polonia!

—¡Ella no tiene culpa de lo que hiciera su padre, como ni tu ni yo de lo que hicieran el general o tu abuelo Rodolfo!

—¡Pero es que ella lo defiende! —A Lola le cuesta completar la frase, tiene los ojos encharcados de lágrimas. Lucía la abraza, la siente temblar. Me mira con tristeza, suspira. Luego la aparta con delicadeza, le retira un mechón y le acaricia la cara. Lola se sorbe los mocos y se seca las lágrimas, niega con la cabeza—. No quiero verla, abu. No quiero. No quiero… No quiero…

—¿No vas a cenar?

—No, no me obligues a verla. Cojo fruta y un yogur. Espero que no esté en la cocina.

—Va a estar allí.

—¡Pues no pienso hablarle! ¿Me puedo ir a mi cuarto, por favor?

—Pero…

—Por favor, abu, mañana estaré mejor. Pero hoy no me obligues. Necesito hablar con mi amiga.

—Lola, Polonia es una mujer triste. Quizás ahora no lo entiendas, pero ella también es una víctima.

—No sé, abu. Creo que es mala. ¿Me puedo ir?

—¿Vas a poder dormir?

—Pesadillas voy a tener, eso te lo digo ya.

Lucía la vuelve a acariciar y le da un beso en la frente.

—Trata de descansar. Mañana es la fiesta del pueblo. Querrás ir, ¿no?

—No lo sé, abu. Ahora mismo no me apetece.

—Bueno, mañana será otro día. Descansa.

Lola se va. Y aunque sé que es imposible, por la inclinación de la cabeza y la caída de los hombros me parece que la niña se va convertida en una vieja. Como si de pronto le hubieran caído encima los muertos de ayer y los de hoy, los de aquí y los de allí. Siento pena por ella, pero también una inexplicable sensación de triunfo ante la inocencia juvenil derrotada por el descubrimiento de que sí, Lola, el mundo es un lugar terrible en el que abundan las personas repugnantes. ¡Bienvenida al club! De algún modo me alivia compartir con alguien más esta carga. Solo espero que tal revelación no te derrote, niña, sino que te haga comprender que también —dicen

algunos— es un mundo maravilloso, único, lleno de personas buenas. Y que a esas es a las que hay que cuidar y defender.

Además, mañana hay fiesta en el pueblo. Siempre habrá una fiesta en algún sitio, que nos permita bailar sobre los muertos viejos y nuevos. ¡Que no pare la fiesta, no sea que nos detengamos a pensar y arda Troya!

¡Ay, Lola! Espero que esta epifanía dolorosa se convierta en semilla de rebeldías, porque el conformismo es siempre aliado de los monstruos.

Que desde hoy y para siempre maldigas la poesía de quien no toma partido hasta mancharse.

43

La cena ha sido rápida. Lucía le preguntó a Polonia si estaba bien y ella contestó que sí, que muy bien, gracias. No se han hablado mucho más, y en las breves apariciones de la mujer para dejar o retirar cosas, un aire helado entraba y se iba con ella, cortando la conversación. Lucía y yo agradecimos cuando por fin se despidió con un seco «hasta mañana».

Quedamos en silencio. El aire me parece espeso, de un amarillo palúdico, como el que dejaría una pestilencia medieval o un cólera decimonónico en estancias donde antes la vida brillaba con suavidad.

—No siempre podemos poner toda la culpa en los militares sublevados, solo en ellos —dice al fin Lucía, negando con la cabeza y alzando las cejas como quien, a la fuerza, llega a una conclusión dolorosa—. Hay que aceptar el pasado de nuestros vecinos, de nuestros familiares.

—Sí, Lucía. Los odios que se heredan. Los agravios. Las obligaciones de la sangre.

—La dictadura nos convirtió a todos en cómplices.

—A todos no, a las víctimas no.

—Pero sí a muchos. Y muchos más nos pusimos de perfil. «Hagan como yo y no se metan en política», ¿verdad?

—Bueno, Lucía. Todas las guerras se hacen por dinero y para proteger los privilegios de unos pocos. La nuestra no fue una excepción. Tras la represión llegó el expolio, el saqueo, y la dictadura supo ganarse para siempre a quienes cometieron todo tipo de crímenes. Diluir las culpas, extenderlas a cuantos más mejor. Cuando

todo el mundo es culpable, nadie es culpable. Es siempre el mismo truco.

—Sí, contagiar el mal al mayor número posible de personas para que luego nadie quiera mirar hacia atrás.

—Exacto. Fue igual en todas partes. Franco hizo lo mismo con sus ministros cuando los obligó a ratificar el enterado de las ejecuciones de Grimau y otros. Los convirtió en cómplices y, por tanto, en leales. Por eso, por culpa y por beneficio propio, hubo y hay tanto franquista en este país.

—Y ahí siguen. El PP y Vox acaban de derogar la Ley de Memoria Histórica aquí, en Extremadura.

—Son sus descendientes. Además, Lucía, tuvieron cuarenta años y lo que vino después para hacer su trabajo, para decir que cualquier cosa valía para extirpar el gen rojo. Instalaron una idea que aún hoy envenena muchas cabezas. Trágico, sí, pero qué le vamos a hacer, es que la alternativa era la barbarie. Eso decían. O fusilamientos, torturas, fosas comunes, presos, mutilados, famélicos, viudas y huérfanos, o barbarie. Y si hay que suspender la humanidad de los otros por un tiempo, unas décadas, pues se hace y se los rebaja a la animalidad. Si quieres una demostración práctica de cómo funciona esto, mira las narrativas actuales sobre los pobres palestinos. Pues entonces igual, para asegurar la paz entre los españoles lo mejor era exterminar a la mitad. Así se justificaron.

—Sí, Diego, lo sé. Y que mucha gente se enriqueció o pasó a vivir mejor a costa de sus vecinos derrotados. La familia de Gonzalo, este cortijo. Yo misma, de manera indirecta.

—No te fustigues. Lo hicieron los ricachones con fincas, olivares y fábricas, pero también familias más humildes, aunque no menos feroces, como la de Polonia. Esos conservaban el recuerdo de miserias anteriores. A los progres nos cuesta aceptar que eso que llamamos el pueblo, la mayoría de esa masa, no quiere saber nada de nuestras revoluciones. Que son la principal fuerza del pensamiento más reaccionario. Se saben con el agua tan al cuello que les bastan las migajas que les caen de los poderosos, a veces la

simple promesa de esas sobras, y saber que siempre habrá alguien más jodido que ellos. Por eso sube Vox, porque les promete enemigos a quien odiar, impunidad para hacerlo y mano dura por si los inmigrantes, maricones, rojos o feminazis se menean.

—Puede ser. Además, los fachas les hablan de cosas tan básicas como ser español. Es desolador.

—Lo que me inquieta, como hombre y como escritor, es si tener un diagnóstico nos servirá siquiera para anticipar el momento exacto del desastre. Si veremos alzarse la ola que nos ha de ahogar, o si seremos como ranas en una olla de agua hirviendo. ¿Tú qué crees? —miro a la mujer y, con las cuerdas del alma y la mente convenientemente afinadas por la conversación, la encuentro bella. Hay una cualidad de refugio en ella.

—No sé, Diego. Cuando devolví los olivos a la cooperativa, hablé mucho con algunos viejos, jornaleros que vivieron la guerra y la represión posterior. Luego con historiadores de la zona. Ahí empecé a completar la información fragmentada que ya tenía de la parte victoriosa por Gonzalo, y el puzle se me hizo más interesante. Comencé a interesarme de verdad por la historia de lo que pasó por aquí. Tiene que ver con lo que me has preguntado.

—¿Por qué?

—Me contaron que cuando llegaron los sublevados y los falangistas mucha gente había huido a esconderse en el monte y en los olivares. Pero también hubo quienes se quedaron en los pueblos, en este y en otros, pensando que podrían negociar algún tipo de rendición, de acuerdo. Que, pasados los tiros y ya convertidos en retaguardia, bastaría con aceptar la nueva autoridad militar, bajar la cabeza y esperar tiempos mejores. Esos no vieron la ola.

—¿Quiénes se equivocaron tanto?

—Ahora es fácil llamarles ingenuos, Diego. Yo creo que fueron víctimas de su incredulidad ante la barbarie.

—Seguramente. Es algo que le pasa siempre a la gente al comienzo de todas las guerras.

—Los que se quedaron eran liberales y socialistas. Burgueses, algún médico, notarios. La mayoría no había ni luchado ni empuñado armas. Contaban también con que había paisanos y colegas entre los golpistas. Alguno había ayudado a un cura, otro conocía de crío a uno de la Guardia Civil o era familia de algún «camisa vieja» de Falange. Pensaban que los avalarían. No les sirvió de nada, los asesinaron junto a los comunistas y los anarquistas.

—No, sí ya lo dijo Julián Besteiro en la cárcel antes de morir, que no creía que esta gente fuera tan bestia.

—¿Qué gente?

—Los franquistas, Lucía. Sí, pasó por igual en toda España en esos años. Es sabido que el general Mola, el Director, el cerebro del golpe, ordenó usar una violencia extrema para asegurar el éxito. Así que desde el primer día se dio una competencia entre las diferentes facciones de los sublevados por ver quiénes reprimían más y mejor, no fuera que alguien los tomara por blandos o fieles a otra cosa que al golpe de estado. En España, tras la guerra se implantó una violencia colonialista contra los vencidos. Los vencedores eran militares curtidos en salvajadas coloniales y trajeron esa guerra contra su pueblo.

—El general, según Gonzalo, siempre contaba orgulloso cómo los oficiales ordenaban cargas frontales al grito de «¡Laureada o paredón!». No hacían prisioneros. Y, como siempre, la derrota fue peor para nosotras, para las mujeres.

—¿A qué te refieres?

—A las violaciones sistemáticas. Pocos hombres aceptaban o perdonaban a las violadas, muchos repudiaron a sus mujeres e hijas. Por eso la derrota para ellas fue peor, aún más profunda. Quedaron marcadas como putas para rojos y azules.

—Así es en todas las guerras. Para vosotras la violencia es siempre doble.

Mi anfitriona se levanta y con una mirada sobre su hombro me indica que la siga.

Salimos a la terraza, esta vez sin vino. Siento que no necesitamos ese facilitador para nuestras charlas, ya no. Nos sentamos en silencio, los dos mirando hacia la oscuridad. La vida atruena, chirría, chilla, pía, ladra y zumba a nuestro alrededor. Lucía bebe un poco de agua. Supongo que ella está como yo, repasando mentalmente las revelaciones de las últimas horas, el efecto que han tenido sobre Lola. Es siempre un espectáculo salvaje ver desmoronarse la inocencia infantil al descubrir que los monstruos están entre nosotros. Que algunos incluso te han arropado y preparado la comida durante toda tu corta memoria. Por esa brecha entra siempre el agua pestilente de la duda, la inquietud de si no sabremos nunca identificar la maldad o de si incluso nosotros podemos ser los monstruos en pesadillas ajenas. Y para Lucía, quizás, lo de hoy es un punto de inflexión en su vida ideal. Me pregunto si podrá mantener su Arcadia con Polonia dentro tras ver el dolor de su nieta. Decido no mirarla, no romper yo el silencio. Que sea ella la que hable, cuando quiera, de lo que quiera. Al fin y al cabo, no hemos hecho otra cosa que hablar desde que llegué a Las Encinas Azules, hablar de todo y tan abiertamente que me es imposible no reconocer un punto de exhibicionismo emocional y vanidad intelectual que hemos alimentado el uno en el otro. La necesidad de ambos de hablar y ser escuchados, las ganas de gustar de los dos.

Pero seguimos callados.

Estamos a gusto juntos, tanto que disfrutamos ahora de un silencio que, al principio de cualquier relación, amistad, entre un hombre y una mujer, podría ser grosero o incómodo, entenderse como una falta de interés. Hace falta tener intimidad para estar callado junto a alguien. ¿La tenemos ya?

Al fin Lucía me mira, sonríe.

—Amo este lugar, Diego.

—Es muy comprensible.

—Por eso me ha dolido mucho ver a Lola tan mal, averiguar así lo que pasó aquí con Bautista, el general, ¡su abuelo…!

—¿Tú lo sabías?

—¿Qué? No, claro que no. Para nada.

—¿Todo este rollo detectivesco del hallazgo casual de cartas y fotos guardadas sin razón es cierto?

—¡Por supuesto! —Lucía calla, los ojos perdidos en sus pensamientos miran sin ver. Suspira—. ¡Es impresionante que los secretos dolorosos estén ahí, ocultos bajo años de convivencia y buenas maneras, dispuestos a saltarnos a la cara! A herirnos. A desmentir nuestra memoria.

—Vivimos todo solo una vez, Lucía. Lo demás es recuerdo, invención, coartada u olvido. Es normal que, de vez en cuando, la realidad reaparezca y desmonte nuestras versiones.

—No somos distintos al resto del mundo. La ilusión de control…

—Dura lo que dura.

—Sí. Todos somos como olas, a la vez distintas e iguales. Nos formamos, crecemos, nos alzamos creyéndonos únicos; con suerte hacemos algo de ruido y espuma…

—Que nuestro ego agradece.

—Sí. Pero de inmediato caemos, perdemos fuerza y, como todas las demás olas, desaparecemos en la infinitud del mar.

—Supongo, Lucía, que te gusta Virginia Woolf.

—Mucho. Woolf me gusta y me asusta, como el mar. Esta casa, esta vida, son mi habitación propia. Y lo de Polonia me ha dejado muy jodida. Sentía que tenía todo razonablemente controlado. Que me lo había ganado.

—¿El privilegio?

Lucía me mira por primera vez con un gesto de dureza que, sin embargo, también encuentro atractivo.

—Sí, el privilegio. ¿Y tú qué, Diego? ¿Cómo haces para seguir adelante?

—¿Cabe rendirse? Puede apetecer. Pero no, no está en mí y seguiré escribiendo contra lo que creo que está mal, contra la tentación de rendirme. Es mi deber, y es mi privilegio. Además, ni tú ni yo estamos mal, Lucía. El horror, de momento, nos ha respetado.

Lo de Polonia no deja de ser un suceso desagradable, pero menor. Te faltaban los detalles, pero tú ya sabías cómo es.

—Eso es verdad.

—Y a Lola se le pasará el disgusto.

—Seguramente… Bueno, mañana es la fiesta del pueblo y luego volverá a Madrid.

Callamos y, por unos instantes, los ojos vueltos al negro azulado de la noche, los ruidos del campo nos rodean. Tan fuertes que me digo que les falta poco para ser inquietantes, desagradables. El aire tiene un sabor metálico que se mezcla con los olores de la tierra caliente, agrietada, de plantas nocturnas que no identifico y un leve aroma de putrefacción que me hace pensar en hojas pudriéndose, lombrices, insectos acorazados y negros. En los muertos de la fosa. Olores tan fuertes que incluso yo los huelo.

—¿Escribirás sobre todo esto?

—Supongo que sí. En algún momento.

—¿Sobre mí?

—No lo sé, Lucía. Yo escribo sobre perdedores. Tú no me pareces una. Polonia es un buen personaje. Ella ha perdido siempre, incluso cuando creía ganar.

—Cierto, en tus novelas no abundan los ganadores, los exitosos.

—Sí. Y si salen es para realzar aún más a los vencidos. Los libros sobre triunfadores son un coñazo, son propaganda, mierda aspiracional. La literatura tiene que dar voz a los eternos perdedores, aplastados siempre por el silencio y la tergiversación que premia el sistema. Yo escribo por mí y, sobre todo, para que quien me lea, siquiera una persona, sepa que no está sola en su horror, en su dolor. Y tampoco en sus esperanzas.

—Pareces tan convencido de lo que dices…

—No, al contrario. Todas mis certezas se resquebrajaron hace mucho. Envidio tu seguridad, Lucía, cómo has construido tu lugar en el mundo. Su solidez. Yo, en cambio…

—¿Te puedo decir algo, Diego?

—¡Claro!

—A veces, pareces angustiado.

—¿Se me nota? Sí, lo estoy. No creo que nadie se dedique a escribir si no siente angustia.

—¿De qué tienes miedo?

—¿Tú no lo tienes, Lucía?

—Todos lo tenemos. Ninguno estamos a salvo de la catástrofe. De la enfermedad, por ejemplo. Ya soy una mujer mayor. Pero intento hacer lo que puedo. Es difícil, pero lo intento y eso me da calma, saber todo lo que pongo de mi parte. ¡Mira, hace una noche preciosa!

—Sí…

—¿Pero?

—De unos años para acá, he perdido cualquier ilusión de controlar nada. Es como si me hubieran desatornillado del suelo y cualquier viento me pudiera hacer volar.

—Bueno, eso nos pasa un poco a todos, ¿no? Y tú sigues escribiendo. Eso denota esperanza.

—O necesidad.

—¿De triunfar?

—No… ¿Sabes una cosa muy curiosa, Lucía? En estos días en tu casa, bueno, he visto que tú no tienes televisión y, por supuesto, en mi alojamiento no la hay…

—¿La echas de menos?

—¡No, no, para nada! Me parece un detalle de muy buen gusto. Yo en Madrid sí veo la televisión, así que he agradecido estos días de desconexión. Tampoco he mirado mucho el móvil, pero cuando lo he hecho he visto una niña destripada. Una niña a la que sencillamente han volado en pedazos los israelíes en Gaza. Y esto, cada vez que lo veo en los últimos años, me hace pensar en cuál es mi obligación como escritor.

—¿Y?

—Siento una urgencia furiosa. No me veo escribiendo sobre enamoramientos burgueses. Lo he hecho, pero ahora no toca. No me veo capaz de detenerme en los dibujos de alas irisadas de una

mariposa que tiembla en el aire. Ni sobre la obra de Dios en la naturaleza, aunque sea para mofarme de la superstición de otros. Ni siquiera sobre los delfines, que me encantan. Creo que solo debería escribir sobre esa niña palestina.

—Bueno, también puedes hablar de tus inquietudes personales. Todos los escritores lo hacéis.

—Lucía, esas no dejan de ser alas de mariposa. Eso no vale una mierda en estos momentos. Ahora lo sé.

—¿Y antes no? La maldad no es nueva en el mundo. Tus novelas son buenas, Diego, hablan de ella. ¿Serían distintas si hubieras visto antes un genocidio en vivo y en directo?

—Sí, creo que sí. Pero, además, la distancia temporal ya no nos salva de estos acertijos morales.

—Sí. El horror es aquí, ahora.

—Como entonces, como siempre, el resto del mundo protesta, pero no hace nada, aparta la vista para no ver el genocidio, la brutalidad, el crimen. ¿Qué hago contra esto, contra el fascismo? ¿Y contra la ultraderecha rampante que alimenta el odio, reescribe la historia de la carnicería patria y reivindica al hijo de perra de Franco y sus cómplices? ¿Basta con firmar manifiestos y escribir columnas en medios afines? ¿Sufrir por toda la humanidad no es una forma de no sufrir por nadie? ¿No hace falta inventar palabras y resistencias nuevas para destruir lo viejo? ¿No es siempre la víspera del colapso el momento de los verdaderos escritores?

—Anticipar y describir el apocalipsis nunca evitó su llegada.

—Nunca. ¡Claro que me pregunto qué sentido tiene escribir en tiempos de un genocidio!

—Hacer lo que uno sabe hacer mejor es una obligación, Diego. Tú sabes escribir.

—No lo sé, Lucía. Pero solo puedo hacer esto, escribir para exigir la justicia que no llega, porque nombrar algo es empezar a darle vida. Porque nada existe antes de que le demos nombre y hay cosas que dejan de ser si lo pierden.

—Por eso en Macondo ponían letreritos a todas las cosas.

—Exacto, Lucía, las cosas sin nombre no existen.

—A veces necesitamos algo de amnesia para dejar sitio a lo nuevo.

—¿Sí? No lo creo. Para mí amnesia es sinónimo de rendición. Es muy fácil pasar de la amnesia a la amnistía de todos los crímenes. En este país se hizo. Nos encerramos con tanta basura que dejamos de sentir su olor.

—Sí, pero me refería a las personas. Sin olvido, la culpa no nos dejaría vivir.

—Todos, a partir de cierta edad e inevitables cagadas, vivimos entre el olvido de Macondo y la memoria total de Funes el memorioso, que es otra forma de maldición. Y ahí, en ese espacio sentimos el *Weltschmerz.*

—¿El qué?

Saboreo el pequeño triunfo de haberla sorprendido.

—¿No hablas alemán, *frau* Guevara?

—No, ¿y tú, *herr* Roca?

—Tampoco. Pero me gusta la filosofía y admiro esa capacidad del alemán para juntar vocablos y crear una palabra que exprese algo con la mayor precisión.

—¿Entonces…?

—«Weltschmerz» significa literalmente 'dolor del mundo'. «Welt», 'mundo', «Schmerz», 'dolor'. Define la profunda melancolía o tristeza que surge al sentir que el mundo no es como debería ser. O al percibir la brecha entre la realidad y los ideales que uno tiene. La frustración o desencanto hacia la sociedad, la vida o la existencia en general.

—Supongo que sirve para los que sentís el peso de los problemas y sufrimientos del mundo de una manera muy personal y emocional.

—¿Los que sentimos? ¿Te excluyes?

—No, claro que no. Lloro con lo de Gaza…

—¿Pero…?

—Creo que soy una persona vitalista y que tengo, además, el sentido común de una jardinera.

—¿Qué quieres decir?

—Que el mundo duele, sí. Mucho. Pero no duele siempre, todo el tiempo. Y los momentos de felicidad también son el mundo, la vida. Y ayudan a seguir, ¿no?

—Sí, sin duda.

—Y militar en la búsqueda de la felicidad nos salva de la tontería, Diego.

—No te entiendo.

—La adicción a la tristeza es una forma de vanidad, obsesionarse con uno mismo por encima de todo y de todos. La gente triste me parece de una arrogancia insufrible.

—Puede ser.

—¡La tristeza necesita mucho narcisismo, Diego! Pensar que el mundo está ahí solo para explicar nuestro dolor. ¡Que todo se refiere a nosotros, todo son señales, mensajes, amenazas! Y al mundo, en realidad, no le importamos nada. Seguirá sin nosotros. Acuérdate de la pandemia. Cómo la naturaleza recuperó su espacio cuando nos encerramos. Yo aprendo mucho de las plantas.

—Te concedo que vivimos un tiempo obsesionado por encontrarle a todo una enseñanza. Hay millones de euros metidos en esa industria: autoayuda, *mindfulness*, *coaches…*

—¡Exacto! Y en pro de ese negocio quieren que la gente ignore que el dolor, casi siempre, es solo eso, dolor. Y no mejora a nadie, solo nos daña.

—¿Y el *Weltschmerz*?

—Tampoco creo que nos haga mejores, Diego. Además, te puedes reír mientras te duele el mundo. Debes hacerlo.

El tono de su voz es suave. Siento que me gusta estar con esta mujer, hablando, sentado en esta terraza pese al calor. Que ahora mismo, junto a ella, basta sentir el olor de la noche y entornar los ojos para que en mí se imponga la alegría de vivir, la pasión por estar vivo.

Sonia siempre me dijo que yo era un adicto al asombro. Y vivir instalado en un pesimismo eterno es imposible cuando todo te

asombra. Cuando la imposibilidad real de conocer a otra persona que no es condena, sino fuente de sorpresas y maravillas.

—Me gusta hablar contigo, Lucía.

—Y a mí contigo. Mucho.

Pausamos los halagos, quizás para paladearlos mejor.

—Bueno, Diego, mejor nos retiramos. Recuerda que mañana bajaremos a la fiesta del pueblo.

—Es verdad. Oye, ¿qué día de la semana es? He perdido la noción del tiempo.

—Eso es bueno, ¿no?

—Sí.

—Ya es viernes. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Lucía. Que descanses.

44

Ya en la casa chica siento la necesidad de retocar lo que escribí en la fosa. Bautista, él es el hilo del que tirar hacia adelante en la historia de horror y crimen, de asesinatos, violaciones, torturas, miedo y delaciones que representa la fosa, la herida abierta, supurante, en este pueblo y en miles como este. Enciendo el ordenador, releo. Creo encontrar dónde y cómo meter a un Bautista joven, al que se alistó con las tropas de Yagüe. Tengo que atrasar el descubrimiento del maestro. Su acusación. El primer cambio es fácil. Su frase la dirá el sargento:

—Los únicos traidores aquí son usted y sus hombres, alférez. Traidores al gobierno legítimo que juraron proteger —me sorprende oír al sargento hablar así a nuestros captores, que enseguida le premian con un culatazo en la pierna herida.

—¡Ese hombre está her…! —no acabo la frase; un golpe en los riñones me derriba sobre las rodillas. Siento la punta de una bayoneta entrando en mi espalda, apenas un poco, lo justo para notar mi sangre escurrir hasta la cintura bajo la camisa.

El alférez le dice algo al sargento que no oigo. Me zumban los oídos y me laten las sienes con tal fuerza que mi sangre es un tambor que acalla todo lo demás. El sargento se cuadra, saluda y empieza a dar órdenes a gritos. Ahora sí los oigo. Nos mandan recoger los cuerpos de nuestros camaradas caídos y amontonarlos.

—¿Ordeno que los entierren, mi alférez?

—No, sargento. No tenemos tiempo para eso. A los vivos los ata y nos los llevamos.

—¿Y al herido, mi alférez?

—Haga lo que le he dicho.

—¡A sus órdenes, mi alférez! —saluda el sargento dando un taconazo que levanta tierra. Se gira como una peonza y viene hasta nosotros con varios legionarios. Uno trae a Miguel, el carabinero. Nos atan las manos tras la espalda, muy fuerte, y luego entre nosotros, formando una cuerda de presos. Yo estoy entre Andrés y Miguel.

—Alguno se partirá el hocico en la marcha, mi sargento.

—¡Mejor!

Veo al alférez encenderse un pitillo y darle una calada muy profunda, echando la cabeza hacia atrás mientras exhala una nube de humo azul. La borla del chapiri le cae ahora a un lado. Luego se pone el pitillo en la comisura de los labios y, con la pistola otra vez en la mano, se acerca al sargento López.

Apenas se detiene un instante ante él. López lo mira, entiende y no suplica. El alférez le dispara dos tiros, uno en la frente y otro en la cara, lo observa apenas un segundo, guarda el arma en la pistolera y se gira hacia sus hombres.

—¡Sargento, en orden de marcha hasta el punto de reunión con la bandera!

—¡A sus órdenes, mi alférez! ¡Pelotón… atención! ¡En columna de a dos, los prisioneros al medio! ¡Marche!

Lo que sigue me vale, así que avanzo por lo escrito, buscando el momento de introducir al Bautista joven, la sangre negra que nos contará la historia.

Algunos falangistas se pasean junto a los legionarios y van señalando a los presos que conocen. Deben ser de los mismos pueblos y delatan a los maniatados, dispuestos a cobrarse viejas rencillas. Se repiten los golpes y ahora los insultos de los moros en su lengua, que no entendemos. Un par nos miran sonriendo con bocas desdentadas y se pasan el pulgar por el cuello, anunciando nuestro futuro. Otra vez me sorprende el nulo interés de nuestros

captores en obtener información de posible valor militar de los pocos soldados apresados. Está claro que se sienten seguros, que somos casi todos civiles, los restos de una desbandada, y no nos ven como una amenaza. Estamos callados. No quieren que hablemos y nos podamos poner de acuerdo para escapar. Si hablamos, culatazo o patada. Si pedimos agua o comida, culatazo o patada.

Dos falangistas llegan hasta donde estoy sentado. Los acompaña un muchacho, uno que conozco. El chico me señala.

—Este.

—¿Bautista? ¿Eres el hermano de Paquito, el de los Juaninos?

El muchacho me mira esquivo. Parece dudar, pero asiente:

—Sí.

Los falangistas se ríen y palmean el hombro de Bautista.

—¡Aquí hay uno, mi alférez! —grita uno de los camisas azules.

—¡Y tú, rojo, deja al zagal en paz! —me dice el otro.

Bautista es incapaz de sostener mi mirada, aunque sonríe cuando el otro falangista le pasa una botella de coñac, de la que bebe un buen sorbo que le hace arrugar la cara al tragar.

El alférez se acerca, seguido del sargento.

—El mozo ha reconocido a uno de estos hijoputas —dice satisfecho el otro falangista.

—¡Bien! —El alférez es un hombre joven, incluso un poco más que yo que tengo veinticinco años. Ahora puedo verlo mejor. El uniforme está pulcro y él bien rasurado, salvo un fino bigotito negro. Yo huía, él perseguía. Los dos por el mismo campo, pero yo parezco un zarrapastroso y el alférez, recién lavado y planchado. En otro lugar, en otro tiempo, yendo yo también limpio, ¿podríamos este hombre y yo ser amigos, compartir un chato de vino y reír juntos hablando de muchachas?

—¿Nombre? —me pregunta el oficial.

—Roberto Mendoza García.

—¿Y tú qué eres, Mendoza? Soldado, desde luego que no. Pero tampoco pareces uno de estos muertos de hambre.

Callo.

—É el maetro*. Le da clase a mi hermano* má chiquitino. *—Ahora por primera vez, quizás por el coñac que le arde en la tripa, Bautista me mira a los ojos, con odio, desafiante.*

—¡Acabáramos, un rojo sin dios ni patria! —se burla el alférez—. Habéis envenenado a nuestro pueblo con vuestras mentiras y ateísmo. Pero tranquilo, que sabemos qué hacer con la escoria. Desde Badajoz ya hemos fusilado a unos cuantos como tú. Y maestras, pero a esas putas les damos antes una alegría y se las dejamos a los moros.

Bien, funciona. Ya he plantado a Bautista en la historia. Él y su violencia me llevarán de la mano hacia adelante en el tiempo de la narración. Hasta hoy, hasta el secreto de Polonia. Ella también quedó atada de por vida a la fosa del olivar, del cortijo. Guardiana eterna del crimen de su padre, Bautista, y de los suyos. Prueba de que la sangre, la propia y la ajena, ata tan fuerte como el amor o más.

Cierro satisfecho el ordenador mientras en mi cabeza se dibujan con claridad las posibilidades arborescentes de cualquier trama. Toda novela tiene algo de bosque y, si las raíces son sólidas, personajes y argumento crecerán buscando la luz, se harán frondosos.

Me tomo la medicación nocturna. Orino. Me lavo la cara, los dientes y me meto en la cama. Estoy cansado para leer. Apago la luz, bostezo pensando en que mañana iré a una fiesta de pueblo; ni recuerdo la última vez que estuve en una. El mosaico crece y en la oscuridad, apenas rota por un filo de luz azulada que se cuela entre las cortinas y raja el techo, veo la cara a la vez asustada y triste de la pobre Lola, el semblante sereno de Lucía y la espalda de Polonia. A esta última, no sé por qué, soy incapaz de ponerle rostro.

Una idea me restalla en la cabeza: si releer es leer mejor, ¿revivir es vivir mejor? No, no lo creo. Revivir es siempre cenar con los difuntos, los cadáveres, reales o no, que te has cruzado, que has amado. Sobre todo, amado. Sí, porque al final, quienes no hemos amado nos importan un carajo y se vuelven recuerdos borrosos. La

nitidez queda para los que amamos y perdimos: parejas, familia, amigos. Los protagonistas y secundarios importantes de nuestras películas. El resto son figuración y se desdibujan con facilidad, como esculturas de arena que se deshacen en playas vacías, frías y lejanas.

Y, sin embargo, ahora, a oscuras en esta cama, siento ganas de revivir el amor. De amar. Y de besar, de tocar, de follar con amor, por amor. Y no porque me sienta especialmente listo, con la autoestima por las nubes, tan sano mental y emocionalmente como nos vende el mercado del amor que hay que estar para iniciar algo sólido con una persona que merezca la pena. Esa mierda del «porque yo lo valgo», que sirve lo mismo para vender champú que relaciones. Una fantasía individualista de control que nada tiene que ver con el amor y, quien lo probó, lo sabe. Coño, amar es aceptar que la vida es compleja e incontrolable, que no todo depende de uno mismo. Sí, está muy bien eso de no dejarse anular por el otro. Pero es imposible, si no estás tarado, que si la cosa va más allá de la animalidad de un polvo, la otra o el otro no te modifique. Ese es el chute de dopamina, el viaje, el *rush*; si no, *¿pa* qué? Es la sorpresa que la otra persona provoca en nosotros mismos lo que nos engancha ¡Queremos saber más, hostias! ¡Más de nosotros, saber cómo acaba la peli! El amor, la atracción, es anarquía o no es, es salir de nosotros o no es. Y aquí tirado siento que me apetece intentar esa comuna de dos.

Me pesan los párpados.

Entre bostezo y bostezo, sintiendo cómo mi cuerpo entra en una relajación que anticipa un rato de sueño profundo, hasta que la puta vejiga mande, caigo en la cuenta de que es la primera vez que puedo recordar esos últimos tiempos sin sexo con Sonia sin dolor ni culpa. Ni sentimiento de fracaso. Respiro profundo, espaciado, y antes de echar ese cierre que es el sueño, me digo que no me duele porque ya estoy haciendo sitio dentro para un nuevo amor o deseo. Es evidente que eso no les pasa solo a los jóvenes, qué estupidez, pero me sorprende el enorme espacio que noto en mí dispuesto para

lo que sea. Una nave inmensa, una nave industrial. O basilical, con un ábside como la cabeza de una polla. Soy más mayor, sé más… Bueno, esa es una mentira que nos gusta decirnos al envejecer. No sé una mierda, pero lo que sí creo es que puedo dar más porque pido mucho menos. Y la vida me ha dejado solo en este tiempo, en esta orilla. No hay nada ni nadie que me impida bañarme, arrojarme de cabeza al mar. Reconozco en parte una pulsión sexual, pero no creo que sea solo eso. Como escribió Marguerite Duras: «No es tener sexo lo que cuenta, sino sentir deseo». He estado ya ahí, con Sonia, y me pareció triste, como una calle fea en invierno. Pero ahora creo entender mejor lo que decía la francesa. Las cosas las entiendes cuando te tocan, eso es así. ¿Qué hay en el origen del deseo? No lo sé. Y no puede ser igual para mi yo de los veinte o los treinta que para el de ahora. A lo mejor todo se reduce a la ternura, a darla y recibirla. A aceptar eso sin necesidad de fingir ni adornarlo con volcanes en erupción. Si tuve el corazón helado, ya late de nuevo. Y con él, molinos de la misma sangre, mi polla.

¿Me he sentido tan a gusto como víctima que me instalé en el dolor y en el agravio como en un palacio? ¿Víctima de quién? ¿De qué? ¿De Sonia? No. ¿De nuestra ruptura? Puede, en parte sí. Pero es que, ahora que quiero amar y follar, o follar enamorado, me doy cuenta de que ese victimismo fue también una coartada cómoda para no hacer nada, para encerrarme en mí mismo. Para no salir, para no escribir. Para no vivir por no romperme porque, en un momento, me sentí de cristal. No como ahora, que siento la sangre en el corazón, en la cabeza, en los brazos y las piernas, en el miembro y los testículos calientes. Fuerte para amar otra vez. Capaz de enfrentarme de nuevo a la ecuación irresoluble que es siempre una pareja. A la dificultad, pues nadie llega sin fardos a una relación. Algo que por fuerza tiene que conocer Lucía por haberlo vivido. Sobre ese conocimiento compartido se puede construir algo sólido, pueden crecer la ilusión y la ternura. En cambio, con Lola, por una simple cuestión biográfica, esto es imposible. Ella no ha tenido tiempo de arrastrarse vencida por el campo de batalla, de intentar

no moverse para que la vida la dé por muerta y la deje en paz. No. Por eso, a diferencia de con la abuela, con la niña solo cabe el fuego de artificio, el ilusionismo que la deslumbre por un tiempo breve. Y eso solo podría crearlo mintiendo, a ella y a mí mismo. ¡Qué pereza! ¡Qué sinsentido!

Un bostezo enorme, largo, me cierra los ojos.

¿Lucía...? Plausible. Bahía. Calma. Compañía. Relajación. Cero presión.

¿Lola...? Improbable. Aborrecible. Peligroso. Deseo, juego, dure lo que dure, sabiendo que acabaría en vergüenza. Estrés. Autoagresión.

¿Luc…?

¿L…?

Por el hueco sin ventana veo encinas, millones de encinas hasta un horizonte cárdeno que crece en extensión. Ladran perros, muchos perros… Me golpean el hombro y, al girarme, veo a Bautista, al general y a Rodolfo brindando con varios falangistas. Uno de ellos es un enano y lleva un pistolón más grande que él. Gritan, ríen, fuman y brindan con cráneos de los que beben sangre. La escancian de botellas de vino, pero sé que es sangre.

Bautista y Rodolfo, vestidos como en la foto, agarran a una chica desnuda, muy joven, y la obligan a doblarse sujetándola por los brazos para que el general, que tiene un pene desmesurado y casi púrpura, se la folle por detrás.

—¡Me tienes loco, niña, me tienes loco! —bufa el general mientras embiste.

Los falangistas cantan algo que no entiendo al tiempo que sujetan a otras muchachas que lloran, aterradas. Tienen el pelo rapado al cero, pero aquellos les ponen pelucas con ondas y caracolillos, y les pintan boquitas de piñón con pintalabios. Parecen cupletistas tristes.

Siento angustia. Quiero correr, pero siento que no me muevo, que no avanzo. El suelo está encharcado de algo pegajoso y no hago sino tropezarme con camisas azules bordadas en rojo ayer, que se

me enredan en los pies y me hacen trastabillar. Al fin viene Lola y me toma de una mano.

—¡Ven, corre!

Me sonríe. Ahora sí, ahora corremos por un pasillo muy largo, con puertas a ambos lados. Lola va desnuda. Al cruzar una de las puertas veo a Sonia, pero a la Sonia joven de la que me enamoré, y a mi madre. Sin dejar de correr, Lola la señala y grita.

—¡Mira, tu madre! ¡Ahí, hablando con un viejo!

De pronto estamos en el suelo, yo también desnudo. Trato de follarme a Lola, que se ríe y se ofrece, mostrándome su sexo. Pero siempre se me escurre cuando me coloco sobre ella para penetrarla, como si fuera un pez, como si tuviera el cuerpo untado en aceite. La chica me sonríe, se abre de piernas, me invita, pero se me escurre como una pastilla de jabón mojada, huye… La busco apresurado por las estancias infinitas de este caserón que sé que está en una dehesa, hasta que al fin me detiene Lucía. Me calma, me besa, es Lucía, sé que es ella, pero también es Jacqueline Bisset, mayor pero muy bella, como me la crucé hace años en Ibiza.

—Ven, tranquilo.

Cuando se inclina sobre mi polla para chuparla, siento una enorme presión. Me despiertan las ganas de mear.

Mientras la vacío, pienso en mi puta vejiga hiperactiva con una mezcla de irritación y agradecimiento por sacarme de ese caserón en la Dehesa del Rebollar.

45

Polonia me trae el desayuno y me sorprende verla, dentro de su sequedad, más amable. Incluso parlanchina. Tanto que, cuando me pregunta si he dormido bien, tardo unos segundos y pronuncio algún balbuceo antes de contestarla. Imagino que hablar, dar su versión, la ha liberado de alguna cárcel interior. De algo que se cerró en ella el día que, en cambio, se abrió la fosa y comenzó la exhumación. Algo que ha estado fermentando en silencio, incapaz de sacarlo a la luz y discutirlo con los familiares asesinados sin quedarse sola, sin que la más mínima convivencia quedara destruida para siempre. ¿No hay otros como ella en el pueblo? ¿No hay hijos, nietos y bisnietos de otros Bautistas? Sí, tiene que haberlos, y deben de juntarse para perpetuar las versiones que les permiten vivir. Aunque quizás nunca hablen de lo que ocurrió, sabiendo que, con tiempo y silencio, cualquier crimen desaparece.

Paso la mañana escribiendo. Explorando la arquitectura que levantaré sobre la fosa y el caserón de la dehesa. Sobre los huesos de las víctimas. Tomo notas, apunto qué debo buscar, creo un primer cronograma que, de cumplirse, pone ante mí una novela extensa, ambiciosa. Madrid tendrá su papel también, claro. Allí estuvo la resistencia y, tras el 39, el poder. Hace falta otra familia, ¿la del general, Rodolfo, Gonzalo? Una historia prolija, poderosa. Algo para lo que no me habría sentido preparado hace no mucho. Vuelvo a los libros sobre la posguerra en la zona que me ha dejado Lucía. Sonrío al pensar que quizás Las Encinas Azules podría ser mi biblioteca de Alejandría, el lugar donde vivir para escribir y leer. Además, la wifi funciona mejor que en mi casa. Me divierte mi desvergüenza al

camuflar de inquietud creativa la fantasía de dar un braguetazo que me alejara para siempre del ruido de las obras eternas, de mi piso en el centro que, bien pensado, podría alquilar a muy buen precio como alojamiento turístico. Resoplo ante este arranque de cinismo y me burlo de mí mismo diciéndome que siempre hay que cabalgar contradicciones.

De vez en cuando salgo a la puerta a fumar. Veo a Lucía en su huerto, con los perros. Me saluda con la mano y pienso que el lujo es esto: vivir en un sitio tan bonito y espacioso como para saludarte en la distancia con la mano y no tener que hablar si no quieres.

En otra salida encuentro a Lola tomando el sol junto a la piscina, sosteniendo el móvil ante ella. No la oigo, pero se la nota animada, ríe. Me alegra saber que su herida, la que le abrió la vida ayer, ha sanado pronto. Hacen falta más años para que las cicatrices sean hondas y queden mal curadas, para que la vida te raje la piel con una malévola insistencia que parece querer probarte. ¿Ya no te duele? ¿A ver ahora? Por eso, con la edad nos revestimos de un cuero más duro, curtidos por capas de indiferencia e hipocresía para protegernos. Y la mayoría nos hacemos peores, nos hacemos egoístas. Cuando creo que ha colgado la videollamada o terminado lo que estuviera viendo, decido acercarme a ella, regocijarme con una piel que sana en una noche.

—¡Hola!

—Hola, Diego.

—¿Estás mejor?

—Sí, aquí de *chill.*

—Lo de ayer fue fuerte, ¿no?

—Sí. Me rayó total ver que no conoces a una persona que… En fin, todo mal, rollo catástrofe.

Lola calla. Lleva puestas las gafas de sol. No le veo los ojos, aunque por la posición de su cabeza intuyo que no me está mirando. No sé qué decirle. Todo lo fácil que me resulta hablar con la abuela se convierte en vacilación y dificultad con la nieta, que de pronto me parece arrogante. Pero es que en la juventud siempre vemos algo de

arrogancia, sobre todo quienes la hemos perdido y, a las puertas de la vejez, nos sentimos lentos y desfondados. El problema es mío, que me ofende lo irrecuperable. Lo inalcanzable. Disimulo. Me jodería que notara mi decepción por no ser capaz, yo que vivo de la palabra, de comunicarme con una niña de una manera natural, incluso brillante. Por un momento pienso en elogiar su bañador entero a rayas blancas y azules, decirle que es muy francés y preguntarle si ha leído *Bonjour Tristesse* y aquí, al borde de una piscina, hablarle del verano como tiempo de la ilusión, de revelaciones y tránsito hacia la madurez. De diversos despertares. «¿Y si te cuento lo que soñé contigo?». Me la imagino gritando «¡*Cringe*! ¡*Cringe*!». ¡Qué sí, hostias, si hasta a mí me da vergüenza pensarlo! Así que callo, consciente de que mi dificultad para hablarle no es culpa suya, que viene de mi absurda necesidad de seducir a esta jovencita, de demostrarme que aún puedo gustar a alguien así. Se me cae encima todo lo patético de este razonamiento. Me siento estúpido de pie ante ella, ante el perfecto bronceado de su cuerpo, pero incapaz de irme sin más y reconocer así mi derrota.

Lola ha debido de notar mi incomodidad porque ha girado la cara hacia mí y ahora sí me mira.

—¿Estás bien?

—Sí, claro —no, no estoy bien. Y de todas las putas preguntas que podías haberme hecho, esta es la peor—. Oye, Lola, que si quieres revisamos juntos lo de las entrevistas antes de que te vayas.

—Gracias, pero ya las pasé a limpio. Están bien.

Su cabeza se inclina hacia el móvil, deja de mirarme. Desliza el índice verticalmente por la pantalla, oigo el clac de la uña al rozarla. A veces se detiene y suspende el dedo en el aire. O lo desliza en horizontal. Me molesta. Me doy cuenta de que estoy de pie al sol y que tengo sudor cayéndome por la frente y las sienes. Me lo quito con los dedos, que seco contra el culo del pantalón.

—¿Sabes a qué hora bajaremos al pueblo, a las fiestas?

—A media tarde.

—¡Ah, perfecto!

Otra vez el silencio. Me asusto. ¿No he sabido disimular mis miradas? ¿Es eso? Sí, puede ser, y por eso mi presencia se le hace insoportable. Se me anuda la ansiedad en la garganta, el miedo a la vergüenza. ¿Será posible que me importe la opinión de esta cría?

—Bueno, me voy a escribir un rato. A trabajar.

—Ajá.

—No iré a comer. Os veo después. ¿Se lo dices a tu abuela?

—Sí, yo se lo digo.

—¿Me avisas tú cuando salgamos?

—Vale.

—Gracias. ¡Hasta luego!

—Chao.

Asiento, me giro y vuelvo a la casa chica. Lola no me ha mirado ni por un instante.

Ya dentro, enciendo el aire acondicionado, luego voy al baño, me refresco la cara y me seco con una toalla que huele a lavanda.

Me siento frente al ordenador y pruebo varias cosas con los espectros de Bautista, el señorito Rodolfo y el general. Los muevo en torno a la fosa, pero no me convence. Habrá tiempo de volver atrás, de hilar y engarzar. El sueño de anoche me empuja hacia adelante en el tiempo, hacia finales de los cuarenta, en el caserón de la Dehesa del Rebollar. Este es el secreto terrible del pueblo, de la casa y de Polonia: allí violaban y prostituían a las rojas con militares, señoritos y falangistas. Secuestrar mujeres y niñas para el entretenimiento sexual de los fascistas. Imaginar semejante violencia no es difícil. Son siempre los mismos. La violencia es también siempre la misma. Se repite, eterna…

—¿Y esta monada? —El general, arrebujado en su pelliza de cuello vuelto, se echa aún más en el respaldo del butacón y mira a la niña, que tiene todavía el pelo mojado por la lluvia, los largos mechones apelmazados por el barro y la mugre. La cría tiene la cara gacha, la mirada clavada en el suelo y llora, tanto por el miedo, que lo tiene, como por la servidumbre aprendida, heredada. Tiembla. Su traje

mojado se le ha pegado al cuerpo y apenas lleva un chal de punto, también húmedo, sobre los hombros. Bautista se lo arranca y le levanta la barbilla con un dedo índice que tiene algo de cañón de pistola.

—¡Tchh, tchh! —chasquea la lengua Bautista, como haría para avivar a un animal en una feria, ante los tratantes, y la niña da un respingo.

—La encontró Bautista. Es la hija de unos rojos de las Corchas. Quince añitos, está para estrenar. —Rodolfo se sacude con los dedos la ceniza que le ha caído en la pechera de su camisa azul, procedente del cigarrillo que sostiene en un lado de la boca mientras se sirve una copa de coñac—. ¡Esta no tiene chancro ni nada parecido, padre!

—¡Bien, Bautista, bien! ¡No se te escapa una! —El general palmea en el hombro a su empleado y desata las risas de su hijo y los otros dos falangistas que beben con ellos en una mesa del caserón.

*—¡*Gracia *mi general, se hace lo que se* pué*!*

El general asiente, hace un gesto con la cabeza y Bautista entrega la chica a una mujer mayor, vestida de negro.

—¡Amparo, lávala!

La mujer toma del brazo a la chica y se la lleva sin decir palabra. Al abrir la puerta de la sala se oyen pisadas de botas en la escalera, voces y risas de hombres borrachos, solo de hombres.

—A este lugar le falta un pianista, ¿no? —aventura Albertito, uno de los falangistas, mientras se reajusta el correaje. El cuero, que es nuevo, cruje y se le clava.

—¡Hombre, no es el Pasapoga! Pero ya veréis, camaradas, ya veréis las niñas que tenemos aquí, no os arrepentiréis de haber venido —presume Rodolfo, envuelto en una nube de humo—. Ni en Badajoz tenéis algo así. Os tendríais que ir a Madrid para encontrarlas mejores.

—Oye, ¿y no se escapan? —pregunta Albertito.

—No, hombre, no —se burla Rodolfo ante la mirada cómplice del general—. Quieren a sus familias. Saben que si huyen vamos a por

sus padres y hermanos. No se van, no. Las echamos cuando nos cansamos. Cuando se les pone la mirada rara, como muerta.

—¿Y qué hacéis con ellas cuando os cansáis? —pregunta Carlos, el otro camisa azul, con sincera curiosidad.

—En el pueblo no se quedan, claro. No las quieren ni sus familias. Ahora que no se pueden quejar, viajan mucho. Acaban por ahí, en casas de putas. Una hasta se la vendimos a un oficial portugués, uno de los Viriatos, que se enamoró de ella y se la llevó a su tierra.

—¿Las vendéis? —se asombra Carlos—. ¡Como se enteren las camaradas del Patronato!

—No, hombre, nosotros no. El portugués se encaprichó de esa roja y se la mercadeó la Amparo. Pero te aseguro que, si existe la redención de penas por trabajo, la muy zorra ya se había ganado el cielo cuando se la llevó con él a ver mundo y comer bacalao. —Todos celebran la ocurrencia y es el propio Rodolfo el que corta las risas con otro comentario—: Bueno, alguna hay que se vuelve loca y se mata. ¡Pero ojo, que aquí comen y tienen techo!

—¡Lo mejor sería que se mataran todos los rojos, ellos y ellas! —exclama Albertito mientras palmea la mesa para subrayar sus palabras. El golpe es tan fuerte que hace saltar las colillas del cenicero, bailar las copas que no están en alguna mano y tambalearse la botella. Bautista reacciona con rapidez y evita que se caigan y derramen el coñac. Todos celebran sus reflejos y se burlan de Albertito.

—¡Qué cafre eres, Albertito!

—¡Bien, Bautista!

*—¡*Gracia, *señorito Rodolfo!*

—¿Qué pasa, Rodolfo, aquí no se usa lo de camarada? —pregunta Albertito con ganas de desviar la atención de su torpeza, planchándose el pelo engominado con la mano derecha.

Rodolfo lo mira esquinado, serio por un instante, y se quita una hebra de tabaco de la punta de la lengua antes de contestar. Cuando cesan las risas, el agua de la tormenta golpea con fuerza los cristales de la ventana.

—Bautista no es de Falange. Y esto no es la capital.

Por un momento se hace un silencio tenso, cargado de alcohol y del peso de pistolas y correajes. Un silencio de humo en los ojos y puños aferrando copas.

—Sí, además, si la escoria roja se mata sola, se acabó la diversión, ¿no? —salta Carlos mientras se enciende un pitillo. Exhala el humo y sigue—: ¡Cojones, cada vez quedan menos! De verdad que me preocupa.

—¡Pues no te preocupes, camarada, que hay tarea! La paz no puede ser la llegada de un descanso blando, mujeril, sino la vigilancia pronta e incesante, viril y violenta, de los enemigos de España. ¡Nos lo exigen los caídos y el Ausente! —afirma Rodolfo con rotundidad.

El general mira satisfecho a su hijo mientras aprieta la mandíbula y se traga su propio tufo a coñac, devolviendo al estómago un regüeldo ácido de alcohol y bilis que le hace removerse en su butacón. Rodolfo le decepcionó cuando no quiso entrar en la Academia Militar, cuando le dijo que lo suyo era la política. Alguna vez dudó de su hombría, pero la verdad es que volvió de Rusia hecho un hombre. Uno que ha recibido heridas, ha visto morir y ha matado. Un soldado político que le explicaba las virtudes y peculiaridades del nuevo estado totalitario bajo la égida del Caudillo: «¿Ves, padre? Ahora toda España está militarizada, unida y con un propósito gracias a Franco y…». ¡Ay, Franco, Franquito!, piensa el general con sorna. Si le conocieras…

—¿Usted qué piensa, mi general? —pregunta Albertito.

Todos fijan la mirada en el militar, que alza las manos y suspira.

—Hay un psiquiatra militar muy conocido en Madrid, Antonio Vallejo-Nájera, que estudia y experimenta con las rojas de la cárcel de Ventas. Ha determinado la existencia de un gen marxista en ellas y, lógicamente, en su prole. Por muchos que matáramos en la Cruzada y sigamos fusilando todavía, por desgracia no hay peligro de que se acaben. Son una pestilencia, gérmenes y virus, como el bacilo de Koch, el de la tisis. Yo a veces creo que Dios los ha traído

al mundo para probarnos cada cierto tiempo y darnos la oportunidad de ser mejores. España es nuestro jardín y ¿acaso no se podan y se limpian los jardines? La guerra es esa poda necesaria.

—¡Pues no le digo yo que no, mi general, porque si no, no se entiende! —sanciona Albertito con afectada seriedad para, acto seguido, soltar la burla—: Pero ¡si hay que hacer sangría de vez en cuando, pues se hace y santas pascuas! ¡Sin culpa y celebrando hacer lo necesario, camaradas, que la historia nos haya elegido para la tarea! Hay que actuar con cojones, como cuentan que hizo Gonzalito de Aguilera, que el primer día del Alzamiento mató al azar a uno de cada seis de sus jornaleros en su finca de Salamanca. ¡Para que sepan quién manda, dijo el jodío*!*

—La idea de diezmar cada tanto a las ratas no es mala, no —concede Rodolfo—. Pero eso de Aguilera es una de sus bravuconadas, un cuento chino. ¡Gonzalo está como una cabra!

Todos ríen la ocurrencia. Están a gusto, algo bebidos a ojos de Bautista, que se mantiene sobrio ante sus patrones. Sabe por experiencia que, aunque él esté ahí sentado con ellos, fumando de su tabaco y dando sorbos de una copa de coñac que no pretende apurar, aunque haya traído a la niña, la fiesta no va con él. Los banquetes no se dan para los perros que esperan los huesos junto a la mesa. Él conoce bien su lugar y lo acepta, el que le tocó. Muchas veces piensa que la guerra pasó por la cantidad de desgraciados que no supieron aceptar lo que les tocó, su sitio en el mundo que Dios creo.

—Pero, Bautista, hombre, cuéntanos más de la niña —inquiere el general, tirando con dos dedos de una guía de su bigote.

—Pué *el pare la tenía bien escondía, en otro caserío por la Cañaa del Cura, no quería soltarla, el cabrón. Yo ya le tenía* echao *el ojo y le había hasta* ofrecío uno duro *por ella. Pero* ná, *que la niña no era un animal, que cómo iba a vender a la chiquilla, que* s´había io *a vivir* lejo, *con* uno familiare*. No daba con ella.*

—Así es, padre —interviene ufano Rodolfo—. Hasta que Bautista me contó todo, me harté de tanta monserga, agarré el coche negro,

el grande, y nos plantamos delante del rojo este, su mujer y un par de niños piojosos. De verdad que yo no sé de dónde le salió una hija tan guapa a esta gente, porque ellos son como cerdos en una cochiquera. Cuando vieron el coche se cagaron encima, porque saben que es el que usamos para pasear rojos. El caso, por hacerlo corto, es que nos bajamos. El padre vino ya medio lloroso y con las manos juntas, como rogando. ¡Como si estos rojos supieran rezar! No le di tiempo a mucho lloriqueo; a una seña mía, Bautista le pegó un puñetazo en toda la boca y el tipo cayó de rodillas, escupiendo sangre y algún diente. «¡Eres una mula, Bautista!». Entonces yo saqué la pistola, se la puse en la sien y le dije que dónde cojones tenían a la hija. Y nada, el desgraciado que la niña, no, la niña, no, señorito, la niña no. Me cansé y le dije que o me daba a la niña o le mataba a los dos chavales. Ahí la madre se me tiró a los botos, llorando también. ¡Os juro que he visto alimañas menos asquerosas! La aparté de una patada, apunté con cuidado y disparé a los pies del chico más cercano, justo antes de él. «¡La próxima bala se la meto en la cabeza! ¿Dónde está la niña?».

Ahí ya el padre aflojó. Nos dijo que en casa de la Encarna, la de los Corchos, en la Cañada del Cura. Este sabía dónde era. Allí la encontramos, y de ahí al caserón, a que la pongan bonita, ¿cierto, Bautista?

—Cierto, señorito Rodolfo.

—¡Qué ganas de verla limpia! —exclama Carlos tras vaciar su copa de coñac.

—Amparo las deja listas para revista en un periquete, ya verás —contesta Rodolfo, pasándole el brazo por los hombros y atrayéndolo hacia él—. Pero tranquilo, fiera. Esa niña la estrena mi padre. Que no se nos olviden los rangos.

—¡No, claro que no! —responde Carlos riendo—. ¡Los héroes primero!

El general cabecea satisfecho mientras alza ambas manos en el aire.

—Gracias, muchachos. Para eso hicimos la guerra, ¿no? ¡Para que se respetaran los rangos otra vez! —Las palabras del viejo militar, de su patrón, hacen por primera vez asomar una sonrisa en la cara de Bautista que se dice a sí mismo que no es tan bestia como algunos piensan si el general y él cavilan de igual modo. La luz de un rayo se cuela por la ventana, seguida de un trueno enorme, cercano, que tiene algo de cañonazo, de salva que precede las palabras del general—. Además, ¡Vae victis!, ¡Ay de los vencidos! *El vencedor tiene siempre derecho sobre los despojos de los perdedores, ¿no?*

—¡Así es, padre!

—¡Bien dicho, general!

—¡Por la victoria, que no la olvidemos nunca, ni ellos ni nosotros! ¡Los caídos nos lo demandan! —El general alza la copa y los demás le imitan—. ¡Arriba España!

Lo dejo aquí para fumar otro pitillo fuera. No veo a nadie. Deben estar comiendo. Yo siento una punzada de hambre. Polonia no ha aparecido con ninguna bandeja. Bueno, ya picaré algo en las fiestas. Tiene que haber buen jamón, tortilla de patatas. Cosas así. Siento verdadera curiosidad por lo que me voy a encontrar. La experiencia será interesante porque voy con Lucía, que conocerá gente. Así se disfrutan los sitios, con alguien que viva allí, aunque sea un allí retirado y lujoso como este cortijo.

Vuelvo al interior y releo lo escrito hasta ahora. Es obvio que a lo del caserón le falta detalle, crear ese mundo de hombres, alcohol, tabaco y bromas violentas. La atmósfera densa con olor a pitillo y a leña, a grasa para cuero y a coñac. Sembrar en alguno la duda sobre lo que hacen allí, para que los demás se muestren de acuerdo, vengativos y arrogantes. Adjudicar a otro la mezquindad de preguntar si tienen que pagar por violar a las rojas. Que Rodolfo —sí, debe ser él— se ría y conteste que las primeras veces no, que el caserón no es un burdel sino un lugar para el recreo de gente escogida, por eso no hay pianista, pero que bueno, si alguno quiere

dejar propina, que se la dé a Amparo, no a las niñas, que el coñac y la leña de la estufa no se pagan solos.

Paso un buen rato anotando ideas, hasta que me interrumpen unos golpes en la puerta.

—¡Adelante!

La puerta se abre y Lola se asoma sonriente.

—¡Que nos vamos a las fiestas! ¿Estás listo?

—Sí, déjame que cojo la cartera y el móvil.

—Dice mi abuela que, si no te importa, conduzcas tú. ¿Vamos en tu coche?

—Claro, como queráis.

—¿Vamos?

—¡Vamos!

46

Voy al volante de mi coche, atento a la conversación entre abuela y nieta, que Lucía solo interrumpe para darme alguna indicación al llegar a un desvío. Pocas, porque el pueblo no está muy lejos y recuerdo bastante bien el camino que hice con Lola, cuando bajamos a grabar a Fina.

Lucía y Lola parecen alegres, divertidas con la idea de llevar a un paleto de Madrid, así me define la chica, a la fiesta de un pequeño pueblo de Extremadura. Yo asiento, sonrío también y confieso sentir un punto de curiosidad.

El paisaje es monótono, como los campos que rodean al cortijo, que solo se elevan un poco y verdean en torno a la casa de Lucía, como si proclamaran su preeminencia antigua frente a la vulgaridad circundante.

La entrada del pueblo, aunque es distinta a la que tomamos Lola y yo la otra vez, no me parece más bonita o pintoresca, menos corriente.

—¡Ahí, aparca ahí! —me indica Lucía—. Si metemos más el coche, igual nos cuesta sacarlo luego. No sabes cómo se pone esto. Mejor andamos un poquito.

Estaciono. Al salir del coche, el calor nos golpea, pese a que hace rato que el sol de la tarde ha empezado a bajar. Caminamos hacia la torre de la iglesia que, como en todos los pueblos, marca la ubicación de la plaza mayor. Desde allí nos llega ya, aunque atenuado por la distancia, el sonido de una música pachanguera que aún no identifico.

—Oye, Lucía, ¿y con qué joyas musicales nos van a deleitar los lugareños?

—¡Oh, espero que tengas un gusto ecléctico, Diego! —me contesta burlona—. Temazos de siempre, algo de pop, pasodobles y agarraos para los mayores, clásicos de verbena y, por supuesto, cuando nos retiremos los viejos, reguetón.

—¡Estupendo, mi *playlist* soñada!

—Diego, la fiesta no te la dan a ti —comenta Lola con un punto de mordacidad que me sorprende y que, de repente, me hace sentir raro, un extraño en un rito y afecto ajeno. ¿Estará cansada de verme?—. Es para los del pueblo.

Mientras nos acercamos a la plaza, ahora ya distingo a la perfección el *A mi manera* de los Gipsy Kings, confluimos con una decena de personas, gente de todas las edades que se dirige al mismo destino. Lucía y Lola van repartiendo saludos, las «¡Buenas tardes!» protocolarias que se dan a cualquiera que te cruces en un pueblo, lo conozcas o no, cortesía inocua a la que no tardo en sumarme. Creo que en cien metros he dicho «¡Buenas tardes!» más que en el último año en Madrid y, de alguna manera, le cojo el gusto a esto de saludar a desconocidos. Sobre todo porque sé que no va a ser el inicio de ninguna conversación indeseada. Decido ir más allá y decir cosas que a mí mismo me sorprenden. Al encontrarnos con dos ancianas que van del brazo, con pasitos cortos y rápidos, que desdicen la edad que aparentan, me atrevo a contestar su saludo con un «¡A la paz de Dios!». Lucía y Lola me miran asombradas.

—¿«A la paz de Dios»? —pregunta Lola, guaseándose e imitando el tono grave de mi voz—. ¿En serio?

—¡Me encanta! —replico risueño—. ¡Nunca había podido usar esta expresión! Imagínate que saludo así en Madrid a un desconocido…

—¡Pensarían que eres un loco peligroso! —remacha Lucía.

—¡Claro, por eso! Esperad, a ver a quién le endilgo un «¡Vaya usted con Dios!».

Los tres reímos con ganas. El sol está tan bajo que lo tapan las casas, dejando aún un resto de luz rosada ante nosotros, pero el

cielo es ya oscuro a nuestras espaldas. La música se oye más alta, suena *Y nos dieron las diez,* de Sabina. Y además de oír las canciones, ahora también puedo oler a chorizos a la brasa.

Justo antes de entrar en la plaza nos unimos a un grupo más numeroso de personas, unas treinta o cuarenta. Van todas muy animadas, y las mujeres mayores gritan a niños y niñas que no corran, que se van a caer, mientras los hombres hablan entre sí y se palmean los hombros o se abrazan. Son ya demasiados para ir saludando a todo quisque, así que recupero la distancia del observador.

La gente del pueblo no me parece muy distinta entre sí, veo poca y homogénea variación estética. Ellas, vestidos ligeros, largos o por encima de la rodilla, con mucho color azul, vino y verde oliva, pocos con estampados y lunares, y estos sin demasiado riesgo. Mucho brazo y hombro al aire, pero algunas, pese al calor, llevan su rebequita por si refresca. Pantalones en las más jóvenes. No faltan, claro, las ancianas de negro. Me pregunto cómo funcionará esto cuando las de ahora mueran por mandato biológico, ¿desaparecerán o habrá un relevo generacional? ¿Existirá un semillero eterno de mujeres enlutadas en España? En los pies la cosa también es más o menos homogénea: mocasines planos para las mayores y chanclas y alguna sandalia de cuña para jóvenes y niñas.

En los hombres la cosa es aún más aburrida. Mucho pantalón de pinza, gris o caqui, mucho vaquero, camisas de manga corta blancas o amarillas que a duras penas contienen panzas prominentes, y abundancia de gorrillas de visera. Los colores chillones, las gorras de béisbol, las zapatillas de deporte, las camisetas con letras y dibujos quedan para niños y adolescentes. De todos modos, es fácil intuir que la mayoría de estos vienen de fuera, de visita, que visten como críos y crías de ciudad.

Urbanita convencido, no puedo evitar pensar que esta uniformidad en los pueblos sirve también para realzar lo anómalo de quienes nunca serán parte real de su cuerpo social: la mujer moderna y el maricón del pueblo. El tonto no cuenta, su anomalía es

tan excesiva que es fácilmente abrazable por ridícula. No, la mujer libre y el maricón, que en tiempos de TikTok y pantallazos adictivos, compulsivos, siguen sin ser uno de ellos, y menos desde que empezaron a brotar los odios de Vox entre los más jóvenes. Solo tolerados en la vida en común para reafirmar la sana normalidad del resto. Necesitamos un monstruo para decirnos que nosotros no lo somos, que somos como hay que ser, como todos. Ahora, además, a la galería de espantajos, de los diferentes a odiar y humillar, hay que añadir a los inmigrantes, claro.

Pocos saludan a Lucía y Lola, aunque detecto alguna mirada de soslayo, risas ante comentarios esquinados de gente que se gira y nos da la espalda. Supongo que con Lucía no se atreven, por más que represente una feminidad que no entienden, o no del todo, porque la servidumbre antigua, la que se hereda con la sangre y las tierras secas, les dice que está demasiado arriba para tocarla. Muchas veces es el clasismo de los pobres el que protege a los ricos de sus torpezas y alardes imprudentes.

—Oye, una cosa, Lucía.

—¿Dime?

—¿Y Polonia no viene? —Veo a Lola torcer el gesto con solo escuchar el nombre.

—No te preocupes, ella bajó antes que nosotros. La vinieron a buscar.

—¡Ah!

Cuando entramos en la plaza, por unos altavoces atruena *Aserejé* y ante mí se despliega un paisaje de barras y neveras móviles, parrillas, guías de las que cuelgan ristras de bombillas y, en un costado, un escenario aún vacío. Apenas unos metros de planchas de contrachapado sobre una tarima de metal, que asoma sus pies bajo un faldón de tela, unos altavoces a los lados y unas guirnaldas con banderitas de España.

Nos acercamos a una de las barras. Yo pido cerveza, Lucía un vino tinto y Lola, tras un reproche de su abuela al pretender un vaso de sangría, una Coca Zero.

En una esquina de la barra hay un grupo de hombres, me parecen cincuentones. Lucía y Lola están de espaldas a ellos, pero yo los veo mirar a Lola de arriba abajo, comentar entre ellos y reírse. Me es fácil suponer lo que dicen. Una versión menos refinada, o más franca, de lo que yo mismo he pensado en algún momento durante los últimos días. Y también que con unas copas de más —pocas—, se lo dirán a ella, creyéndose graciosos y demostrando lo machos que son a los otros. Cruzo la mirada con uno de ellos y lo que veo no me gusta, así que la aparto y miro a unas chiquillas que bailan una canción que dice que hay que ser torero, poner el alma en el ruedo *pa que* sepas que te quiero…, cosas así. Las niñas hacen una coreografía mientras unas mujeres mayores dan palmas y las jalean. Ya es de noche, las bombillas brillan más y llevo la cerveza por la mitad cuando por fin veo a Lucía saludar a unos vecinos con la mano.

—Perdonadme un momento.

Lucía se acerca a hablar con una pareja. Me quedo solo con Lola.

—Está muy animado esto, ¿no? —digo, tratando de mostrar un entusiasmo que no siento.

—Sí, y ya verás cómo se pone a partir de ahora. Ahora que es de noche saldrá la orquesta.

—Pero hay mucho forastero, ¿no?

—Sí, aquí durante el año viven unas treinta personas, creo. Pero en fiestas hay diez veces más, por lo menos. Familiares y muchos de otros pueblos de por aquí, que van de fiesta en fiesta durante el verano. La orquesta seguro que toca mañana o pasado en otro sitio por aquí cerca y…

La cara de Lola se ilumina cuando ve a Álex, el arqueólogo, con otro par de colegas, entre ellos una chica.

—¡Álex!

—¡Lola!

El joven se acerca con su grupo. Me saluda y me presenta al resto. No reconozco a ninguno del día de la fosa. Un escritor, les dice, uno muy bueno. Agradezco el cumplido y devuelvo el elogio

afirmando que fue interesantísimo, que lo fue de verdad, verlos trabajar en la exhumación, tanto que estoy escribiendo sobre ello. La música está cada vez más alta, como si el consumo ya prolongado de vino, combinados, cerveza y sangría acusara la sordera de los asistentes. Ahora atruena *La flaca,* de Jarabe de Palo, esta la conozco. Empiezo a perder retazos de conversación. A oír menos y ver más. Con la llegada de Álex, Lola se ha puesto muy contenta, nerviosa. Su lenguaje corporal se agita, se descontrola. Me parece más niña. Es evidente que quiere impresionar a Álex y sus amigos, mostrarse más madura, pero consigue exactamente lo contrario. Lola bebe del mini de cerveza de los chicos y le pide a uno filtro, papel y tabaco para liarse un pitillo. La amiga de Álex la mira divertida. Cuando está pasando la lengua por la pega, aparece Lucía.

—¿Pero tú desde cuándo fumas?

—No fumo, abu. Solo cuando voy de fiesta. ¡Soy fumadora social!

—Ya. ¡Hola, Álex!

—Hola, Lucía.

El joven presenta a sus amigos y explica que se han acercado porque estaban aún en Alburquerque y varios del pueblo, familiares de las víctimas de la fosa, les insistieron mucho. Dicen algo más que me pierdo cuando arranca a todo trapo *Ave María,* de Bisbal.

Los jóvenes bromean entre ellos. Cazo alguna mirada celosa de Lola a la amiga de Álex. Lucía me dice algo que no oigo.

—¿Qué?

Lucía acerca la cara a la mía. Tanto que, pese a mi anosmia, su fragancia a flores se impone por un momento al aroma de chorizos y morcillas a la brasa.

—Bueno, ¿vamos?

—¿Adónde? —miro a mi alrededor y no veo que el festejo salga de los confines de la plaza.

—¡A otra barra! Estas fiestas no carecen de etiqueta. Hay que pasar por todas.

—Yo me quedo con ellos un rato, ¿vale, abu?

—Nosotros la cuidamos, Lucía —Álex le guiña un ojo y ella asiente.

La sigo hasta la siguiente barra. Lucía pide otro vino, pero indica pinzando los dedos pulgar e índice que le sirvan muy poco. Yo dejo la cerveza y la imito. Hay al menos cinco barras, contando las dos que ya hemos visitado, y no me gustaría emborracharme aquí. Además, tengo que conducir. Lucía se encuentra con otra pareja y me los presenta, aunque al instante olvido unos nombres que apenas escucho y que tampoco me interesan. Me quedo con el dato de que vienen desde Cáceres y solvento mi participación en la breve charla con un sincero «¡Precioso, Cáceres!». La respuesta la deduzco por los gestos complacidos. Imposible oír nada que no sea *Corazón partió.*

Al llegar a la siguiente barra, de repente para la música. A Lucía y a mí nos pilla por sorpresa, así que nos seguimos hablando a gritos durante un instante. Eso nos hace reír.

—¡Uf, qué descanso!

—No te confíes, Diego. Mira.

Lucía me hace un gesto hacia el escenario. Sobre él están ya los músicos y cantantes de una pequeña orquesta, una formación reducida, adaptada al tablado, pero no dudo de que es capaz de desatar un infierno acústico de magnitudes sorprendentes. Un hombre de unos sesenta años —Lucía me explica que es el alcalde— anuncia el nombre la orquesta, anima a todos los vecinos a bailar y luego le da un viva a no sé qué virgen. Los músicos conectan sus instrumentos y micros, y el aire se llena de atronadores chasquidos, pitidos y acoples.

—¡Joder! ¡Esto es Guantánamo!

Lucía me ríe la broma.

—Ánimo, igual nos saltamos alguna barra.

—¡Por favor!

En ese momento, quizás aprovechando que aún no suena música que los acalle, un grupo de chicos, cinco o seis, cruza la plaza haciendo el saludo fascista y gritando entre risas: «¡Pedro Sánchez,

hijo de puta… Pedro Sánchez, hijo de puta!». Algunos adultos, pocos, se suman al cántico, sin saludos, pero también riendo. El resto calla. Nadie les recrimina nada. «¡Tengamos la fiesta en paz!», dicen con su silencio, sus miradas resignadas y el gesto de volver la espalda a los gritones. Los chicos, que se graban con los móviles, no se lo gritan a nadie en concreto, no desafían a ninguno de los presentes. Me parece, simplemente, una expresión de rebeldía adolescente, de rebelión contra el orden establecido propia de esa edad. Un modo de sentirse antisistema y peligroso lanzando al aire saludos fascistas e insultos a un presidente tibiamente socialdemócrata, pero del que llevan años oyendo que es el diablo rojo.

Enseguida detecto al líder, al alfa. Un chico alto, de cuerpo fibroso, que destaca por su relajado descaro y por cómo, con una mirada o con un gesto, dirige a los otros. Observo a Lucía, que niega con la cabeza.

—Qué miedo, Diego.

—Lo bueno es que la mayoría no son así. Espero.

—Las chicas no.

—¡Las chicas nos salváis del fascismo! No, en serio. Vi las manifestaciones por Palestina, había mucha gente joven y no son como estos descerebrados. Yo creo que en eso de que ahora todos los jóvenes son fachas hay mucho de deseo publicitado por la derecha, de profecía autocumplida para influir en la gente. Y de legitimar el fascismo como socio para gobernar. Pero la mayoría no son así.

—¡Ojalá! Pero no sé yo.

Los chicos salen de la plaza por una de las calles y, en cuanto dejan de tener público, cesan en sus gritos. El chaval alto y fibroso dice algo que hace reír a todos los demás.

—Ese es el líder. ¿Es del pueblo?

—Sí, es Toni, es nieto de los Churrinos. Vive en Badajoz, trabaja allí. La mayoría de esos chicos solo vienen aquí en verano, a las

fiestas. Ese es el que se enrolló con mi nieta hace un par de veranos.

—¡No me digas!

—Sí. Yo no sé. Los Churrinos son buena gente.

—¿Lo trataste?

—Vino varias veces a buscar a Lola. Hablamos. Y Toni me pareció un chico normal, muy agradable. De pueblo, pero modernillo, muy guapo…

—¿Pero?

—Pues que mucho reguetón, ya sabes, canciones que les dicen que todas las tías son putas. Fútbol, toros…, pero nada grave.

—¿Y supongo que algún chiste racista al ver jornaleros?

—Seguro, aunque delante de mí no. Pero míralo ahora, saludando como un nazi con sus colegas.

—Bueno, desde luego no son los nazis apolíneos de *Cabaret* cantando a capela *Tomorrow Belongs to Me…* —concluyo, tratando de relajar la tensión.

—No, Diego, no lo son. ¡Con esos *shorts,* esas camisetas baratas iguales y todos con ese corte de pelo, que debe de ser el que llevan ahora los futbolistas! Pero asusta, a mí me asusta esta España.

Miro sorprendido a Lucía, no por ese miedo que comparto, sino por el ramalazo clasista.

La orquesta arranca con energía un temazo innegable: *Escándalo*, de Raphael. Nos movemos a la siguiente barra.

Cuando tocan un tema pachanguero que no reconozco, pero que saca a viejos y jóvenes a bailar, Lucía comenta que está cansada y propone volver al cortijo. Yo la abrazo y finjo unos pucheros de emoción mientras asiento. Bromeamos sobre estar mayores.

—Busquemos a Lola —me dice Lucía.

La vemos en una barra al otro lado de la plaza con Álex y sus amigos. Vamos hacia ellos mientras la orquesta ataca la *Macarena* y me taladra el cerebro.

Lucía llama a su nieta para apartarla del grupo de amigos. Como era de prever, Lola decide quedarse. La mujer duda.

—¡Tranqui, abu! Ya me acercarán luego, no os preocupéis. Álex tiene coche, me puede llevar. ¡Por fi, por fi!

—¿Y puede conducir? ¿No estará borracho o drogado?

Me sorprende esta faceta de abuela preocupada en Lucía; no la había visto hasta ahora.

—No, es muy deportista, porfi, abu… Y si no se lo pido a Agustín, que le pilla de camino.

—¿Qué Agustín?

—El vecino de…

Lola se pierde en explicaciones que no escucho, enterradas por una versión de Georgie Dann preguntando qué será lo que tiene el negro.

Lucía asiente, le da un beso a Lola y caminamos hacia el coche, alejándonos del pandemonio de la plaza.

—Tranquila, Lola me parece una chica muy responsable.

—Lo es. Pero tiene dieciséis años.

—Está en la edad y están sus amigos.

—Ya.

Camino de Las Encinas Azules, con Lucía de copiloto, bajo la ventanilla y el olor del campo, de la vida, me golpea.

Soy feliz.

47

Al llegar al cortijo y bajar del coche, nos saluda el ladrido lejano de Zar. Una, dos veces, luego calla. Lucía propone una última copa de vino.

—Pensé que estabas cansada.

—De la fiesta en el pueblo, sí.

Lucía se deja caer en una de las sillas de la terraza y me pide que sea yo quien traiga una botella de vino y unas copas.

—No te importa, ¿verdad?

—En absoluto. ¿Algún vino en especial?

—Sorpréndeme.

Cruzo el comedor y llego al botellero, donde reposan acostadas varias botellas de tinto y blanco. Polonia debe de haber regresado, porque oigo un ruido en el pasillo que lleva a su cuarto, una puerta que se cierra. El resto permanece en silencio, los perros estarán guardados en las casetas junto al gallinero, donde duermen.

Lucía es de tinto, yo también. Siempre me gustó esa chorrada inglesa de *White is white, but red is wine!* Elijo un Castillo Ygay 2012, un tinto que recuerdo complejo, para degustarlo despacio. Cojo el sacacorchos y dos copas grandes que no maten el aroma. Dudo si llevar un decantador. Con un vino así no está de más, pero de pronto me parece demasiada preparación. Bastará con abrirlo y dejarlo respirar un poco.

Cuando regreso a la terraza me encuentro a Lucía con los ojos cerrados.

—¿Dormida ya? ¿Tardé mucho?

—No. Escuchando el campo.

—Sí, ¡qué silencio!

—Viniendo de esa fiesta infernal…

—O de Madrid.

—Sí, o de Madrid.

—He oído ruido donde Polonia.

—Me imagino que aguantó poco en la fiesta.

Abro el vino y lo dejo respirar.

—*Madame…*

Con una ligera reverencia le paso el corcho a Lucía, que se lo pone entre el labio superior y la nariz, sujetándolo así en el aire mientras me mira con los ojos muy abiertos. Sonrío por la broma, con suavidad porque todo en este momento me lo exige y me lo ofrece. Lucía toma ahora el corcho con dos dedos y lo huele. Asiente y lo deja en la mesa.

—Buena elección. Tienes buen gusto para el vino.

—Tú tienes buen gusto, Lucía. El vino es tuyo.

—Gracias. Qué bien que ha bajado el calor. Hay hasta un poco de brisa.

—Sí.

Callamos durante unos minutos. No se oye nada salvo a los grillos y el ruido lejano de un coche que imagino yendo o viniendo del pueblo. Por el rabillo del ojo veo el pecho de Lucía subir y bajar al compás de un silencioso suspiro. De pronto me urge que pase algo.

—¿Lo sirvo?

—Sí, por favor.

—¿No debería respirar más?

—No te preocupes. Estará bueno.

—¿Nos vamos a beber la botella entera?

—No, no creo, ¿no?

—Me da pena abrir una botella para beber solo un par de copas.

—Da igual, Diego.

No debería haber preguntado semejante ordinariez.

Escancio el tinto en su copa, luego en la mía. Nos tomamos un tiempo para degustarlo. El vino sustituye a las palabras, pero de

alguna manera siento que es parte de una conversación que, como todas las interesantes, como todas las que he tenido con esta mujer desde que llegué a Las Encinas Azules, está hecha tanto de lo que se dice como de lo que se calla. Bebemos.

—¿Hueles el campo, Diego?

—Huelo algo, poco, pero no sé el qué.

—Tierra seca. Tomillo. Jazmín y dama de noche.

—No distingo. Perdí mucho olfato con el COVID y no lo he recuperado. Entre eso y el tabaco.

—Deberías dejar de fumar.

—Lo sé. Pero no fumo tanto.

—Ya.

Lucía bebe y calla. La imito. Luego alza los ojos hacia el cielo, negro como el betún y acribillado de estrellas. La brisa le mueve el pelo.

—Las estrellas me gustan porque son eternas, están siempre ahí, donde deben…

—En realidad no son eternas, Lucía.

—Lo sé. Pero son más eternas que nosotros, ¿no?

—Sí, eso sí. —Me encanta oír ese «nosotros» en la boca de la mujer.

—Tu última pareja…

—Sonia.

—Sí, Sonia. ¿Aún la quieres?

—Sí, la querré siempre. De la manera que se quiere a alguien que sabes que nunca volverás a ver. Fue buena conmigo.

—¿Qué echas de menos de ella?

—No sé… ¡Muchas cosas! —Callo un instante, dudo, pero hay algo en Lucía que anima a la confidencia—. Sonia era mi Sancho Panza.

—¿Qué? ¿Era un campesino gordo y sin educación? —se burla Lucía.

—¡No, claro que no! —protesto, fingiéndome ofendido—. ¡Era una azafata rubia, con ojos verdes y un cuerpo de escándalo!

—Es.

Me toma un momento responder. Bebo.

—Es.

—¿Quieres decir que era tu compañera de aventuras?

—Sí, compañera de aventuras por el mundo, que recorríamos a lomos de sus billetes *free.* Pero no solo eso. Sonia es terrenal, ingeniosa, directa. Muy divertida. Lectora, pero sin contacto con el mundo literario, así que no amenazaba mi pedantería con la suya. Dueña de un enorme sentido común. Ella impedía que yo viviera en un monólogo delirante, propio de un escritor fantasioso. Era mi cable a tierra. ¡Metáforas, los escritores necesitamos metáforas para entender la vida, Lucía! Yo trafico con metáforas. Que son la expresión literaria de la locura. Me aterra acabar siendo un viejo chiflado como Alonso Quijano. Para un escritor, es fácil confundir sus fábulas con su existencia.

—Te falta mucho para ser un viejo, uno como el que te asusta.

—No tanto.

—Y encontrarás otra Sancha Panza.

—¿Tú crees?

—Sí. No sabes estar solo.

—No quiero estar solo.

Silencio.

Los dos miramos la noche. Bebemos. Siento el peligro de la próxima palabra o gesto. El vértigo de estar al borde de un abismo que ya conozco, caí en él muchas veces antes y me destrocé contra el fondo. Ella, por fuerza, lo conoce también. Y sin embargo…

Lucía apura su copa y pone el corcho de nuevo en la botella. Suspira.

—Bueno…

Nos ponemos en pie para despedirnos. Estamos a la distancia de un par de besos en la mejilla, pero algo nos detiene. Nos miramos en silencio. Mis ojos se van a su boca, la encuentro hermosa, entreabierta, y de vuelta a sus ojos. Lucía ladea ligeramente la cabeza y se retira un mechón de la cara.

—¿Vas a besarme? —me pregunta con una sonrisa irónica, con extrañeza.

—Me asusta.

—¿Porque lo deseas?

—¿Y tú?

Lucía me mira a los ojos. Ni se acerca ni se aparta. La importancia ahora de un milímetro, me digo. Siento mi pulso acelerarse, las ganas de anudar mi respiración con la suya. Tengo pánico, pero también me siento vivo. No quiero que esta tensión se acabe, pero incapaz de mantenerla busco una salida.

—¿Y Lola?

—¿Qué?

—¿Cómo se lo tomaría? ¿No te preocupa?

—A mí no. ¡Soy su abuela, no su madre!

—Ya, pero…

—¿Te preocupa a ti, Diego?

—¡No, claro que no!

—Pues es bonito que lo finjas.

Callo, nos miramos a los ojos y siento que nos entendemos. Que sí, que la besaría y que sí, me asusta. No creo que me rechace, pero no estoy seguro de que no afecte a la amistad, a lo que sea que estamos forjando, a nuestras charlas. A nuestras posibilidades. Porque de repente la vida y esta mujer me ofrecen eso: posibilidades. Decido esperar, no seré yo quien dé el paso. No quiero equivocarme. Si ella quiere besarme, yo feliz, pero no voy a ser…

—Buenas noches, Diego. Es tarde.

—Sí, Lucía, buenas noches. —Espero que no haya notado en mí ni decepción ni alivio—. ¿Te ayudo con la botella y las copas?

—No te preocupes.

Tras recogerlo todo, Lucía echa una última mirada hacia la entrada del cortijo y la carretera.

—Esta niña…

—Tranquila, es una chica joven en un pueblo en fiestas. Tardará en volver.

Lucía asiente, sonríe.

—Sí, ya no nos acordamos de cómo fuimos a su edad, ¿verdad?

—¡Gracias a Dios!

—Descansa, mañana seguimos la conversación, ¿no?

—Sí, por favor.

Lucía entra en la casa y yo regreso feliz a mi alojamiento.

Zar me ladra un par de veces.

Tras tomarme la medicación, me meto en la cama, entre sábanas frescas y con una sonrisa bobalicona en la cara, pienso que, en esta casa, con Lucía, podría recivilizarme, decrecer en ansias y falsas necesidades. Y aquí, con ella, entre árboles viejos y nuevos, entre libros, llenándome las manos con tierra y los ojos de cielo, esperar un fin más amable para mi tiempo. Caminar, leer, amar, charlar de todo y de nada, admirar a una mujer, envejecer juntos. Pasear con un perro, arrojarle un palo. ¿Qué más necesito yo del mundo? Nada. Que nos ignore.

48

Me despierta el ruido de una sirena aproximándose. Por un momento dudo de si estoy en Madrid, o soñando. Pero no, estoy en la cama, en la casa chica del cortijo. Me pongo las gafas como si eso me ayudara a oír mejor. Me incorporo de un salto y me acerco a la ventana, por la que, pese a las cortinas cerradas, se cuelan destellos azules, que se hacen más fuertes cuando las descorro. Las luces y la sirena vienen de delante de la casa principal.

Estoy desnudo. Me visto deprisa, zapatillas, vaqueros, una camiseta, y corro hacia allí. La sirena se ha detenido. Las luces son de un coche patrulla de la Guardia Civil. Llego a tiempo de ver cómo Lucía abre la puerta, despeinada, vestida solo con una camiseta y pantalón de pijama, y se encuentra con un guardia, uno muy joven, que se lleva la mano a la visera del quepis.

—Buenas noches. Guardia Civil. Soy el agente Ramírez, de la patrulla de tráfico de Alburquerque. ¿Es usted Lucía Guevara?

—Sí…, sí, soy yo. ¿Qué ha pasado? —Mientras me coloco a su lado, veo en la cara de la mujer un terror instantáneo.

—¿Dolores Martín Sachet es su nieta? —pregunta el número.

—Sí, sí, es mi nieta —Lucía está a punto de gritar, de romperse.

—¡Ay, *Dio* mío, Lolita, Lolita! —la que grita es Polonia, que aparece descalza y en camisón.

—Su nieta…

—¡¿Qué le ha pasado?! ¡¿Ha tenido un accidente?! —insiste Lucía, cada vez más asustada, temblando pese al calor.

—¡Ay, que se ha *matao* mi niña! —el dolor sincero de Polonia me sorprende, me hace verla con otros ojos.

—No, tranquilas, no está muerta, no ha tenido un accidente —las tranquiliza el guardia civil. Lucía cierra los ojos, asiente y gime mientras deja que la noticia recorra su miedo, lo aplaque en un primer momento. Polonia también suspira, eleva los ojos al cielo y se santigua. Por primera vez me atrevo a preguntar algo.

—¿Está bien, está herida?

—Dolores está bien, la están… cuidando ahora —contesta el joven con un deje de duda, eligiendo bien las palabras—. ¿Usted es familia?

—No, no, un amigo. Un amigo pasando aquí unos…

—Dígame de una vez qué le ha pasado a mi nieta —corta Lucía—. Por favor se lo pido, agente.

—Tranquila, señora. Le digo que está bien y atendida. La hemos llamado al número que nos dio ella. A un móvil.

—Lo siento, lo pongo en silencio al acostarme.

—¿Oiga, agente…?

—Ramírez.

—¿Y por qué no han *llamao* al fijo? —salta Polonia—. Ese lo atiendo yo.

—Da igual, Polonia, el agente ya está aquí —el tono de voz de Lucía ha pasado del temor a la impaciencia—. ¿Me va a decir qué le ha pasado a mi nieta para que usted venga a buscarme?

Me admira el autocontrol de Lucía, cómo se ha recompuesto. Y Polonia también, aunque en su caso, superado el susto, rezuma mala leche otra vez.

—Lo mejor es que vengan conmigo al pueblo, ella está allí y les van a explicar todo. No les puedo decir más.

Lucía asiente.

—Polonia, vuelve a la cama si quieres. Yo bajo con el agente. Te llamo y te cuento cuando sepa algo.

—¡Ay, Lucía, la niña…!

—Tranquila, acuéstate si puedes. Y si no, prepara algo para cuando volvamos, ¿vale? —Lucía mira con cariño a Polonia y la agarra con suavidad por los hombros mientras le habla.

—Sí, pero por favor, me *llama*, ¿eh?

—Sí, tranquila, te lo prometo. —Cuando Polonia se gira y se mete en la casa, Lucía se vuelve al agente—. ¿Me da un minuto para vestirme?

—Claro, señora.

Lucía se da la vuelta para irse y la detengo.

—¡Lucía!

—¿Qué?

—¿Puedo acompañarte? Puedo llevarte en mi coche.

Ella duda, mira al guardia civil y este asiente. No dice más y corre al interior de la casa.

—Vuelvo enseguida —le digo antes de ir yo también a terminar de vestirme y coger alguna cosa que pueda necesitar.

—Dese prisa. —Ahora soy yo el que se asusta por el tono perentorio y la preocupación en la cara del joven. Voy rápido hacia la casa chica. No nos ha contado qué le ha pasado a Lola. Sí, no ha sufrido un accidente de tráfico, eso está claro. Pero ¿qué le ha ocurrido? ¿Por qué no lo acaba de decir? ¿No puede? ¿No quiere? ¿No sabe cómo?

Agarro las llaves del coche, la cartera, el móvil, el encendedor y el tabaco. También una chaqueta de tela fina. Me sorprendo pensando que los dramas requieren formalidad en el vestir.

Unos minutos más tarde, Lucía y yo seguimos al coche patrulla, que ha puesto otra vez la sirena y las luces azules.

—Debería haber ido con el agente —dice Lucía de repente.

—Tranquila. —Siento a Lucía lejana, perdida en sus pensamientos, sus terrores. Intento encontrar alguna razón para justificar mi presencia allí—. Vamos a llegar juntos y así tenemos mi coche por si surge cualquier cosa. O yo puedo acercarme a por algo si hace falta.

—Sí, sí, perdona, Diego… Gracias —Lucía calla. La oigo pensar, el miedo doloroso que mueve su cerebro en estos momentos. Los destellos azules cambian su cara en segundos, le dan una máscara de dureza, de irrealidad. Tras un momento de silencio, la

preocupación sustituye a la amabilidad—. ¿Por qué no me ha dicho qué le pasa a Lola?

—Lucía, Lola está viva. No te pongas en lo peor…

—Tienes razón.

—No sabía que había cuartel en el pueblo.

—No, no lo hay… Estos vienen en fiestas desde el de Alburquerque.

—¿Y centro de salud?

—Tampoco. Algunos días de la semana pasa un médico rural… El hospital más cercano está en Badajoz.

—¡Bueno, eso es buena señal, Lucía! Si está en el pueblo es que nada grave le ha pasado.

—¿Tú crees?

—¡Claro, si estuviera herida, estaría en un hospital!

Lucía asiente y respira hondo un par de veces.

—Tengo que avisar a mi hija…

—Son más de las cuatro de la mañana.

—¿Y qué? Tengo que llamarla.

—Espera, Lucía, estamos ya en el pueblo. A lo mejor no es nada grave… una gamberrada. ¡A lo mejor está detenida!

—¡Ah…! ¿Tú crees que sea eso?

—Ya nos han dicho que está bien.

—Como este susto sea por una gilipollez que ha hecho, ¡la mato! Te lo juro que la mato, Diego.

—¿Se droga? Igual la han pillado con algo.

—¡La mato!

De pronto, los dos sonreímos ante la posibilidad de alguna estupidez adolescente.

49

Tras recorrer las calles vacías —la fiesta debió terminar hace horas—, el coche patrulla se detiene ante un caserón. Aquí sí hay unas treinta personas, de pie. Están calladas, esperando, pero parecen nerviosas, comentan entre ellas. Un hombre grita algo que, todavía dentro del coche, no puedo oír. Levanta la mano derecha y la agita en el aire, crispada. Un par de mujeres, una mayor y otra de unos treinta años, lo secundan. Un guardia civil, otro, no el que nos ha traído hasta aquí, uno más mayor, también levanta las manos en al aire, mostrando las palmas. Está pidiendo calma.

—Dijiste que no había cuartel.

—Es la antigua escuela. Desde que el pueblo se quedó sin niños, hace de alcaldía. No entiendo qué…

De pronto me da la sensación de que Lucía duda, que no quiere salir del coche y averiguar qué ocurre, pero justo en ese instante le abre la puerta el agente Ramírez.

—Por aquí, señora Guevara.

Lucía sale y sigue al agente, que se pone a un costado y abre los brazos para facilitarle el paso. Yo voy detrás.

—Mira, la abuela, pobre *mujé*…—dice alguien.

—¡Qué horror! —exclama una vecina.

Empiezo a asustarme yo también. Esto no es por una gamberrada. Una voz femenina grita algo que me sorprende y me hace girarme para buscarla.

—¡Guarra! ¡La culpa es de la guarra esa!

Lucía y Ramírez ya están en la puerta. Este saluda al guardia civil más mayor.

—Mi sargento. La señora Guevara.

El suboficial se lleva la mano a la visera y saluda al tiempo que hace una ligera inclinación de cabeza.

—Sargento Ochoa. Ramírez, ocupa mi puesto. Que no pase nadie. Sígame, señora.

—¡Perdone, sargento, yo vengo con ella! —me apresuro a decir.

—Es un amigo —explica Ramírez. El sargento consulta a Lucía con una mirada y esta asiente, así que entramos los tres a una pequeña antesala que da a un pasillo, con una puerta a cada lado. En una de ellas, hace guardia otro agente con un subfusil terciado. Se cuadra ante su mando. De detrás de la puerta que vigila llegan gritos y algún sollozo. Son voces de chicos.

—¡Ha *sio* la puta esa! ¡La culpa *é* suya!

—¡No *hemo* hecho *na*!

Justo antes de abrir la otra puerta y sin dar tiempo a que Lucía pregunte nada, el sargento se detiene y le explica:

—Señora, su nieta está bien. Pero puede que la hayan agredido.

—¿Cómo que la han agredido?

El sargento Ochoa traga saliva y la mira con lástima. Lucía se tapa la cara con ambas manos y emite un sonido extraño, algo que no sale de su garganta, de sus cuerdas vocales, sino de mucho más adentro. Algo que no llega a grito, pero es más que un quejido. Me hace pensar en un animal herido que ruge y llora a la vez. Antes de abrir la puerta, el sargento me mira.

—Yo creo que solo debería entrar la familia. La señora Guevara.

—Pero yo…

—Diego, por favor, espera aquí —la voz de Lucía tiene algo de orden, no de súplica. De algún lado ha sacado fuerzas y yo soy el primer objeto de su reconstruida entereza. Luego se vuelve al sargento y asiente un par de veces. Este último abre la puerta y la deja pasar. Me asomo dentro y veo un cuarto con sillas y pupitres arrumbados y una pizarra mediana al fondo. Antes de que el sargento cierre y entren él y Lucía, por un segundo, veo a Lola. Está sentada en el suelo, abrazada a sus rodillas, y balancea todo el

cuerpo. El pelo le tapa la cara, pero al sentir a su abuela la levanta. La tiene llena de golpes. Y de lágrimas. El sargento cierra la puerta.

—¡Que la hijaputa esa miente!

—¡*É* una guarra la mentirosa!

Los gritos que salen de la otra habitación me hacen girarme. Estoy temblando. Miro al guardia civil de la metralleta. Balbuceo.

—¿La han violado? —consigo articular al fin.

—Eso lo dirán los médicos, pero…

—¿Y han sido los de ahí dentro?

—Están detenidos como sospechosos de una presunta agresión sexual, pero estamos a la espera de pruebas. Luego el juez dirá.

—¿Están? Pero ¿cuántos son?

—Cuatro. Podría haber alguno más, estamos buscando.

Siento que me falta el aire. Me tambaleo, tengo que apoyarme en la pared.

—¿Está usted bien, señor?

—Sí, sí… ¿Y cómo…? ¡¿Por qué tienen a esos animales aquí, al lado de Lola?!

—No había ningún otro edificio público disponible. Además, esta puerta cierra bien y el cuarto solo tiene un ventanuco muy pequeño. Estamos esperando que llegue una ambulancia medicalizada desde Badajoz para la víctima. Y un furgón. Los retendremos aquí hasta que se la lleven y luego, a ellos los conduciremos a Alburquerque, a detención.

—¿Y dónde los han arrestado? ¿Se estaban escapando ya?

—No, parece que la agresión tuvo lugar en una caseta en ruinas, fuera del pueblo. Los sospechosos habían vuelto a la plaza, a terminar la fiesta.

—Entiendo. —No, no entiendo nada. Siento rabia y náuseas. Pero callo, digiero lo que oigo, la imagen que he visto de Lola. El guardia civil se reajusta el subfusil, debe pesarle.

—¡Y menos mal que no es tiempo de faenas en los olivos! —añade bajando la voz—. ¡Enseguida hubo gritos de que habían sido unos inmigrantes! Negros o moros decían ya algunos. Y eso que

agarramos enseguida a los chavales estos, si no se nos monta aquí la de Torre Pacheco…

—Sí, menos mal… Pero hay inmigrantes por aquí, ¿no? Yo vi a una cuadrilla de africanos cuando venía al cortijo.

—Sí, pocos, pero los hay, sí. Antes bajaban a las fiestas de los pueblos, pero desde hace tiempo no se mezclan con la gente de aquí. Hablan entre ellos, saben lo que está pasando y prefieren mantenerse apartados. Y casi mejor así, ¿eh?

En el cuarto donde están los chicos se oyen golpes fuertes, maldiciones.

—¡Mecagoemiputavía!

—¡No hay derecho, *eto é ilegá*!

Más golpes. El guardia civil me dedica una sonrisa ladeada.

—Le están pegando a las paredes. ¡A ver si se rompen la mano!

Más gritos.

—¡Que no *hemo* hecho *na*!

—¡No te *joe* la *calientapolla* lo mentirosa que *é*!

Me acerco a la puerta del cuarto donde están Lola y Lucía con el sargento. No consigo escuchar nada. Si están hablando, lo hacen muy bajo. Me vuelvo al agente. Me laten las sienes. Necesito saber, comprender algo, por poco que sea, de esta locura.

—La gente de fuera, ¿quiénes son?

—Del pueblo y visitantes. Algunos son familia de los sospechosos.

—Claro.

En ese momento se oye aproximarse una sirena.

—Ahí están la ambulancia y el furgón —me dice el guardia civil.

Se abre la puerta del otro cuarto y sale el sargento. Alcanzo a ver a Lucía, sentada en el suelo junto a Lola, abrazándola.

El sargento Ochoa mira hacia la puerta de la calle y comprueba que Ramírez sigue ahí, chasquea la lengua y se gira hacia el agente con el que he estado hablando.

—A ver, Marchena, en cuanto lleguen los compañeros, me engrilletan a los sospechosos para el traslado. Los sacamos para el

furgón solo después de que la agredida y su abuela hayan salido en la ambulancia, ¿estamos?

—Sí, mi sargento.

—Perdone, sargento, ¿a dónde se llevan a Lola?

—Al Hospital Universitario de Badajoz. A que le hagan el examen médico forense.

—¿Puedo acompañarlas?

—Ellas irán en la ambulancia. Pero puede seguirnos si quiere y reunirse con ellas en el hospital.

—¡Muchísimas gracias, sargento!

En ese momento entran un par de sanitarios, un hombre y una mujer.

—Está ahí. Se llama Dolores. Dieciséis años. Ha tenido una crisis nerviosa, pero ahora está más tranquila. La mujer que está con ella es su abuela.

El sargento les abre la puerta del cuarto y los sanitarios entran. Pasan unos minutos hasta que la puerta se vuelve a abrir. Sale primero el hombre, después la mujer, que lleva del brazo a Lola. Va cabizbaja, el pelo le tapa la cara, pero la oigo llorar. Por último sale Lucía, que me mira negando con la cabeza y con los ojos empapados, rota de dolor.

—¿Vienes?

—Sí, os sigo en el coche.

—Gracias, Diego.

No digo nada más. La miro con ternura. Tengo un nudo en la garganta.

Seguimos al sargento. Entre él y Ramírez, cada uno a un lado, hacen un pequeño pasillo que lleva a Lola, Lucía y la sanitaria hasta el lateral de la ambulancia. El sanitario y yo cerramos el grupo. Alrededor siguen más o menos las mismas personas que vi cuando llegué. Desde luego, no me parecen una turba; la mayoría de los rostros muestran compasión. Nadie grita nada, solo oigo alguna palabra de ánimo cuando pasan Lola y Lucía, pero lo que hay es, sobre todo, un silencio tenso. Mientras suben a la ambulancia, veo

un poco más allá el furgón de la Guardia Civil y cuatro agentes que mantienen apartados a dos mujeres y a un hombre, los tres de mediana edad. No escucho lo que dicen, pero están discutiendo y cuando miran hacia nuestro grupo tienen las caras desencajadas de rabia. Cuando ya se ha cerrado la puerta de la ambulancia, una de las mujeres por fin grita «¡putas!» y escupe al suelo. ¿Putas? ¿En plural? ¿La violada y su abuela? Me meto en el coche deprisa.

Al fin arranca la ambulancia, sirena y luces naranjas puestas.

Salgo detrás.

Estoy temblando.

50

Han metido directamente a Lola por urgencias. Van a examinarla. El sargento Ochoa se ha despedido diciendo que tiene que volver a Alburquerque a tomar declaración a los sospechosos, que mandará a uno de sus hombres a relevarlo. Lucía y yo esperamos solos en una sala, yo sentado en una silla de plástico, ella caminando de un lado a otro. Los dos iluminados por esa luz terrible de los hospitales. No sé qué decir, no encuentro palabras para esta mujer doliente. Estoy ansioso por escuchar, pero ella también calla. De pronto se me hace muy evidente la falta de una intimidad real entre nosotros. Me gustaría abrazarla, pero por alguna razón no me atrevo. O agarrarle una mano y apretarla. Ella no me da ningún indicio de desearlo.

—¿Quieres un café, Lucía? Debe haber alguna máquina por aquí.

—¿Eh…? Sí, sí, uno solo. Gracias, Diego.

—Por favor, estoy aquí para lo que necesites.

—Gracias.

Busco la máquina y, mientras espero los cafés, intento encontrar en mi interior algo inteligente que decirle cuando vuelva. Que realmente la ayude. Vamos, soy escritor. Palabras, palabras. Debería encontrar las frases mágicas, poderosas, con el significado exacto, que encierren la fórmula magistral del consuelo. Siento la necesidad de ser útil, sí, pero también la oportunidad de ser brillante cuando la ocasión lo requiere. Me avergüenzo. Basta. Soy humano, no soy una mala persona, tengo que poder consolarla. Pero no, nada, soy incapaz de pensar en algo que ofrecerle a Lucía. Solo tengo la certeza de que hay dramas que nos pasan por encima, que nos

desarman y ante los que solo podemos callar y dejar que sea el dolor de los demás el que hable.

Vuelvo.

—¿No ha salido un médico todavía?

—No.

Le doy el café y Lucía se sienta.

—Le he puesto un sobre de azúcar, ¿está bien?

—¿Eh…? Sí, gracias.

Da un par de sorbos y, de pronto, lanza un suspiro lastimoso, exhala dolor, llora con la respiración las lágrimas que prohíbe a sus ojos. Deja el café en una mesita, saca el móvil y marca. Espera, es tarde, no contestan. Insiste y por su cara entiendo que ahora sí, ahora hay alguien al otro lado. Se muerde el labio, cierra los ojos, los abre mucho, boquea, le cuesta unos segundos eternos hablar, que supongo desesperan a quien espera oírla, alarmada por la hora de la llamada.

—Ana… —Lucía se detiene, no dice más, pero en ese nombre y en el silencio que le sigue habitan todos los dolores del mundo—. Ana…, Lola está bien. Pero…

Lucía se detiene, sin duda ante las preguntas asustadas de su hija.

—Ana…, Ana…, escucha, por favor… Sí, Lola está bien… Desde el hospital, en Badajoz… Ella está bien…, tranquilízate, por favor… Si no me dejas, no puedo… Vale… La han… la han atacado…

Lucía, otra vez los ojos cerrados y la mandíbula apretada, escucha lo que deduzco que es una hilera de terrores y reproches engarzados. Ante la atrocidad, por las explicaciones y silencios de Lucía, imaginando lo que oye, compruebo, con una curiosidad profesional que me sorprende, que el lenguaje es limitado. No explica y calma con igual eficacia, no pregunta y acusa al mismo ritmo. La mente y sus terrores van siempre más rápido.

—Lola está bien, Ana… La han… atacado unos chicos, en las fiestas del pueblo… Atacado… Agredido… sexualmente…

Ana ha debido dar un alarido porque Lucía aparta un poco el móvil de la oreja mientras gira la cara. Las lágrimas por fin desbordan sus ojos.

—Sí, hija, será mejor que vengas… Está bien… La están examinando ahora, pero está bien, está viva… ¡Está viva, Ana!… Estoy esperando a los doctores… Supongo que se quedará en observación… Sí, pasaré la noche aquí… No, no la voy a dejar sola… No te preocupes… Te esperamos hasta que llegues… En el Hospital Universitario de Badajoz… Sí… Sí… Te quiero, hija.

Cuando cuelga se derrumba sobre la silla. Deja caer la cabeza y se cubre la cara con las manos. Llora. Llora todo lo que ha estado reteniendo desde que salimos del cortijo. Todo el dolor, el miedo por quien amas. Supongo las preguntas, los reproches. «¿Por qué me fui? ¿Por qué la dejé sola?».

—Lucía, me quedo contigo, ¿vale? Por si necesitáis algo. Que vaya a buscar lo que sea. No tengo pañuelos. ¿Voy al baño a por papel?

Lucía se enjuga las lágrimas con las manos y me mira como sin reconocerme del todo, con cierta impaciencia. ¿La molesto? ¿Me incluye a mí en su culpa por haber dejado sola a Lola en la fiesta? La ficción de la amistad nueva, quizás del amor, desaparece, ha saltado por los aires. Era un espejismo y no puede vivir fuera de Las Encinas Azules. De repente, soy lo último en el orden de prioridades que la maldad de unos animales ha impuesto. Siento una punzada de decepción por no tener la oportunidad de mostrarme bueno y útil.

—¿Dónde están los putos médicos? —Lucía no se dirige a mí, se lo dice a sí misma. No me incluye en su ansiedad.

—Sí, es una vergüenza que nadie nos dé información. Voy a acercarme al control de…

Lucía está balbuceando el inicio trabajoso de un agradecimiento cuando entran dos doctores, una chica y un chico que me parecen muy jóvenes.

—¿Lucía Guevara? —dice la doctora.

—¡Sí, yo! ¿Lola está bien? —suplica más que pregunta Lucía.

—Sí, sí, está más tranquila. Le hemos dado un calmante —la doctora lleva la voz cantante, quizás la comunicación entre mujeres es un protocolo obligado que desconozco—. Hemos completado el examen médico. Hay varias lesiones en la vagina y en el ano, abrasiones, golpes.

—¿Puedo verla?

—Por aquí. Ahora está con la psicóloga.

Cuando comienzan a andar los detengo.

—¡Lucía!

—¿Qué?

—¿Quieres que os espere, que os acompañe?

—No, Diego. No hace falta, mi hija vendrá en coche, con su marido, y preferiría quedarme sola con mi nieta hasta que vengan sus padres a por ella.

—Ya, claro. Me voy al cortijo entonces.

Lucía asiente y desaparece entre batas blancas, quejidos y preguntas. Me quedo solo. Por supuesto que la disculpo, pero no puedo evitar sentirme estúpido. De repente me he convertido en un visitante incómodo. Inoportuno. Además, mientras camino hacia el aparcamiento, no me ayuda sentir una vergüenza profunda, la de ser hombre por haber siquiera fantaseado con acostarme con esa pobre cría a la que acaba de violar una manada de bestias.

La irrupción de la violencia ha roto el sueño, ha quitado cualquier sentido a mi presencia allí.

Conduzco desolado, preguntándome si no podría haber avisado a la niña de que la maldad existe y está ahí, hija de la ignorancia y el odio, del miedo y los prejuicios, dispuesta a convertir a unos críos envenenados en violadores. A vecinos en asesinos de otros vecinos. O al pueblo más culto de Europa en operarios de cámaras de gas y hornos crematorios. O al que sufrió esa atrocidad en genocida. Porque todas las maldades son caras del mismo mal. Y hay que saberlo, aunque vivamos en el autoengaño y hasta los hijos de puta más dañinos se consideren héroes y víctimas a un tiempo. El mal es siempre el acto de destruir lo que hay de humano en alguien o algo:

asesinando, violando, humillando, olvidando, acallando… ¿Los que llenaron las fosas no tenían madres? ¿Los que violan en manada a una chica no tienen madres, hermanas, hijas?

Llego al cortijo ya amanecido, Polonia viene corriendo en mi busca en cuanto oye mi coche. Tiene los ojos rojos, supongo que de llorar. Contesto lo mejor que puedo a sus ansiosas preguntas, cortadas por hipidos mezclados con sollozos y muchos «¡Ay, Dios mío!», como si quisiera gemir y rezar al mismo tiempo. Su dolor sincero por «mi Lolita», como la llama una y otra vez, me hace verla más humana que nunca. Siento lástima por ella también. Miro a mi alrededor. Noto un ahogo, un malestar que me cuesta nombrar al principio. Pero enseguida lo comprendo. Si por un momento he recobrado una imagen benévola de Polonia, me pasa todo lo contrario con este lugar. Ahora me doy cuenta de que, si hemos hablado mucho, sobre todo Lucía y yo, hemos callado más. Todo eran adornos y florituras, colas de pavo real abriéndose para el apareamiento. Pirotecnia. Me posee una urgencia rabiosa, invencible, de largarme de aquí. De esta fantasía que veo desmoronarse ante mis ojos como un castillo de arena pateado por unos niños furiosos. Chorrear y disolverse como una acuarela salpicada de agua sucia, de orines. Los sueños apestan cuando se desmienten porque nos dejan claro lo ridículos que son y lo desesperados que estamos. ¿Qué coño pude pensar que había aquí para mí? Nada verdadero, nada que haya podido resistir la irrupción de la violencia en lo cotidiano, del horror dispuesto a acabar con los deseos de belleza, cultura y paz. La ilusión civilizatoria de la casa frente al fascismo de los chicos violadores. Porque lo sepan o no, son fascistas. Aunque seguramente estén orgullosos de serlo. Alimañas estúpidas que rompen cosas y vidas solo por sentir que controlan algo, que tienen siquiera el poder mezquino de destruir. Los bárbaros no se detuvieron *ad portas*. Y el destino de la Biblioteca de Alejandría es siempre arder. Lo que tomé por real, esta casa, la vida en ella, era solo un sueño. Las Encinas Azules existía por el anhelo de libertad y un mundo propio de su dueña, de una

pija bohemia y humanista. Pero ese espejismo se viene abajo con una rapidez pasmosa al roce con las violencias y las lágrimas. Como en *La Bruja* de Cortázar, todo se va volviendo traslúcido y desapareciendo al ritmo del dolor de las ausentes Lucía y Lola. Paredes, bardas, tejas y libros al deshacerse permiten ya ver árboles y surcos de tierra roja como la sangre. Estoy seguro de que pronto no quedará nada tangible de esta ilusión entre olivares, solo permanecerá el efluvio de odios antiguos manando de las fosas. Dos mujeres llorando un crimen y rencores eternos, subterráneos, el tuétano de la osamenta que algunos llaman patria.

Los muros del pequeño e ilusorio Parnaso de Lucía se levantaron sobre sangre y huesos, el pasado del trabajo esclavo de los jornaleros, luego de inmigrantes, fraudes con las subvenciones de la PAC y la memoria callada de un crimen antiguo. Sobre los muertos de una fosa olvidada, una de tantas, y el silencio culpable de generaciones. Y todo se ha derrumbado. Ningún paraíso soporta el escrutinio de la realidad.

¿De verdad pensaba Lucía que alzando huertos y copas de vino, murallas de buenos libros coronadas por conversaciones altas como torres, escogidas por ella, dirigidas por ella y la vanidad en forma de buen gusto, podía detener el mundo? ¿Que no querer ver basta para frenar el ejército de termitas que devora todo, la puta entropía? Pero yo no soy quién para acusar o reírme de ella. Con mucho menos que perder, pues mucho menos tengo que conservar, llevo años añadiendo capas de piel muerta, de miedos, al caparazón que creía que me iba a proteger del roce con la vida, de esos desconocidos, otras y otros, de los que me he ido apartando. Y la vida, pero sobre todo la muerte, su reverso más valioso, me ha atropellado. Me ha escupido burlona a la cara: «¡Eh, tú, escritor, toma, aquí tienes tema! ¡Échale huevos!».

¿Por qué siento esta rabia? Sí, la brutalidad que siempre nos alcanza por sorpresa a los que vivimos en la burbuja de privilegio occidental, que no forma parte de nuestro día a día y que nos enfurece porque desmiente de un golpe nuestras ilusiones y

certezas, puede ser la razón. Pero no es la única, no. Me jode también la facilidad con la que Lucía me ha expulsado de su lado, demostrándome que no me necesita en el momento en que todo se derrumba. No puedo maldecir mi imaginación, vivo de ella, pero me resulta insoportable haber soñado tanto, tan lejos, llevado solo por un espejismo de días. Y mezquina mi necesidad de protagonismo. Me siento ridículo.

Le pido a Polonia que me prepare café, muy cargado, y me lo lleve a la casa chica. Me lo trae cuando ya casi he terminado de hacer la maleta. Sigue gimiendo y santiguándose. Me lo tomo, le pido que le diga a Lucía que me llame cuando encuentre un momento y que le haré una transferencia de inmediato por mi estancia. Por los siete días que he estado en Las Encinas Azules.

Me voy.

Vuelvo a Madrid.

Lola

51

Triángulo
Sinopsis

Un escritor que no puede trabajar en su piso se va a una casa de campo regentada por Laura, una mujer mayor que él, inteligente y atractiva. Estando allí conoce a Maca, la nieta de esta mujer, una adolescente, y entre los tres se establece una dinámica de atracción/repulsión que cuestiona lo más hondo de la masculinidad del novelista. El cierre de una fosa común de la Guerra Civil pondrá al escritor ante los fantasmas del pasado de España y la violencia eterna. Ante los huesos de todos los asesinados de Troya a Gaza. Pero también frente a la dignidad de quienes no se rinden y recuerdan.

La violación de Maca por una «manada» del pueblo será el choque último entre belleza y civilización y barbarie, hoy y siempre.

—Sí, la tengo abierta en el ordenador. Espera. Te la mando por correo mejor, ¿no?

—Sí.

—¿Cuándo llegáis a Fráncfort?

—Mañana. Voy con Jane.

—¿Jane?

—Sí, la que lleva la venta de derechos internacionales. La conoces. Te la presenté una vez en una copa en la agencia.

—¡Ah, claro, Jane! Ella vive en Londres, ¿no?

—Sí, nos encontramos directamente en la feria. Ha cerrado muchas reuniones.

—Estupendo… Ya está, enviada. ¿Vas a vender la novela con solo esta sinopsis?

—No sería la primera vez. Tienes tu público, Diego… A ver…, aquí está.

—Por supuesto, cambia lo que quieras. Añade, quita. Déjala a tu gusto.

—Humm… No, está bien. Una novela ambiciosa.

—Como decía Zorba el Griego, si va a ser un fracaso que sea un fracaso esplendoroso.

—¿Decía eso? Nunca vi esa peli.

—Algo así.

—Bien. Entiendo que *Triángulo* es una novela compleja y arriesgada hasta bordear el desastre. ¡Un libro fácil de vender, gracias, Diego!

—De nada, Paola. Aparte, creía que lo tuyo era construir carreras literarias, no vender alfombras falsas en el Gran Bazar.

—Tus alfombras no son imitaciones y sin vender en el Gran Bazar no hay carrera. ¡Es el capitalismo, estúpido!

—Cierto.

—¿Cuánto te queda para terminar una primera versión?

—No lo sé. Meses.

—¿Meses?

—Sí. Creo. Sé cuándo empiezo una novela, pero no cuándo la acabo.

—Llevas casi un año con ella.

—Sí. Pero necesito documentarme mucho para la parte histórica. Voy lento. Es una novela larga.

—¡Que no sea muy…!

—Filosófica. Lo es.

—Cojonudo, Diego. A veces creo que te gusta hacerme sufrir.

—No. Para nada. Pero escribo sobre lo que me duele, Paola. No puedo evitarlo.

—Ya. Veo en la sinopsis que has cambiado los nombres.

—Sí. No es un *true crime.* En realidad, creo que es mi novela sobre la Guerra Civil. Sobre todas las guerras y las fosas.

—Bueno, en algún momento todos los novelistas españoles tenéis que visitar eso. Los buenos, digo.

—Sí, creo que sí. ¿Qué sabes de ellas?

—¿No tienes contacto?

—No. Hace meses que no. Lucía se cambió de número, ¿no?

—Diego, yo no puedo dártelo si ella no…

—No te lo he pedido, Paola. ¿Cómo están?

—Bien, mal. Y todo lo que cabe entre medias. Tienes que disculpar a Lucía. Lola, Ana y ella llevan meses de vía crucis. Comisarías y tribunales siguen siendo lugares hostiles para las mujeres violadas.

—Pero ¿salió ya el juicio de la manada? Hace casi un año de la violación.

—Solo ha habido instrucción, juicio como tal todavía no. Pero en la instrucción se realizaron muchas actuaciones. Que si testimonios, que si pruebas médico-forenses. La defensa de los chavales diciendo unas cosas. ¡El tono del juez instructor! Madre mía. Ha sido terrible, sobre todo para Lola.

—Una cámara de eco de lo que pasó.

—De lo que le hicieron, Diego. Esas cosas no pasan, te las hacen.

—Sí, tienes razón. Hace un par de meses vi en la tele a dos mujeres disculpando a Toni, al violador. Eran su madre y su abuela, creo. Las entrevistaban a la puerta de un juzgado. «¡Es un buen chico! ¡La otra es una guarra!». Me pareció terrible. Y me llamó la atención que no las acompañaba ningún hombre.

—Sí, Diego, es increíble el reservorio de machismo que son muchas mujeres. Las madres y abuelas de príncipes. Esas de «Tranquilo, que tu hermana recoge y todas las tías son unas golfas que no te merecen». Así salen estos animales luego.

—La sangre tira.

—No debería ser una disculpa.

—¿Entonces los de la manada están…?

—En prisión preventiva, a la espera de juicio oral.

—Ya. ¡Qué pesadilla! Pobre Lola.

—¿Y tú cómo estás, Diego?

—¿En general? Preocupado por el genocidio en Gaza, porque la gente se trague esa mierda del alto el fuego y se olvide de Palestina, por ver el planeta arder sin remedio, pero bien, activo, con ganas de escribir. ¿Sabes qué? Pararon las obras en el edificio.

—¡Qué bueno! Pero no, me refiero a que cómo estás acerca de lo que pasó en el cortijo.

—Escribo sobre ello para saberlo, Paola. Pero sí te reconozco que me dolió pensar que Lucía cortó todo contacto porque yo le recordaba lo que pasó. Durante un tiempo lo viví como una injusticia.

—¿Y ahora?

—Ya no. Me preocupan otras cosas. Escribir sobre lo importante. Hacerme las preguntas correctas.

—¿Cómo cuáles?

—¿Qué puede hacer el escritor contra la violencia absurda, hasta pueril, de estos chavales violadores? ¿Y contra lo que ocurre en Gaza? ¿Y contra el olvido de los muertos? ¿Qué sentido tiene la más elevada literatura cuando se dirige a un mundo, en su mayoría insensible, embrutecido? ¿No es algo hueco, retórico, que se produce en el vacío?

—Diego, lo único que se enfrentará siempre al horror es la razón, la sensibilidad, la obligación de describirlo, de señalar sus causas, sus coartadas, para que alguien, siquiera una persona, lo denuncie y lo combata.

—¡Exacto, Paola! No voy a caer en la resignación. Es solo la máscara de la indiferencia. No voy a dejar de gritar, de escribir, por conveniencia o por miedo a perder mis escasos pero ciertos privilegios de hombre blanco occidental, heterosexual y propietario. Lo que duren hasta que un día ya no salga agua de los grifos. No seré el conformista que se pone de lado ante el mal, esperando que si no molesta, no le tocará a él. Hay que escribir que el mal no es un

fallo del sistema, sino condición *sine qua non* para su funcionamiento. Un sistema que retransmite genocidios entre pausas publicitarias. Un vivero de niños violadores.

—Yo creo que estos chicos no piensan en el mal que hacen porque ni siquiera piensan en lo que dicen, en que las palabras siempre preceden a los actos.

—Tienen el vocabulario justo para articular su manada, pedir comida a sus madres y no cagarse encima. Para nombrar sus odios. No dudan, viven en las simplezas aprendidas, y como siempre en la historia, los que no dudan son los que crean el infierno en la tierra.

—¡Qué quieres que te diga, amigo! Yo creo que la bestialidad de estos chavales nace del fomento interesado de su ignorancia, del fracaso de un modelo educativo. ¡Coño, si es que no tienen capacidad de concentración! Y sin eso no hay pensamiento posible. De verdad que es un problema para la buena literatura. Y yo soy mayor para reinventarme.

—Tú no eres mayor, amiga. Y lo de la concentración es verdad, están todo el día con el móvil en la mano. Nosotros también, ¿no? ¿Ves? ¡Somos jóvenes!

—Yo no me río. Los putos algoritmos acabarán con la diversidad social y cultural. Yo estoy acojonada. A mí ya me han mandado algún manuscrito que olía a IA a la legua. Me asusta llegar a no poder detectarlos.

—No, la IA, al menos por ahora, es cursi, redicha y pacata. No dudo que haya por ahí cuentitos presentándose a premios, pero carece de la capacidad metafórica sostenida que exige una novela. Y los horteras que la usan también. No creo que escriban sobre niños violadores. Y hay que escribir sobre ellos, sobre la bestia, sobre el mal. Encarcelar en frases poderosas a esos monstruos.

—Es un buen filtro, eso ha hecho siempre la literatura, sin coartadas.

—Sí, Paola, desde Homero. Describir el mal, la deshumanización de las víctimas del poder. De cualquier víctima, de cualquier poder: los salvajes de las colonias, los herejes de las guerras de religión y

las cruzadas, los esclavos en algodonales e ingenios de azúcar, los heterodoxos que no comulgan con el abuso, los afrancesados, los liberales, los rojos, los negros de las pateras, los desgraciados que viven en las islas que la subida del mar va a cubrir, los palestinos, las mujeres asesinadas en todas partes. Finalmente, yo, tú, él, nosotros en un futuro en el que el Moloch tecnológico fascista exigirá más sacrificios para mantener el bienestar de cada vez menos gente.

—¿Nos suicidamos?

—¡No! No todavía. Pero no cabe engañarse, seguir pensando en milagros científicos que nos salvarán a todos. Es un ejercicio de contabilidad básica: no puede funcionar un sistema basado en el consumo infinito en un mundo de recursos finitos. De esa contradicción insuperable viene y vendrá el dolor para la mayoría.

—Ya, esa historia de que los jóvenes no vivirán como sus padres. Yo no sé cómo hacen, Diego. Comprar una casa, siquiera alquilarla, es ya una utopía. Esto va a acabar mal.

—Bueno, los han criado pantallas que alimentan deseos sin medios para satisfacerlos. Es peligroso para ellos y para todos, porque la ira es tristeza hirviendo. Pero ¿sabes lo que te digo?

—No, si lo supiera no hablaríamos nunca.

—¡Chistosa eres! Pues que no olvides al gran León.

—¿Mufasa?

—Te has comido un payaso, ¿eh? Trotski, León Trotski: toda revolución es imposible hasta que es inevitable. Veremos una pronto.

—¡Joder, Diego! ¡Hablar contigo es siempre una inyección de optimismo!

—No te burles. No soy un iluso. Soy un optimista militante precisamente porque, pese a saber lo jodido que está todo, creo que siempre hay algo que hacer. A mí me interesan los monstruos, pero sigo pensando que los buenos son más y acabarán por reconocerse, por unirse.

—¡Ojalá, Diego! Bueno, te dejo. Mañana vuelo muy temprano a Fráncfortt. Espero volver con buenas noticias y alguna traducción

más.

—Espero que sí.

—Escribe. Dale a *Triángulo.* Me gusta mucho el título.

—Me alegro. Buen viaje.

—Te llamo a mi vuelta y nos vemos, ¿vale?

—Me encantará.

—Chao.

—Chao.

52

Meses después estoy en una celebración en casa de Paola. Tras los besos y saludos de rigor, mientras me quito el abrigo y el frío de la calle, repaso de un vistazo la nómina de invitados. Unas veinte personas. Los conozco a casi todos. Amigos de ella, escritores de la agencia, una periodista cultural, un actor que va a protagonizar la serie adaptada de una novela de una autora de Paola, un editor gay y su chico. Por supuesto Daniel, la pareja de Paola, tan genuinamente cariñoso como siempre. Como es habitual en estas copas de agencia literaria, se habla mucho de chismes editoriales y poco de literatura. Los novelistas nos preguntamos en qué andamos y soltamos vaguedades para salir del paso. Yo comento que estoy a punto de rematar una novela sobre la Guerra Civil, sin mencionar el título ni entrar en mayores profundidades. Todos nos traemos algo entre manos y va de esto o de lo otro, pero sin dar muchos detalles, en parte por pudor, en parte por desconfianza. Bueno, todos menos Rafa Loeches, un pesado insufrible que intenta contarnos a varios las quinientas páginas que lleva de su próxima novela. Por suerte, va llegando más gente y sus víctimas podemos escabullirnos para abrazar con efusividad a personas que conocemos solo de vista. Rafa, inasequible al desaliento, arrincona a Artemio Stolffi, un anciano escritor uruguayo demasiado lento para huir. Sonrío porque sé que Stolffi lleva sonotone y cuando algo le aburre, lo apaga y se limita a asentir con gesto interesado.

Es una reunión de gente culta, progresista y biempensante, así que por obligación se pasa con gesto afligido por el tema de Gaza, de la ruptura del enésimo alto el fuego por los israelíes, del

genocidio que no cesa. El tema es incómodo, retrata nuestro fracaso civilizatorio, pero el dolor sincero. Creíble. La mayoría son buenas personas. No falta, dado el gremio, el intercambio de sugerencias literarias. En un capitalismo que lo penetra todo, por supuesto hay un mercado para el sufrimiento palestino que monetiza horror, solidaridad, kufiyas, música, plástica y libros, muchísimos libros.

—¡Tenéis que leer *La morera de Jerusalén,* de Paola Caridi! La historia de la ocupación israelí de Palestina a través de sus árboles, del paisajismo colonialista. Un libro maravilloso y terrible —comenta una escritora, con gesto entre admirado y compungido.

En estos tiempos, entre la buena gente, el elogio, cualquier cosa que refiera disfrute personal, un roce con la belleza, se ha de acompañar de adjetivos como «terrible», «atroz» o «demoledor» para tranquilizar la conciencia y seguir con nuestra vida. Los fascistas no tienen ese problema, exhiben con entusiasmo su indiferencia cuando no su apoyo al asesinato de niños.

—Yo estoy a punto de sacar una antología de poetisas palestinas —añade el joven editor mientras airea el vino blanco en su copa—. Tienen una voz tan original, distinta. Dos han muerto en Gaza por los bombardeos. Son…

—¡Leed *Algún día todo el mundo habrá querido estar siempre en contra* — interrumpo—, de Omar El Akkad, un autor canadiense de origen árabe. Es de una clarividencia aterradora.

—¡Ah, sí, el escritor de *American War*! —apunta un joven novelista del que nunca consigo recordar el nombre, por más que me lo presentan una y otra vez.

—No lo conozco —añade la periodista—. ¿De qué va?

—De Gaza, por supuesto. De desmontar el relato imperial occidental, que sirve para tranquilizar nuestras conciencias mientras asesinan a miles de personas. De nuestro racismo. De cómo exigimos dócil ejemplaridad a las víctimas para condenar compungidos su asesinato. Mejor si son niños y mujeres. Los hombres árabes nos generan siempre dudas, ¿no? ¡Los árabes cabreados son sin duda terroristas! Me gustó especialmente cuando

desmonta la idea de que cualquiera que se resista a ser asesinado, violado o esclavizado, cualquiera que busque venganza, es un terrorista. ¡Esa puta mierda que siempre nos cuentan de que los otros son terroristas! ¿Verdad? Sobre todo si tienen distinto color de piel. Describe también el lenguaje tramposo, equidistante, que todos usamos en mayor o menor medida. En particular, la prensa. Eso de llamar «conflicto» o «guerra» a lo que es ocupación y genocidio. Escribir que la gente muere sorprendida por un tiroteo o una bomba, sin decir nunca de quién es la munición que los asesina y qué cojones hacen allí disparándola. Decir que «¡todo es muy complicado!». —Veo a un par de personas darse la vuelta y alejarse. Los pocos que me escuchan asienten, pero debo estar pecando de vehemente. La gente civilizada conserva las formas en un cóctel, aunque esté hablando de asesinatos en masa. Paola y Daniel, con las cejas alzadas y los ojos muy abiertos, son los que me miran de manera más comprensiva—. También se caga en la teoría del iceberg de Hemingway y en eso de no mostrar de qué habla lo que escribimos. Dice que, en un mundo lleno de pantallas, pero donde nadie es capaz de ver, hay que andarse con menos sutilezas y mostrar el horror. Un libro fabuloso. En realidad, el título es más largo: *Algún día —cuando no entrañe riesgo alguno, cuando podamos llamar a las cosas por su nombre, cuando sea demasiado tarde para exigir responsabilidades— todo el mundo habrá querido estar siempre en contra*.

—Muy buen título, contundente. No sé si muy comercial, pero contundente —ahora es Paola la que me interrumpe y me toma del brazo—. Si nos perdonáis.

Paola me conduce a un rincón del salón.

—Lo siento, Paola.

—No te disculpes. Me ha encantado lo que has dicho y cómo lo has dicho. Y me voy a leer ese libro.

—¿Entonces?

—Quería avisarte de que he invitado a Lucía. Me extraña que no haya llegado todavía.

—¿Ahora escribe?

—No, pero es mi amiga. ¿Está okey por ti?

—Me parece perfecto. Me alegrará verla. Saber de ella y de Lola. ¿Por qué habría de importarme?

—Por nada, supongo. Solo quería avisarte.

—Perfecto.

—Oye, ¿y ella sabe que yo estoy aquí?

Paola me mira un momento en silencio. Sé que me ve el alma.

—Sí.

—Gracias.

Paola me roza la mejilla con los dedos, sonríe y se va rodeada de luz hacia otro grupo de invitados. Yo me quedo solo. Descarto unirme al soliloquio de Loeches al pobre Artemio, que se ha sentado en un sofá y está tan quieto que por un instante pienso que podría haber muerto y el otro seguir con su perorata. Mi mirada se cruza con la de la periodista y noto que la esquiva. «¡Otro gran momento en sociedad de Diego Roca!», me burlo de mí mismo. De pronto me siento nervioso. Apuro el vino y me dirijo a la mesa donde han dispuesto las bebidas, los vasos y el hielo. Decido pasarme al güisqui.

Me bebo uno. Nadie me habla. Lo agradezco.

Busco un balcón y salgo para fumar. Pero duro poco, hace demasiado frío. Doy una calada más y tiro la colilla a la calle. Entro justo antes de que se me queje la gente que está más cercana a las puertas del balcón. Me disculpo con un gesto.

Voy por la mitad del segundo güisqui cuando veo a Paola abrir la puerta a Lucía. Se besan. Viene con otra mujer, de su edad, que presenta a Paola y a Daniel. Más besos. Nada más entrar, mientras aún se están quitando los abrigos, la rodean tres escritores, entre ellos Rafa Loeches, y por la alegría del encuentro deduzco que estuvieron antes que yo en Las Encinas Azules.

Lucía me parece más mayor, distinta pese a que solo ha pasado algo más de un año desde los sucesos del cortijo. Claro que, a ciertas edades, el tiempo un día te atropella. Sobre todo si contiene

desgracias. Pero aquí, entre amigos, como fue siempre, Lucía sigue siendo el sol alrededor del cual orbitan de manera natural personas y conversaciones. Aunque sí, percibo algo diferente en su rostro. Algo apenas definible, un gesto de dureza que hace más pronunciadas ciertas arrugas, cierta incomodidad. Lucía me ve, le dice algo a su acompañante, que asiente y sigue la conversación con los escritores. Lucía… Lucía…

—Hola, Diego.

—Hola.

—Estás igual.

—Eso es terrible. Tú estás guapísima.

—Mientes. Pero gracias. Me alegro de verte.

—Y yo a ti, de verdad.

—Discúlpame por no contestar a tus llamadas. Ha sido un año y pico muy difícil, Diego.

—No te preocupes, lo entiendo perfectamente.

—Gracias.

—Nunca te había visto antes en estas reuniones de Paola.

—Antes no solía estar en Madrid.

—Ya, claro. ¿Cómo está Lola?

—Mejor. Al principio me asustó, me parecía que vivía disociada, como si la violación le hubiera sucedido a otra. Estuvo medicada, en terapia. Sigue en terapia. A veces me asusta su fortaleza porque no me la creo, porque sé que esa herida no se le curará nunca.

—No, claro que no. Pero debe aprender a vivir con ella.

—¿No te parece injusto?

—Lo es, Lucía. Muy injusto.

—¿Sabes que la insultaron y la amenazaron de muerte por redes sociales? A ella, a la violada. Perfiles de voxeros.

—Me creo cualquier cosa de esa gentuza y esas cloacas de las redes.

—Lola se dio de baja en todas.

—Bien hecho.

—Bueno. Ahora es ella la que nos ayuda a su madre y a mí. Es una gran persona.

—Estoy seguro. Pero recuerdo que tú me dijiste que el dolor no nos hacía mejores, que solo dañaba.

—Lo sigo pensando. Pero a ella el dolor no la ha vuelto una déspota, no lo ha usado contra los demás. Ni como coartada.

—¿Y tú?

—Diego, ¿te acuerdas de nuestras charlas?

—Sí, claro.

—Yo creía conocerme. Saber mucho de la vida. La violación de Lola me demostró que confundí mis deseos con saber de mí, de los demás. Me he sentido tan estúpida. Desconfío de todo. Sobre todo de mí misma.

—Esa noche…

—Esa noche no solo violaron a una niña. Esa noche acabaron con mi vida. Y no me queda tiempo para construir otra. Yo no soy tan buena persona, Diego.

—¿Y tu jardín? ¿No te ayuda?

—Vivo en Madrid, vendí el cortijo hace meses. Poco a poco he ido asumiendo, comprendiendo lo que ocurrió. Lleva tiempo aceptar que te ha pasado a ti. Que esas cosas que siempre les pasan a otros te acaban pasando a ti también. Que los jardines, los libros y los buenos vinos no protegen del mal.

—Puede ser, pero, desde luego, la culpa no es de la belleza. La catástrofe nos ronda siempre, Lucía. Y no estamos preparados para ella.

—¿Catástrofe? Una violación no es una catástrofe. Ni un accidente. A Gonzalo y Alfonso, el padre de Lola, les cuesta llamarlo violación, pronunciar esa palabra.

—Son hombres.

—Sí, son hombres. En cambio, con Ana y Lola…

—¿Mejor con tu hija?

—Sí. Hay un cariño profundo y una comprensión que no necesita de muchas palabras. Somos mujeres.

—Y las mujeres sois mejores.

—¿Preguntas?

—Afirmo. —Esperaba arrancar una sonrisa de Lucía, pero no lo consigo. Hay algo mate, apagado en su mirada y, sin embargo, sus ojos me parecen bellos, ojos a recuperar—. ¡Qué pena lo del cortijo!

—El mal venció, ¿no lo dirías tú así? Estábamos solas, Diego.

—Eso no es verdad, Lucía. Hay gente estupenda, afortunadamente. En ese pueblo, en el mundo, la mayoría es sin duda gente decente.

—Eso lo supones, ¿no?

—Tengo que creerlo.

—¿Te consuela? ¿Cómo convives con el mal, Diego? Esos hijos de puta son del pueblo, tienen familia allí. ¿Sabes que envenenaron a Zar? No, no lo puedes saber. A Tina la ahorcaron con alambre.

Callo.

—No quería volver a cruzármelos. Vendí Las Encinas Azules a un matrimonio alemán.

—¿Y Polonia?

—Supongo que habrán prescindido de ella. Me da igual. No quiero cerca a nada ni a nadie que me recuerde aquello.

—¿Por eso te cambiaste de número?

—Sí.

—Lucía, yo no soy culpable.

—Ni yo. Ni Lola. Bueno, lo dicho. Me alegro de verte. ¿Estás escribiendo?

—¿Paola no te ha contado nada?

—No.

—Estoy escribiendo sobre la fosa, sobre la guerra. Y sobre lo que vi en el cortijo.

—¿Sobre nosotras?

—Sí, cambio nombres y lugares, pero sí.

Lucía me mira inexpresiva, pero por primera vez detecto un brillo metálico, afilado, en sus pupilas. Las pequeñas arrugas que rodean su boca se contraen.

—Supongo que no tengo derecho a enfadarme.

—Lo tienes. Pero no cambiará nada. Tú eres la que invitaba a escritores a Las Encinas Azules. Siempre tuviste la ilusión de ser una especie de musa, ¿no? Como aquella aristócrata rusa del lago Maggiore.

—¿Quieres decir que me lo merezco?

—Quiero decir que era inevitable.

—¿Que violaran a mi nieta?

—Estás siendo injusta.

—Tienes razón.

—Pero vamos, tranquila, la novela no va solo de eso. Y nadie os reconocerá.

—Nadie salvo nosotras mismas.

—Así es.

—¿Has pensado en el dolor que le puede causar a Lola? ¿En que la convertirás para siempre en una víctima? Es una persona, no solo una víctima. Si su vida queda reducida a eso, se quedará sola. O con la única compañía de otras como ella, condenadas a repetirse siempre lo que les hicieron.

Callo y noto que el frío de la calle se ha colado en la fiesta, pero solo lo sentimos ella y yo. Veo que la acompañante de Lucía le hace un gesto cariñoso de impaciencia.

—Tengo que dejarte. Suerte con la novela, Diego. Será la primera de las tuyas que no lea.

—Lástima. Creo que es buena.

—Estoy segura. Adiós.

—Adiós, Lucía.

Ahora me doy cuenta de que, desde otro corrillo, Paola ha estado vigilante. Me alza las cejas, lo interpreto como un gesto de cariño y le sonrío. Apuro mi güisqui y me sirvo un dedo más, que hago girar en el vaso.

Espero un poco más, acabo mi bebida y me escabullo sin despedirme de nadie.

Cuando pongo un pie en la calle, el frío me corta la cara pero, de alguna manera, me hace feliz, me hace sentir vivo en mi vuelta a la calle de la Madera, esquivando turistas, montañas de basura y ratas.

Camino hacia *Triángulo.*

53

La miro mientras hablo y se me va el hilo varias veces. ¿Hace cuánto que…? ¿Tres años? ¿Cuatro? Ha cambiado, claro. Se le ha afilado la cara. Pero la he reconocido de inmediato. Acabo de hablar y mientras firmo ejemplares con prisa, levanto varias veces la vista y la veo de pie al fondo de la sala, abrazando la novela contra su pecho. Al cruzarse nuestros ojos, me sonríe.

Cuando firmo a la última lectora y esta se despide con un punto de decepción por mi parquedad, Lola por fin se acerca. Me levanto y, mientras veo a la librera hablar con la copresentadora, me la llevo hacia un rincón. Nos miramos en silencio. No hay besos. Decido que sea ella la que marque la intimidad o no de nuestra charla. Yo soy un hombre. ¿Como los que la violaron? Sí. No. Espero que no.

—¡Lola, qué alegría! ¿Cómo es que has venido?

—Me enteré de esta presentación y cómo iba a faltar, Diego. Yo estaba allí. Yo te llevé a la fosa.

—Claro, tienes razón.

—Tiene muy buena pinta la novela.

—Espero que te guste. Creo que reconocerás cosas, personas.

—Pero es una novela histórica, ¿no? No habla de lo que me hicieron.

—No, no habla de ti.

—Lo sé. Mi abuela me contó que te vio una vez en casa de Paola.

—Sí, hace más de dos años de eso. ¿Qué te dijo?

—Que estabas escribiendo sobre esto, pero también sobre mi violación.

La palabra, dicha por fin, inevitable, suena como una llave inglesa cayendo sobre cristalería fina.

—¿Te apetece un café? ¿Hablar?

—Sí. Tengo que hablar por prescripción facultativa. Y creo que tú te mereces saber más de lo que pasó. ¿Por qué no salgo?

—¿Dónde?

—En tu novela.

—Empecé una novela titulada *Triángulo*, que…

—¿*Triángulo*? ¿En serio? —Lola me mira ladeando la cabeza, con una mueca burlona que me hace encogerme de hombros y sonreír.

—Sí, *Triángulo.* En esa unía la historia de la Guerra Civil con el presente. Con lo que pasó.

—Lo que me hicieron.

—Sí. Pero al final la dejé de lado y me concentré en los fusilamientos, lo de Bautista y el caserón de la dehesa. Su historia reforzó ideas sobre las que quería escribir desde hace mucho. Me confirmó cosas. De ahí nace *Las fosas de Troya*.

—¿Renunciaste a mi historia?

—Sí.

—¿Por respeto?

—Puede ser, Lola. No lo sé. Claro que me pregunté si yo, un hombre, tenía derecho a apropiarme de tu historia, pero respeto no es un concepto moral que maneje un novelista. Puede que renunciara porque no me vi capaz de contarlo bien. Me faltaban piezas.

—Te faltaba yo, ¿verdad? ¿No merezco un personaje?

—Sí, claro que sí…

—Vamos, tomemos ese café. Contestaré a lo que me preguntes. Quizás así salga en tu próximo libro.

Me despido de la librera y la copresentadora con amabilidad y cierta premura que las descoloca un poco. Salimos a la calle. Hace una noche tibia que desmiente el otoño. No andamos mucho, yo tengo prisa por escuchar y ella por contar, así que nos metemos en el primer café que encontramos. Por fortuna, no hay mucha gente ni

música estridente. Encontramos una mesa apartada. Nos atienden enseguida. Lola pide un té con limón. Yo una cerveza. De manera tácita, no queremos que nos interrumpan cuando comience el relato, así que rellenamos los minutos hasta que nos traigan la comanda con generalidades sobre lo llena que estaba la librería, «no tanto no creas, una presentación normal», sobre que casi todo el público eran mujeres, «es que la mayoría de los lectores lo son», «este café es bonito», «sí, lo es». Cosas así. Al fin llegan el té y la cerveza, y la camarera se va.

—Bueno, ¿entonces cómo estás?

—Bien, mejor. Mal, pero mejor. No sé si me explico.

—Perfectamente.

—Voy a una psicóloga muy buena. Me mantengo ocupada. Me asusta la noche, tener pesadillas.

—Es muy comprensible, Lola.

—¿Sí?

—Bueno, quiero decir que…

—Diego, yo sigo sin comprender lo que pasó, lo que me hicieron.

Niego con la cabeza. Suspiro.

—Pero ¿lo vas superando?

—Sí, creo que sí. Me diagnosticaron estrés postraumático. Volví a autolesionarme, como cuando era más pequeña.

Callo. No le digo que sé lo de las autolesiones, que me lo contó su abuela en el cortijo. No sé qué decir. Ni si debo siquiera hablar, intentar algún consuelo que hasta a mí me sonará insuficiente, torpe y un poco hipócrita: «Siento que te violaran, debe ser terrible». Solo la miro y ella a mí. Espero que en mis ojos encuentre la ternura que no sé expresar. Que encuentre algo en mi interior que la ayude. Al fin, Lola prosigue.

—También voy a un grupo de apoyo. Mujeres víctimas de agresiones sexuales. Y familiares. Voy con mi madre. Cuando compartes estas cosas parece que duelen menos.

—¿Parece?

—Sí, parece. Y a veces con eso basta.

—Y Lucía, ¿ella no va?

—No, mi abuela, no. Ella es de otra pasta.

—¿Y tu padre, tu abuelo?

—Han sufrido mucho. Mi abuelo no puede evitar llorar cuando me ve, así que nos vemos poco. Y mi padre… Bueno, creo que vive una mezcla de dolor y vergüenza que sigue siendo incapaz de expresar. Está ahí, lo intenta. Pero… No sé cómo definirlo.

—Cada uno pasamos los duelos como podemos, Lola.

—Sí. Y todas esas reacciones son humanas. Las buenas y las malas. Perdonar, odiar…

—Ya no hablas como una niña.

—Ya no soy una niña. Tengo veinte años.

—¿Ya? Claro, cómo pasa el tiempo. Quiero decir que no hablas como una niña, con aquellos anglicismos de las redes.

—Podría hacerlo si quisiera. Pero hablo como una persona más adulta. He aprendido a ser varias personas. A esconderme.

—Sí, eso es madurar —respiro hondo y me tomo un segundo antes de preguntarle—: ¿Y ellos?

—¿Ellos?

—Sí, los que…

—Juzgados y condenados.

—¿A mucho?

—Supongo. Depende de a quien le preguntes… ¿Qué más da?

No sé qué decir. No seré yo quien le diga a ella lo que importa y lo que no. Lola me mira de una manera extraña. Bebo. Me escondo tras mi cerveza.

—Mira, Diego, lo más difícil es construir hábitos. El día a día. Yo me sentía más mayor de lo que era. Pero cuando me violaron estaba a punto de dejar de ser una niña, no lo sabía y hubiera pasado igual, quizás mucho más despacio sin que me hubieran agredido. Y seguro que mucho menos doloroso. Así que he tenido que aprender a vivir como una mujer desde cero. No, desde menos cien. Nada de lo que creía saber era cierto.

—Tu abuela me dijo algo parecido. ¿Cómo está?

—Mejor. Se sintió muy culpable. Conmigo por no protegerme, con mi madre porque ocurriera estando yo con ella. Las dos lo han pasado muy mal. Intentaron comprender. Yo he tenido que aceptar.

—¿Para seguir viviendo?

—Sí, Diego. ¡Tengo toda la vida por delante!

—Así es. Me alegra oírtelo decir.

—¿Sabes qué?

—¡No!

—Me he matriculado en Psicología. Para ayudar, para ayudarme.

—¡Buena idea! Me encanta verte ilusionada.

—Mi madre me dice lo mismo. Mi abuela es la que peor…, en cambio… ¿No hablasteis?

—La llamé varias veces, al principio. Quería saber cómo estabas. Hablamos en tres ocasiones. La noté impaciente, esquiva, así que dejamos de hacerlo. Un día la llamé y se había cambiado de teléfono.

—Sí, recibía muchas llamadas de todo tipo, algunas para amenazarla, insultarla. Decidió cambiar de número… Cambió muchas cosas. Pero mi abuela es muy fuerte. ¿Sabes qué? Ahora está mejor con mi madre.

—Me alegro.

—¿Quieres su número?

—No. No quiero molestar. Cuando la vi en casa de Paola fue… raro.

Se hace un silencio que no me atrevo a romper.

—Pensé en el suicidio, mucho. A pesar de mi madre, mi abuela, mis amigas, me comió la soledad, nadie pudo o supo ayudarme. Las declaraciones ante los jueces fueron terribles.

—Pero nadie puso nunca en duda lo que contabas, ¿no?

—No. Nadie, salvo las defensas de Toni y sus amigos. Pero eso era de esperar. La verdad es que encontré mucha solidaridad, sobre todo de otras mujeres, de amigas y sus madres, de mis compañeras del insti, de desconocidas de las asociaciones, de terapeutas… De mi abogada, que me preparó para el mal rato que pasaría en el juicio,

que me previno de que sería a mí a quien tratarían con desconfianza, con desprecio, como si me lo estuviera inventando todo. Sí, mujeres que me han ofrecido una solidaridad sincera, militante. Sin ellas no creo que estuviera aquí.

—¿Pero…?

—Pues eso, que me he sentido muy sola. Mucho

—¿Pese al cariño y el apoyo?

—Sí. No creo que siguiera viva o cuerda sin la ayuda de todas esas mujeres, sobre todo de las profesionales y las de los grupos de apoyo, de otras víctimas. Pero… con el tiempo, tras muchos de esos «hermana, yo sí te creo» que tanto he oído, descubrí que, a menudo, había también miedo a saber, incomodidad. Otra frase que nadie decía: «Yo sí te creo, pero, por favor, ahórrame los detalles de tu violación. Ahórrame el horror. Tienes mi comprensión, mi piedad, pero no quiero saber más». —La voz de Lola no tiembla, solo se vuelve más grave como si lo que me cuenta viniera de más adentro. Calla y baja la vista hacia la taza de té que apenas ha tocado. Supongo que está reuniendo fuerzas para seguir pese a la cuchillada de la soledad ante el horror vivido. Del dolor intransferible, incomprensible aun para las personas que de buena fe nos prestan almas y oídos. Solos, al final siempre estamos solos. Y esta pobre niña lo aprendió demasiado pronto, por culpa de una manada de machitos. Da un sorbo al té y me mira—. Descubrí una petición disimulada: «¡No me des detalles! ¡Por favor, no necesito que me detalles el horror, yo te creo!». Mientras yo sentía, siento, una mezcla de dolor y vergüenza. He visto esta incomodidad en muchas personas normales, que se me han acercado con buenas intenciones, «Yo te creo, te creemos…». Pero el horror es solo mío y lo será siempre.

—Supongo que ninguno podemos comprender de verdad el dolor ajeno, Lola.

—Sí, y tampoco aguantarlo mucho tiempo. Yo he llegado a sentirme culpable por agobiar y entristecer a los demás. No confío en mis sentimientos, Diego. Hay muchas veces que me miro con

atención en el espejo, los ojos, mi cara, poro por poro, para ver si estoy triste o alegre. Por dentro todo se mezcla. Es difícil.

—Lola, te mentiría si te dijera que puedo imaginármelo. Una violación debe ser algo devastador, psíquica y físicamente.

—No podía estudiar ni salir sola a la calle. Estuve así casi un año, paralizada. Con ataques de ansiedad constantes. Luego he aprendido mucho. ¿Sabes que la vagina tiene una conexión directa con el sistema nervioso autónomo?

—No.

—Sí, y si te la desgarran, el trauma se imprime en toda la red neuronal, se te graba en el cerebro.

—Recuerdo que la doctora habló de lesiones en la vagina y…

—¿En el ano?

—Sí.

—Y eso que apenas me resistí. Es normal, un mecanismo de defensa. El cuerpo se queda quieto para que las lesiones sean las mínimas posibles, para que todo pase más rápido. Yo era virgen, Diego, y por supuesto ni estaba excitada ni preparada para que me violaran entre seis.

—¿Cómo seis? Creía que fueron cuatro los que…

—¿Los que me penetraron? Sí, cuatro. Pero hubo dos más mirando, grabando. Sin impedirlo.

—¿Cómo grabando?

—Sí, grabaron la violación. La conservaban en sus móviles cuando los detuvieron. Marta, mi psicóloga, me explicó el porqué. Lo que no ven y comparten en redes no existe. La experiencia completa pasa por compartirlo todo, en grupos de WhatsApp o TikTok, con otros como ellos. Con desconocidos. En el fondo, me explicó Marta, hay mucho de homosexualidad latente, nunca aceptada, en estas manadas. Los chicos, criados en la pornografía más violenta, no se excitan con la mujer a la que violan, no. Se excitan mirándose entre ellos, viéndose violar, comparándose, jaleándose, sintiéndose aprobados o superiores a otros como ellos. La víctima es solo un pretexto, una herramienta para eso, una cosa.

—Joder, Lola… No sé qué decir, de verdad.

—Ya, le pasa a mucha gente cuando lo cuento. ¿Sabes lo peor, Diego? Que esto no ha terminado. No creo que termine nunca. Aún hoy, tras el juicio, Toni y los otros no entienden el castigo. Pude leer las testificales. Toni dijo que él solo hizo lo que se esperaba de un hombre en esa situación, tras ese calentón. Violarme.

—¿Eso dijo?

—Bueno, dijo que había tenido sexo conmigo. Y los otros, cosas parecidas. Todos me culpaban de haberlos calentado. ¿Te lo puedes creer?

Lola se detiene, toma su taza para beber pero la deja a medio camino de la boca. Ha apartado la mirada y la tiene perdida en algún recuerdo de aquella noche. Callo, espero. Me ahorro decirle que esos chicos solo hicieron lo que generaciones de hombres, vivos o fósiles, desde las tumbas, las estatuas en los parques, las calles, los vestuarios, las películas, series o las redes, les gritaban que debían hacer. Que seguramente Toni, el líder de la manada, vivía ya asustado y cabreado mirando el sol incinerar la vida a su alrededor, repitiéndose: «¿Si me quitan la hombría qué me queda? Asustado de no ser deseado. Incapaz de las violencias de los grandes capitanes de antaño o de las estrellas del fútbol de hoy, su hombría, su derecho a sentirse un hombre de verdad, era lo único que tenía. Un chico guapo, ¿acaso no le preguntaban ya de crío si tenía novia? ¿Si cualquier niña del cole con la que hablaba era su novia? Educado en una fratría violenta que le enseñó que los hombres no pueden ser amigos de las mujeres, que eso es de maricones. Los hombres o se follan a las mujeres o se las ponen de novias. Que las tías están ahí para los tíos. Lola da un sorbo al té, vuelve a mirarme y sigue.

—«¿Me besas, me pones cachondo y ahora no quieres follar, cacho puta? ¡Vas a follar conmigo y mis colegas!». Eso me gritó aquella noche, ¿sabes? He pasado mucho tiempo preguntándome si fue culpa mía.

—Pero sabes que no lo es, ¿verdad?

—Sí, sí, ahora sí. Me ha ayudado mucho el perfil psicológico de Toni, de todos ellos.

—Supongo que no todo se explica desde la psicología, desde una patología. Que hay muchos factores sociales, económicos, hasta políticos. ¿No?

—Desde luego. Los seis son jóvenes funcionales condicionados por todo eso, que acaba conformando una cultura de la violación. He empollado mucho, Diego.

—Ya lo veo.

—Por ejemplo, Toni. Consumidor compulsivo de porno en internet, desde muy niño es incapaz de gestionar su excitación. Siente, porque le han enseñado, que ser un hombre no es solo tener polla y huevos, eso no basta. Hasta los maricones tienen eso. No. Él es un alfa, está fuerte, no es un perdedor con barriga. Ser un hombre es competir con otros hombres por las mujeres y dominar a estas. Hombre es quien se porta como un hombre. Se es hombre contra la mujer, sobre la mujer. El discurso antifeminista le refuerza en su misoginia, en su posición de poder frente a la mujer. Y el sexo es violencia, porque creció viendo porno y el porno es violencia. ¿Sabes otra cosa que declaró? Que yo bromeara sobre mi bisexualidad le dio el último empujón, que le dijera que decidía a quien desear, chica o chico, y que eso me hacía libre. Si era tan puta como para desear a cualquiera, qué derecho tenía a negarme. Que cuando me drogué y me besé con él en la fiesta, se sintió autorizado, invitado, a llegar al final.

—¿Os drogasteis aquella noche?

—Sí. Por supuesto en la instrucción y luego en el juicio salió el tema del consumo de drogas esa noche, como atenuante para ellos y para inculparme a mí. Pero eso no los disculpa, ¿verdad?

—No, claro que no.

—Es muy difícil, Diego. He pensado muchas veces que no era una víctima perfecta. Que, lo digan o no, mucha gente espera que, si te violan, te resistas… heroicamente. He llegado a sentirme culpable

por no haberme hecho asesinar aquella noche. Por sobrevivir. Y por odiar.

—¿Quieres contarme lo que pasó?

—¿Me vas a grabar sin interrumpirme, como hice yo con Fina y Polonia?

Me quedo helado. Dudo. Su ofrecimiento me parece irrechazable y mi necesidad de escucharla, obscena. Siento asco por el ansia carroñera y vértigo ante el festín que me regala. Bueno, eso es ser escritor, ¿no? Somos rapaces hurgando en las miserias propias y ajenas, por más que nos escondamos tras el bello plumaje de las palabras.

—¿Puedo? ¿No te importa?

—No. Lo he contado muchas veces. He tenido que hacerlo.

—¿No te duele contarlo? ¿Recordarlo?

—Sí, claro que me duele. Lo hará siempre. Lo recordaré toda mi vida, aunque me quedase muda o me cortaran la lengua. No es fácil. Pero no voy a dejar que los que me violaron me callen también.

—No, no les dejes.

—¿Sabes una cosa, Diego? Desde que me violaron, durante estos cuatro años, me he acordado mucho de lo que nos contó Fina, de las violaciones a las mujeres del pueblo. De las chicas que prostituían los falangistas en el caserón de aquella dehesa. Mis violadores me rompieron, Diego, me destrozaron. Pero al menos puedo contarlo, acusarlos, compartir con otras mujeres que me escuchan, que saben de lo que hablo. Pero ¿y ellas? Nunca pudieron denunciar, contárselo a nadie. Las violaron y las condenaron al silencio. ¿Cómo se cura esa herida? ¿Cómo pudieron sobrevivir?

—No lo sé. Pero creo que por eso fue maravilloso que se exhumara esa fosa y que tú le pusieras tu grabadora delante a Fina, que pudiera contárselo a alguien más que a quienes han tenido que guardar ese secreto toda la vida. Dar nombres a víctimas y culpables.

—Sí, contarlo no salva del dolor ni del miedo, pero ayuda. Además, lo siento como un deber para contigo. Raro, ¿no?

—A mí no me debes nada, Lola.

—No, claro que no. Lo sé. Pero te lo voy a contar. Aquí, una sola vez. Tómalo como mi contribución a la literatura. En Las Encinas Azules me pareciste viejuno pero muy enrollado.

—¿No te daba *cringe*?

—Sí, pero es que a la cría que era entonces todo lo que no fuera su pequeño mundo, sus amigas, le daba *cringe*. Luego esa palabra se me quedó corta. Aprendí a sentir una vergüenza profunda, una repulsión mucho más bestia, cuando el mundo real destruyó mi casa de muñecas de golpe.

—Nadie está preparado para el horror, Lola.

—¿Tienes móvil con grabadora?

—Sí.

—Ponla.

Lo hago con cierta torpeza. Me avergüenza sentir los mismos nervios que ante un regalo bien envuelto. Ya está. La pongo entre los dos, exhalo y asiento con la cabeza. Lola empieza.

—Te acuerdas de que cuando os fuisteis me quedé con Álex y sus amigos, ¿verdad? No duré mucho con ellos. Me trataban como a una niña y cuanto más bebían, menos disimulaban. Me fui enfadada y celosa cuando vi a Álex besar a su amiga. Él y otro vinieron a buscarme. Me puse borde, discutimos. No quise que Álex me llevara de vuelta al cortijo. Me aparté y me fui a otra de las barras. Ahí se me acercaron Toni y sus amigos. Al principio Toni fue encantador, se preocupó por verme así. Bromeamos sobre la pandilla de Álex y lo viejos que eran. Me invitaron a irme con ellos. Recorrimos todas las barras. Bailamos todo lo que tocó la orquesta. Cuando ya habíamos bebido mucho, Toni me dijo que tenía cristal y tomamos un poquito. También tenían coca. Yo no, pero ellos se metieron varias rayas. Toni y yo hablamos de cuando nos enrollamos dos veranos antes. Nos reímos y empezamos a besarnos. Al rato se ofreció a llevarme a casa. Le pregunté si iba bien, porque yo sentía que iba puestísima. Aunque estaba muy a gusto con él. Me dijo que por qué no nos íbamos a un sitio donde pudiéramos estar solos. Yo le dije que sí,

me apetecía. Le vi despedirse de sus amigos. Me pareció que discutían, que no querían que Toni se fuera conmigo, pero se reían. Así estuvieron un rato. De pronto se abrazaron y se despidieron de él.

»Nos subimos en su coche y salimos del pueblo, hacia el cortijo, pero en cuanto nos alejamos un poco, paró el coche y nos volvimos a enrollar. De pronto me dijo que él sabía un sitio mejor, que si yo quería ir. Le dije que sí. Arrancó, nos salimos del camino y condujo hasta una casa de aperos vieja, medio caída, en el olivar. Aparcó y volvimos a besarnos. Vi entonces las luces de otro coche. Se detuvo. Recuerdo oír la música que salió al abrir las puertas, era reguetón. Yo me extrañé, pero Toni me dijo que tranquila, son mis amigos, traen bebida para seguir la fiesta. Yo me sentí incómoda. Le dije que pensaba que íbamos a estar solos. Me miró raro y se rio. Bajamos del coche. Estaban cinco amigos, los que conocí en la fiesta, y otro nuevo. Bebimos y tomamos más cristal mientras escuchábamos la música. Toni me agarraba por la cintura y me besaba. Sus amigos aplaudían y se reían. Le llamaban *crack*, campeón… De pronto, Toni me agarró de la mano y me dijo que todos estaríamos mejor dentro de la caseta. «Espera, que subo la música», dijo uno de sus amigos. Entramos. Eran cuatro paredes sin techo, llenas de grafitis y marcas de fuegos. Vi dos colchones pegados a una de las paredes. Yo le dije a Toni que no me encontraba bien, que quería irme, que no quería estar allí. Él se rio y empezó a llamarme calientapollas y a decirme que el cristal sí que me gustaba, pero que follar no, ¿eh? Todo esto me lo decía mientras me agarraba de la cintura y me intentaba besar. Yo le aparté los labios, una, dos veces. Él se molestó. Me dijo que para qué había venido entonces. Yo le dije que para estar juntos. Para divertirnos. «¡Pues eso!», me dijo burlándose, y que por qué le quitaba la boca. Que todos sabían que yo era muy puta, una guarra bisexual, que si mi abuela y yo follábamos las dos contigo, con todos los viejos que venían al cortijo.

»Ahí me dio el primer tirón del pelo, luego otro. Y otro. Una bofetada, otra. Yo no entendía nada. Empecé a llorar y a preguntarle

por qué me hacía eso. Fue entonces cuando me agarraron entre cuatro, me tumbaron en uno de aquellos colchones y empezaron a violarme. Primero me obligaron a chupársela a tres de ellos. Toni se me sentó en el pecho, otros dos se arrodillaron a ambos lados de mi cara y me levantaban la cabeza, obligándome a chupar a uno o a otro. Toni se corrió y se quitó de encima. Le sustituyó un cuarto, pero no se empalmaba. Me metió la polla flácida en la boca y me obligó a chupársela también. Me sujetaba por el pelo y me daba golpes violentos con la ingle en la cara. Como si me follara la boca. Pero su polla seguía sin crecer. Sus amigos se rieron de él, que no hacía más que decir que era por la coca. Los otros le mostraban sus erecciones y se burlaban, «¡Nosotros también nos hemos atizado!». El chico se rindió, se apartó y me dio una patada en el estómago que me dejó sin aire. Ahí me arrancaron la ropa, las bragas y me pusieron boca abajo, contra el colchón. No sé lo que duró la violación, no mucho supongo. Poco para ellos, demasiado para mí. Estaban encima de mí, entraban y salían de mí, pero yo no estaba allí. Ni siquiera estaba viva. Además de violarme, mientras duró aquello… su tiempo o mi tiempo... Ya te he dicho que no me resistí. Yo no estaba allí, mi cuerpo sí, yo no. Luego en terapia y en el grupo de apoyo me han explicado que ocurre mucho. Que disocias por completo mente y cuerpo para sobrevivir, que lo ves todo como desde fuera. Solo recuerdo que uno me gritaba: «¿Ahora qué, puta? Os creéis mejores que nosotros, ¿no?». Eso y los móviles.

»Hubo dos que no me violaron, pero todos grabaron. Solo veía bultos sosteniendo móviles, sus caras apenas iluminadas por la luz de las pantallas. Recuerdo los *flashes* cegándome. Esos dos que no decían nada. Que no me tocaron, pero que tampoco hicieron nada por parar a sus amigos. Que Toni y los otros ni siquiera me miraban a mí mientras me agredían, solo miraban lo que estaban grabando en sus putas pantallas.

»Cuando acabaron me dejaron allí. Toni me dijo que no se me ocurriera decir nada, que nadie me iba a creer, que todo el mundo en el pueblo me había visto pedo y sabían que era una guarra. Que

me habían grabado y seguro que se veía lo bien que me lo había pasado. Que me tenían grabada, que no se me olvidara eso. Que me tenían grabada y si era buena hasta me pasarían los vídeos para que me pajeara. Y se fueron. Muchas veces me he preguntado por qué no me mataron. Si no debí matarme yo en ese momento. Estuve mucho tiempo allí, sin moverme, sin saber qué hacer. Me sangraba mucho la vagina. Luego eché a andar y salí a una carretera. Un coche paró, vieron cómo estaba y me llevaron al pueblo. Yo no les dije nada del cortijo, estaba como en *shock*. Fueron ellos los que llamaron a la Guardia Civil. Luego llegasteis vosotros. Eso fue todo. Lo demás ya lo sabes.

Quedamos en silencio. Yo no sé qué decirle. Siento que si hablo voy a llorar y no quiero. Hay dolor en los ojos de Lola, ella es la única con derecho a llorar. A odiar incluso. Por más que lo haya contado, por más que hablarlo pueda haberla ayudado, es evidente que recordar la violación tiene un peaje para ella. Uno que paga una y otra vez desde aquella noche, supongo que también en sus pesadillas. Apago la grabadora. Seguimos callados unos instantes.

Abro la boca, pero no emito ningún sonido. Siento los ojos húmedos y un nudo en la garganta.

La chica avanza su mano y la posa sobre la mía, apretándola con fuerza. Me sonríe, pero sus ojos están tristes.

—Lola… —consigo decir y la voz se me quiebra—. Eres una mujer muy valiente.

—Yo no elegí ser valiente, Diego. Era una niña, solo una niña. Ahora me conformaría con dejar de tener miedo… algún día.

No hablamos mucho más. ¿Qué puedo decir tras lo escuchado? ¿Qué puede querer oír ella tras lo dicho? Otra vez los límites del lenguaje, inventado para enumerar, para contabilizar. Para detallar cosas y hoy, en este bar, horrores. Pero siempre insuficiente para consolar. Pido la cuenta con un gesto y la vida, burlona, remacha con otro clavo esta certeza.

—Diego…

—Dime.

—¿No me vas a dedicar tu novela?

Lola la empuja con suavidad ante mí. La miro y dudo. Una mano me está retorciendo las tripas. ¿Qué puedo poner en esa dedicatoria? ¿Qué, que no sea pueril o cursi, que no sea amabilidad estúpida e insuficiente? ¿Qué, que no me avergüence al instante?

—Claro, por supuesto. Pero hazme un favor.

—¿Cuál?

—No la leas ahora, delante de mí.

Lola me mira a los ojos y asiente. Escribo y mi mano tiembla, el trazo es nervioso, las primeras letras se tambalean, nacen torcidas. Paro. No miro a Lola, no quiero que ella sienta mi estremecimiento. De verdad, no sé qué poner. ¿Qué puedo escribir comparado a lo que me ha contado? La dedicatoria es breve. Un par de líneas que no serían muy distintas en el caso de una desconocida. Firmo, cierro el libro, se lo devuelvo y ella guarda el libro en su bolsa de tela.

Mientras viene la camarera con la cuenta y el datáfono, nos quedamos en silencio. Seguimos sentados en las mismas sillas que al principio, a la misma distancia y, sin embargo, tras la intimidad brutal que estableció su relato y mi escucha, percibo que una brecha se abre entre los dos. Un abismo que pronto se tragará la mesa y llegará al centro de la tierra. La trinchera entre su dolor intransferible y cualquier torpe consuelo que yo pueda ofrecer. Ahora, callados, me doy cuenta de que nunca seremos amigos de verdad, cómplices, camaradas, porque, aunque quisiera, nunca podré ponerme en su lugar.

Pago y ya en la calle, nos despedimos con prisa. No hay más que decir. Sin besos, estrechándonos la mano. Lola me sonríe por última vez y se va caminando. Da pasos rápidos y lleva la cabeza ligeramente agachada. Quizás más que por no ver, por no ser vista. No bracea, los codos van doblados y pegados al cuerpo. Intuyo que sus manos aferran las asas de la bolsa que cuelga de su hombro derecho.

La calle está bien iluminada. Hay gente. Unas chicas muy jóvenes ríen y fuman a la puerta de un bar. Me gustaría que supieran quién

es Lola, que la abrazaran.

Pero no, claro, eso no pasa.

Me giro y camino en dirección opuesta.

Dudo un instante, pero no me vuelvo a mirarla.

Necesito escribir.

Obras citadas

En orden de aparición:

Rafael Chirbes. *Diarios. A ratos perdidos 1 y 2*. Anagrama, 2021
Luis García Montero. *Almudena*. Tusquets Editores, 2024.
Giuseppe Tomasi di Lampedusa. *Il gattopardo*. Feltrinelli, 2013.
Jaime Gil de Biedma. «De vita beata» en *Volver*, ed. Dionisio Cañas, Letras hispánicas, Cátedra, 2021.
Philip Roth. *Elegía*. Debolsillo, 2008.
Jean Baudrillard. «Une ultime réaction vitale», entrevista de François Ewald, *Magazine Littéraire,* julio-agosto de 1994.
Clarice Lispector. *Agua viva*. Siruela, 2026.
Emmanuel Carrère. *Limónov*. Anagrama, 2012.
Clarice Lispector. *Revelación de un mundo*. Adriana Hidalgo, 2007.
Gabriel Celaya. «La poesía es un arma cargada de futuro». *Cantos íberos*. Ediciones Turner, 1977.
Javier Marías. *Los enamoramientos*. Alfaguara, 2011.
Mario Obrero. *Cerezas sobre la muerte*. La Bella Varsovia, 2022.
Milan Kundera. *La despedida*. Tusquets, 2005.
Marguerite Duras. Entrevista en *Le Nouvel Observateur*, 1986.

Los editores de esta novela han hecho su mejor esfuerzo por reproducir fidedignamente los extractos de las obras citadas, así como por obtener su respectivo permiso de mención siempre y cuando ha sido posible.

Edición en formato digital: octubre de 2026

© Carlos Bardem, 2026
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 979-13-87596-66-8

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Table of Contents

Radiales
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16

La biblioteca de Alejandría
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28
- 29
- 30

31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
Lola
51
52
53
Obras citadas
Créditos